

JAN

ÓNOMA DE NUEV
BRAL DE BIBLIOTE

EL
PARNASO
MEXICANO

PQ7250

.P3

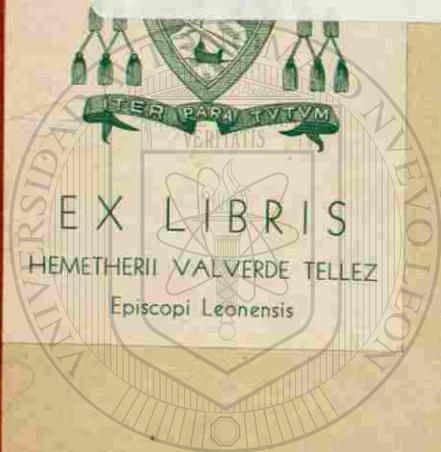
A7

v.1

003483



1080019204



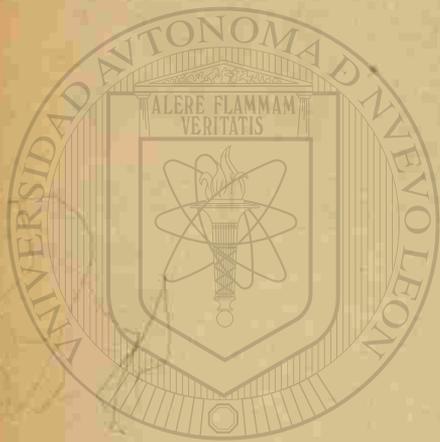
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

MANUEL CARPIO.

POESIAS

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN,
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1895.

EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL CARPIO

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.:

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Paredes,

José M. Vigil, José M. Banderá,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frías y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 1.º de Octubre de 1885.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Teitel



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



P. 47250

P. 3

B. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Manuel Carpio.

(APUNTES BIOGRAFICOS.)

MANUEL CAPIO fué uno de nuestros esclarecidos talentos literarios, cuyo nombre ha sido en todo tiempo respetado aun por aquellos que en contraposición con sus ideas, le tuvieron de adversario tanto en el estadio de la prensa como en la vida real.

Nació en la villa de Cosamaloapan de la entonces provincia de Veracruz, el día 1º de Marzo de 1791, siendo sus padres el Sr. D. José Antonio Carpio, nativo de Monte Mayor en el reino de Córdoba, y Dª Josefa Hernandez, perteneciente á una de las principales familias de Veracruz. Obligado el Sr. su padre, por el comercio de algodón á que se dedicaba, á abandonar la villa de Cosamaloapan, se dirigió á Puebla donde se estableció con su familia, muriendo en dicha ciudad por el año

003483

de 1796. Quedó, pues, nuestro poeta, desde su más tierna edad sin otro abrigo más que el amor maternal y sin más esperanza que la que le prestaban sus propios esfuerzos para hacer frente al porvenir, y adunando al estudio sus naturales dones, conquistasen como lo hizo, un puesto digno en la ciencia y en la historia de las letras.

Asistió á las cátedras en el Seminario Conciliar de Puebla, estudiando latinidad, filosofía y teología, donde fué generalmente apreciado por todos sus maestros y en particular por D. José Jimenez que lo fué suyo en la ciencia de Dios; este Señor le facilitó su biblioteca donde Carpio obtuvo grandes conocimientos en religión, historia antigua y sobre todo en los clásicos griegos y latinos, cuyo estudio fué para él siempre del mayor interés. Pensando en su porvenir y acabando su curso de teología, quiso seguir la carrera eclesiástica, pero su excesiva modestia le hizo no encontrar en él las altas cualidades y santidad que exige el sacerdocio y resolvió tomar otro camino, concurriendo al objeto á la cátedra de derecho en el mismo Seminario; convencido después de que su vocación no le llamaba al foro, se dedicó finalmente á estudiar la medicina, pero no habiendo por aquel entonces cátedras

de esta facultad sino en las Universidades de México y Guadalajara, siguió el curso de cirugía en el hospital de San Pedro, en Puebla. Varios de sus condiscípulos establecieron en unión de Carpio una academia privada de la cual le hicieron presidente; ayudados con sus solos esfuerzos, se dedicaron al estudio de la medicina, y después de ofrecer el fruto de sus trabajos en un acto de fisiología al Sr. Obispo de la Diócesis, D. Antonio Joaquín Perez, el Proto-Medicato, por informes que recibió de su delegado, expidió á estos jóvenes sustentantes el título de cirujanos latinos. Queriendo, sin embargo, el Sr. Obispo que Carpio siguiera regularmente la carrera académica de medicina, le asignó una pensión y le envió á México para que asistiera á los cursos de la Universidad; así sucedió en efecto, donde obtuvo el grado de Bachiller y hasta 1832, después de suprimido el Proto-Medicato el año anterior, reemplazado por una junta de facultativos que se llamó *Facultad Médica del Distrito*, fué cuando sustentó ante ella los exámenes requeridos y recibió su título de profesor en medicina.

En el ejercicio de su profesión se dió Carpio á respetar por sus profundos conocimientos y por la paciencia, bondad y desinterés que

usaba siempre para con sus enfermos, causas que le conquistaron la justa reputación de sabio. Por el año de 1836, varios facultativos de la ciudad formaron una academia con el objeto de celebrar algunas conferencias donde pudieran comunicarse sus noticias y observaciones, fundando además un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia médica que llevó por título "Periódico de la Academia de Medicina de México," donde Carpio publicó bastantes artículos, cuya sensatez, conocimientos científicos y elegante estilo le captaron el aprecio y respeto generales, obteniendo después, en el año de 1854, el grado de Doctor que espontáneamente le concedió la Universidad, incorporándole al gremio conforme á los estatutos y sin retribución de ninguna clase.

Para estudiar concienzudamente y en todas sus fases, la eminente figura que nos ocupa, necesario sería escribir un extenso volumen y tememos cansar la atención de nuestros lectores, por lo tanto, y á grandes rasgos ya que hemos visto á Carpio como hombre científico, veámosle ahora como poeta.

Hemos dicho que con toda atención se dedicó al estudio de los clásicos griegos y latinos, y en esa fuente riquísima é inagotable

de la verdadera poesía, fué donde Carpio bebió, fecundando su ardiente imaginación é inspirándose además en los libros de las Santas Escrituras, sintió brotar en su corazón los cantos sálmicos del poeta. Sin embargo no se lanzó desde luego á escribir lo que su estro le dictaba, sino que esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con su gran caudal de conocimientos, para empezar á producir; así fué que tenía más de cuarenta años y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesía, cuando vió el público su primera composición original que fué una oda á la Virgen de Guadalupe, impresa repartida el año de 1832 en la función anual y que hacía el comercio de esta ciudad. Los años siguientes D. Mariano Galván encargó siempre á Carpio las composiciones religiosas y aún epigramas que insertaba en sus viejos calendarios. Así fueron saliendo al público sus composiciones y popularizándose en México, hasta que en 1849, su amigo D. José Joaquín Pesado las reunió en un tomo que dió á luz con un prólogo de su correcta pluma, libro que fué saludado con entusiastas aplausos, teniendo la fortuna de que gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen y los que solo leen por esparcimiento.

Por aquella época, los resabios de la escuela prosáica que dominó en España así como las continuas agitaciones desde 1810, y la invasión de los estudios políticos y económicos que absorbieron la atención general, bastan para explicar que se ahogara la delicada planta de la literatura y que la poesía hubiese llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Necesitábase abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonación á la corrección y el gusto, enriquecer la rima, hacer, en fin, muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio, á cuyo ejemplo deben las letras el renacimiento de la poesía en México. La primera muestra del talento de un autor está en la elección de sus asuntos y los de Carpio son inmejorables; cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia, y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construcción material de los versos, nada hay que reprehender, porque tienen siempre número y plenitud; tal vez en todos ellos no se encuentre uno

solo que no esté bien torneado. El lenguaje es correcto y puro y sabe ataviarse con la riqueza y galas del idioma castellano.

Desde el año de 1836 hasta el de 56 reúnanse una vez cada semana en el colegio de Letran D. Andrés Quintana Roo, D. José María y D. Juan N. Lacunza, D. José Joaquín Pesado, D. Guillermo Prieto, D. Francisco Ortega, D. Alejandro Arango y Escandón, D. Manuel Carpio y algunos otros que más tarde se distinguieron en la literatura patria, y esa Academia se estableció para leer y examinar mutuamente sus composiciones y discutir sobre las reglas del arte. Carpio desplegó los principios severos del gusto clásico, siendo el primero en acatar en sus escritos tan sabias reglas. En los años de 56 y 57 desempeñó con notable celo la secretaría de la Academia de San Carlos, de la que era miembro honorario y coadyuvó con sus conocimientos al mayor éxito, dando lecciones de anatomía á los pintores de ese plantel.

Como hombre político figuró también, habiendo sido electo diputado al Congreso general por el Estado de su nacimiento, y en otras ocasiones miembro de la legislatura del mismo Veracruz; formó parte más tarde (1853) del Consejo de Estado como repre-

sentante del de Nuevo León, y cuando se veía investido de alguno de estos cargos, observaba en todos sus actos una energía y severidad verdaderamente espartánicas.

Casó Carpio años atrás con D^a Guadalupe Berruecos, señora que se hizo notable por sus bellísimas cualidades. En la vida del hogar halló todas las delicias que puede el hombre recto y amante de lo bello y de lo santo encontrar en su peregrinación sobre la tierra, pero esta felicidad era demasiado grande para ser duradera, y en 1856 murió su excelente consorte y con ella sus más caras y hermosas ilusiones; esta pérdida hirió tan profundamente su corazón, abatiendo su espíritu que él mismo conoció su próximo fin. Fué atacado por un mal cerebral que pronto se explicó por una especie de oblivion y por algún entorpecimiento de la inteligencia; arrastró de esta suerte una vida hartó penosa por espacio de un año, y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero de 1860, espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad con la serenidad del justo que se entrega á las dulzuras de un apacible sueño. Sus funerales fueron un duelo público y al cerrarse para siempre la losa de su sepulcro, fué humedecida por las lágrimas de miles de personas

que perdian en él no sólo á uno de los brillantes génios de la poesía mexicana, sino al amigo sincero, al maestro docto, al eminente patriota y al tierno y cariñoso padre que en su paso por la vida, tantas lágrimas enjugó y remedió tantas miserias.

¡Honor á su memoria!

México, Setiembre 15 de 1885.

FEDERICO CARLOS JENS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CALLE VALERDÍAS Y TOLDO

La inmensidad de Dios.

El sol con sus rayos espléndido alumbra
Las grandes llanuras, los bosques más densos,
La tierra, los mares y espacios inmensos,
Y todo la anima su luz y calor.

Así, Dios sublime, tú llenas los mundos
De un lado hasta el otro del gran firmamento,
Y muy más arriba se eleva tu asiento,
A donde no llegan los rayos del sol.

Mi mente recorre en los años que fueron,
Y allá en el diluvio te miro presente:
Inundas las bastas regiones de Oriente,
Y escucho tus aguas bramando pasar.

Y cubren tus olas también el Ocaso,
Sumerges ciudades y pobres cabañas,
Y en toda la tierra destruyes montañas
Del polo del Austro al polo Boreal.

Tú abriste las aguas del piélago hirviente,
Pasó por su fondo tu pueblo querido,
Y á tu orden el golfo, con largo bramido,
Las huestes egipcias voráz se tragó.

El grande Alejandro se hallaba contigo
Al dar las batallas de Tiro y Arbela.
Y el Griego á tu vista el Asia desvela
Y el trono de Persia por tierra cayó.

Tú vuelas encima del mar de Lepanto
Y pones en fuga la escuadra agarena,
Y luego coronas la frente serena
Del hijo de Carlos con lauro inmortal.

Y te hallas en medio del humo y estruendo
Del rudo combate do muere Gravina,
Y á Nelson ilustre tu mano destina
Espléndidas palmas allá en Trafalgar.

Al ver cómo cruza la negra tormenta,
Al ver en la nube surcando la llama,
Cuando oigo el estruendo del viento que brama,
Me digo á mis solas: "Allí vá el Señor."

Pasada la lluvia la yerba se alegra
Y al aire se mueve mojado su tallo,
Y yo con la mente pasmada te hallo
Allá entre las hojas de la húmeda flor.

Si subo á la cumbre del Líbano altivo,
Si subo á los hielos del alto Orizava,
Si miro en su crater la férvida lava,
Pasmados mis ojos te encuentran allí.

Si bajo y recorro los grandes desiertos
En donde rébraman soberbios los ríos,
Si voy á los campos y bosques sombríos
Te encuentro presente delante de mí.

Al ir por los mares oscuros del Norte
Allá te descubro trás densas neblinas,
Y sobre las islas y heladas colinas
Te miro en tu carro volando cruzar.

Al ir por los mares del trópico ardiente
Te miro que pasas en un torbellino;
Si bajo á las rocas del fondo marino,
También en el fondo te encuentro del mar.

Tu mano conduce las aves viajeras
Que pasan los mares á grandes bandadas,
Palomas azules y garzas rosadas
Y blancas cigüeñas y negro zorzal.

Pasando el invierno los pájaros vuelven
A ver sus campiñas y selvas y lagos:
Allí los mantienes, y alegres y vagos
Su arroyo visitan y nido natal.

¡Qué grato es sentarse de noche en la orilla
Del mar solitario que azota en la arena,
Y verte en la luna magnífica y llena
Que sube rodando del piélagos azul!

Espléndido tu angel conduce en la mano
Allí en las alturas el rauda cometa,
Conduce un arcangel á cada planeta
Y al sol esplendente, radiante querub.

Tú llevas volando por ese vacío
A inmensas distancias estrellas hermosas,
Antares rojizo y al Norte las Osas,
Y al Sur el Centauro y el nítido Orión.

Aún muy más arriba lanzaste potente
Millones de soles, y mundos y mundos,
Y allá en los confines de espacios profundos
Formaste más globos, INMENSO CREADOR.



CASTIGO DE FARAON.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nacar y de oro luciente,
Angusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas.
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante,
En ondas le baja cubriéndole el pié.

El trono rodean soldados adustos,
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Conturnos vellosos de piel de león.

Su cota de acero bruñida relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la ceña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varon venerable,
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Creador.

"Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
El quiere libranos y es fuerza partir.

Humíllate, debil, al fuerte Adonai,
El hizo los montes, los campos y mares,
Y allá en esos cielos él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir."

El rey, entre tanto, cambiando colores,
Se inunda su pecho de cólera amarga;
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.

Temblaban las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca; cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

“¿Cómo es que un Hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan solo de mágica vara
Me pida insolente, así cara á cara,
Librar á sus tribus? Así no será.

Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán.”

Oyendo el profeta palabras tan duras,
“Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.”

Y dando la vuelta salió del palacio,
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,
Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silvaban los vientos;
De Tebas y Tamis los ondas cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las aguas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos.
La yerba del campo y el árbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Méfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar.

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y solo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Más alza el caudillo la vara potente,
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega,
Tan solo el Hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las candidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos; los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Más ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura,
Sudando y combulso se siente morir.

Un angel, en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo:
Con la ala derecha tocaba el mar Rojo
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;

Así pasó el angel airado matando
A cuantos varones nacieron primero;
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio, llevaba la gente
Pavor en el alma; sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,
Sus lágrimas ruedan, y dá un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando;
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Gritaban las madres por calles y plazas,
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
 Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
 Oprime sin tregua con bárbara mano,
 Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche, soñando en un viaje,
 Las tribus dormían en rústicos lechos;
 Terror no agitaba los cándidos pechos
 De aquellos mortales, amor de Jehová.

El angel en tanto, se para en la cumbre
 De la alta pirámide, y dá una mirada
 A todo el Egipto, y envaina la espada,
 Y quédase un rato pensando entre sí.

De nuevo despliega sus rápidas alas,
 Y parte y resuena su espada en el vuelo,
 Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
 Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

Así en ese tiempo y en esas regiones,
 Quebranta Adonai la fuerte cadena
 Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
 Al bárbaro Egipcio y al gran Faraón.

Libró á los Judíos con brazo robusto,
 Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
 El fuerte Moabita, y el fuerte Idumeo,
 Y el rico Fenicio temblaba en Sidón

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
 De Tebas y Ménfis allá entre las ruinas,
 Que vieron al angel en densas neblinas
 Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte, á orillas del Nilo,
 Al dar á los turcos batalla tremenda,
 Es fama que dijo: "Aquí va la senda
 Que ha visto de un angel la sombra pasar."

Paso del mar rojo.

El pueblo de Jacob salido había
De Ramasés con el placer más vivo,
Viéndose lejos de monarca altivo
Y viendo rota su cadena impía.

Los viejos besan á sus hijos tiernos,
Estos abrazan á sus buenos padres,
Las doncellas les dicen á sus madres:
"Por fin ya libres conseguimos vernos."

Rodaba el cielo cóncavo, y rodaba
El magnífico sol para el Poniente,
Quemaba el soplo de huracán vehemente,
Cual si fuera vapor de roja lava.

Estaba el pueblo ya sobre el mar Rojo
Cuando volvió los ojos al desierto,
Y viendo á los Egipcios quedó yerto
Y víctima creyose de su enojo.

Del ejército grande el polvo miran,
Que en remolinos por el aire sube,
Y al ver que viene la anchurosa nube
Tiemblan las tribus y en desorden giran.

Ya se oye la confusa gritería
Del enemigo que veloz se acerca,
¡Ayl! ¡qué los carros ya se ven de cerca,
Y de cerca se vé la infantería!

Ya se oye el galopar de los corceles
Que avanzan con ardor y los bufidos
De las yeguas de Arabia, y los mugidos
Del Dios Apis ceñido de laureles.

¿Quién es aquel de reluciente cota,
De ropaje magnífico de grana,
De armas brillantes, juventud lozana,
Casco bruñido, y blanca la garzota?

Negros caballos con la crin flotante,
Grandes, soberbios, de ademán bizarro
Tiran gloriosos su dorado carro
Y van á toda rienda por delante.

Es el monarca: escolta polvorosa
En ruidoso tropel lo va siguiendo:
De los caballos y armas al estruendo
De vanagloria el bárbaro rebosa.

Congoja amarga, amargo desconcierto
Para el pueblo que mira allí su tumba!
Delante de sus piés el mar retumba,
A la izquierda y derecha está el desierto.

"Caudillo de las tribus! las edades
"Gemirán al recuerdo de este día.
"¿Sepulcros en Heliópolis no había? ¡
"¿Por qué morir en vastas soledades?

"Mejor no fuera á orillas del gran río
"Alzar palacios, cavar canales,
"Que perecer en estos arenales
"Entre las manos del Egipto impío."

"Hijos del padre Abraham! valor y esfuerzo,
Dijo Moisés: "la mano omnipotente
"Hará desaparecer toda esa gente,
"Como las hojas que arrebató el cierzo."

Dijo, y el angel que en su nube envuelto
Caminaba del pueblo á la vanguardia,
De un paso colocose á retaguardia
Con sable en mano y ademán resuelto.

Moisés la vara sobre el mar levanta
Y se abre el mar con formidable estruendo;
El abismo descúbrese tremendo
Jamás hollado por humana planta.

¿Quién es el fuerte que rompió las ondas
Y por medio del agua abrió camino?
¿Quién la suspende con poder divino
Dejando enjutas las arenas hondas?

¿Quién, sino aquel Señor que en sus enojos
Al relámpago llama, y obedece,
Que enciende el rayo cuando le parece,
Que apaga el sol al brillo de sus ojos?

¿Quién, sino Aquel que en el inmenso cielo
Hace rodar sus infinitos mundos,
A quienes ni los sabios más profundos
Pueden seguir en su incansable vuelo?

El terrible Moisés baja el primero
Con firme paso al tenebroso abismo,
Síguele Araón con íncito heroísmo
Y el pueblo marcha por aquel sendero.

Las gentes silenciosas entre tanto,
En las profundidades solitarias,
Hacen al cielo tímidas plegarias
Lloroso el rostro y pálido de espanto.

"Volad, el rey gritó, los fugitivos
Caigan al golpe del terrible acero,
Y los que escapen del rigor primero,
Vuelvan á Tanis otra vez cautivos."

Dijo, y su tropa en orden de batalla
 Entra en el mar que encadenado ruge:
 El armamento en las tinieblas cruje:
 Calla el infante y el ginete calla.

Huye hijo de Jacob, que ya insolente
 El Faraón cual tempestad avanza
 Al fondo del abismo y ya te alcanza
 Entre espantosa multitud de gente.

El angel que escuchó no muy distante
 El ruido de los carros y corceles,
 Volvió la cara y viendo á los infieles,
 Con rostro airado se paró delante.

Al trueno de su voz tiembla la tierra,
 Y en lluvias el nublado se desata,
 Como el agua de inmensa catarata
 Que se despeña de fragosa sierra.

En esta noche lóbrega y tremenda
 Los cárdenos relámpagos relumbran,
 Ruedan los rayos que la mar alumbran
 Y brama el viento en la funesta senda.

¡Ay, que el monarca desmayarse sienta!
 Y sus caballos despreciando el freno,
 Arrancan espantados con el trueno,
 Y estrellan la carroza reluciente.

¡Cuánta desolación en los soldados!
 ¡Y qué terror! Legiones con legiones,
 Carros con carros chocan, y bridones
 Con bridones se mezclan asustados.

Firme Moisés, alzó la fuerte mano
 Sobre el pesado mar, y el mar revienta
 Y se desploma como gran tormenta
 Encima de las tropas del tirano.

Las olas en ruidosos remolinos
 Envuelven al caballo y caballero,
 Y al que tira la flecha y al hondero,
 Y al rey con sacerdotes y adivinos.

Echan fuera las aguas entre espumas,
 Las espadas, las picas, los escudos,
 Los fuertes cuerpos de guerreros mudos
 Y sus morriones de flotantes plumas.

También tú, ¡oh rey! cubierto con tu malla
 Tendido estás, helado y sin aliento,
 Expuesto al agua y al calor, y al viento,
 Junto con tus caballos de batalla.

¿En dónde están tus bravos escuadrones
 Y tu hirviente y atroz infantería?
 Duermen el sueño de la muerte umbría
 Al lado de sus lanzas y pendones.

Cuando pasan los Arabes salvajes
 Detrás de sus pacientes dromedarios,
 Aquí hollarán tus huesos solitarios
 Y hollarán tus magníficos plumajes.



El monte de Los Olivos.

Hincadas las rodillas hacia oración diciendo: "Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este caliz, no obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intención. Y vino un sudor como gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo.

SAN LUCAS, XXII, 41, 42, 43, y 44.

Viendo el Hijo de Dios que ya venía
 De su angustiada vida el fin temiendo
 El torrente Cedrón pasa gimiendo,
 Y sube al monte en que llorar solía.

Era la noche, y todo estaba en calma
 El viento, el mar, la tierra delincuente,
 Sólo Jesús allá en el Huerto siente
 Inmensa agitación dentro del alma.

La luna melancólica y sublime
 Está alumbrando con su rayo muerto
 A tres hombres dormidos en el Huerto,
 Y al Dios del mundo que en silencio gime.

Hincadas las rodillas vacilantes,
 Alza las manos lánguidas al cielo,
 Alza los ojos que marchita el duelo,
 Ojos un tiempo hermosos y brillantes.

A veces inclinada la cabeza,
 El suelo toca con la blanca frente,
 Y húmedo deja con sudor caliente
 Aquel lugar de llanto y de tristeza.

Tal vez en tanto Salomé la bella
 Bailaba alegre como en otros días,
 Y Jesús en sus tristes agonías
 Lloraba por Herodes y por ella.

Al alma presentósele muy clara
 La historia de los hombres sus hermanos
 Y al pensar en Salem, con ambas manos
 Cubrió el sonrojo de su hermosa cara.

¡Oh Padre! si es posible entonces dijo,
 Ese caliz aparta de mi boca,
 Ten compasión del Hijo que te invoca,
 Ten compasión de tu inocente Hijo.

Pero haz tus voluntades sin reserva,
 Hazlas, Señor, en mí como es debido:
 Dijo, y del pecho le salió un gemido
 Y postrado cayó sobre la yerba.

¡Cuán otro estabas en mejores días
 Cuando eras tierno y balbuciente niño,
 Y de una Madre llena de cariño
 Los abrazos y besos recibías!

Este es el Dios cuyo terrible trueno
 Hace temblar los montes y ciudades,
 ¡Ay cómo gime en tristes soledades!
 ¡Ay cómo tiembla de terrores llenos!

Y no es porque le falte fortaleza
 Para desencajar la tierra y cielo,
 Sino que Él mismo se humilló hasta el suelo
 Deponiendo su honor y su grandeza.

Viendo Dios á Jesús agonizante,
 Le dolió el corazón en lo más vivo;
 Estaba el Hijo bajo el triste olivo,
 Pálido, desmayado y palpitante.

Entonces haber hecho á los humanos
 Al Padre le pesó la vez segunda:
 Allá en tiempos atrás la tierra inunda,
 Más hoy no mueve sus potentes manos.

"Angel de luz, al Olivar descende,"
 Dijo en el cielo el Hacedor del mundo,
 "Infunde aliento al Hijo moribundo;"
 Y el angel volador el aire hiende.

Sostiene á Dios en el quebrado suelo
 Con los brazos, y ánimale á la muerte;
 Y al ver así descoyuntado al Fuerte,
 Cúbrese el rostro con su negro velo.

La paz en tanto ocupa estos retiros,
 Las hojas de la palma están serenas,
 So oyen las olas del torrente apenas
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.

Llegada al colmo la mortal congoja,
 Clama á su Padre con mayor vehemencia,
 Y cae segunda vez en su presencia
 Cubierto en sangre que la tierra moja.

En tan mortal y pálido desmayo
 No quiere usar de su poder divino;
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,
 Y á su derecha encadenado el rayo.

Mas viendo el Salvador que se adelanta
 Para prenderle silenciosa tropa,
 Por fin apura la tremenda copa,
 Y del suelo sudando se levanta.

Júdas en tanto llegase al Ungido,
 Y á venderle besándole se atreve,
 ¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!

AL NACIMIENTO DE LA VIRGEN.

Nació una niña en la infeliz Judea,
Niña preciosa, y se llamó María:
Era más bella que un botón de rosa
Mojado con la lluvia matutina.

Ojos azules de color de cielo,
Rojos los labios cual purpúrea tinta,
Y blanca y tierna, y de cabellos blondos,
Y amable como simple cervatilla.

¿Qué distantes estaban las Romanas,
Las romanas magníficas y altivas,
De pensar que en un pueblo del imperio
Pobre su emperatriz nacido había!

¿Ni cómo Octavio y su estruendosa corte
Entre tantas victorias y conquistas,
Creyeran que viviese ya la Madre
Del Hombre que su gloria eclipsaría?

El Dios de las sonoras tempestades
A su hija hermosa complacido mira,
Y hace callar el huracán y el trueno
Porque no asusten á su tierna niña.

Un ángel colocó junto á su cuna,
Fuerte espada colgábale en la cinta,
Para que á la inocente defendiera
Contra el rencor de la serpiente antigua.

Llenó de gracia y dones inmortales
El alma encantadora de María,
Alma más pura que la blanca luna,
Más pura que la estrella vespertina.

El Hijo del Señor bajó del cielo
Y abrazó á su criatura la más linda,
Y un ósculo filial le dió en la boca
A la que Madre suya al fin sería.

Y tuvo compasión de la inocente
Al contemplar que en borrascosos días
Agolpadas congojas á congojas,
Su blando corazón desgarrarían.

Y escuchaba los lánguidos gemidos
Que en la infeliz Jerusalem daría
Y miraba sus lágrimas amargas
Rodando por sus pálidas mejillas.

Y al pensar en escenas tan terribles
 A los brazos otra vez volvía,
 Y á su futura Madre con ternura
 El Hijo Dios llenaba de caricias.

¡Dichosa, muy dichosa, Hija del cielo!
 Tú que fuiste sin crimen concebida,
 Tú vales más que el querubín radiante,
 Y formas de tu Padre las delicias.

Tú ruegas por los hombres delincuentes
 Si ves de Dios la cólera encendida,
 Y alzas juntas las manos suplicantes,
 Y el rayo apagas en su diestra misma.

Tú que sabes de angustias y de llantos,
 Eres con tus hermanos compasiva,
 Y llena de ternura blandamente,
 Su amargo lloro con tu mano limpias.

Danos, pues, de piedad una mirada:
 Todo amenaza mortandad y ruina;
 Tú que sabes de angustias y de llantos,
 De tantos males á tus hijos libra.

LA MUERTE DEL REDENTOR.

Aquel Señor que en el profundo cielo
 Derramó sus magníficas estrellas
 Que lanzadas cual rápidas centellas
 Pasan gloriosas con inmenso vuelo.

Aquel Señor que sumergió enojado
 El Popocatepetl y el Himalaya,
 Haciendo de la tierra un mar sin playa
 Do el hombre criminal quedó anegado.

Hoy deshonorado, pobre y desvalido,
 En la cumbre del Gólgota tremendo,
 Colgado de una Cruz está muriendo
 En medio de su pueblo enfurecido.

Hostigada la cólera del Padre,
 Cual rápida corriente se desata,
 Y en su furioso vértice arrebatada
 Al Discípulo, al Hijo y á la Madre.

Sin fuerzas y sediento y desvelado,
Dios es la burla y risa de la gente;
A la izquierda y derecha un delincuente,
Jesús en medio á cargo del Soldado.

¡Ay de mí! Cual estás, qué diferente
Hoy te presentas del que ser solías,
Cuando allá en el Tabor resplandecías,
Cuando increpabas á la mar hirviente!

La tibia sangre y el sudor gotea,
El desamparo y la congoja crece,
Y el cuerpo desangrado se estremece:
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Los ojos vuelve al enojado cielo,
Los ojos digo, pues las blancas manos,
Traspasadas con clavos inhumanos,
De moverse no tienen el consuelo.

Privado de su honor y de su gloria,
Para más agravar su pesadumbre,
Repasa con amarga certidumbre
Del mundo ingrato la tremenda historia.

Y el Dios terrible, cuyo enojo espanta
La tierra, el mar y el anchuroso cielo,
Un solo palmo no encontró de suelo
En que apoyar su lastimada planta.

Entre el tormento que el verdugo emplea,
Entre la maldición y el alarido,
Murió por fin á su sudor rendido;
¡Ay, infeliz de la nación hebrea!

Tiberio en tanto, en la estruendosa Roma,
Entre el oro y la púrpura del sòlio,
Al orgullo del alto capitolio
Juntaba los placeres de Sòdoma.

¿Cómo es que estás, Señor, tan humillado
Tú, cuya airada faz relampaguea,
Que si tocas un monte, el monte humea,
Que si tocas el mar, huye espantado?

¿Te has olvidado del honor divino
Que debe darte el hombre miserable?
¿Dónde apagaste el rayo formidable?
¿Dónde dejaste el trueno y torbellino?

¡Pueblo infeliz! En qué pudo ofenderte
Ese inocente de congojas lleno?
¿Ni qué más pudo hacer un Dios tan bueno
Que por amor á tí sufrir la muerte?

Bebió por tí la copa de amargura,
Copa terrible que beber debías,
Y al tremendo patíbulo lo envías
En premio de su amor y su ternura.

¡Espantoso deicidio, que horroriza
Al corazón más duro y delincuente!
De horror se pone pálida la frente,
Y el cabello también de horror se eriza.

Catón, rasgando con su propia mano
La misma herida que se dió en el pecho,
De su alma atroz manifestó el despecho,
No la virtud heroica de un romano;

Pero Jesús, con ínclita grandeza,
Entre la execración y los dolores,
Ruega por sus verdugos y opresores,
Y muere sin orgullo y sin vileza.

Ese que ves tan pálido y sin vida,
Desfigurado su semblante bello,
Con sangre endurecido su cabello
Y abierto el pecho con profunda herida;

Ese pobre que á fuerza de tormento
Ha fenecido á fuerza de pesares,
Vale más que la tierra con sus mares,
Vale más que el inmenso firmamento.

Vendrá tiempo en que príncipes y sabios
Doblen ante El sumisos la rodilla,
Y descarán con hnmildad sencilla
En sus sangrientos piés poner los lábios.

Celocará su trono reluciente
Más allá de ese cielo diamantino,
Y ante su rostro espléndido y divino
El querubín humillará su frente.

A sus piés pasarán con vuelo inmenso
Los brillantes luceros á millones,
Que humildes le darán adoraciones
Entre el olor y el humo del incienso.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las olas del mar muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas;
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salem las almas.

El Señor, entretanto, sin consuelo,
Y desangrado y con la Cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro,
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y el triste Centurión iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor esa mañana
Envuelto con el polvo del gentío.

A solas repasaba tristemente,
En medio de tan lúgubre aparato,
La amarga historia de su mundo ingrato,
Mundo á la par soberbio y delincuente.

Tal fué el calor y agitación del día,
Que va su cuerpo de sudor bañado,
Y sin aliento va, y en tal estado
Su corazón perdona todavía.

De este modo la tórtola sencilla
De las desiertas rocas moradora,
En garras del alcón que la devora
Sufre inocente y muere sin rencilla.

En medio de las olas de la gente
Puédese apenas descubrir al Verbo:
En sus ojos se ve pesar acerbo,
Grande congoja en su abatida frente.

Al cansancio rendido y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,
Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

La sangre de Jehová corre caliente
 Por su cuerpo blanquísimo hasta el suelo,
 Cubre sus ojos tenebroso velo,
 Y poco á poco desmayarse siente.

Aparta ¡oh Padre! del Ungido, aparta
 La copa del dolor que está bebiendo:
 Su alma se rinde en lance tan tremendo
 Harta de tedio y de congojas harta.

En tan profunda y angustiosa pena
 Inconsolable Dios lanzó un gemido,
 Hasta que, al fin, á su dolor rendido,
 Cayó y su Rostro se estampó en la arena.

Entonces crece al popular murmullo,
 La burla entonces del gentil osado,
 Entonces los insultos del soldado,
 Y el triunfo vil del farisaico orgullo.

Cayó el Verbo en la arena desangrado,
 quedóse un instante sin aliento,
 Pálido, sin color, sin movimiento,
 Como la flor que deshojó el arado.

Ese que ves postrado y abatido,
 Mojada en sangre y en sudor la ropa,
 Hecho el ludibrio de insolente tropa
 Y objeto de sacrílego alarido;

Es el mismo que estaba allá presente
 Cuando el Padre los cielos extendía:
 A los astros caminos prescribía
 Y les daba la luz resplandeciente:

Es el mismo Criador, el Hijo mismo
 Que si amenaza al mar, el mar se humilla,
 Que pasar no le deja de su orilla
 O bien lo arroja de su inmenso abismo.

Aquí rindióse á un pálido desmayo;
 Pero cuando su rostro centellea,
 La alta montaña formidable humea,
 Y vuelan el relámpago y el rayo.

Se alzó por fin, y puesto á mil sonrojos
 Bajaba el melancólico semblante,
 Y solo á veces por algún instante
 Tornaba al cielo sus nadantes ojos.

Entre negro terror y sobresalto
 Al deshonorado Gólgota camina,
 Y al grave peso de la cruz se inclina
 Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á ti la Virgen bella,
 En sus ojos, Señor, tus ojos clavas;
 Pero al mirarla, de dolor temblabas,
 Y al mirarte temblaba también ella.

Y suda de amargura y de congoja,
Viendo el sudor de tu humillada frente,
Y sin consuelo llora la inocente
Al ver el llanto que tu rostro moja.

Huérfana ¡ay Dios! y atónita de espanto
Te acompaña tu Madre desvalida,
Pasada el alma con terrible herida,
Suelto el cabello y descompuesto el manto.

Entre tanto, la Roma de Tiberio
Dominada de lúbricas mujeres,
Al fausto se entregaba y los placeres
Con escándalo inmenso del imperio.

Allá las damas sus hermosos cuellos,
El pecho y piés descubren licenciosas,
Mientras que por venderse las esposas
Perfuman sus adúlteros cabellos.

Piadosas á tu lado unas judías
Tu deshonor y suplicio van llorando:
¿Por qué no muestra corazón tan blando
El pueblo todo que escogido habías?

“¡Ay, no lloreis por mí! dices gimiendo,
Por vosotras llorad, y vuestros hijos:
Tiene el grande Jehová los ojos fijos
En Salem y en el Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,
Al hijo mismo del Creador del cielo,
¿Qué esperanza le queda de consuelo,
Qué esperanza le queda al delincuente?

“Un enemigo irresistible y duro
Os cercará de foso y de trinchera,
Matanza sin piedad habrá por fuera,
Matanza sin piedad dentro del muro.

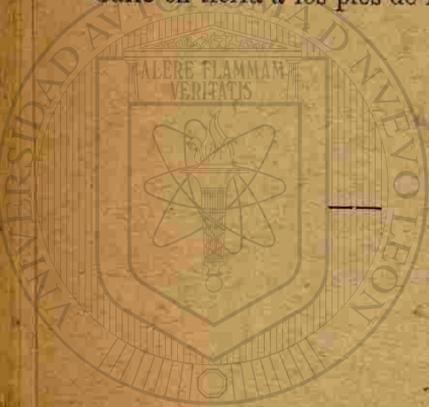
“Temblarán las doncellas delicadas
De las armas romanas al estruendo,
Y de Jerusalem saldrán huyendo,
¡Ayl huyendo como aves espantadas.

“El extranjero, de piedad ajeno,
Con el pueblo será tan inclemente,
Que cruces faltarán para la gente,
Y para cruces faltará terreno.

“Vendrán la peste y la hambre asoladora,
Seguiranse batallas á batallas
Y abrasará palacios y murallas
Y el templo ¡oh Dios! la llama vengadora.”

“Sangre y más sangre correrá en el foso,
Y en esas calles que darán espanto,
Y en esas plazas húmedas del llanto
Del niño, de la esposa y del esposo.”

Dijo, y los pretorianos sus vasallos
 Lo impelen y urgen con terrible acento,
 Y al tocar en el Gólgota sangriento,
 Calló en tierra á los piés de los caballos.



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ.

Lanzaba el sol su fuego á medio día
 Sobre las tristes rocas del Calvario,
 El campo estaba ardiente y solitario
 Y hoja ninguna en su arbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales
 Las tibias aguas del Jordán revuelto,
 Busca las sombras el venado esbelto
 Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
 El cuello tuerce el espinoso cardo,
 Y entre las grietas del peñasco pardo
 Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre-Dios allá pendiente
 En la cumbre del Gólgota gemía,
 Y sudaba y temblaba en su agonía
 Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo y casi muerta,
A ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el Hijo clavas.

Al mirarle temblar suda tu cuello
Y tu alba frente suda, y te estremeces;
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja
Brotaba caliente, y al brotar humea,
Y á proporción que de Jesús gotea,
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre y oscura y despreciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legionario desatento.

A cada queja que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algún desapiadado
De blasfemar del inocente verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y á sus sabios,
Que no son dignos de poner sus labios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo,
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¿Cómo de fuego inmenso torbellino
No derritió las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Habram, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¿Cómo al tronar la tempestad horrenda
Sin desmayar tu corazón resistes?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de Niño en tiempo más sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,
Todo desgarras tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto el Olivar tremendo.

En medio del dolor más inhumano
 En contorno buscabas un asilo,
 Y en contorno encontrabas muy tranquilo
 El semblante del bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
 Distes gemidos tristes y dolientes,
 Cual suelen las palomas inocentes
 En los sauces amargos de los ríos.

Y las manos blanquísimas torcías,
 Y las alzabas al tremendo cielo,
 Y no encontrabas á tu mal consuelo.
 ¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra:
 Cercada estás de pálidos tiranos;
 Se palpan las tinieblas con las manos
 Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
 De esparcir el terror, y tú entre tanto
 Temblabas ¡ay! atónita de espanto
 Sobre el Calvario que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos
 Y entre las rocas puesta de rodillas,
 Enjugas en tus pálidas mejillas
 El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
 Todos estremeciéronse tus huesos,
 Y en mortal languidez ni darle besos,
 Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero después le das ósculo ardiente
 Y mil abrazos que el amor demanda,
 Acariciando con tu mano blanda
 Sus muertos ojos y su helada frente.

¡Quién creyera al mirar á este hombre muerto
 Reclinado en el seno de su Madre,
 Que fuese el mismo resplandor del Padre,
 Y el Jehová del mar rojo y el desierto?

Del Gólgota no lejos algún día,
 Para vengar tan bárbaro delito,
 Pondrá sus tiendas el romano Tito
 Y entonces, ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalem, que ya le espera
 Hambre, y matanza, y fuego pavoroso,
 La ceñirán de inmenso contrafoso,
 La ceñirán de sólida trinchera;

La estrechará feroz infantería,
 Y en medio del furor de la batalla—
 Por la brecha entrarán de la muralla.—
 ¡Virgen, perdona á la nación Judía!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
 VALERE FLAMMAN VERITATIS
MEXICO.

Espléndido es tu cielo, patria mía,
 De un purísimo azul como el zafiro,
 Allá tu ardiente sol hace su giro,
 Y el blanco globo de la luna fría.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
 De noche las estrellas á millares,
 Canope brillantísimo y Antáres,
 El magnífico Orion y Cinosura.

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
 El apacible Júpiter y Tauro,
 La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
 Y tú el primero ¡oh Círio centelleantel!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes!
 ¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
 ¡Cuán fértil, cuan espléndido es tu suelo!
 ¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
 Hendidas por hondísimos barrancos,
 Coronadas están de hielos blancos
 Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
 En la cima de montes y collados,
 Unos quedaron quietos y apagados,
 Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una excelsa cumbre
 Allá abajo las negras tempestades,
 Y brillar en las vastas soledades
 De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
 El suelo oprimen con su mole inmensa,
 Y están envueltas entre nube densa
 Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
 El bosque cruzan á ligeros saltos,
 Y entre los pinos y peñascos altos
 Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
 Asombran con sus peñas corpulentas;
 Braman entre sus bosques las tormentas
 Y un cráter es su procélosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
Columnas de humo y grandes llamaradas,
Ardiente azufre, arenas inflamadas,
Negro betún y calcinadas rocas.

Entonces se commueve el fundamento
De los montes azules, y en contorno
A cien leguas se extiende de aquel horno
El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones
Al repartir al mundo su tesoro,
"Tenga México, dijo, plata y oro,"
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
Y en sus abismos la fecunda tierra,
Ricos metales sin medida encierra,
Que el hombre vil, más que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
La Europa y Asia henchidas de grandezas,
No tienen las espléndidas riquezas
Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
Le ha dado un aire diáfano y sereno,
Aguas hermosas, fértil el terreno,
Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algún día
Fueron su escudo y su brillante gloria,
Sólo nos han dejado su memoria
En sus escombros y ceniza fría.

Qué grato es ver los altos cocoteros
Ceder al peso de sus frutos ricos,
Y flotar sus flexibles abanicos
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estación florida
Altos naranjos exhalando aromas;
Allí descansan tímidas palomas,
Y la sencilla tórtola se anida.

Crecen los espinosos limonares
Bajo los tamarindos bullidores,
Y entorno brotan delicadas flores,
Y entorno silban anchos platanares.

Allá en Oaxaca embelesado admiro
En la campiña fértil y lozana,
Verdes nopales de esplendente grana,
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zarzales,
Merlas, tucanes de plumajes gayos,
Encarnados y verdes papagallos,
Tordos azules rojos carcenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo,
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viajero arrebatan las miradas
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de arboles salvajes,
Bajo cuyos densísimos follajes
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aún estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco,
Se oye á lo léjos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo, en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma,
Así en un tiempo la a'tanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso,
Entre sus melancólicas palmeras,
Se deslizan las víboras ligeras,
O estánse quietas en falaz reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan ágil y ondulante,
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan losalcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan;
Y en su rauda volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta y entretanto
El ánsar con estrépito se baña,
Mientras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.

Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se para
 Junto á la blanca flor de la ninfea,
 Y posada en un pié no se menea,
 Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen
 Flores de oro y azul, bellas y ricas:
 Las espadañas con sus verdes picas
 Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
 Con las lluvias de fervidos estíos,
 Se ven crecer los bramadores ríos
 Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre el barbaro Mezcala,
 El selvoso del Norte, el Albarado,
 El soberbio de Lerma tan nombrado,
 Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
 Palmas y sauces, álamos y pinos,
 Y envueltos en ruidosos remolinos
 Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y lijera
 En su curso á los hombres arrebatada:
 Van encantados con la orilla grata
 Y entran por fin al mar que les espera.

En las grandes sabanas á millares
 Vuelan libres sus bárbaros caballos,
 O quietos se apacientan con los tallos
 De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oír del salvaje el alarido,
 Al retumbar el trueno en los desiertos,
 Aquellos brutos ágiles é inciertos
 Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crín al viento vagaroso,
 Noble la frente, y levantado el cuello
 Grande su pecho, ardiente su resuello,
 Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
 Que cabañas sin cuento echan abajo,
 Y que arrancan los árboles de cuajo,
 Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
 Girando se levantan hasta el cielo,
 Y á lo lejos se extiende oscuro velo,
 Y el ancho bosque con el viento sueña.

Se alzan las olas y los mares rugen,
 Y en las playas se azotan formidables,
 Mientras los gruesos y tirantes cables
 De los navíos con espanto crujen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y á quien el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Más fácil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebató el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos y apacibles grutas,
Y tus perfumes y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus grandes montes y soberbios ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Más ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de la historia.

Es mi voto postrero, patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

Él te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjague tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Brotén las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al margen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios quería.

De la prosperidad, en fin la copa,
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

AL RIO DE COSAMALOAPAM.

Hoy ocupa parte de la población y casa donde nació el
Sr. D. Manuel Carpio.

SONETO.

Arrebatado y caudaloso río
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frío!

De noche en mi agitado desvarío
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor y enredaderas
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan sólo una mirada
A la dulce y modesta casa mía,
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus días medían en el día
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivía.

NAPOLEON EN EL MAR ROJO.

El sol estaba oculto detrás de las montañas
Que forman la cadena de Libia la arenosa,
Debajo de su tienda el árabe reposa,
Reposa el dromedario y el rápido corcel.
Se pierden en las sombras de pavorosa noche
De Tebas y de Menfis las ruinas estupendas;
Profundo es el silencio que reina allá en las sendas
Que van para las Palmas y Fuentes de Moisés.

En tanto Bonaparte camina silencioso,
En un caballo blanco por tristes soledades
Vecinas al Mar Rojo, pensando en las edades
Antiguas que pasaron, y nunca volverán.
Repasa en la memoria batallas y conquistas
De altivos Faraones, de griegos Tolomeos,
De bárbaros Califas, y piensa en los trofeos
Que bratós los cruzados lograron alcanzar.

Absorto en pensamientos gloriosos y sublimes
Camina por la playa del mar adormecido,

Del mar que en otro tiempo con hórrido bramido,
 Caballo y caballero, y carros se tragó.
 La noche se adelanta cubriendo de tinieblas
 El bárbaro desierto y el piélago callado;
 Apénas se distingue soldado de soldado,
 Apénas se distingue camello de bridón.

Del mar en la ribera tan solo se escuchaban
 De pájaros marinos los gritos lamentables,
 Pisadas de caballos y estrépito de sables,
 De tropas que seguían al ínclito adalid.
 En esta negra noche, en medio á tal escena
 Que pasa en el desierto ¿quién ¡ay! pensado habría
 Que Europa la orgullosa vencida en algún día
 Delante de aquel joven rindiérase la cerviz?

En tanto sopla el viento y crece la marea,
 Levántanse las olas y braman y rebraman,
 Y en playas solitarias se estrellan y derraman,
 Y alcanzan al caballo del bravo general.
 La noche es espantosa y pálpense las sombras,
 Incógnita es la tierra, perdido está el camino,
 Y crece la tormenta, y crece el torbellino,
 Ginetes y corceles no saben dónde están.

El férvido caballo del grande Bonaparte
 En medio del peligro salir del agua emprende,
 E indómito su pecho las anchas olas hiende,
 Y abiertas las narices relucha con el mar.

En tanto el jefe altivo descansa en su fortuna,
 Egipto está en su mente, Albión y toda Europa,
 El trono de Capeto y la aguerrida tropa
 Que lunas y turbantes impávido hollará.

Si alguna de las olas lo hubiera arrebatado
 Al fondo peñascoso del piélago profundo,
 ¡Qué llantos y suspiros ahorráranse en el mundo!
 ¡Qué incendios y matanzas ahorráranse también!
 Más Díos que allá á sus soías miraba los imperios
 Y mil y mil designios altísimos tenía,
 Sacó de entre las aguas al hombre que debía
 A pueblos y monarcas poner bajo su pié.

Sacólo de las ondas á fin de que su espada
 De Europa castigase los crímenes sin cuento,
 Los crímenes de un siglo soberbio y turbulento
 Que á todas las naciones de escándalo llenó.
 A Francia lo condujo, y á Italia floreciente,
 A Iberia belicosa, á la ilustrada Prusia,
 Al Austria formidable y á la potente Rusia;
 Y luego á Santa Elena, y ¡á dios de Emperador!

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
 Esa luna magnífica y radiosa!
 Baña las olas con sus luces bellas,
 Esta peña, esta playa silenciosa,
 Y mi triste semblante: las estrellas
 A distancias enormes la acompañan
 Semejantes á pálidas centellas.
 Todo en este lugar convida y mueve
 A suscitar recuerdos en el alma:
 La soledad, la noche, el aire leve;
 La silenciosa luna, el mar en calma,
 Y aquella triste y solitaria palma.
 ¡Oh reina taciturna de la noche,
 Consuelo del viajero y del amante!
 Al ver mis ojos esa luz serena,
 La mente se arrebató delirante,
 Y recorre, afligida de su pena,
 Vastos desiertos, montes y bajíos,
 Mares inmensos, lagos solitarios,

Selvas calladas y soberbios ríos.
 Tú viste la catástrofe tremenda
 Del mundo primitivo, cuyos mares
 Estruendosos, saliendo de sus lechos,
 Sepultados dejaron grandes bosques
 De palmas antiquísimas y helechos,
 Y de árboles sin número, que el sabio
 Absorto mira, enmudecido el labio.
 Allá también en un olvido triste
 Descansando hoy enormes mastodontes,
 Lagartos y elefantes colosales
 Que arrebatados de las olas viste
 Soterrados quedar confusamente
 En medio de montones de animales.
 Siglos después estáticas te vieron
 Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
 Y la famosa Tebas de cien puertas,
 Último esfuerzo de soberbia humana.
 ¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
 Sus palacios y templos y colosos,
 Sus altas torres y anchurosos muros,
 Sus ciudadelas y profundos fosos!
 Más hoy qué diferentes aparecen
 En medio de las vastas soledades,
 A tu luz celestial esas ciudades,
 Que hechura de gigantes me parecen!
 ¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
 ¿En dónde están sus reyes y su gente,

Y tanta vanidad y tanta gloria?
 Todo pasó cual rapidada corriente,
 Y apenas queda su fugaz memoria.
 En las noches brillantes y serenas
 La víbora se enreda en sus columnas,
 O ciñe las estatuas eternas
 Cuando te vé salir de las lagunas
 O de los erizados espinales.
 El insecto contempla tu belleza
 Entre los cardos y verbena ruda
 Que nace en la arruinada fortaleza;
 Y el pájaro nocturno en su tristeza
 Desde el roto obelisco te saluda.
 Enterrados de Egipto en las arenas
 Miras los templos de Memnon y Osiris,
 Los enormes esfinges destrozados,
 Los inmensos y tristes propileos,
 Las tumbas de monarcas ignorados
 A pesar de sus grandes mausoleos.
 ¡Miserables pirámides fastosas,
 Menos soberbias que los vanos reyes,
 Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
 Entre las nubes lánguido se asoma,
 Ayer iluminó con rayo muerto
 El lago solitario de Sodoma.
 Brilló también en el glorioso suelo

Donde el Atrida se acampó y Aquiles;
 En donde estuvo la estruendosa Troya,
 Ora morada de ganados viles,
 Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
 Los escombros del muro y la trinchera.
 Hoy con rayos tranquilos ilumina
 Risueños campos, dulces soledades,
 Lindos arroyos, fértiles colinas,
 Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
 Esta México rica y afamada,
 Esa París gloriosa con su ciencia,
 Y esa soberbia Londres tan hinchada
 Con sus grandes escuadras y opulencia.
 ¡Magníficas ciudades que algún día
 El tiempo ha de asolar á tu presencia!
 Sus pórticos, palacios, coliséos,
 Gimnacios y academias orgullosas,
 Sus grandes bibliotecas y muséos,
 Todo arruinado entre aguas cenagosas
 Servirá de morada en que se oculten
 Verdinegros lagartos y rapozas:
 Y las simples palomas con asombro
 Hacia otro rumbo torcerán el vuelo
 Al ver amontonado tanto escombros.

Allí en el fondo de ese mar que veo,
 Brilló también tu luz encantadora,
 Antes que el Ponto en grande bamboleó

Se volcara en la Atlántida potente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 Quizás ¡oh patria! ha de llegar el día
 Que estallen estruendosos tus volcanes,
 Y que agiten tu atmósfera sombría
 Relámpagos, y truenos, y huracanes.
 Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
 Arrasa entonces en su curso undoso
 Los árboles, cosechas y ganados,
 Las ciudades y pueblos abrasados,
 Las cúpulas, los arcos y columnas,
 Los sabios y el ejército valiente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 ¡Cuántas naciones á su vez pasando
 Envueltas en las olas de la vida,
 En su viaje fatal te iban mirando
 También tú melancólica las viste
 Incensar á sus sátrapas y reyes,
 O bien oyando autoridad y leyes,
 Correr á hundirse en el sepulcro triste.
 A tu vista pasaban como nubes
 Mil pueblos y monarcas opulentos:
 Pasó Nemrod, Sesostris, y Darío,
 Alejandro y los Césares violentos;
 Y tú entretanto sin cesar rodando,
 De los mares te alzabas bella y pura,
 Y á los mares bajabas, relumbrando,
 O ignorada, tristísima y oscura.

Tú seguirías en lánguida carrera
 Circulando serena en el vacío,
 Al paso que otros reyes y otras gentes,
 A leyes invariables obedientes,
 Irán callendo sobre el polvo frío,
 Como las hojas pálidas del bosque
 Al rebramar el huracán sombrío.
 Ilumina mi lúgubre semblante,
 ¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
 Si acaba así la espléndida grandeza,
 ¿Qué será de esta caña vacilante?

JOSE DE JESUS CUEVAS.

LA ORACIÓN DEL NIÑO.

¡Oh Madre de pureza
 Que cuidas con cariño
 Al inocente niño
 Que te ama con fervor!
 Sofoca de mi pecho
 Los malos movimientos
 Y da á mis pensamientos
 Tu virginal candor.

Tú cubres con tu manto
 De estrellas recamado,
 Al niño desolado
 Que gime en la orfandad.
 Al hijo de los reyes
 Y al hijo del mendigo,

A todos presta abrigo
 ¡Oh Madre! tu bondad.

Piedad y larga vida
 Concédele á mi padre;
 Que cuides á mi madre
 Te pido por tu amor.
 Que nunca los pesares
 En vendaval deshecho,
 Derramen en su pecho
 Acíbar de dolor.

De lágrimas es valle
 La vida y de tristura,
 Un valle de amargura
 De cuitas y de horror.
 De abrojos y sin sombra,
 La vida es un desierto! . . .
 A nuestro paso incierto
 Alumbre tu fulgor.

Con fé sella mi frente;
 Dá al pecho dulce calma;
 Y haz brillen en mi alma
 Los rayos de verdad.
 Que no manchen mis labios

Palabras de mentira;
Del corazón la ira
Se aleje y la maldad.

—
¡Oh, Madrel quién pudiera
Volar al cielo santo
Asido ¡ay! á tu manto
La vida al exhalar!
Queremos ir contigo,
Que es triste aqueste suelo
¡Ah! llévanos al cielo
Tus glorias á cantar!

TIRSO RAFAEL CORDOBA

CONCHA.

—
Yo soy la linda concha
De plata y nácar,
Qué guardo hermosa perla
Dentro del alma;
Rico tesoro,
Más valioso en el mundo
Que todo el oro.

—
¿Qué puede compararse
Con la inocencia,
Compañera amorosa
De infancia tierna;
Ángel que al suelo
Para cuidar del niño
Baja del cielo?

Fresca rosa en su caliz
 Guarda escondido
 Embriagador perfume
 Blando, exquisito;
 Y el alma hermosa
 Es del niño inocente
 Como esa rosa.

Ay! perdido el tesoro
 De la inocencia,
 ¿Qué es del hombre infelice
 Sobre la tierra?
 ¿Qué de las flores
 Arrancadas, marchitas
 Y sin olores?

Yo soy la concha bella,
 Yo soy la niña
 Inocente, dichosa,
 Pura y festiva,
 Que sin cuidado
 Oigo bramar las ondas
 Del mar airado.

Soy la blanca azucena
 De grato aroma

Que embalsama las brisas
 Halagadoras;
 Y aún en capullo,
 De amante jardinero
 Formo el orgullo.

Y pues tan afanoso
 Me quiere y cuida,
 Sean para él mis gracias
 Dulce delicia,
 Y nunca el viento
 Me destroce y le cause
 Rudo tormento.

El Angel de la Inocencia.

Á MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,
Tuve yo un sueño
De los más lindos
Y placenteros.

Soñé que andaba
Flores cojiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo lejós
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.

Llega, y absorta
Su faz contemplo,

Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,
Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,
Flotando vaga
Como en el templo
Lijera nube
De blanco incienso.

Y soñé, madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:

“Gracias niña,
¿Por qué tan lejós
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?”

Tu buena madre
 Con afán tierno,
 Te busca inquieta,
 Niña, temiendo
 Que entre las rosas
 Oculto insecto
 Aleve daño
 Te cause fiero;
 O bien que caigas,
 Al ir corriendo,
 En esas ondas
 Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,
 Vuélvete, y presto
 La dulce calma
 Torne á su pecho.

Yo soy el ángel,
 Niña, que velo
 Por la inocencia
 Con amor tierno!"

Dijo así el ángel,
 Y en el momento,
 De nuevo díome
 De amor un beso,
 Tendió las alas
 Y por el viento

Se fué volando,
 Madre, hasta el cielo!

De gozo llena,
 Seguirle quiero,
 Cuando agitada
 Madre, despierto! . . .
 Al ángel busco . . .
 ¡Cuál mi contento
 Es, cuando miro
 Tu rostro bello,
 Tu dulce rostro
 Que es mi embeleso,
 Y es el retrato
 Del que ví en sueños!

MANUEL M. FLORES.

EVA.

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Creador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera lijera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordada en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagarosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del caos aún deslumbrada,

Ébria de juventud y de belleza,
 Virginal y sagrada,
 Velándose en misterio y poesía,
 Sobre el tálamo en rosas de la tierra
 Al hombre se ofrecía.

¡El hombre! Allá en el fondo
 Más secreto del bosque, do la sombra
 Era más tibia del gentil palmero,
 Y más mullida la musgosa alfombra,
 Más tupidas las flores
 Y más rico y fragante el limonero;
 Y llevaba la brisa más aromas,
 La fuente más rumores,
 Y cantaban mejor los ruiséñores,
 Y lloraban más dulce las palomas;
 Do más bello tendía
 Sus velos el crepúsculo indeciso,
 Allí el Hombre dormía,
 Aquel ere su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
 Se mostraba al nacer grande y sereno.
 Dios miró lo creado
 Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
 De aquel instante en la sagrada calma,
 A la sombra, dormido, de una palma
 Estaba Adán. Su frente pensadora,

Su noble faz augusta de belleza
 En medio de su sueño se cubrían
 De una vaga tristeza.
 Oreaba sus cabellos el cefiro;
 Blandamente su pecho respiraba,
 Pero algo como el soplo de un suspiro
 Por su labio pasaba.
 ¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro
 Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio
 De la existencia en el primer momento
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.
 La inmensa vida palpitaba en torno;
 Pero él estaba solo... El aislamiento
 Trasformaba en proscrito al soberano...
 Entonces el Señor tendió su mano
 Y el costado de Adán tocó un instante...

.....
 Suave, indecisa, sidereal, flotante
 Cual ligero vapor de las espumas,
 Cual casto rayo de la luna errante
 En un jirón perdido de las brumas;
 Cual nacida del caliz de las flores,
 Con sus pétalos hecha y sus colores,
 Viviente perla de la aurora hermosa,
 Lampo de luz del verdadero día

Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo ser que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adan . . . Adan dormía.

La primera mujer . . . Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera? . . .

La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbra con auroras bellas;
La que salpica los ctéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas
Para con ellos matizar las flores;

La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer . . . esa te hizo! . . .

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadera
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso . . .
Eva era el alma en flor del Paraíso.
Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa:
Naturaleza toda, palpitante,
Cenía sus contornos voluptuosos:

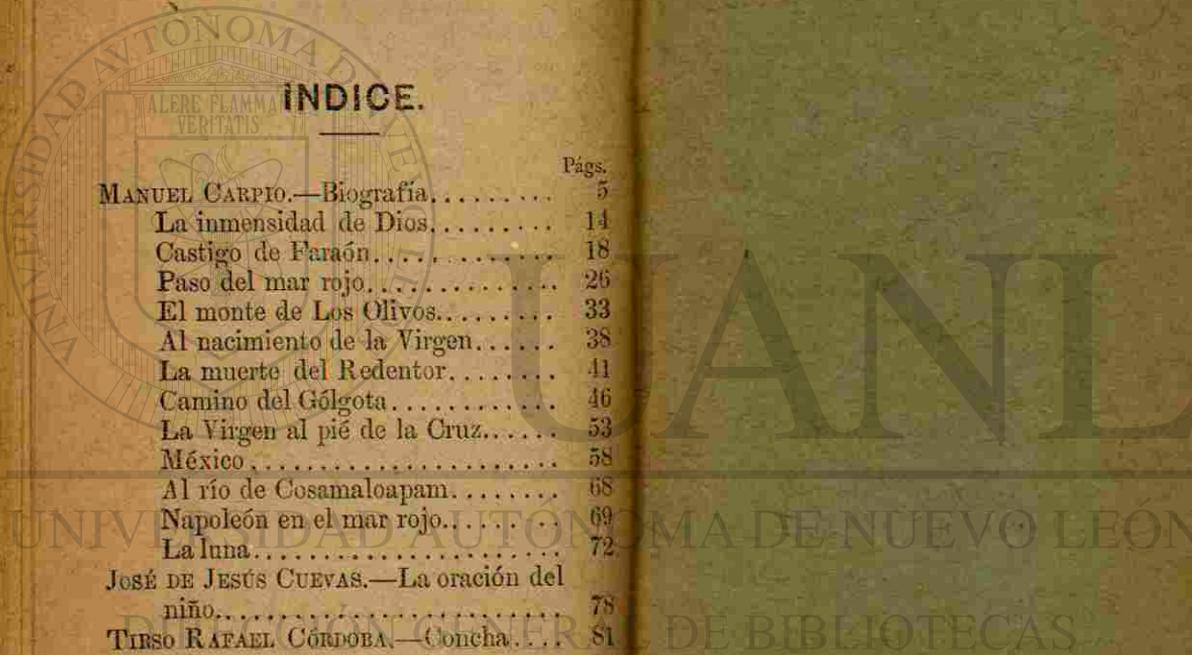
Las hojas la cantaban
 La canción del susurro melodioso,
 Al compás de las fuentes que rodaban
 Su raudal cristalino y sonoroso:
 La arrullaba la brisa con rumores,
 Su cabello empapaba con aromas,
 Y trinaban mejor los ruisseños,
 Y lloraban más dulce las palomas,
 En tanto que las flores
 Húmedas ya con el celeste riego,
 Temblando de cariño á su presencia
 Su pié bañaban de fragante esencia
 Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía;
 Y á la plácida sombra del palmero
 Tranquilo Adán dormía.
 Su frente majestuosa acariciaba
 El ala de la brisa que pasaba,
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,
 Sobre el inquieto corazón las manos,
 Húmedos y cargados de ternura
 Los ya lánguidos ojos soberanos.
 Y poco á poco, trémula, agitada,
 Sintiendo dentro el seno comprimido
 Del corazón el férvido latido;
 Sintiendo que el aliento que salía

Del labio abierto del gentil dormido
 Abrasándole el suyo, la atraía,
 Inclinóse sobre él...

Y de improviso
 Se oyó el ruido de un beso palpitante,
 Se estremeci6 de amor el Paraíso!...
 Y alzó su frente el sol en ese instante.


 INDICE.

	Págs.
MANUEL CARPIO.—Biografía.....	5
La inmensidad de Dios.....	14
Castigo de Faraón.....	18
Paso del mar rojo.....	26
El monte de Los Olivos.....	33
Al nacimiento de la Virgen.....	38
La muerte del Redentor.....	41
Camino del Gólgota.....	46
La Virgen al pie de la Cruz.....	53
México.....	58
Al río de Cosamaloapam.....	68
Napoleón en el mar rojo.....	69
La luna.....	72
JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—La oración del niño.....	78
TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.—Concha.....	81
El ángel de la inocencia.....	84
MANUEL M. FLORES.—Eva.....	88

“EL PARNASO MEXICANO.”

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Ratael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo num. 12

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Esther Tapia de Castellanos.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Garpio.

EN PRENSA.

José Rocas Moreno.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

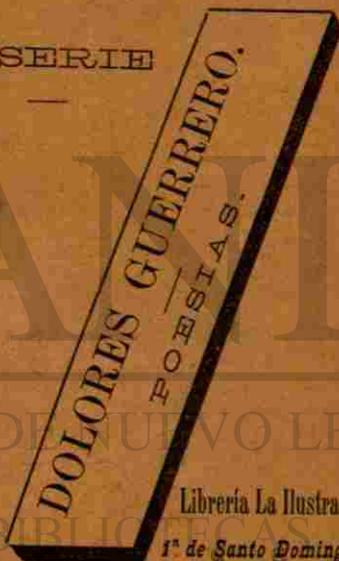
YA ESTA PUBLICADA LA PRIMA DE ESTA PRIMERA SERIE

UN TOMO DE UNAS 200 PAGINAS.

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

2ª SERIE



Librería *La Ilustración*.

1ª de Santo Domingo 12.

MEXICO.

1886.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RAFAEL B. ORTEGA

EDITOR.

EL PARNASO MEXICANO

DOLORES GUERRERO.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme a la ley.

Distinguidos literatos que tienen la bondad de co-
laborar en esta publicación.

SEÑORAS.

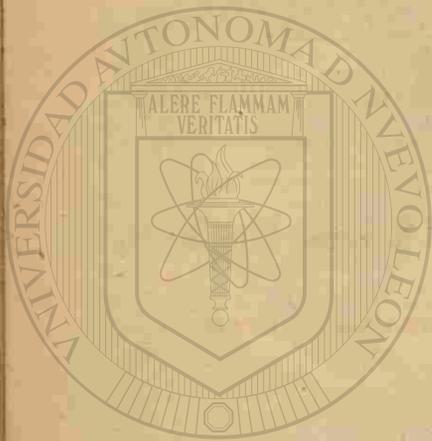
Esther Tapia de Castellanos.—Laureana
Wright de Kleinhans.—Laura Mendez de
Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—
Refugio Barragán de Toscano.—Mateana
Murguía, V. de Stein.—Dolores Correa
Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Pere-
do.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo
Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—
José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—Jo-
sé Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—
Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Ban-
dera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión
Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gu-
tierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de
Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—
José M^a Rodríguez y Cos.—Federico C.
Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutie-
rrez Zamora.—Emilio Fuentes y Betan-
cort.—Enrique de Olavarría y Ferrari.—
Joaquín Trejo.—Javier Santa María.—
Francisco Ortiz.—Juan A. Mateos.—Gus-
tavo A. Baz.—Rafael de Zayas Enriquez.
—Manuel M^a Romero.—Manuel Lizarrit-
turri.—Miguel Portillo.—Rafael Lopez de
Mendoza.—Enrique Gorrostieta.—Ricar-
do Cellard.—José M^a Ramirez.—Manuel
de Olaguibel.—Francisco V. Lara.



DOLORS GUERRERO.



EL
PARNASO MEXICANO

DOLORES GUERRERO

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 1º de Marzo de 1886.

PARAZSO MEXICAZO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBRERÍA E ILUSTRACIÓN

12 - PRIMERA DE CALLE DOLORES

México el 15 de Mayo de 1883

mejor de las estimadas cuando lo que
siempre y a lo que cada día quería una ins-
cripción en nombre de las ciencias de
su época. Conoció el francés y este le
daba un buen medio de hacer cosas
estables en literatura en países for-
nas. Por estos tiempos Lola comenzó a
hacer poemas nuevos en verso, que son
lo que a ella le gusta más y
en versos sencillos en los que habla
de las cosas que le gustan y la
luz de la vida.

DOLORES GUERRERO.

Esta notable poetisa mexicana nació en Durango, capital del Estado del mismo nombre, el día 15 de Setiembre de 1833. Por el año de 1850, habiendo sido electo Senador el señor su padre D. Fernando Guerrero, persona muy distinguida en aquel Estado, pasó a México trayendo consigo a su familia de la que hacía parte su hija Dolores, que desde luego se relacionó con la buena sociedad, haciéndose muy querida y estimada, por su seductora sencillez, su inocente franqueza y su gran dulzura de carácter, así como por su buen talento y rara habilidad.

Lola Guerrero que en esta época solo contaba diez y siete años, tenía una verdadera pasión por los libros; leía, ó

mejor dicho estudiaba cuanto le era posible, y siendo casi niña poseía una instrucción no común en las mujeres de esa época. Conocía el francés y este le daba un buen medio de hacer ciertos estudios en literatura, su pasión favorita. Por estos tiempos Lola comenzó á hacer algunos ensayos en verso, que solo á nosotros mostraba tímidamente y en reserva; ensayos en los que desde luego pudimos conocer el alma y la imaginación de una poetisa.

Un poco mas tarde, animada por nosotros y sus amigos Francisco Zarco y González Bocanegra, alcanzamos que nos consintiese publicar algunos de sus ensayos poéticos, y poco tiempo después los periódicos de la la Capital daban en sus columnas, con general éxito y aplauso, los dulces y sentidos versos de nuestra poetisa.

Su canción que tiene por ritornelo, *A tí te amo no más, no más á tí*, se hizo popular en poco tiempo, era repetida de boca en boca por toda la juventud, y puesta en música por los maestros Paniagua, Octaviano Valle y algún otro profesor.

Bien pronto Lola se vió no solo que-

rida sino admirada por el círculo de jóvenes que á la sazón se distinguían en nuestra naciente literatura y Zarco, González Bocanegra, Marcos Arroniz, Emilio Rey, Juan Diaz Cobarrubias, el niño mártir, Tovar y otros poetas y escritores, formaban su tertulia en la cual la adorable niña, huérfana ya de madre, hacía los honores de una manera tan fina y delicada, que era el encanto de sus amigos y adoradores.

La poetisa que era también artista, tocaba el piano; y aunque no se distinguiese precisamente por una gran destreza, la dulzura, gusto y sentimiento exquisito con que ejecutaba, la hacían muy notable, como aficionada. Aquella joven hacía sonreír ó llorar el piano bajo la presión de sus manos, en cada uno de cuyos dedos parecía tener un corazón. Sus conocimientos en música no eran superficiales, y aún conservamos un vals que compuso expreso para dedicárnoslo.

Lola no era una belleza; pero su gallarda estatura, sus graciosos movimientos, el fuego de sus oscuros ojos lánguidos, su cabello de un rubio oscuro y la dulce palidez de su semblante, forma-

ban en ella un conjunto interesante y simpático que crecía con la aureola del talento que brillaba sobre su frente generalmente pensativa.

Una mujer que cultivaba la música y la poesía, esas dos lindas gemelas hijas del cielo, era preciso que abrigase una alma apasionada, sensible, generosa y grande. Así era realmente y aún hoy alguno de sus amigos la recordamos con orgullo y con un dulce sentimiento de melancólica ternura.

La poetisa amó, y fué feliz!

Entonces cantó tierna y entusiasta como la enamorada golondrina de primavera, exhalando sus mas íntimas armonías, y como la flor virginal los mas dulces perfumes de su corazón para enviarlos al cielo como un himno de agradecimiento!

Entonces la niña enamorada suspiraba así:

*Ven mi vida, aquí te espero,
No te desengas, por Dios;
Que sellar tu frente quiero
Con un ósculo de amor.*

La mujer sufrió un solo desengaño y fué desgraciada!

Entonces lloró triste y amargamente, como la tórtola herida en la oscuridad de la selva, mandando sus ayes al cielo envueltos en suspiros, cual una plegaria que demandase, una sola esperanza, algún consuelo; y la infeliz paloma arrullaba gimiendo y agoviada de tristeza:

*Perdió la vida para mí su encanto;
Ya mi única esperanza está en el cielo,
Quiero volar á él; tal es mi anhelo.....
¡Qué triste es en el mundo vegetar!*

¡Pobre cantora! fué en efecto bien desgraciada, y nuestra mano se resistió á trazar la triste historia de una flor envenenada por la ingratitud, casi en la mañana de su vida. Pero si el dolor la marchitó en la tierra, el beso de Dios ciñó en su frente virginal la aureola de la bienaventuranza eterna!

Desde la época de nuestra insigne monja Sor Juana Inés de la Cruz, no tenemos idea, entre las poetisas mexicanas, hasta hoy, de otra superior á Lola Guerrero, por la verdad, sencillez, sentimiento y ternura verdaderamente femeniles que hacen deliciosas todas sus composiciones. Su modestia era igual á su mérito.

Siendo muy joven, como dejamos dicho, no solo hacía los santos oficios de una madre tierna para con sus menores hermanos á quienes educaba, sino que se la veía despachar la no escasa correspondencia del señor su padre. Y, sin embargo, jamás se oyó á la virtuosa joven hacer alarde de una melosa ternura para con su familia, ni dar algún interés á los trabajos que le confiaba su padre; pues á ninguna de ambas cosas daba importancia. Comprendía que llenaba tan solo sus deberes y á su buén criterio repugnaba hacer una farsa que le produjese alguna usurpada estimación. Sin arte ni pretensiones era virtuosa, y cantaba, como el aura suspira y como el pájaro trina.

Y, sin embargo, en el hablar era sóbria; sin la bachillería tan común en las mujeres que, algo han leído, nunca trataba de lucirse en una tertulia con un alarde ridículo; contestaba con prudencia y timidez cuando se la obligaba á dar su opinión y alguna vez nos decía con una sencillez y naturalidad de niña: "Convertir un estrado en Academia es feo é inconveniente, aún entre los hombres; las personas de buén jui-

cio rien de esto y los que no comprenden se fastidian de ciertas discusiones pretenciosas."

No permitiéndonos el tamaño de nuestro libro escribir una biografía mas extensa y hacer un juicio sobre sus composiciones, solo pondremos á continuación algunos cantos de la malograda poetisa duranguense, que no habiendo podido ser feliz en la vida, donde la oímos llorar en deliciosos ayes y habiendo dejado la Capital por el año de 1852, tornó á su suelo natal donde murió el 1º de Marzo de 1858, víctima de una afección del corazón, cuando solo contaba veinticinco años.

Pocos dias antes de su muerte, Lola Guerrero había estado á visitar *La Ferrería*, finca deliciosa, propiedad del Señor Don Juan N. Flores, inmediata á Durango.

Nuestra poetisa gustaba extraordinariamente de visitar este lugar que hablaba á su corazón apasionado y á su imaginación poética y soñadora, con su apacible soledad y lo bello de sus paisajes; pues situada dicha finca en las fértiles y lindas márgenes del Navacoya, bordado siempre de verdes arboledas y

floridos jardines, presenta por donde quiera que se mire, sitios hermosos y pintorescos, llenos de encanto y de melancólica tristeza.

En esa última visita hecha por nuestra poetisa á la *Ferrería*, dijo al Señor Flores:—"Muy pronto debo morir, y desearía alcanzar del afecto de Usted, que me concediera aquí, en la capilla de su deliciosa finca, un pequeño lugar en que pueda dormir mi último y hermoso sueño....."

El favor le fué concedido por su amigo, realizándose que la pobre joven tenía razón y había presentido exactamente la proximidad de su triste y temprana muerte.

Pocos días después, las claras y sonoras ondas del Navacoya y las auras olorosas de sus jardines, arrullaban aquel sueño virginal y perfumaban el lecho triste y frío de la blanca y suspirosa paloma del tranquilo Guadiana. *

El ángel voló al cielo; pero las deliciosas armonías de su lira resonarán siempre en las perfumadas florestas de

* Nombre antiguo del río de Durango que hoy es conocido con el de *Tunal*.

su patria como un eco de amor, lo mismo que en el fondo de los corazones que la amaron.

Ojalá y el ángel sonría; ya sin dolor, sin enojo y con cariño, al ver hoy á uno de los amigos que la amaron, poner esta humilde adelfa sobre su tumba y al lado de su laurel de gloria!

1870.

LUIS G. ORTIZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DOLORES GUERRERO.

A***

A tí, joven de negra cabellera,
De tez morena y espaciosa frente,
De grandes ojos y mirada ardiente,
De labios encendidos de rubí;
De nobles formas y cabeza altiva,
De graciosa sonrisa y dulce acento,
De blancos dientes, perfumado aliento
A tí te amo no más; no más a tí.

Porque tu eres el hombre que yo viera
Ha largo tiempo en mis dorados sueños;
Tú eres el angel, sí, de mis ensueños,
Ideal fantasma que una noche ví,
Seductoras palabras murmurando
Que el céfiro al pasar me repetía,
Y el aura sin cesar también decía:
A tí te amo no más; no más a tí.

Tú eres el sólo por quien he sentido
 Dulcísimas y gratas emociones;
 Tú has llenado mi alma de ilusiones,
 Has engendrado nueva vida en mí.
 Yo te miré una vez y en el momento
 Sentí un fuego voraz que me quemaba,
 Y una voz escuché que me juraba:
 "A tí te amo no más; no más á tí."

Desde entonces tu imagen seductora
 No se aparta un instante de mi mente,
 Y un ardiente volcán siento en mi frente,
 Y te adoro, mi bien, con frenesí.
 Tu recuerdo me sigue á toda hora,
 Parece escuchar tu dulce canto;
 Porque tu eres mi vida, tú mi encanto....
 A tí te amo no más; no más á tí.

Te adora el corazón enternecido;
 Tu formas en mi vida transitoria
 La divina esperanza de una gloria
 Que allá en un tiempo venturosa ví;
 Y cuando baje á solitaria tumba,
 Sucumbiendo por fin á mi tormento,
 Será mi última voz, mi último acento....
 A tí te amé no más; no más á tí.

1852.

A **

En esas pobres flores que te envió
 Verás del corazón los sentimientos;
 Abatida por tristes sufrimientos
 Nunca de tu recuerdo hay un vacío.

Sabrás que encierra amor el pecho mío,
 Que son tuyos no más mis pensamientos
 Y á pesar de mis bárbaros tormentos,
 Siempre eres dueño tú de mi albedrío.

Así como las flores ya marchitas
 Aún guardan en tu cáliz el perfume,
 Así también en medio de mis cuitas
 No se apaga el amor que me consume.

¡Ay! en mis horas de dolor precitas
 Nada miró en redor que no me abruma.

MANDAME TU RETRATO.

I

Bien pronto ¡oh Lusi! la distancia impía
Y mi terrible suerte en sus antojos,
La luz me robe de tus dulces ojos
Donde la vida y el amor bebía.

Mi planta vacilante ya sin guía
Desgarrada cruzando irá entre abrojos, Y
¿Quién mas consolará ya mis enojos?
¿Quien calmará mi bárbara agonía?

¡Oh dulce bien! á quien adora el alma,
Y á quien mas adoré por mas ingrato;
Tú que alcanzaste de mi amor la palma,

Pues me priva la ausencia de tu trato,
En pago ¡ay Dios! de mi perdida calma
Dale á una triste loca tu retrato.

A TU RETRATO.

II

Aquí, por siempre aquí, sobre mi seno
Para burlar á mi funesta estrella,
¡Oh imagen dulce, dolorosa y bella,
Que de suspiros y de besos lleno!

Acompaña mi cuerpo hasta el terreno
Donde marque mi pié su última huella...
Do recline mi sién, duerme con ella,
¡Oh corazón, de tu penar ya ageno!

Imagen de mi bien, hasta el retiro
Donde me arrastre mi funesta suerte,
Llorando te veré cual hoy te miro;

Y cuando llegue lá anhelada muerte,
A él enviaré mi postrimer suspiro, ^{ud}
Y aún á tí te veré... si puedo verte!

¿A QUIEN AMO?

Que á quién amo, amigas mías?
 ¿Por qué preguntais, decid?
 ¿Por quién suspira mi alma?
 Tampoco lo se ¡ay de mí!
 ¿Y me mirais con malicia
 Y de mi pena os reís?
 ¿Por qué quereis que mi rostro
 Se tiña con el carmín?
 Adoro á un cantor sencillo,
 A un amante colorín,
 Que solo por mi revuela
 En mi apartado jardín.
 A una avecilla que canta
 En las mañanas de abril,
 Con mas ternura que el aura
 Al dormirse entre el jazmín.
 A una avecilla que vela,
 Mientras que sueño feliz
 Con sus amores, posada

De mi reja en el pretil.
 Ya lo dije—¿Y os burlais?
 ¡Que no! ¿Pues á quién, decid?
 ¡Lusi!.....ay Dios! no lo digais
 Que el alma lo iba á decir!
 Mas no lo conteis á nadie,
 Porque soy tan infeliz,
 Que temo que me le robe
 Una beldad ¡ay de mí!
 Que de todas tengo zelos
 Por que soy mujer al fin,
 Y si él dejara de amarme
 Fuera ¡ay Dios! muy infeliz,
 Y tengo celos del aura
 Que suspira en el pensil,
 Y que suspirando pasa
 Por su labio de carmín,
 Y también me causa celos
 El rayo puro y feliz
 De luz, que sus dulces ojos
 Llega cariñoso á herir.
 Dejadme amarle yo sólo
 De mi existencia hasta el fin,
 Pero sólo, sin robarme
 Ni un suspiro ni un reír,
 Y nunca digais quién es,
 Pues no quiero que de aquí
 Del corazón salga nunca
 Ni el sólo nombre ¡ay de mí!

IDEAL.

De aquel ser bello ideal
 Que en mis delirios forjé,
 He visto el original;
 ¿Donde y como? no lo sé.
 Pero son dulces sus ojos
 Y muy dulce su mirar,
 Y al reír sus labios rojos
 Me hacen arder y temblar.
 Su acento es cual de paloma
 Que se queja dulcemente,
 Y habla al corazón ardiente
 Del amor en el idioma.
 Los rizos de su cabeza
 Al negro azabache igualan,
 Y el blando aroma que exhala
 Es dulce cual su belleza.
 Si habla, si ve, si suspira,
 Todo en él respira encanto;
 Y si amo, suspiro y canto,
 Es sólo porque él me inspira.

Aletargada mi mente
 Y el pensamiento embargado,
 Ni una nota hubiera hallado
 En el arpa indiferente;
 Pero brotan mis canciones
 Si pienso en él un momento,
 Y arrebatada me siento
 Entre hermosas ilusiones.
 Que su recuerdo querido
 Disipa la niebla oscura
 Que hundió en lánguida amargura
 Al corazón dolorido.
 Y por eso su memoria
 Vive en mí constantemente;
 ¡Oh mi astro hermoso y luciente!
 ¡Oh arcángel que eres mi gloriante!
 Y aunque esté de mí tan lejos,
 Mi alma y mi seno lo siente,
 Que su imagen en mi mente
 Me alumbró con sus reflejos.
 Y pues él en mi camino
 Es de mi pasión la estrella,
 Dejadme seguir su huella,
 Que él es mi amor y mi sino.
 El es el bello ideal,
 Que en mis delirios miré;
 Yo adoro el original,
 ¿Dónde y cómo? no lo sé.

LO QUE SÉ.

Cual ay! de golondrina enamorada
 De tu arpa el eco despertome un día
 Al goce del amor.....Enagenada,
 Despues cual delicada
 Nota celeste, en mi retiro oía
 El delicioso acento que exhalaba
 El piano que tu diestra acariciaba
 Cual amante feliz y enamorado
 La blanca sien del angel adorado.....
 Luego, de tu pincel, hermosas flores
 Vinieron á decirme tus ardores,
 Y, sentí con tristeza
 ¡Oh músico, pintor y dulce bardo,
 A quien corona el arte,
 Que yo pobre mujer, loca de amores,
 Nada soy, nada sé,.....solo adorarte!

EN TU DIA.

Hoy al lucir de tu natal el día
 Del templo entre la sombra solitaria,
 Y al pie de los altares de María
 Alcé por tu ventura una plegaria,
 ¿Qué le pedí? No sé. Triste, sin calma,
 Tanto quise pedirle para un hombre,
 Que tímida y llorando, solo el alma
 Pudo decirle con pasión.....tu nombre.



A**

Quiero un canto, tierno bardo,
 Para un album que poseo,
 Halaga, pues, mi deseo
 Pulsando el dulce laúd.
 Háblame de amor, de vida,
 De esperanzas y de gloria,
 Mas no me cuentes la historia
 De tu triste juventud.

De naturaleza hermosa
 Enséñame los primores,
 Y de sus lozanas flores
 Hazme aspirar el olor.
 Traduce el sentido idioma
 De las aves y del aura;
 Mas no me hables de tu *Laura*,
 Te lo pido por favor.

Quiero que tu dulce canto
 De perfecta melodía,
 Enagene el alma mía,
 Mitigando mi pesar.
 Por eso oculta tu llanto,
 No acrecientes mi tristura,
 ¡Ay! demasiada amargura
 La suerte me hizo probar!

Divierte con tus canciones
 A el alma que triste llora,
 Y sus dolores devora,
 Sin alivio en su aflicción,
 Viendo marchitas las flores
 Que allá en tiempos de ventura,
 Crecían ricas de hermosura
 Perfumando el corazón.

Y si alcanzas oh poeta!
 Hacermie olvidar mis penas,
 Si del pesar las cadenas
 Quebrantase tu poder,
 Entonces la vida mía
 A ti te la consagrara,
 Y aquí en mi pecho grabara,
 Para siempre tu querer.

Quiero dar tu dulce canto
 De perfecta melodía
 Pasare el alma tuya
 Mirando mi patria
 Por eso oculta tu llanto
 No seré como tú
 A la distancia
 La sereno me hizo propia

A TI

Húmedas con mi llanto y marchitadas
 Con el fuego y los ayes de mi boca
 En mi triste retiro aprisionadas
 Guardo *tus flores* ; miserable local!
 Mis lágrimas, al verlas, desatadas
 Ruedan, y el llanto horrible me sofoca....
 Quién te dió el corazón, prenda querida,
 ¿Qué mas te puede dar?...solo la vida.

“¿Y qué es la vida! la ilusión de un día;
 Tómala si la quieres, toda es tuya,
 Eso dicen las flores, vida mía,
 Que ora te mando; y cuando triste huya
 Mi alma infeliz de aquesta tierra impía,
 Y á su Eterno Criador se restifuya,
 No quiero que por mí, tú nunca llores,
 Tan solo guarda ¡oh Lusi! aquestas flores!

ADIOS!

Noche serena y plácida
 En cuyo hermoso cielo
 Viajera sólo y lánguida
 La luna triste vá;
 Hácia la bella patria
 Do se meció mi cuna
 Haz que tu brisa llévase
 Mi triste suspirar.
 De esta ciudad espléndida
 Me agobia la grandeza;
 Y las memorias fervidas
 De mi niñez fugaz,
 Hacen brotar las lágrimas
 De mis opacos ojos
 Y entre ellas aún diviso
 Mi humilde y dulce hogar.
 Allá todo inocencia
 Dichas y amores cándidos;
 Aquí todo mentira
 Dolor y deslealtad...
 Durango, pueblo humilde,
 La tierra de mis padres,
 ¿Cuando tus campos fértiles

Podré otra vez pisar?
 Allá mis dulces risas,
 Aquí mi eterno llanto;
 Allá un amor del alma,
 Aquí un mentido amor.
 Allá la paz bendita
 Aquí los desencantos;
 Allá las flores candidas
 Aquí las del dolor.
 Presto veré tus campos;
 ¡Más que cambiada torna
 A su paterno nido
 El ave que voló!
 Torna con la alma herida,
 Las alas destrozadas,
 Las ilusiones muertas,
 Ya sin arrullo y voz.
 Prepárele tu suelo
 Lugar para el reposo,
 Para el postrero sueño
 Que anhela mi dolor.
 Mas ay! por qué llorosa
 Déjalo y con pena mísera
 La ciudad que burlara
 Mi pobre corazón?
 ¿Por qué?.....calla mi labio
 Su nombre te quemara.....
 Adiós, suelo del alma,
 Ingrato suelo, adiós.....

ISABEL PESADO. I

(Del inglés.)

A PHYLLIS.

Calla tus dulces trinos, avecilla canora,
 Huye del bosque umbrío, y de la clara fuente,
 Porque mi Phyllis llega, hermosa cual la aurora,
 Y cegarás si miras, los rayos de su frente.

Brillad en la alta esfera, estrellas rutilantes,
 Perfumad el ambiente, encantadoras flores;
 Mis luces son los ojos, de mi Phyllis amantes,
 Y el aroma que aspiro, sus palabras de amores.

Lleva en tus alas céfiro, el canto melodioso
 De mi Phyllis amada, por el monte y el prado,
 Repítanle las aves, y el zagal, venturoso:
 Mas no, que zelos siente mi pecho enamorado.

Podré otra vez pisar?
 Allá mis dulces risas,
 Aquí mi eterno llanto;
 Allá un amor del alma,
 Aquí un mentido amor.
 Allá la paz bendita
 Aquí los desencantos;
 Allá las flores candidas
 Aquí las del dolor.
 Presto veré tus campos;
 ¡Más que cambiada torna
 A su paterno nido
 El ave que voló!
 Torna con la alma herida,
 Las alas destrozadas,
 Las ilusiones muertas,
 Ya sin arrullo y voz.
 Prepárele tu suelo
 Lugar para el reposo,
 Para el postrero sueño
 Que anhela mi dolor.
 Mas ay! por qué llorosa
 Déjalo y con pena mísera
 La ciudad que burlara
 Mi pobre corazón?
 ¿Por qué?.....calla mi labio
 Su nombre te quemara.....
 Adiós, suelo del alma,
 Ingrato suelo, adiós.....

ISABEL PESADO. I

(Del inglés.)

A PHYLLIS.

Calla tus dulces trinos, avecilla canora,
 Huye del bosque umbrío, y de la clara fuente,
 Porque mi Phyllis llega, hermosa cual la aurora,
 Y cegarás si miras, los rayos de su frente.

Brillad en la alta esfera, estrellas rutilantes,
 Perfumad el ambiente, encantadoras flores;
 Mis luces son los ojos, de mi Phyllis amantes,
 Y el aroma que aspiro, sus palabras de amores.

Lleva en tus alas céfiro, el canto melodioso
 De mi Phyllis amada, por el monte y el prado,
 Repítanle las aves, y el zagal, venturoso:
 Mas no, que zelos siente mi pecho enamorado.

I SAW THEE WEEP.

IMITACION DE BYRON.

Te ví llorar: y tus preciosas lágrimas
 Rodaron á mis labios, dueño mío,
 Cual ruedan de la tímida violeta
 Las gotas de rocío.

Te ví reír; y tu mirada hermosa
 Al brillante zafiro causó enojos:
 Pues es más apacible, puro y bello,
 El brillo de tus ojos.

Como el sol en el cielo tempestuoso,
 Tíñe las negras nubes de colores:
 Así cambia tu risa en un instante
 En goces mis dolores.

Por esto río cuando alegre ríes,
 Y también lloro, cuando triste lloras:
 No amargues más, te ruego amada mía
 De mi vida las horas.

LA FLOR DE LA AMISTAD.

En una selva retirada, umbrosa,
 De montañas altísimas cercada,
 De la brillante luz del sol radiosa
 Escurece la fértil enramada
 De yedra tierna y perfumada rosa:

Allí, en la orilla de la clara fuente
 Que glorias canta, á quien á gloria aspira,
 Llora con el amante al bien ausente,
 Delira con el alma que delira,
 Y habla de amor á quien amores siente.

Allí, en la verde cima, y tembladora,
 De un mustio sauce, que sus ramos baña
 Del agua la corriente bullidora;
 Tórtola peregrina al bien extraña
 Lamenta su penar hora tras hora.

Su patria abandonó, y el dulce nido
 Adonde triste, su ilusión querida
 Huyó veloz, como del ciervo erguido
 Huye fugaz la encantadora vida
 Sangre manando el corazón herido.

Lejos del mundo, en extranjero suelo,
Vive al dolor y muere á la alegría,
Allí en la soledad busca consuelo:
Más ¡ay! siempre la noche, siempre el día,
Testigos són de su implacable duelo.

¿Por qué, dice, la suerte en sus rigores
Envuelve en nubes la fulgente estrella
Que iluminó mis cándidos albores?
Sucede oscuridad á su luz bella,
Y á mis dichas tormentos punzadores.

De su seno tristísimo gemido
Conmueve de la selva el fundamento:
Más, dulce llega entonces á su oído,
De trova amante melodioso acento,
Que vaga entre sus ayes confundido.

Turba la timidez su voz doliente;
Y escucha inquieta del cantor alado,
Canción sentida por amor ferviente
Que el eco repitió en el monte y prado,
Y así en los valles murmuró el ambiente.

¿Por qué te quejas,
Tórtola amante,
Hoy que anhelante
Me ves llegar?
Si penas tienes,
Yo te amo tanto,
Que tu quebranto
Sabré calmar.

¿Me escuchas? díme:
¿Me amas cual te amo?
¡Ay! dí que inflamo
Tu corazón.

Díme que me amas
Mucho, bien mfo,
Más que al rofeo,
Ama la flor.

Más que á los vientos
Aman las aves,
Más que las naves
Aman el mar.

Más que á los ríos
Aman los peces,
Mil y mil veces
Amame más.

Porque yo te amo
¡Oh prenda mfa!
Más que del día
La luz del sol.

Más que al murmullo
De clara fuente,
Cuya corriente
Templa mi ardor.

Más que á las ramas
Del árbol tierno,
Do en el invierno
Abrigo hallé.

Sí, mucho te amo
Tórtola mfa,
Y cada día
Más te amaré.

Los anchos mares
Por tí he cruzado,
Por tí he dejado
Patria y hogar.

Sin conocerte, amado,
Dulce amor mío,
El pecho mío se abrió
Te quiso amar,

Vén, alma mía,
Tuyo es mi seno,
De amores lleno,
Lleno de fe.

En el encierro,
Tu alma doliente,
Que yo ferviente
La guardaré.

Inmensos riesgos
Por ti he sufrido,
Por ti he perdido
La libertad.

Hoy prisionero
Soy de tus ojos,
Hoy tus antojos
Mi ley serán.

¿Cuál soy yo tuyo?
¿Eres tú mía?
Ven, vida mía,
Calma mi ardor.

¡Ay! di que me amas
Como yo te amo,
Dime que inflamo
Tu corazón.

¿Cuál dos arroyos
Su curso uniendo,
Siguen cobriéndose
Hasta la mar?

Nuestras dos vidas
Así uniremos,
Juntos toquemos
La eternidad.

Calla el cantor: la tórtola suspira,
Y hacia él volviendo el rostro lagrimoso
Con tierno afán y gratitud le mira:
Va á cantar; más su canto melodioso
Al comenzar, en la garganta espira.

Y rueda de sus ojos dulcemente
Llanto que fertiliza roca dura,
Do flores mil brotaron de repente;
Y en el centro descuella fresca y pura
La flor más linda del jardín luciente.

¡Flor, reina de las flores! más preciosa
Que los lirios y cándida azucena,
Y más grata que el aura sonora:
De tu fragancia el universo lleno,
Tu nombre es amistad, flor venturosa!

Alzando entonces la mirada al cielo,
Las dos aves descienden blandamente,
Y al lado de esta flor paran el vuelo:
Felices vén del sol el rayo ardiente,
Felices de la noche el negro velo.

Y sin temer del hado los rigores,
Cuidan gozosas de la flor divina
La frescura, el perfume y los colores,
Y ella con su sonrisa peregrina
Las estrecha en sus lazos seductores.

México.

Nuestros días
 son
 la



INFORTUNIO.

Lágrimas de dolor vierten mis ojos,
 Y al rodar por mi pálida mejilla,
 Riegan de estéril suelo los abrojos
 Y no las flores de amistad sencilla.

Caen como lluvia en incendiado huerto,
 Cual de la aurora el llanto en roca dura,
 Como semilla en arenal desierto
 Que no fecunda el sol ni el aura pura.

No se cuidan los míseros humanos,
 ¡Ay! del dolor que al desgraciado oprime;
 Se entregan ciegos a deleites vanos
 Y olvidan siempre al que sin tregua gime.

Jamás la alegre multitud que miro,
 Cruzar liviana mi azarosa senda,
 Une a mis tristes ayes un suspiro,
 No hay uno entre ellos que mi mal comprenda.

Cuando el amigo que creí sincero
 De mí se aleja, y júzgame importuna,
 Exclamo en mi pesar, no hay verdadero
 Hidalgo sentimiento en alma alguna!

El cobarde mortal, huye espantado
 Del sér á quien aflige negra pena,
 Teme al verle sentirse contagiado
 Y arrastrar de sus males la cadena.

Se imagina quizá, que nunca el lloro
 En nubes cubrirá su claro cielo;
 Risueño porvenir, placeres, oro,
 Busca tan solo en el mezquino suelo.

Mas ¿para qué anhelar de mis hermanos
 Alivio á mi penar y mi lamento,
 Si de Díos los decretos soberanos
 Tendrán en mí seguro cumplimiento?

Ora que se halla en soledad umbría
 Mi alma infeliz envuelta en negro velo,
 Sé que hay para sufrir la tierra impía,
 Y siento que hay para gozar un cielo.

Y entonces ¡oh mi Dios! tu voz amante
 Habla á mi corazón desfallecido;
 Vuelvo á tí la mirada suplicante
 Y angustiada te muestro el seno herido.

Y tú, Señor, con mano cariñosa
 El bálsamo le aplicas del consuelo;
 Y el mar de mi existencia borrascosa,
 Tornas en manso y límpido arroyuelo.

La nave en que bogaba, en noche'oscura
 El huracán horrisono impelía;
 Y ya en las bravas ondas, sepultura
 Entre ardientes relámpagos le abría;

Cuando apareces tú, mi fiel amante,
 Me tomas en tus brazos, y á tu seno
 Estrechas mi cabeza delirante,
 De compasión y de bondades lleno.

Y de mi vida el árido camino,
Siembras de lindas y olorosas flores;
No te apartes de mí, Dueño Divino,
Tú el centro eres de todos mis amores!

Porque ¿a dónde, mi bien, si tú te alejas,
He de posar mi atormentada frente?
¿A quién he de decir mis tristes quejas?
¿Quién dará alivio al ánimo doliente?

Me veré cual el árbol en invierno,
De sus hojas y frutos despojado;
Y en soledad horrible y luto eterno
Gemirá el corazón despedazado.

Si te vas, nunca olvides, amor mío,
Que a tí tengo mi vida consagrada:
Mi cuerpo encierra en el sepulcro frío,
Y lleva mi alma a tu feliz morada.

IMITACION DEL INGLÉS:

Por qué á encender tornaste, amada mía,
De mi alma triste la funesta hoguera?
Tranquilo en mi aislamiento me creía,
Y si á veces tu imagen hechicera
En sueños agitó mi fantasía,
Al despertar, cual nube pasajera
La ví perderse en el brillante cielo,
É indiferente contemplé su vuelo.

Alguna vez, vagando en la llanura
Me detuve á la orilla de la fuente
Que retrató tu cándida hermosura,
Cuando el sol asomado por Oriente
Una mañana del verano pura,
Bañó en sus rayos tu nevada frente:
Allí te recordé, querida mía,
Más tu recuerdo huyó cual huye el día.

Alzando alguna vez la vista al cielo,
Crecí mirar tus azulados ojos;
Volví confuso la mirada al suelo
Y en una rosa ví tus labios rojos;
Después, de una ave te miré en el vuelo
Burlando en el espacio mis enojos:

¡Partes, te dije entonces, y me dejas?
De tí me olvido pues de mí te alejas.

Libre así de tormentos punzadores,
Corrieron ¡ay! las horas de la vida:
Sin dar amor ni recibir amores
Pasaba yo mi juventud florida,
De mi verjel oculto entre las flores,
O cual ave en los bosques escondida:
Más hoy te vuelvo á ver, tu voz escucho,
Y con mi ardiente amor en vano lucho.

Cómo se engaña el corazón que adora
Cuando se encuentra de quién ama ausente:
Ya murió la ilusión encantadora
Que en otro tiempo fascinó mi mente,
Clama, con voz sentida y triunfadora:
Más su pasión revive más vehemente,
Si torna á ver, á la que tierna amante,
Hizo latir su seno delirante.

Ora vuelves á mí, gentil María,
Bella como la luz de la mañana,
Y más que el sol radiante á medio día,
De tu alma la grandeza soberana.
Avasalla, mi bien, el alma mía:
A tí, de los arcinjeles hermana,
Mi corazón entrego y albedrío,
Cual se entrega á la mar el manso río.

Y ruego sólo á tu bondad rendido,
No te alejes de mí, pues también me amas;
Me lo dice tu rostro, que encendido,
Si me miras le miro en vivas llamas:
Late tu corazón enternecido
Y el dulce llanto del amor derramas:
¿Qué importa que tu labio sea discreto
Si tus ojos revelan el secreto?

Háblame, por piedad, dí que me adoras
Cual yo te adoro, ciego, delirante;
Dí que son cortas para amar las horas,
Como lo dice tu feliz amante;
Contemplando tus gracias seductoras
Los años pasarán en breve instante:
María, es tanto lo que yo te quiero,
Que vivo por tu amor y por él muero.

México, Febrero 5 de 1865.

SUSANA MASSON. *

A MI MALOGRADA AMIGA
DELFINA GEN.

El tiempo se cumplió de tu destierro,
Ángel puro, divino,
Se abrieron ya las puertas de tu encierro;
No era esta oscura cárcel tu destino.

No era bastante luz para tu frente
La que el sol derramaba;
De inocencia la auréola refulgente
Era el sol que el Señor te destinaba.

Eras hermana tuya de otros hermanos,
Los de las alas de oro,
Querubenes sin mancilla y soberanos;
En tu ausencia era lánguido su coro.

Tornaste á tu morada esplendorosa,
A tu fragante nido,
Paloma inmaculada y amorosa
Que oír dejaste arrullador gemido.

* Mexicana aunque hija de padre francés.

Cándido lirio, vírgen escogida,
Alto dón de los cielos
Que sembrastes el valle de la vida
De virtudes, sonrisas y consuelos.

Dichosa tú: mil veces envidiada
Del que en el mundo existe,
¡Mil veces bendecida y adorada
Por quién lejos de tí suspira triste!

¡Oh cisne que al morir alzaste un canto
De eterna despedida,
Dejándome tan sólo amargo llanto,
Y en hondo afán y angustia sumerjida!

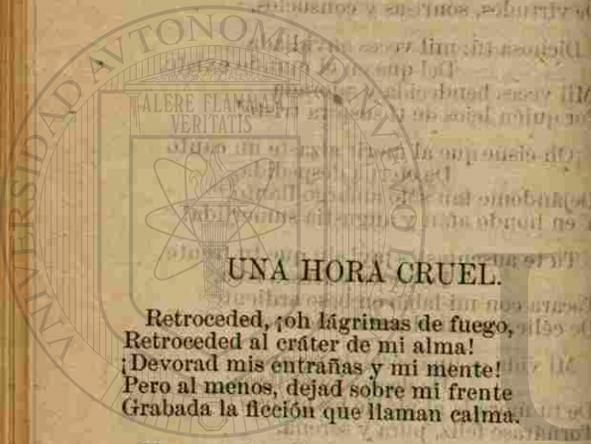
Tú te ausentastes ¡ay! sin que tu frente
De nieve y fresca rosa,
Tocara con mi labio en beso ardiente
De célica amistad pura y hermosa.

Mi vida es una serie de pesares,
De decepciones llenas;
De tu morada al pie de los altares
Tornárase feliz, pura y serena.

Al tacto de tus labios consagrados
Con el eterno beso,
Mis labios quedarían purificados,
Y tu aliento de paz en mi alma impreso.

Más ya que no alcancé tanta ventura,
Dulce Delfina mía,
Por mi pena intercede y mi amargura:
Alza á Dios tu incensario de ambrosía.

Ay! y mi ruego tímido aerisola,
Allá en tu lira de oro;
Póstrate ante el Señor, ruega tu sóla,
Y cesarán mis penas y mi llojo.



UNA HORA CRUEL.

Retroceded, ¡oh lágrimas de fuego,
Retroceded al cráter de mi alma!
¡Devorad mis entrañas y mi mente!
Pero al menos, dejad sobre mi frente
Grabada la ficción que llaman calma.

Y en vez de relucir en mi mejilla,
Su árida palidez arrebolando,
Quemad mi corazón, gotas de infierno,
En lluvias de veneno sempiterno,
Sus ínfimas heridas renovando.

Que es triste contemplar en rostro ufano
La indiferencia, la frialdad impía,
El desprecio quizá..... mientras que lento
El corazón apura el sufrimiento,
Las heces del martirio y la agonía.

Mis lágrimas sagradas é inviolables,
Como el dolor terribles é imponentes,
El ludibrio serían ¡oh, santo cielo!

De la turba insensata: ¡hombres de hielo,
De negro corazón y blancas frentes!

En la farsa del mundo, en los festines,
Donde todo es amores y sonrisa,
Crecen y se emponzoñan mis dolores.....
Más y más á tan faustos resplandores
Esta hoguera de duelo el mundo atiza.

En medio de mi horrible desventura
Suplicantes miradas triste lanzo,
Y mi pecho se oprime, y no respiro:
¡Ay! un abismo en cada rostro miro,
Cuyas tinieblas á sondear no alcanzo.

Y en todas las palabras oigo un eco,
Que el alma me destroza, repitiendo:
"Vive y contempla dichas que á otros tocan;
"Dichas que tu pesar, fieras provocan,
"Siempre callando, y de dolor muriendo."

ENSUEÑO.

Quien pudiera vivir siempre soñando!

Soñé una noche templada

De suaves exhalaciones,
Noche grata y perfumada
Por los ángeles cantada
En las celestes mansiones;

Ví ese faro suspendido
Entre la tierra y el cielo,
Que á nuestra dicha ha lucido;
Y antorcha fúnebre ha sido
De tu ausencia en hondo duelo:

Esas flores que en el lloro
De nuestro adiós se bañaron,
Y en su cáliz incoloro

De tu lágrima el tesoro
A mis labios trasladaron;

Y he sentido del ambiente
La fragancia y la armonía
Que sonaba dulcemente
Como el sollozo doliente
De tu partida en el día;

Todo, la luna, las flores,
El perfume de la brisa
Renace con tus amores,
Y nueva vida y colores
Recobran con tu sonrisa;

Tu estabas ¡ay! á mi lado
Reclinada tu cabeza
Sobre mi pecho agitado,
Tierno al cielo levantado
Tu rostro que me embelesa;

Y en puro éxtasis deliro
Con tus ojos, con tu aliento
Que en alas de mi suspiro
Confía en voluble giro
A los jazmines el viento!

El alma se acrisolaba
En el fuego de tu beso,

Con la tuya se estrechaba
Y delicias mil probaba
Mi labio en tu labio impreso.....

Quando el angel rencoroso,
Que en el umbral nos espera
De este mundo borrascoso,
Donde es el placer dudoso
Y la vida una quimera.

Borró con sus negras alas
El ensueño de la mente
Su brillantez y sus galas,
Y al despertar triste exhalas,
Gemidos: ¡alma doliente!

CLOTILDE ZARATE.

EN LA TUMBA DE MI PADRE.

La noche estiendo su enlutado velo
Sobre la tierra que en quietud reposa,
Y ya en el cielo asoma misteriosa
La luna con su pálido fulgor,
Ni el más leve rumor turba la calma,
Todo ha quedado triste y silencioso,
Ya no se oye ni el canto melodioso
Que hace poco entonaba el ruiseñor.

En esta hora sublime, entre las tumbas,
Con el alma transida de quebranto,
Vengo á la tuya á derramar mi llanto,
Y á elevar melancólica oración,
No hay en ella ni mármoles, ni oro,
Ni está con bellas flores adornada,
Tan sólo, ¡oh padre! mirase grabada
En tu modesta losa una inscripción.

Mil recuerdos se agolpan á mi mente
Bellos como los sueños de ventura,

De aquellas horas de mi infancia pura,
Que presto huyeron para no volver.
Y esos gratos recuerdos, padre amado,
Esas horas de dicha transitoria,
Indelebles están en mi memoria
Sin poder cual aquella fenecer.

Tú me trazaste de virtud la senda,
Enseñándome á amar al desgraciado;
Tú también con solícito cuidado
Formabas mi inocente corazón.
Y tus palabras de ternura llenas
Hasta el alma llegaban padre mío,
Cual se filtra la gota de rocío
Dentro del cáliz de la tierna flor.

Tranquila deslizábase mi infancia
Cual cristalino y límpido arroyuelo,
En cuyas ondas retratando un cielo,
Por la pradera murmurando yá,
Yo era feliz al fulgar la luna,
Y felice también el sol me hallaba,
Cuando ufano en los montes reflejaba
O de un lago en el líquido cristal.

Entonces ignoraba que en el mundo
Pasa la dicha como sombra vaga,
Porque á la edad en que ella nos alhaga,
Sólo sabía jugar y sonreír,
Y ageno el corazón al sufrimiento,
É ignorando del alma los dolores,
No pensé que cual áspid entre flores
El infortunio llegaríame á herir.

Más como el humo que arrebató el viento,
Despareció mi dicha y mi ventura;
Y al elevarse al cielo tu alma pura,
Mi infantil alegría también huyó.

Contemplé en el sendero de mi vida
Convertidas las flores en abrojos,
Y entonces estendióse ante mis ojos
Un porvenir de duelo y aflicción.

Y adonde viera mágicos pensiles,
Punzadoras espinas he encontrado,
Engaños mil en la amistad he hallado,
¡Qué miserias en la alta sociedad!
Por eso triste, con amargo llanto,
Vengo á regar tu losa funeraria,
Y á dirigir mi fúnebre plegaria
En medio de la augusta soledad.

Voy en en el mundo sin tu amiga mano
Vagando como errante peregrino,
Sin hallar una flor en el camino
Por do cruza mi triste juventud.
Cual frágil barca sin timón ni quilla,
Al sople airado de contrario viento,
Navegaré sin que tu tierno acento
Pueda indicarme el puerto de salud.

Mas no, que al deslizarse mi barquilla
En el mar de la vida borrascoso,
Tú velarás por ella bondadoso,
Desde ese cielo diáfano y azul,
Y rogarás al Hacedor supremo
Para que mi alma de sufrir cansada,
Pueda elevarse un día purificada
A esa región de bienandanza y luz.

Jalapa, Febrero de 1865.

JOSEFA L. DE GONZALEZ,

A LA VIRGEN

Fuente de amor, esposa sin mancha,
 Virgen que "madre" el Redentor llamaba,
 Estrella sin ocaso, luz del cielo,
 Rosa que viertes perennal fragancia,
 Tú que las rocas del calvario viste
 Con la sangre de tu hijo salpicadas,
 Con llanto de tu Dios humedecidas,
 Con llanto que tus ojos derramaban,
 Dueleste de los males que me aquejan,
 Del intenso dolor que despedaza,
 Mi pobre corazón, que me enloquece,
 Me agobia, me aniquila, me anonada,
 No quiero los placeres y delicias,
 Que cuando fui dichosa me embriagaban;
 Son flores que adormecen al abrirse,
 Y que ya secas la existencia amargan.
 Tranquilidad y paz sólo deseo,
 Estoy con mi infortunio resignada,
 Mas sueños fatigosos me atormentan,
 Tristes insomnios martirizan mi alma.

Si en el cielo titilan las estrellas,
 Si se miran en él nubes de plata,
 Cuando el suave crepúsculo aparece
 Entre celajes de oro, fuego y ácar,
 Mi angustia congajosa se redobla,
 Todo lo bello mi tristeza exalta,
 Porque el que pierde lo que amó de veras
 Sólo mira al través de su desgracia.
 En los matices del clavel hermoso,
 En los perfumes del jazmín de España,
 En la cándiga espiga de azucenas,
 En los geranios y preciosas dalias;
 En la llovizna que en la yerba luce,
 En el torrente que las peñas baña,
 En los melifluos trinos del zenzontle,
 En el suspiro de las frescas auras,
 Hay algo que lastima mis dolores,
 Hay recuerdos amables que me matan,
 Hay memorias, dulcísimos ensueños
 Que en mi ulcerado pecho vierten llamas.
 De Bellini las notas melodiosas
 Que más allá del suelo me elevaban,
 Hoy son dardos punzantes, venenosos,
 Que de mi seno las heridas rasgan.
 No me consuelan cual en otro tiempo
 Las sublimes cadencias de las arpas
 En que Pesado, Carpio, Lamartine,
 Inspiración celeste revelaban.
 Esos concientos que la mente arroban
 Que indelebles se imprimen en el alma,
 Ya no tienen poder sobre la mía,
 Calmar no pueden mis ferviente ansias.
 Imploro tu bondad, virgen excelsa,
 Tu bondad que es la regia, gentil palma
 Do el viagero extraviado, desvalido,
 Halla solaz y cristalinas aguas.
 Tu bondad que es el bálsamo divino
 De mortales dolencias, y que aplaca

Con influencia benigna las tormentas,
 Que á las criaturas todas avasallan,
 Escucha mis gemidos, ve mi llanto,
 En mi piadosa, fija tu mirada,
 Dá vida á sentimientos que se extinguen,
 Fortifica mi fé, mis esperanzas,
 Ház que tu bella imagen esté siempre
 Ante mi vista débil y nublada,
 Y que tu nombre, celestial María,
 Sólo se escuche en mi postrer palabra,

ANA M. ALMENDARO.

A MARIA.

Eres hermosa, María,
 Cual los angeles del cielo,
 Cuando te ví, el alma mía
 Sintió plácida alegría
 E inesperado consuelo.

Sólo cruzaba mi senda
 Triste, sí, y sin ilusión;
 Mas al verte, amada prenda,
 "Hay uno que te comprende,"
 Dije yo á mi corazón.

Y él extasiado te amó,
 Y en un sé fundó su suerte,
 Este sí, ardiente esperó,

Y esta esperanza alejó
Su ya inevitable muerte.

“¿Me amas?” pregunté anhelante,
“¿A mí te verás unida?”
Y te amaba delirante,
Y era mi amor tan constante
Que de él dependía mi vida.

Que me amabas me dijiste,
Yo mi vida te entregué,
Mil esperanzas me hiciste,
Feliz cual nadie me hiciste,
Y yo cual nadie te amé.

Un rirueño porvenir
Juntos los dos nos formamos;
Mas ¡ay! tú debías partir,
Yo no te podía seguir,
Y hubimos de separarnos.

Largo tiempo se ha pasado
Desde ese funesto día;
Quizá me habrás olvidado;
Pero yo nunca he dejado
De amarte, bella MARÍA.

¡Ah! mi existencia se ha empleado
Tan solo en pensar en tí;
Te amo cual siempre te he amado,

Y no, nunca he olvidado
Aquel venturo sí.

¿Dónde la dicha hallaré?
¿En la tumba hay que sufrir?
¿Allí descanso tendré?
No, que siempre te amaré,
Siempre, aun después de morir.

AL SR. D. J. M. GARCIA
DE QUEVEDO.

Quando la noche su manto
Pavoroso recogía,
Y el astro hermoso del día
Comenzaba á aparecer;
Y dulce y sentida el ave
Sus cantares entonaba,
Y aún el campo no alumbraba
La luz del amanecer,

Una flor su blando caliz
Iba con dulzura abriendo,
Sus mustias hojas tendiendo
Sin aroma y sin color.
Y cuando bella la aurora
Iba en el cielo brillando

Fué el rocío resbalando
En el caliz de la flor.

Salió el sol y con sus rayos
Hirió á la flor vivamente
Y la gota transparente
Sobre su caliz brilló,
Una linda mariposa
Que en los jardines volaba
A la flor ya se acercaba
Cuando su brillo miró.

Contemplando la hermosura
Que ante sus ojos tenía,
Encantada confundía
A la gota con la flor.
Y muy luego en su lenguaje
Publicando su belleza
Alabó su gentileza,
Y su aroma, y su color.

Así tú cuando mis versos
Sin conocermé leíste,
Sin duda que confundiste
El rocío con la flor.
Si es cierto que existe en mi alma
El fuego de la poesía,
Si puedo con armonía
Alzar temblando mi voz;

Muy distante está ese fuego
 Que anima tu dulce lira,
 Del fuego que á mí me inspira
 Melancólico cantar,
 Y si en él, algo se encuentra
 Que revele el estro mío,
 Es solo el blando rocío
 Que en mí vino á resbalar.

Mas en estas tristes notas
 Sin fuego y sin armonía,
 Pretende hoy el alma mía
 A tu canto responder.
 Es inútil que se afane;
 Que tu cantar delicado,
 Y ese tu acento inspirado,
 Solo puede agradecer.

Inútil es el esfuerzo
 De mi pecho agradecido,
 Que en sus versos ha querido
 A los tuyos contestar,
 En cambio de aquesos cantos
 Que de tan lejos me envías,
 Estas pobres notas mías
 Hoy te ofrece mi amistad.

Puebla.

CONCEPCION MONCADA.

MIS PRIMERAS LAGRIMAS.

Era yo niña, del dolor la huella
 No había marcado mi serena frente;
 Era propicio el sino de mi estrella,
 Y en mi ilusión halagadora y bella
 Miraba un porvenir puro, riénte.

Dichosa con mi paz y mi inocencia
 Otros goces mi pecho no envidió,
 Y ví correr serena mi existencia
 Como se exhala de una flor la esencia,
 Como la sombra que fugaz pasó.

Como el arroyo se desliza suave
 Entre guijas alegres serpenteando,
 Como surca la mar veloce nave,
 O como pasa por el aire el ave,
 Ni vaga sombra en su volar dejando.

Torné la vista entonces con anhelo
En mi redor, y ví sólo ventura,
Hermosas flores adornando el suelo,
Mil estrellas purísimas el cielo,
Ni una imagen siquiera de amargura.

¿Esta es la vida, pregunté admirada,
Que el hombre llama de dolor camino,
Tierra de luto al llanto destinada?
Yo no le encuentro de tristeza nada,
Y de vivir bendigo mi destino.

Pobre niña! si ocho años no contaba
Y todo en derredor me sonreía,
Me amaban unos padres que yo amaba,
Sólo su amor mi dicha aseguraba,
Con razón el dolor no conocía.

¡Ah! ¿por qué despiadada la fortuna
Se complace en turbar nuestro contento?
¿Por qué no fui infeliz desde la cuna?
Que sin haber gozado dicha alguna
No fuera tan sensible al sufrimiento.

¿Por qué se atana la inflexible suerte
En hacernos gemir cuando gozamos?
¿Por qué nacimos, si después la muerte
Viene implacable, asoladora y fuerte
A arrebatarnos lo que más amamos?

¡Ay! que mi padre descendió a la tumba,
Y mi madre a sus penas entregada
Hace temer que a su dolor sucumba,
Que siempre el roblo al perecer derrumba
La amante yedra que le está enlazada.

Entonces ¡ay! en medio a mis dolores
Esclamaba en mi angustia conmovida:
Si el suelo tiene encantadoras flores,
También tiene amargura y sinsabores
Con que nos hace aborrecer la vida.

ANGELA GUARDIOLA de Alcalde.

A MI HIJO.

Bendita sea tu vida, que es mi vida,
tu sangre, que es mi sangre, cielo mío;
dichoso el corazón que te idolatra
y al fanatismo y la locura toca,
y mis labios que imprimen tantos besos,
en tu preciosa y diminuta boca!

Bendito el techo que a los dos nos cubre,
la luz en que se baña tu pupila,
tus gracias infantiles que a su autojo
sujetan dulcemente mi albedrío,
y el sol que te calienta con sus rayos,
y el ambiente que aspiras, hijo mío!

Bendito el sér que te infundió la vida,
porque eres angel de mi hogar dichoso
que disipando mis amargas penas

llegaste como nuncio de consuelo
á embalsamar el alma de tus padres
desde la misma inmensidad del cielo!

Por tí vuelvo á vivir, me siento fuerte
para apurar del mundo la amargura;
si me infundes valor con tus caricias,
si una mirada tuya me dá aliento,
pasaré con silencio imperturbable
por las ruedas dentadas del tormento!

Es tanto mi cariño, vida mía,
que, en mi egoísmo y mi constante anhelo,
me dá envidia si alguno por mirarte
con amor á tu lado se desliza
y sorprende infraganti entre tus labios
jugueteando graciosa una sonrisa.

Tengo celos al ver tus manecitas
con inocencia acariciando á otros,
si al volver tus ojitos, fatigado
te arrojas á los brazos de tu padre,
si no divides por igual tus besos
en su rostro y el rostro de tu madre.

¿Qué más puedo anhelar que tus caricias!
¿qué más puedo temer que tus desvíos?
¿no es verdad que me quieres? que mas tarde
serás de mi vejez bordón amigo?
que al repetirme que me quieres mucho
podrás poner al cielo por testigo?

Arcángel del Señor, dulce hijo mío,
primer sopló de una alma que se agita,

tierno capullo de fragante rosa
que perfuma y colora mi presente,
sigue viviendo, sí que de tu vida
el hilo de mi vida está pendiente.

A mame mucho porque amor ansío,
porque sedienta estoy de tus caricias,
porque quiero vivir para adorarte
gozando de tu amor dulces excesos,
y, en fin, porque al morirme necesito
que se cierren mis ojos con tus besos!

ANA MORENO DE ARIAS.

UN ADIOS.

Ya el momento terrible,
El crudo instante y fiero
De nuestro adiós postrero
Idolo mío llegó.

¿Qué haré sin tí? sin ver
La celestial sonrisa
Que tanto ¡ay, Dios! me hechiza
Y mi dicha formó.....

Dame de tu cabello
En rizo de oro puro,
Y por él yo te juro
Amarte hasta morir.

Al contacto sintiendo
Del talismán sagrado,

En lágrimas bañado
Mi corazón latir.

Siempre creeré que me amas,
Que fervido me adoras,
Que lejos de mí lloras,
Que sientes lo que yo;

Que piensas con ternura
En aquel tiempo hermoso,
Que un recuerdo gustoso,
Tan solo nos legó;

Mas ¡ah! que no mi imagen
Pálida se presente
A tu angustiada mente,
Tu pecho á desgarrar

Que no, yo sola gima,
Sufriré con aliento
Del amor el tormento,
Ahogaré mi pesar,

Y al ver el astro sola
Que hemos mirado unidos,
Con gusto conmovidos,
De placer y de amor,

Que parece que reina
Sobre tantas estrellas

Que publican por bellas
Las glorias del Criador,

Exclamaré: sus ojos
Tal vez en este instante,
Como su fiel amante,
En la luna fijó,

Y suspiros ardientes
Se escapan de su pecho,
Que en lágrimas deshecho
Por su amada latió.....

¡Sí, parte, parte, el cielo
Te guardará piadoso,
Mi ruego fervoroso
Benigno escuchará.

No me olvides.....¡Adiós!
Te lo pide rendida
Quién sólo en tí halla vida,
Quién siempre te amará!

SU AMOR.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir,
Y el paraíso de amar.

N. PASTOR DIAZ.

Volvió el pecho á palpar
Con vértigos de placer,
El pensamiento á gozar,
El alma á desfallecer
Y el corazón á sangrar.

¿Por qué sentí enagenada
Su mirada abrasadora,
Su risa fascinadora,
Y la mente preocupada
Solo su memoria adora?.....

¡Ay! ¿por qué le conocí?
¿Por qué le ví, por mi mal,
Y en un momento fatal

En sus miradas bebí
Este veneno mortal?.....

¡Valor, pobre corazón!
¡Valor para la pelea!
Tú te agotas de emoción,
Y yo muero de pasión
Y sin que nadie nos vea!

Sentir que el alma rebosa
En un mar de venturanza;
Ver de cerca una esperanza
Que nos halaga amorosa,
Y se pierde en lontananza!.....

Al ver su risa adorada,
Sentir que se arde la frente.....
Al cambiar una mirada
Que corre la sangre hirviente
Por las venas abrasada.

Con la noche suspirar,
Y con la luz padecer.....
Y despierta sollozar,
Y soñar con el placer,
Y muriendo delirar.....

Y ya no querer sufrir
Este frenesí de amar,
Este infierno de llorar,
No pensar más que en morir
Y la muerte no llegar.....!

V las flores colgaban
En la punta de la
En su encanto
Los corazones todos
Lo que fue de amar,
Los momentos más
Tienes te mandan

ALBORADA

Entre argentadas nubes
De oro bordadas,
Mas puro que otros días
El sol avanza;
Sal, bella joven,
A escuchar á tu reja,
Dulces canciones.

Deja tu blando lecho,
Paloma blanca,
Y asómate á gozar
La luz del alba,
El heliotropo
Ha cargado el ambiente,
De sus tesoros.

De campanillas rojas,
Y frescas dalias,
Hemos tejido amantes;
Bellas guirnaldas;

Y las hemos colgado,
En la puerta querida
De tu santuario.

Los corazones todos
De los que te aman,
Los afectos mas puros
Tiernos te mandan;
Sal, bella joven
A escuchar en tu reja,
Dulces canciones.

De las flores que nacen
En la pradera,
La rosa de hojas blancas
Es la mas bella;
Tu frente pura
Es el símbolo dulce,
De tu hermosura.

También junto á tí, crecen
Lindas, risueñas,
La rosa nacarada
Y la violeta,
Los heliotropos,
La cándida azucena,
Y el clavel rojo.

Esas flores, cultiva
La diestra mano,

De un angel que del cielo,
Vino á este campo:
Huerto apacible,
Que á su sombra prospera;
Que Dios bendice.

De tu existencia ¡oh niña!
Rica de dones,
El curso se deslice
Por entre flores:
Pasen tus años
Sin probar de la vida,
Nunca lo amargo.

En tus doradas horas
Solo te pido,
A la memoria mía
Dulce suspiro,
Sal, bella joven,
A escuchar á tu reja,
Dulces canciones.

A MI MADRE.

Bella como la luz del alba para,
Que blanca sube tras erguida loma,
Tus bellísimos ojos de paloma
Anunciaban de tu alma la ternura.

De tu boca de rosa la dulzura,
Que en el labio del justo siempre asoma,
De tu sér se exhalaba en casto aroma
Emanación feliz de tu hermosura.

¿Quién como madre te excedió en el celo?
¿Quién te igualara como amante esposa?
Rauda subiste al estrellado cielo,

A la divina Sión esplendorosa:
Puedo decir al invocarte, ¡oh madre!
La santa esposa de mi sabio padre.

MARIA DEL PILAR MORENO.

EL TIEMPO QUE YA PASO.

Pasamos la primera mitad de nuestra
vida soñando con la segunda, y la se-
gunda llorando por la primera.

ALFONSO KARR. (Fá sostenido.)

.....Cuanto atormenta
Del bien perdido la infeliz memoria.

¿Quereis los que desengañaos
Habeis sufrido en la vida,
No renovar más la herida
Que el sufrimiento os abrió?

Poned un espeso velo
A vuestra pasada historia,
No llameis á la memoria
El tiempo que ya pasó.

A MI MADRE.

Bella como la luz del alba para,
Que blanca sube tras erguida loma,
Tus bellísimos ojos de paloma
Anunciaban de tu alma la ternura.

De tu boca de rosa la dulzura,
Que en el labio del justo siempre asoma,
De tu sér se exhalaba en casto aroma
Emanación feliz de tu hermosura.

¿Quién como madre te excedió en el celo?
¿Quién te igualara como amante esposa?
Rauda subiste al estrellado cielo,

A la divina Sión esplendorosa:
Puedo decir al invocarte, ¡oh madre!
La santa esposa de mi sabio padre.

MARIA DEL PILAR MORENO.

EL TIEMPO QUE YA PASO.

Pasamos la primera mitad de nuestra
vida soñando con la segunda, y la se-
gunda llorando por la primera.

ALFONSO KARR. (Fá sostenido.)

.....Cuanto atormenta
Del bien perdido la infeliz memoria.

¿Quereis los que desengañaos
Habeis sufrido en la vida,
No renovar más la herida
Que el sufrimiento os abrió?

Poned un espeso velo
A vuestra pasada historia,
No llameis á la memoria
El tiempo que ya pasó.

Si habeis la dicha probado,
 Si habeis gozado algún día
 De un amor todo poesía
 Que un ser amante os juró;
 Y hoy ese amor, esa dicha
 Mirais convertida en duelo,
 Ah!.....no levanteis el velo
Del tiempo que ya pasó.

Si habeis creído algún día
 En la amistad santa y pura,
 Y fingiéndos ternura
 Alevosa os engañó.....
 No recordeis los halagos
 Que con perfidia os vendieron,
 Y gozar tanto os hicieron
En el tiempo que pasó.

Olvidad vuestras venturas,
 Vuestros plácidos amores;
 Son recuerdos punzadores
 Pensar en el bien que huyó.
 Olvidad aún las quimeras
 De una esperanza soñada.....
 Olvidad.....no quede nada
Del tiempo que ya pasó.

Más ¡ay! que imposible fuera
 Arrancar de nuestra alma

Recuerdos de dicha y calma
 Que otro tiempo nos brindó.
 Y aunque el alma sufra mucho,
 En el sufrir halla encanto;
 Por eso recuerda tanto
El tiempo que ya pasó.

Y á la memoria traemos
 Desde nuestra edad primera,
 Hasta la ilusión postrera
 Que la dicha nos fingió.
 Y así pasamos la vida
 Entre duelos y amarguras,
 Recordando las venturas
Del tiempo que ya pasó.

Recordando con tristura
 Aquella edad de inocencia
 Época de la existencia
 En que el placer nos sonrió.
 En que al sufrimiento ajenos,
 Al engaño y la malicia,
 Cruzábamos con delicia
El tiempo que ya pasó.

En la edad de los amores
 Nos forjamos sueños de oro,
 Y al despertar.....triste lloro
 La realidad nos brindó;

La realidad inflexible,
 Con todas sus decepciones,
 Ajando las ilusiones
Del tiempo que ya pasó.

La realidad que rasgando
 De nuestra ilusión el velo,
 En vez del soñado cielo
 Lo más triste nos mostró.
 Amistades ultrajadas,
 Amores no comprendidos,
 Que creyéramos sentidos.
En el tiempo que pasó.

Y al ver que el engaño impera
 En este mísero mundo,
 Del alma en lo más profundo
 La amargura nos hirió.

Y en cada cruel desengaño
 Del alma una flor dejamos.....
 ¡Ay!..... por eso suspiramos
Por el tiempo que pasó.

Porque en el tiempo que pasa
 Hay un desengaño menos,
 É instantes hubo serenos
 Que la ilusión nos sonrió:

Y el mundo nos lo mostraba
 En nuestro febril empeño,

Bajo un paisaje risueño,
En el tiempo que pasó.

De la más galana rosa
 El bello color tomaba,
 Y el cuadro un cielo ostentaba
 Donde un sol puro brilló.

Sol de esperanza divina
 Que dicha y paz ofrecía,
 Y hermoso resplandecía.
En el tiempo que pasó.

Después.....llegan los engaños,
 Con ellos la duda avanza,
 Y el sol de nuestra esperanza
 Con su capuz ofuscó.....

Y aunque un momento apartamos
 De la duda el denso velo,
 Ya no vemos puro el cielo
Como en tiempo que pasó.

Porque siempre al desgraciado
 Todo le habla de amargura,
 A su alma todo tortura,
 Cuando la ilusión murió.

Y cruel pesar acibara
 Para siempre su existencia,
 Al ver que huyó su creencia
Con el tiempo que pasó.

Porque hay dolores profundos
Que nos desgarran el alma.....
Y no vuelve á gozar calma
Quién una vez la perdió.

Y al recuerdo de la dicha
Vertemos amargo llanto,
Más no vuelve ya el encanto
Del tiempo que ya pasó.

Y aunque lllore el desdichado,
Ni el llanto borra dolores
Ni reanima ya las flores
Que el cruel pesar marchitó.
Sólo le queda al que sufre
Su esperanza guiar al cielo,
Y suspirar en su duelo
Por el tiempo que pasó.

Toluca.—1869.

MANUELA L. VERNA.

LA HOJA SECA.

—De tu rama desprendida
Hoja marchita y sin vida,
¿Adónde vás?

—No lo sé.

El huracán desatado
Me arrebató en soplo airado
Del roble donde broté.

Desde entonces incesante
A la merced voy errante
Del aura ó del aquilón;
—Así ván también de mi alma
Entre tormentas y calma,
Las hojas de la ilusión.
—A su autojo he recorrido
Desde el monte hasta el ejido,

--Perdiste flor tu perfume
Y perdiste tus colores,
¡Ay! como pierde sus flores
El creyente corazón.

Dejaste de ser hermosa
Desque en el polvo caíste,
Sólo eres la imagen triste
Del alma sin ilusión."

Porque es la flor la imagen de la vida,
De la vida infeliz de la mujer
Para el amor y la ilusión nacida:
Cuando el dolor la rompe...va perdida
Al llanto, al infortunio y al no ser.

Jalapa, Setiembre de 1868.

DOLORES MONDRAGON.

EN UN ALBUM.

A MI AMIGA LA SEÑORITA GALVÁN

Quando perdí á mis padres, tierna amiga,
Y me juzgué en la vida sola, errante,
Fiebre sintió mi pecho delirante,
Desfallecer sentí mi corazón.

Ni el llanto mitigaba mis pesares,
Sóla con mi dolor y con mi duelo,
Al cielo demandaba en mi desvelo
Tuviera de mis penas compasión.

Dame, Señor, le dije enternecida,
Una amiga que sienta mis tormentos,
Que calme mis horribles sufrimientos
Con las dulces palabras de amistad;

Y mi Diós escuchando mi plegaria,
En tí me dió la amiga apetevida,
La que me dijo luego embebecida:
"Seré tu compañera en la orfandad."

Y me estrechaste en tus amantes brazos,
Y con sonrisa de placer me hablaste,
Con tus dulces palabras me embriagaste,
Con tus blandos acentos de virtud.

Tú eres la amiga que envidiable y buena
Ay! en mis horas de quebranto lloras,
La que consuelas mis amargas horas
Cuando tienes tus horas de inquietud.

Mas yo también con tus pesares sufro,
Y al mirar tu semblante dolorido
Siento mi corazón entristecido,
Y anublada mi frente de pesar.

Enjuga el llanto de tus bellos ojos,
Olvida tu dolor, hermana mía,
Un momento nó más en este día,
Que tiempo queda de poder llorar.

M^e DEL REFUGIO ARGUMENTO de Ortiz.

VISITA A LAS RUINAS DE XOCHICALCO.

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL SR. D. IGNACIO CUMPLIDO.

Varios amigos del talento claro,
Que se afanan por ver todo lo bello,
Quisieron admirar á Xochicalco
Y sin parar en ello,
Se animaron y en buena compañía
Señoras y señores,
En fogosos corceles,
Contentos y con plácida armonía,
Henchidos de ilusiones peregrinas,
Emprendimos con fervido entusiasmo
Nuestra marcha á las ruinas.

Radiaba hermoso el esplendente día,
El sol luciente y bello

Extendía su dorada cabellera,
 Iluminando el monte y la pradera,
 Dejando ver altivos los volcanes
 Levantando su frente
 De nieve coronada,
 Bajo un dosel azul, límpido y puro,
 Eternos centinelas de los tiempos
 Desafiando el futuro.

Era mágico ver el horizonte
 Como cinta de plata,
 Luciente, esplendoroso,
 En su extensión sin fin que se dilata.

Ver soberbias y altivas las montañas,
 Con sus perfiles de oro,
 Mil sombras proyectando,
 Dejando adivinar algún tesoro
 Allá entre sus entrañas.

Y luego contemplar honda barranca,
 Cubierta de follaje,
 Que vá besando cristalino río
 Y en su fondo mirar la rosa blanca,
 Aterida y temblando por el frío.

Ver el agua que quiebra entre las peñas,
 Cascadas simulando,
 En cuyos chorros claros, relucientes,
 Que se ván despeñando,
 Se desprenden miriadas de brillantes,
 Miriadas de topacio,
 Que hácia el cause se ván precipitando.

Sobre el abismo verse suspendido
 Gozar el aire libre,

Alzar la vista y contemplar el cielo,
 Sin estar por paredes oprimido,
 Es un placer intenso,
 Que hace latir el corazón vehemente,
 Que hace gozar de calma,
 Que hace soñar en lo ir finito al alma.

Contentos y extasiados
 Con aquel panorama tan risueño
 Que á los campos les da naturaleza,
 Llegamos fatigados,
 Buscando con anhelo,
 Aquel lugar que el tiempo no ha cegado
 Recuerdo misterioso del pasado.

Hémos allá; sobre una cordillera
 De áridos cerros y por tanto tristes,
 Que dominan dos valles esmaltados,
 Que se hallan con esmero cultivados,
 De Xochicalco están las mudas ruinas,
 Célebres en la historia;
 Magnífico, grandioso monumento,
 Que trae á la memoria
 De siglos que han pasado,
 El vehemente recuerdo
 Y que problemas mil han suscitado.

Bajo un sol tropical, reverberante,
 Ascendimos los cerros,
 Donde crecen tan sólo los «cuajotes»
 Los tristes «casahuates»,
 Donde áridos se ven y sin follaje
 Campeando los «avates».

Allí entre la maleza y los peñascos
 Con un calor abrasador, candente,

Sin sombra bienhechora,
 Puede gozar con emoción ardiente;
 Al ver una meseta circundada
 Por fortificaciones admirables,
 Que han resistido altivos
 Y no han sido del todo deleznales.

Me imaginaba ver bravos soldados,
 Cubierta la cabeza con plumeros,
 Con presteza cruzando
 Y en un combate rudo
 Ir hasta el foso, con valor, rodando.

De la meseta en medio contemplaba
 Los vestigios de un templo;
 Y afanosa buscaba
 En sus piedras unidas,
 Los autores de obra tan grandiosa,
 Que deja comprender entre sus ruinas
 Que fué maravillosa.

Está todo labrado con esmero:
 Aquí reyes se miran, allí brazos.

—Allá un carcax y más allá un plumero,
 Y cabezas con morriones,
 Serpientes enroscadas,
 Que hacen sentir extrañas emociones.

La mente se extasia...
 Las áridas montañas no responden...
 No existen los antiguos moradores...
 ¿Quién aquel edificio formaría?

En vano se discute:
 La mente en vano evoca los recuerdos,

Nada puede encontrar la arqueología,
 Todo está confundido en el pasado,
 Y sólo si se admira que día en día
 Muchos siglos aquello han contemplado.

Allí posé mi planta con orgullo,
 Saludé al sol con emoción ardiente;
 Y sobre aquellas ruinas conservadas
 Contemplé vagamente,
 Muchas generaciones sepultadas.

La yerba inculta entre las piedras crece
 Y mina sin piedad la fortaleza;
 Ella irá destruyendo esa grandeza;
 Y mañana el viajero entusiasmado
 Hallará que el descuido y abandono
 Hicieron que tomaran las montañas
 Su primitivo estado.

Monolitos se miran por el suelo;
 Se penetra en las grutas con fatiga,
 Los pórticos se vienen destruyendo
 Y sólo aquel anhelo
 Que le inspira al mortal lo misterioso,
 Hace que se penetre
 En aquel antro oscuro y pavoroso.

Los derrumbes obstruyen el sendero
 Y en algunos lugares
 Se camina inclinado,
 La atmósfera sofoca,
 Y de la luz al claro reverbero
 Se vén arcos destruidos,
 Salones, clarabollas donde el arte
 Con avidez tomó mágica parte.

Rendidos de cansancio y de fatiga

Pero llenos de f3rvido entusiasmo
Salimos a buscar la luz del d3a,
De los campos la vida y la poes3a.

¡Loor a la ilustraci3n de tantos siglos
Exclamamos de gozo enajenados,
(Gloria a estas ruinas y a sus h3roes gloria!

La 3ltima vista al monumento dimos;
Y en fraternal cari3o
Al caer la tarde, el cerro descendimos!

Cuernavaca, Enero 20 de 1878.

INDICE.

	P3ginas.
DOLORES GUERRERO.—Su biograf3a.	5
M3ndame tu retrato	18
A tu retrato.....	19
¿A qui3n amo?.....	20
Ideal.....	22
Lo que s3e.....	24
En tu d3a.....	25
A***.....	26
A t3.....	28
Adi3s!.....	29
ISABEL PESADO.—Traducciones del ingl3s.....	31
La flor de la amistad.....	33
Infortunio.....	38
Imitaci3n del ingl3s.....	41

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACIÓN"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: Peon y Contreras, Ecos y Poesías.

Ignacio Ramirez, Poesías.

Luis Gonzaga Ortiz. "

Isabel Prieto de Landázuri. "

Agustín F. Cuenca. "

Francisco Sosa. "

Juan Valle. "

Dolores Guerrero. "

EN PREPARACIÓN: *Fernando Calderón, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.*

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

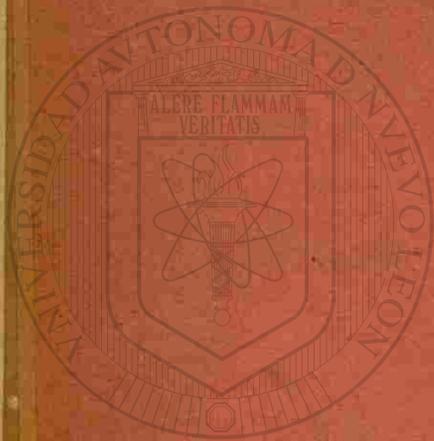
ESTHER TAPIA

DE CASTELLANOS

POESIAS

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.[®]
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12
MEXICO

1885.



El Parnaso Mexicano.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

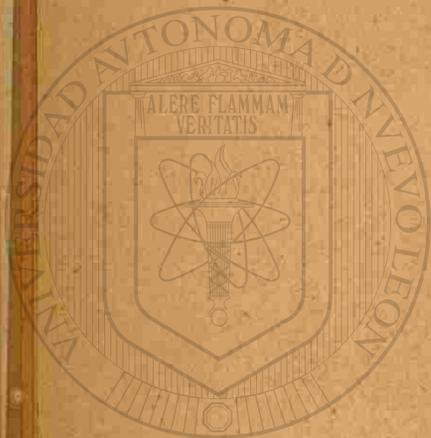
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esther I. de Castellanos



EL PARNASO MEXICANO.

Esther Tapia de Castellanos

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Perede,
José M. Vigil, José M. Bandera,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,
Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y LIBRERÍA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

México, 15 de Julio de 1885.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Esther Tapia de Castellanos.

Nació en la ciudad de Morelia, capital del Estado de Michoacán, el día 9 de Mayo de 1842, hija del Sr. D. Crispín Tapia y de la Sra. D^a Luisa Ortiz M. de Tapia.

Era muy niña cuando comenzó á manifestar su vocación á la poesía. Estaba aún en la escuela, contaba únicamente diez años de edad al escribir sus primeros versos, y sus padres no creyeron prudente que se consagrara á las bellas letras, ni á la pintura y á la música, que merecían su predilección, sin haber antes terminado su instrucción primaria, perfeccionándose en todas las labores y faenas domésticas, ofreciéndole que al concluir aquel aprendizaje se le permitiría dedicarse á otros estudios. Desgracias de familia impidieron que aquella promesa fuese cumplida, y sólo

pudo aprender seriamente la gramática española y el idioma francés.

Las primeras composiciones *formales* de nuestra poetisa, valiéndonos de sus mismas palabras, fueron: una oda escrita con motivo de los horribos fusilamientos de Tacubaya (1859), y la segunda, en la muerte de la Sra. de Tapia, su buena y cariñosa madre, ocurrida al año siguiente.

Después continuó nuestra poetisa consagrando las notas de su lira melódica bien á la expresión de sus individuales sentimientos, bien á las glorias de la patria; ora á las obras de beneficencia, ora á verter en nuestra habla, bellísimas producciones extranjeras, ó por último, á la descripción de las costumbres nacionales.

Desgraciadamente gran número de sus composiciones desapareció. Unas, porque ella misma destruía los borradores, por creerlas muy incorrectas; otras, porque en cierta ocasión facilitó á una persona de la frontera á quien fué presentada, el libro en que tenía copiadas cerca de cien poesías, y volvió aquella persona á su Estado, reteniendo el libro en su poder sin consentimiento de su autora, y nunca lo recuperó ésta.

En 1871, el distinguido literato jalisciense

D. José María Vigil, publicó en esta ciudad, bajo el título de *Flores silvestres*, las poesías de la Sra. Tapia de Castellanos. Forman un tomo de 368 páginas las ochenta y cinco poesías allí reunidas, y á las que precede un prólogo del mismo Sr. Vigil, notable por más de un título.

No podemos resistir al deseo de copiar el juicio exactísimo que el escritor académico hace en ese prólogo, de las poesías que para bien de las letras mexicanas coleccionó. Dice así el Sr. Vigil: "La lira de Esther, siempre tierna y elevada, siempre pura y melódica, expresa con igual facilidad los dulces delirios del amor, la melancolía del desengaño, las efusiones íntimas de la amistad, los nobles arranques del patriotismo, los goces inefables de una alma creyente, la tranquilidad del hogar doméstico embellecida por los encantos y las virtudes de la esposa y de la madre. No hay en esos versos una sola imagen que no sea noble, una sola palabra que no sea digna y delicada, y la misma amargura del sufrimiento toma bajo la pluma de la poetisa michoacana, formas tan suaves y tan perfumadas, que excita la sensibilidad hasta las lágrimas, sin hierirla ni enervarla."

El Sr. Vigil no se limitó á hacer afirma-

ciones, descendió al análisis de las poesías, en los diversos géneros cultivados por la autora, y demostró la verdad de sus asertos. Al hacer nuestra la opinión del Sr. Vigil, no necesitamos, como él, presentar algunas muestras en comprobación.

Flores silvestres llamó á sus cantos la poetisa michoacana, porque tenía, nos lo ha dicho ella misma, la convicción de que estaban escritos sin el estudio ni los conocimientos debidos; rasgo de modestia que mucho le enaltece. Formóse esa colección merced al empeño que tuvo la Sra. D^a Francisca Lopez Portillo de García, amiga de la autora y aún podríamos decir su segunda madre, pues ella, despues del fallecimiento de la Sra. de Tapia, veló por la huérfana y procuró por todos medios sus estudios y adelantos.

Los periódicos de Guadalajara han engalanado sus páginas con las poesías de la Sra. Tapia de Castellanos; los de la capital de la República y los de los Estados, las han reproducido, siendo ella, por lo mismo, conocida y estimada en todo el país. Recordamos también haber leído algunas de sus producciones en el *Correo de Ultramar* y en la *Ilustración Española y Americana*.

Las Sociedades literarias se han honrado

inscribiéndola en sus registros, y una de ellas, la que se denomina "Las Clases Productoras," le concedió una medalla de primera clase como premio al bellissimo libro presentado en la 2^a Exposición de aquella Sociedad, intitulado *Cánticos de los Niños*, cuya impresión se hizo á beneficio de la misma Sociedad y de los niños de la Escuela de Artes de Guadalajara.

A más de los dos libros de que hemos hablado y del gran número de poesías publicadas en diversos periódicos, la Sra. Tapia de Castellanos, tiene otras muchas todavía inéditas y con las que podrá formarse un tomo igual ó mayor al primero que publicó; *Judith*, leyenda bíblica en forma de drama y á la que el maestro Meneses ofreció poner música y otras varias leyendas sacadas de los libros sagrados y que se propone dedicar á los niños.

Hablando de nuestra poetisa un autor extranjero, ha dicho en un libro publicado hace pocos años en Madrid lo siguiente: "Esther Tapia de Castellanos es uno de los talentos femeniles más distinguidos de su patria. Después de haber dedicado á su esposo y á su hijo tiernísimas composiciones que le han valido grandes aplausos, trató de ensayarse en

muy distintos géneros, consiguiendo triunfar de las asperezas y dificultades que necesariamente deben presentarse al corazón delicado de la mujer para verter en sus poesías conceptos que solo pueden no disonar en los rudos labios del hombre."

Si como poetisa es joya valiosísima y honra de las letras mexicanas, como matrona puede servir de modelo. Nada hay para ella tan santo y dulce como el hogar, nada tan profundo como el amor al compañero de su vida y á sus hijos. Fuente inagotable de poesía encierra para Esther la familia, y aunque muy grande es su predilección por las letras, jamás pulsa su lira de oro si el más ligero dolor hiere á alguno de sus seres queridos. Modesta en grado sumo, no ambiciona aplausos, ni se enorgullece de los que se le prodigan: su gloria consiste en ser buena, en educar bien á sus hijos, en el cariño de los suyos y en el respeto de los extraños.

Que esto es así lo demuestra el rasgo que vamos á referir. Conocedores nosotros del mérito altísimo de la poetisa michoacana, le señalamos un lugar en esta galería biográfica y nos propusimos recoger los datos que para un trabajo de esta naturaleza se necesitan. Tomamos la pluma y dirigimos á la Sra. Cas-

tellanos una respetuosa carta pidiéndole las noticias que solo ella podria proporcionarnos. Pasaron cerca de dos meses y no obtuvimos contestación. Creyendo que nuestra carta había sufrido algún extravío en el correo, nos disponiamos á escribir otra, cuando recibimos la deseada contestación. A riesgo de ofender la modestia de la inspirada poetisa, nos vamos á permitir copiar el primer párrafo de su carta. Dice así: "Con oportunidad recibí su muy grata de 20 de Mayo y no había tenido el gusto de contestarla, como deseaba y debía, por haber tenido á tres de mis hijos con fiebre escarlatina: hoy que están aliviados, mi primer cuidado es escribir á V. para manifestarle mi profundo reconocimiento por la honra que quiere dispensarme haciendo que mi nombre figure en la galería biográfica que está publicando en *El Nacional*, honra á que no soy acreedora bajo ningún título."

En las breves palabras que preceden se hallan reveladas las más excelentes dotes que adornan á la Sra. de Castellanos: su apego al cumplimiento del deber como madre, y su modestia como poetisa. Este solo rasgo basta para enaltecerla.

Creese generalmente, ocasión propicia es la que hoy se nos presenta para tratar este asunto.

to, creese generalmente que la mujer que se dedica al cultivo de las letras mira con desdén ó abandona por completo las costumbres y tareas propias de su sexo, perdiéndose para el hogar la que en el mundo literario llega á obtener un puesto más ó menos distinguido. Si en otras partes ha sucedido tal cosa, no nos propondremos averiguarlo; pero sí nos es dado asegurar que en nuestra patria no se ha verificado así y lo comprueba lo que ya hemos manifestado acerca de la poetisa michoacana, objeto de estos apuntamientos biográficos.

En nuestros estudios anteriores hemos relatado los servicios prestados á la instrucción pública por las poetisas yucatecas Rita Cetina Gutiérrez y Gertrudis Tenorio Zavala, y en los subsecuentes se verá, cómo las demás mexicanas que cultivan la poesía, honra son de su sexo y de las letras nacionales. Habrá tal vez aquí, como en cualquier otro pueblo del mundo, jóvenes ligeras que por haber escrito algunos versos y recibido aplausos indiscretos hayan llegado á envanecerse de sus ensayos y convirtiéndose en la personificación de las literatas ó mari-sabidillas de algunas comedias; pero tales excepciones no constituyen la regla, y el buen sentido de la sociedad se encarga de ridiculizar tales defectos.

Terminaremos haciendo votos porque la poetisa michoacana Esther Tapia de Castellanos enriquezca la bibliografía nacional con nuevas y esplendentes joyas como son las que produce su claro talento.

FRANCISCO SOSA.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

El himno de la mañana.

A LUPE GARCIA Y LOPEZ PORTILLO.

Ya tiende la aurora su manto de grana;
Ya cubre el espacio con velo sutil;
Ya muestra apacible su luz la mañana,
Tiñendo las nubes con oro y carmín.

Ya el sol en los cielos descubre su frente;
Ya manda á los campos su ardiente fulgor,
Y seca en las flores la perla luciente,
Que en medio al silencio la noche les dió.

Levanta el arbusto sus ramas erguido,
Y dora sus hojas el rayo del sol;
El ave abandona cantando su nido,
Y pueblan los vientos sus cantos de amor.

Ligera la brisa columpia las flores;
Sus pétalos abre jugando al pasar;
Recoge do quiera suaves olores,
Y en prados y bosques dejándolos vá.

Do quiera los campos respiran frescura;
Las aves y flores respiran placer;
Y al ver entre nubes del sol la hermosura,
Esclaman acordes: ¡Oh salve, astro rey!

El sol extendiendo sus rayos ardientes,
¡Que sea bendito, les dice, mi autor!
Las flores plegando sus hojas lucientes,
Repiten en coro: ¡á Él bendición!

El ave interrumpe sus cantos de amores,
Y aromas recoge la brisa al pasar,
Y á Dios se levanta cargada de olores;
Purísimo incienso que el campo le dá.

Y el cesped que humilde se extiende en el suelo,
El árbol, las flores, las aves y el sol,
Levantán unidos sus frentes al cielo,
Y acordes un himno dirigen á Dios.

LA POESIA.

¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso.
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

¿Quién eres, dí, belleza no creada,
Poesía celestial á quien adoro;
A quien miro doquier entusiasmada;
Bello ideal de mis ensueños de oro?

¿Cuál es tu forma, dí; dónde naciste?
¿Quién el alma te hizo de lo bello?
¿Por qué la tierra á iluminar viniste?
¿De qué hermoso fanal eres destello?

Te reconozco al fin; ni eres estrella,
Ni eres angel, ni flor, ni luz, ni día;

Nada puede fingirte; eres tan bella,
Que todo debil para tí sería.

Emanación de Dios, su inteligencia,
En su mente purísima formada;
Tú te hallabas ya unida á su existencia,
Cuando todos los mundos eran nada.

Tú de su alma la luz; el sentimiento,
Le hiciste contemplar el caos profundo;
Destello con que su alto pensamiento,
Quiso vestir el universo mundo.

Por eso estás á lo sublime unida,
Y nada finge tu hermosura increada;
Por eso das al mundo luz y vida,
Y está la creación por tí animada.

Se te mira en la estrella luminosa,
Y de la luna en el hermoso rayo,
Y de la aurora en el color de rosa,
Y en la alta magestad del sol de Mayo. ®

De la tarde de lluvia en la tristeza
Que el opaco crespón envuelve el día;
Y de la oscura noche en la belleza;
¡Oscura, oh Dios, cual la esperanza mía!

Tú animas á la brisa perfumada
Que columpia á la cándida azucena;
Y á la palma gentil y tan preciada
Que crece del desierto entre la arena.

Tú la que das al cisne melodioso
Su canto meláncolico y sentido;
Sus trinos al zentzontle armonioso,
Que rival en el mundo no ha tenido.

Das á la tempestad regia belleza,
Cuando entre nubes su furor desata;
Su soberbia, magnífica grandeza,
A la rugiente, exeelsa catarata.

Se te oye con los pájaros cantores,
Y en el bramar de los inmensos mares:
Se te mira en el seno de las flores,
Y en medio de los bosques seculares.

En las ruinas del templo magestuoso
Que á impulso de los siglos se derrumba;
Y en el llanto que brota silencioso
Para regar los lirios de una tumba.

Te revela la cándida mirada
De la virgen sensible y pudorosa;
El suspiro del alma enamorada,
Y el casto beso de la fiel esposa.

Se te mira en las lágrimas del niño;
En la dulce sonrisa de la madre;
De la hija tierna en el filial cariño,
Y en el amor del venerado padre.

Los cantos inspiraste al rey profeta,
Que de su arpa brotaron á millares;
E hiciste al sabio rey, el rey poeta,
Cuando entonó el Cantar de los Cantares.

Tuyo es de Dante el genio portentoso;
Tuya de Safo el alma enamorada;
Tuyo de Tasso el canto melodioso;
De Petrarca la lira apasionada.

¿Dónde no reina, dime, tu hermosura?
¿Dó no te puso el Hacedor profundo?
Del cielo estás en la soberbia altura,
Y en medio del abismo más profundo.

Heraldo del Señor Omnipotente;
Tú anuncias á los mundos su belleza;
Que Él te arrancó de su elevada frente,
Para que publicaras su grandeza.

Llego á tu templo, mágica hermosura,
Para rendirte una oración sencilla:
Mi admiración te traigo y mi ternura,
Y doblo ante tu trono mi rodilla.

Yo no puedo elevarte mis cantares,
Sólo te doy la flor del sentimiento;
No adornaré con ella tus altares,
¡Caeirá deshojada al pavimento!

No traigo lauros de inmortal memoria,
Cual los de Milton, ó el divino Homero;
Mas traigo al templo de tu augusta gloria,
El alma toda, el corazón entero.

Amor de Madre.

—
Á MI QUERIDO AMIGO
EL SEÑOR D. FRANCISCO SOSA.

I
Un niño tan rubio tengo,
Tan agraciado, tan lindo,
Que la dicha llena mi alma
Cuando en mis brazos le miro.
Es su adorable cabeza
Á mis ojos un prodigio;
Que son de oro sus cabellos
Y forman preciosos rizos
Sobre su frente, tan pura
Como recuerdo haber visto
En las mañanas el lago
Apacible y cristalino.

Tiene unos ojos tan grandes,
 Tan dulces, tan expresivos,
 Que de mi amor son espejo
 En que orgullosa me miro.
 Tiene mi niño unos labios
 Tan frescos, tan purpurinos,
 Que si en la frente me besa
 Algo del cielo adivino
 Y de blanda flor los pétalos
 Me parece que acaricio.
 Le beso mil y mil veces,
 Y mil veces más le admiro
 Y siempre le encuentro hermoso
 Ya esté despierto ó dormido.
 No sé si será tan bello
 Cual le juzga el amor mío
 Ó si será que los ojos
 De madre tierna en él fijo.
 No lo sé; mas al mirarle
 Siento un inefable hechizo,
 Y pienso que más hermosos
 No son los ángeles mismos.
 Vanidosa le paseo
 Entre otros graciosos niños
 Y á todos los hallo hermosos;
 Mas ninguno como el mío.
 Cuando se duerme en mis brazos
 Con ese sueño tranquilo,

Casto y puro que dá el cielo
 A los inocentes niños,
 Yo siento que se suspende
 El latir del pecho mío,
 Y acallar ambicionara
 Hasta el más leve rüido,
 Y que bajara algún angel
 Que con acento divino
 Le cantara quedo, quedo,
 Del Edén los dulces himnos.
 Si vá corriendo entre flores
 Fatigado el niño mío,
 Quisiera yo ser la brisa
 Y darle un fresco benigno.
 Si con material afán
 En su porvenir medito,
 Darle quisiera algún trono
 Y verle empuñar altivo
 Un cetro, sobre su frente
 Ver de la corona el brillo.
 El laurel de los artistas,
 Del guerrero el poderío,
 Y la ciencia de los sabios
 Yo anheló para mi niño.
 ¡Hijol oh Dios! ¿dónde hay palabra
 Tan dulce para mi oído,
 Como de mi voz el eco
 Cuando le llamo *hijo mío?*

Si le estrecho entre mis brazos
Y le beso y le acaricio,
En esos dulces momentos
Algo del cielo adivino.

II
¡Cuán desgraciadas esposas
Las que no tienen un hijo!
¡Cuán infelices! no saben
Lo que es el amor de un niño!
Despertar en las mañanas
Y contemplarle dormido
Reclinado en nuestros brazos,
Causa un placer infinito.
Ellas la dicha no saben
Que nos dá peinar sus rizos
Y lavar sus manecitas
Y adornarlos y vestirlos
Y con nuestra misma sangre
Darles vida, y con legítimo
Orgullo, decir: «mi seno
Guardó tesoro tan rico;
Mía es su misma existencia,
Mío es todo su cariño,
Sus caricias y sus besos,
Y su llanto, todo es mío!»
¡Ay, infelices mujeres

Las que no tienen un hijo!
Ellos las penas mitigan,
Ellos los dolores mismos
Trasforman en tiernos goces
Con sus inocentes mimos.
La mujer que abandonada
Va por la senda del vicio,
Se tornára noble y pura
Si acariciara algún hijo!

III
¡Oh santo amor maternal,
Amor sublime y sencillo!
Eres tan grande y tan puro
Que el mismo Dios tener quiso
Una madre, que es tesoro,
Emanación de Dios mismo.
Él ama á las madres buenas
Con un amor infinito,
Con la ternura del padre
Mas cariñoso y benigno.
Él ordena que á la esposa
Cuando está velando al hijo,
Le haga sombra con sus alas
El arcangel más divino.
Gracias! por bien tan supremo;
Gracias mil y mil ¡Dios mío!

Por la dicha que me has dado
 Al darme este hermoso niño.
 Que pierda salud y bienes
 Y cuanto tenga querido;
 Que pierda cuanto poseo;
 Pero déjame á mis hijos.

Guadalajara, 1882.

ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.

A MI HIJO DANDO LIMOSNA.

Dios te bendiga, arcangel adorado,
 Por la dulce bondad que tu alma llena,
 Y te hace, compasivo, toda pena
 Con cariñoso anhelo consolar;
 Encanto y embeleso de mi vida,
 En cuya dulce faz se mira el cielo,
 Presto la flor divina del consuelo
 Logra en tu tierno corazón brotar.

Cuando al través contemplas de la reja
 Al sér desventurado que te implora,
¡Oh madre! me preguntas *¿por qué llora?*
 Con tu argentina y armoniosa voz;
 Y al ver al niño que desnudo, hambriento,
 En tí fija sus ojos con angustia,

Y en su faz debil, macilenta y mustia,
El sello lleva de miseria atroz:

—*Madre, tiene hambre*, tu purpureo labio
Con tierno acento de piedad murmura,
Y una perla del alma fresca y pura
Humedece tu rostro encantador;
Y tendiendo tus blancas manecitas,
Tu ofrenda presentando con cariño,
Das sonrisas y pan al pobre niño,
Y al desgraciado caridad y amor.

¡Es un cuadro tan bello! No podrían
Los sueños del artista y el poeta
Arrancar á su lira ó su paleta
Una imagen más fresca é ideal,
Que ese querub de rubia cabellera
La indigencia afectuosa consolando,
Sus dulces ojos húmedos alzando,
Sonriendo sus labios de coral.

Hijo, en esos instantes me pareces
Más que los mismos serafines bello;
Brilla en tu faz el fúlgido destello
De la santa y sublime caridad.
Tu ángel custodio al verte te sonrie,
Y extendiendo sus alas dulcemente,
Cubre con ellas tu rosada frente
Formando una aureola á tu beldad.

¡Hijo, es tan dulce al alma de tu madre
Contemplar, al través de tu belleza,
La generosidad y la grandeza
De tu tierno, inocente corazón!
¡Le es tan dulce sentir que tu alma pura,
Que aún no descende al fondo de la tierra,
Esa infinita compasión encierra,
Del cielo mismo inapreciable don!

Y no obstante, una idea dolorosa,
Un triste pensamiento, vida mía,
Empaña con su sombra esa alegría,
Destello de mi orgullo maternal:
¿Qué harás en las borrascas de la vida
Que el porvenir destrozan inclementes,
Cuando á su embate tu bondad presentes
Como escudo á tu seno virginal?

Apenas has cumplido tres abrils,
Y comprendiendo el mundanal quebranto,
Las candidas primicias de tu llanto
Ofreces al ajeno padecer.
¡Ayl apenas al caliz de la vida
Pretendes acercar tus labios rojos,
Y empiezan á punzarte los abrojos
De la senda que debes recorrer.

¡Y estás en el umbral! En este instante
Sólo alcanza tu vista una llanura,

Que, cubierta de flores y verdura,
 La imagen muestra del perdido Edén.
 El cielo es siempre azul; el sol naciente
 Con blandos rayos el paisaje dora;
 De celajes de púrpura, la aurora
 El velo arranca á su rosada sien.

Todo es frescura, aromas y armonía;
 En derredor de tí se abren las flores,
 De la luz matutina los albores
 Se miran en el lago de cristal;
 Inocente y risueño jugueteas
 Sobre esa verde y perfumada alfombra;
 Duermes tu sueño á la bendita sombra
 Del inmenso cariño paternal.

Eres feliz, mi bien . . . ¡Ay! en la hora,
 La hora de la indolencia y la alegría,
 Es el amanecer de un bello día . . .
 Hijo, ¡bien corto ese momento es!
 Presto se nubla el luminoso cielo,
 Brama la tempestad con sus horrores . . .
 Hoy sufro al pensar en los dolores
 Que romperán tu corazón después.

Es la suerte común de los mortales,
 Y es inútil luchar contra la suerte;
 Al abrigo tan sólo de la muerte

Se libra de sufrir el corazón.
 Y es bien larga la senda de la vida,
 Y por tumbas queridas señalada
 Se llega siempre al fin de la jornada
 Encerrando en el pecho un panteón.

¡Oh! ¿por qué hablarte así? ¡pobre angel mío!
 ¿Por qué la amarga voz de la experiencia
 Ha de mostrarte del dolor la ciencia,
 Que presto por tu mal conocerás?
 Sé bueno y haz el bien; un lenitivo
 Dará á tus penas el placer ageno;
 Hijo del corazón, haz bien, sé bueno,
 Y un goce en tus pesares hallarás.

Hijo, mi bien, mi hechizo, mi esperanza,
 Realización de mi ilusión más bella,
 Diáfana luz de inmaculada estrella
 Que lo ilumina todo en mi redor;
 Pura gota de nítido rocío,
 Que del alma refrescas la dolencia,
 Blanca flor, que embalsamas mi existencia
 Con el casto perfume de tu amor . . .

Hijo! ¿A qué decir más? Hijo! Este nombre
 Lo dice todo en su inefable encanto;
 Es la voz de un afecto inmenso y santo
 Como no existen en la tierra dos.

Este nombre es un beso, una sonrisa,
Una plegaria tímida y ferviente;
Es un himno de amor, que reverente
Eleva el alma agradecida á Dios.

Ven, acércate á mí; tu frente pura
Apoya con amor sobre mi seno;
Fija en mis ojos tu mirar sereno;
Sonríeme. . . . ¡Cuán bello estás así!
¡Cuán dichosa me siento en este instante!
Dame un beso; otro aún, otro. . . . Me quieres?
Sé bendito, mi bien, porque tú eres
La bendición del cielo para mí!

DOLORES GUERRERO.

DESALIENTO.

Triste y solitaria vivo
Lejos del bien adorado
Y el corazón desgarrado
Por los dolores está.
Nunca veré la sonrisa
De sus dulces labios rojos,
Ni la lumbre de sus ojos
Mi existencia animará.

Ni escucharé ya el acento
Con que me brindaba un cielo;
Sólo angustia y desconsuelo
Queda á el alma en su dolor.
¡Por qué la bárbara suerte
De sus brazos me arrebató?
Ay! No sabe que me mata
Con la ausencia de su amor?

Este nombre es un beso, una sonrisa,
Una plegaria tímida y ferviente;
Es un himno de amor, que reverente
Eleva el alma agradecida á Dios.

Ven, acércate á mí; tu frente pura
Apoya con amor sobre mi seno;
Fija en mis ojos tu mirar sereno;
Sonríeme. . . . ¡Cuán bello estás así!
¡Cuán dichosa me siento en este instante!
Dame un beso; otro aún, otro. . . . Me quieres?
Sé bendito, mi bien, porque tú eres
La bendición del cielo para mí!

DOLORES GUERRERO.

DESALIENTO.

Triste y solitaria vivo
Lejos del bien adorado
Y el corazón desgarrado
Por los dolores está.
Nunca veré la sonrisa
De sus dulces labios rojos,
Ni la lumbre de sus ojos
Mi existencia animará.

Ni escucharé ya el acento
Con que me brindaba un cielo;
Sólo angustia y desconsuelo
Queda á el alma en su dolor.
¡Por qué la bárbara suerte
De sus brazos me arrebató?
Ay! No sabe que me mata
Con la ausencia de su amor?

De mi funesto destino
 Sufrí ya tantos rigores!
 Hasta cuándo ¡ay! sus furores
 Descargará sobre mí?
 No hay ilusión ni esperanza
 Que no me arranque inhumano;
 Y suspiro y lloro en vano
 Por la dicha que perdí.

Dicha que jamás á el alma
 Torra si se sube al cielo,
 Ave hermosa cuyo vuelo
 Tiene el destino fatal.
 Y ni hallo una mano amiga
 Que mis dolores mitigue;
 Todo, todo me persigue;
 Y se conjura en mi mal.

El alma del alma mía
 Ingrato de mí se olvida,
 Sin saber que él es mi vida
 Y la fé del corazón.
 ¿Y cómo sin él pudiera
 Existir un solo instante,
 Si hasta ingrato é inconstante
 Yo le adoro con pasión?

Mas no romperá los lazos
 Con que el amor nos ha unido;
 Acaso el triste ha sufrido
 De la amargura en el mar,
 Este afán inextinguible,
 Este incesante delirio,
 Este penoso martirio
 Entre el dolor y el llorar.

Mas ay! que el dolor impío
 Ceba en mí su saña fiera,
 Quizá pronto se me espera
 Un tormento más cruel.
 Presentimiento funesto
 Mi corazón amedrenta
 Y mis ansias acrecienta
 Con su venenosa hiel....

¡Oh noche! Tu negro velo
 Envuelva mi mustia frente;
 Ven y calma el fuego ardiente
 En que se abrasa mi sér.
 Y dame un eterno sueño
 Del que el alma no despierte,
 Que es preferible la muerte
 A un terrible padecer.

Maria del Refugio Argumedo de Ortiz.

CONTEMPLACION.

El cielo está nublado, sin sol y sin albores,
Doliente la mañana, tristísima la luz,
 La brisa gemidora,
 La rosa sin colores,
Envuelta la natura en pálido capuz.

Monótono silencio domina por do quiera,
Tan sólo se oye el canto de algún saltapared,
 Las gotas de las nubes
 Cubriendo la pradera,
Velando silencioso el Popocatepetl.

En lánguida tristura me siento desmayada,
Ignota, cruel tristura me oprime el corazón.....
 Y allá en el infinito
 El alma enagenada,
Buscando vá doliente celeste inspiración.

Yo sufro solitaria del síno los rigores,
El angel de la noche se lleva mi cantar,
 Mi sér está doliente,
 Marchitas veo mis flores
Y exhalo mi amargura en flebil suspirar.

Muy lejos ¡ay! muy lejos de séres á quien amo,
Vagando sin encanto, sin dicha y sin placer,
 En medio de la noche
 Frenética les llamo
Y en medio del insomnio les miro aparecer.

No hay horas de contento, la mística campana
Tañendo lastimera se escucha sin cesar,
 La patria gemebunda,
 Sus hijos sin consuelo,
El angel de la muerte en rápido cruzar.

De sangre mil torrentes, de lágrimas regueros,
Hermanos contra hermanos, ¡Dios santo, compasión!
 El luto y la tristeza,
 Los ayes lastimeros,
¡Ay México! si viene á herirte otra nación,

No habrá quien nos defienda del déspota enemigo;
Sin hijos, sin valientes tendrás que sucumbir,
 Tendrás de tanto ultrage
 Que ser debil testigo,
La frente de crespones debemos de cubrir.

Aquí entre las montañas cubiertas de verdura
Resuena más profundo el eco del cañón;

El pobre campesino
En mísera amargura,
Y todo entristecido por cruel desolación.

La vega está desierta, desiertos los hogares,
el són de muerte y guerra nos viene á estremecer:

Roguemos sí, roguemos,
De Dios en los altares,
Por ellos, que en la lucha, habrán de perecer.

MARIA DEL PILAR MORENO.

FILOSOFIA DEL CORAZON.

Á MI EXELENTE

Y MUY AMADO HERMANO CARLOS,

Como un testimonio de fraternal amor.

“¿De qué sirven los mágicos placeres
“Con que el mundo engañoso nos convida,
“Si nos hacen perder la dulce calma,
“Esa bendita paz, dicha del alma,
“Dón celestial, purísimo, divino,
“Que el Dios de las bondades infinitas
“En premio á la virtud concede amante,
“Cual bálsamo sagrado de consuelo,
“Como el único bien en este suelo?

“En los hermosos sueños juveniles
“Acariciamos locas esperanzas,

"Halagadoras, bellas ilusiones,
 "Puras como los sueños infantiles,
 "Que en forma de fantasmas vaporosas,
 "Aereas, seductoras, impalpables,
 "Cual falange de hadas misteriosas,
 "La ventura nos brindan á porfía,
 "Que llevando nuestra alma á otras regiones,
 "Ensueños de ventura irrealizables
 "Forja la acalorada fantasía.

"Veloces vemos ¡ay! desvanecerse
 "Como se desvanece humo ligero,
 "Esas gratas, magníficas quimeras:
 "Como miramos rápida perderse
 "La tenue y blanca nube en el espacio;
 "Como miramos la impalpable espuma
 "Que en el instante de nacer se muere;
 "Como la debil niebla se evapora
 "Cuando el radiante sol desde la altura
 "Con sus rayos espléndidos la hiere;
 "Como se borra en los hirvientes mares
 "La estela que la nave va formando,
 "Cuando veloz las ondas va surcando.
 "Si hemos de llorar siempre perdida
 "La inefable esperanza de ventura,
 "Si lágrimas amargas, hondo duelo,
 "Y penas, y desdichas, y dolores,

"Es patrimonio en este triste suelo
 "De la infeliz y mísera criatura . . .
 "¿De qué nos sirve congojosa vida,
 "Si en vez de bellas flores que buscamos,
 "Espinas punzadoras encontramos?"

—Una alma dolorida así decía
 A un corazón, que de amargura henchido,
 En aras del deber más imperioso
 Su tierno amor sacrificado había:
 Á un corazón que crueles decepciones,
 Y martirios, y luchas muy amargas,
 Y angustias le habían despedazado,
 Á la sensible alma que lloraba.
 El corazón así le contestaba:
 "Á lo grande, á lo noble, á lo infinito,
 "Hemos siempre aspirado, hermana mía:
 "¿Pudiéramos hallar nuestros anhelos,
 "En medio de quimeras engañosas,
 "Que el miserable mundo nos vendía
 "Y en cambio de zozobras y desvelos,
 "Nos robaba la paz dulce y serena,
 "Única dicha de inquietud agena?

"Yo que tanto he sufrido, hermana mía,
 "Hermana de infortunios y dolores!
 "Al verte de la lucha en la agonía,
 "Yo quiero mitigar tu hondo quebranto,

"Hacerte olvidar tus sinsabores,
 "Con mis consuelos enjugar tu llanto.
 "Yo, como tú, enmedio á mis pesares
 "Sentía que la fé me abandonaba,
 "Que para mí amargura no existía
 "En la tierra esperanza de consuelo,
 "Y al dolor, como tú, yo me entregaba.

"Mas el dolor que tanto nos tortura
 "Es un bien en la tierra, triste hermana,
 "Él nos lastima en lo más profundo,
 "Desfallecer sentimos de amargura,
 "Mas los dolores templan las pasiones,
 "Son el crisol en que se purifican,
 "Y haciéndonos mirar las ilusiones
 "Como engaño falaz del triste mundo,
 "Al verdadero bien encaminamos
 "Nuestras delicias, nuestras esperanzas,
 "Y al fin, la paz perdida recobramos,

"¿Sabes cuál es el bien que la paz brinda?
 "¿Cuál la ventura que concede el cielo
 "Para cambiar en celestial consuelo
 "Los amargos dolores de este mundo?
 "Es la sublime caridad, hermana,
 "Es consolar al infeliz que llora,
 "Tenderle en la desgracia nuestra mano,
 "Amarle siempre con cariño tierno,

"Si de nosotros caridad implora.
 "Tratarlo con amor que es nuestro hermano.

"Olvidando así nuestros dolores
 "Por aliviar del infeliz las penas,
 "Al consolarlo dicha sentiremos,
 "Que por quitar abrojos Dios dá flores;
 "Y al llegar á romperse las cadenas
 "Del espíritu libre y la materia;
 "Al partir para siempre de este mundo,
 "Felicidad eterna gozaremos."

Noviembre de 1874.

RITA ZETINA GUTIERREZ.

ROMANCE

Dichosa tú, mi avecilla,
 Que puedes volar ligera
 Y atravesando los campos,
 Y surcando las florestas,
 Llegar donde el alma mía
 Ha tanto tiempo se alberga.
 ¡Ayl mi linda confidente,
 Vuela presurosa, vuela,
 Y lleva al bien de mi vida
 Mis caricias y mis quejas.
 Dile que vivo muriendo,
 Sumida en horrible pena,
 Que sin la luz de sus ojos,
 Que es el sér de mi existencia
 Soy como planta marchita
 Que al menor soplo se quiebra.

Cuéntale mis ilusiones,
 Mis esperanzas risueñas,
 ¡Ay! dile cuánto le adoro
 Y cuánto lloro su ausencia. . . .
 Y si te escucha amoroso
 Y en secreta confidencia
 Te dice que de mi amor
 En su alma la fé conserva,
 ¡Oh! . . . recoge sus suspiros
 Y no te tardes, regresa,
 Que el corazón sin consuelo
 Aquí anhelante te espera.

Así una niña preciosa
 De catorce primaveras,
 Dulcemente conversaba
 Con una tórtola bella,
 Destilando de sus ojos
 Hilos de nítidas perlas;
 Y exhalando conmovida
 Suspiros de honda tristeza.
 En tanto el doncel amante
 Sin recordar sus promesas,
 Corriendo trás los placeres,
 Trás el bullicio y las fiestas,
 Iba gastando del alma
 Las flores de rica esencia,
 Y ni un recuerdo tenía

Para la niña hechicera,
Que tanto le idolatraba
Y á quien mataba la pena.

Pasó un año y otro año,
Y cuando yo volví á verla,
Ya no era la hermosa niña,
De faz alegre y risueña
Sino la planta marchite,
Cuyo tallo se doblega
Al menor soplo del aura
Que la acaricia ligera. . . .
¡Cuántas niñas inocentes
Guardando la fé sincera
Del primer amor del alma
Que nace cual pura esencia,
Ven morir sus ilusiones
Y sus esperanzas bellas,
Pagando al sér que las mata
Su ingratitud con ternezas!

LAURA MENDEZ DE CUENCA.

ADIOS.

Adiós, es necesario que deje yo tu nido,
Las aves de tu huerto, tus rosas en botón;
Adiós; es necesario que el viento del olvido
Arrastre entre sus alas el lúgubre gemido
Que lanza, al separarse, mi pobre corazón.

Ya ves tú que es preciso, ya ves tú que la suerte
Separa nuestras almas con fúnebre capuz;
Ya ves que es infinita la pena de no verte,
Vivir siempre llorando la angustia de perderte,
Con la alma enamorada delante de una cruz.

Después de tantas dichas y plácido embeleso,
Es fuerza que me aleje de tu bendito hogar;
Tú sabes cuánto sufro y que al pensar en eso

Mi corazón se rompe de amor en el exceso,
Y en mi dolor supremo no puedo ni llorar.

Y yo que ví en mis sueños al angel del destino
Mostrándome una estrella de amor en el zafir,
Volviendo todas blancas las sombras de mi síno,
De nardos y violetas regando mi camino,
Y abriendo á mi existencia la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos, de dicha estremecida,
Mis labios recogían tus lágrimas de amor;
Que tuya era mi alma, que tuya era mi vida,
Dulcísimo imposible tu eterna despedida,
Quimérico fantasma la sombra del dolor.

Soñé que en el santuario donde te adora el alma,
Era tu boca un nido de amores para mí,
Y en el altar augusto de nuestra santa calma,
Cambiaba sonriendo mi ensangrentada palma
Por pájaros y flores y besos para tí.

¡Qué hermoso era el delirio de mi alma soñadora!
¡Qué bello el panorama alzado en mi ilusión!
Un mundo de delicias gozar hora trás hora,
Y entre crespones blancos y ráfagas de aurora
La cuna de nuestro hijo como una bendición.

Las flores de la dicha ya ruedan deshojadas,
Está ya hecha pedazos la copa del placer!..

En pos de la ventura buscaron tus miradas
Del libro de mi vida las hojas ignoradas,
Y alzóse ante tus ojos las sombras del ayer.

La noche de la duda se extiende en lontananza,
La losa de un sepulcro se ha abierto entre los dos.
Ya es hora de que entierres bajo ella tu esperanza,
Que adores en la muerte la dicha que se alcanza,
En nombre de este poema de la desgracia: ¡Adiós!



¡OH CORAZÓN!.....

¡Oh corazón! ¿qué vales ni qué puedes
De este vivir en el artero abismo,
Si presa tú de las mundanas redes
Eres siervo y señor á un tiempo mismo?

¿Quién á tu ley su vanidad no humilla?
¿A quién, si ruegas, tu humildad no mueve?
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?
¿Guardas lo eterno, ó lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia
Entre el yo pensador y el sentimiento?
¿Al pensamiento guardas obediencia,
Ó dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente
Si tu latir á otro latir responde?
¿Dónde guardas del odio la serpiente,
La torpe envidia y la ambición en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio
Juntos te inspiran por extraño modo:
Si abnegado, capaz del sacrificio;
Réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena;
Múltiple forma á tu capricho mudas:
Tétrico en Hamlet, triste en Magdalena,
Sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo,
Tremenda lucha en que tu sér exhalas;
Así el ave nacida para el vuelo
Calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas á veces á la cripta muda
De beatífica fé sublime ejemplo,
Y otras roído por sangrienta duda
Martir espiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo;
Ya deleite sensual de amante pena;
Ora fé y religión, ora ateísmo,
Dogma que salva y duda que condena.

Penumbra ó claridad, verdad ó mito,
Vives, palpitas, gozas y padeces;
Por el amor confiesas lo infinito,
Y aceptas el infierno si aborreces.

¡Qué batallar con la pasión á solas!
 ¡Qué fiera lid á solas con la idea!
 ¡Qué dejar en el ara en que te inmolas
 Carne que abrasa y sangre que caldea!

¡Qué vida tan inquieta la del mundo!
 ¡Qué promesa tan dulce la del cielo!
 La Muerte. . . . ¡qué misterio tan profundo!
 La Nada. . . . ¡qué terrible desconsuelo!

Cese ya, corazón, tu lucha fiera
 Y que la luz al pensamiento acuda;
 Si eres fango no más ¿por qué se espera?
 Si eres obra de Dios ¿por qué se duda?

¡. . . Misterio nada más! . . . y quien osado
 Pretenda conocerte. . . . ¡pobre loco!
 Vives para ser barro demasiado,
 Y para ser verdad vives muy poco.

JULIA PEREZ MONTES DE OCA

DESPUES DE LA LLUVIA.

Cuántas gotas de rocío
 Temblando sobre las hojas!
 Cuántas florecillas rojas
 En los márgenes del río!

Cuánta violeta mecida
 Por la brisa pasajera!
 Cuánta avecilla ligera
 Por la campiña florida!

Cuánta verdura en el monte. . . .
 Todo más puro se siente,
 Más perfumado el ambiente
 Más azul el horizonte;

Más blancas las azucenas
 Al verde tallo prendidas,
 Las corrientes más crecidas,
 Más brillantes las arenas;

Más templados los ardores
De los calorosos meses,
Más amarillas las mieses,
Más olorosas las flores.

Ya luce en la extensa falda
Donde el sol su rayo oculta,
El rubí que se sepulta
Entre la rica esmeralda;

Ya retosan sin congojas
Libres de las toscas rejas,
En el prado las ovejas,
Junto á las lozanas hojas:

Y rueda el hinchado río
Como serpiente de plata,
Entre flores de escarlata
Y lágrimas de rocío.

Ya se mira en lontananza
Entreabrir la blanca puerta,
La aurora que se despierta
En un cielo de bonanza;

Y como es todo armonía
En esta mañana hermosa,
Me parece más dichosa
Hasta la existencia mía.

JOSEFINA PEREZ.

UNA LAGRIMA.

AL LEER LAS POESIAS DEL MALOGRADO POETA MANUEL ACUÑA

Absorta he recorrido
Los mágicos cantares
Que forman de tus trovas
Un himno celestial,
Y triste y conmovida,
Sintiendo tus pesares
Mis ojos se han nublado
De llanto funeral.

¡Oh! Gracias, que has podido
Las penas y congojas
De mi alma dolorida
Con tu alma confundir,

Pues algo de tu esencia
 Yo aspiro en esas hojas
 Que alivian de mi pecho
 Las horas de sufrir.

Si allá en otras regiones
 De luz y de armonía
 Oyeres el lamento
 Que da mi corazón,
 Recuerda que tu hermana
 Llorando te lo envía,
 Y en alas de un suspiro
 Te da su admiración.

HERLINDA ROCHA.

Auras de Abril.

Batiendo entre flores
 Sus trémulas alas,
 Preciados aromas
 Recogen las auras.
 De Abril son aliento
 Que el valle embalsama,
 Que inspira á las aves,
 Que riza las aguas,
 Que lleva murmullos,
 Que miente esperanzas,
 Que llega hasta el monte,
 Que torna y que pasa,
 Turbando el silencio
 De noche callada.
 Imita el suspiro
 Del pecho que ama,
 Fingiendo rumores

Agita las ramas,
 Dormida entre rosas
 Contenta descansa,
 Y siente en su lecho
 Los besos del alba.
 Y al ver que en sus hojas
 Amante resbala,
 Del fresco rocío
 La perla envidiada,
 Sus vuelos desplegan
 Celosas las auras,
 Y roban del caliz
 La dulce fragancia.

.....
 Venid, auras leves,
 Mi frente abrasada
 Anhela la esencia
 Que va en vuestras alas.
 Os pide rumores,
 Fingidle esperanzas,
 Que en cambio os concede
 Suspiros el alma.

Agosto 5 de 1876.

SOLEDAD MANERO DE FERRER.

ODA AL SUPREMO
 ARTIFICE.

DEL UNIVERSO.

¡Silencio, humanidad, hablarte quiero!
 Oye una vez las notas de mi canto
 Y doblo la rodilla á Dios en tanto
 Para buscar divina inspiración.
 En la bóveda azul el templo miro,
 El altar se consagra aquí en mi alma,
 Vuela hasta Dios mi férvido suspiro
 Y algo, que nunca ví, miro en la calma:
 ¿Quién comprender al Infinito puede?
 ¡Trémulo el labio balbuciente cede!
 Desmaya en su cantar.

Mas no: levanta, espíritu cobarde,
 Alza hasta Dios tu pobre pensamiento,
 Mira ese sol que entre las nubes arde,
 Besa la flor de perfumado aliento,
 Oye la palma, lánguida suspira,
 El caliz de la rosa se estremece
 ¡Oh! ven, inspiración, quiero mi lira!
 Pequeño el mundo á mi ambición parece
 Ambición de virtud que mi alma ansía
 Unida vaya á mi ferviente ruego,
 Pura, esplendente como el claro día,
 Para ofrecer un corazón de fuego.
 ¿Qué son sin Dios, el mundo, los amores?
 Engaños, ilusión, fatuos fulgores.

Y yo sin fé pasaba indiferente
 Sintiendo al existir hondo vacío
 Que marchitaba mi angustiada frente,
 Que me arrojaba en un dolor sombrío.
 Así pasé mis juveniles años
 Encontrando insaciable mi deseo,
 Me hirieron sin piedad los desengaños
 Y casi al fin de la jornada creo...
 Pero no es tarde, el Sol de la creencia
 Miro lucir al fin de mi existencia
 Con divino fulgor;
 Te amo, repite el pensamiento mío,

Y cual si fuera un estival rocío
 Esta palabra calma mi dolor.

Venid, ensueños de eternal consuelo,
 Arrojad ilusiones en mi mente,
 Mostradme la esperanza allá en el cielo
 Y que ame á Dios mi corazón ardiente.
 Quiero mirar el universo todo,
 Múltiples Soles, vívidos colores.
 ¡Ah! cómo tiembblas, corazón de lodo,
 Te asombran del Eterno los fulgores;
 Morir, morir, hasta vivir Dios mío,
 Esto pido en mi loco desvarío.
 Y es verdad, es verdad que en tu grandeza
 El átomo hasta arcángel llegar puede;
 Esto, señor, confunde mi cabeza
 Y mi alma absorta á mi delirio cede,
 ¿Por qué antes no te amé?... ciegos mis ojos
 Ver tu luz no pudieron,
 Hasta hoy que rezo con pasión, de hinojos,
 Porque al fin mis potencias tuyas fueron:
 ¡Ah venga la expiación, la espera mi alma
 Para ofrecerle una triunfante palma.
 Orizaba, Marzo 30 de 1875.

GERTRUDIS TENORIO ZAVALA.

El amor y el desengaño.

—¿A dónde vas, bello niño,
 Con tus flechas y tus arcos?
 —Voy hiriendo á los que habitan
 Las chozas y los palacios;
 Voy halagando á los hombres
 Con mil juramentos vanos;
 Y á mí me rinden tributo
 En la ciudad y en el campo.
 —Grande, muy grande es tu imperio;
 Tú, el de los ojos vendados,
 Vas dirigiendo tus flechas
 Siempre altivo y temerario.
 Niño de las alas blancas,
 No así dispares tus dardos,
 Que muchas víctimas deja
 Por donde quiera, tu paso.
 Y es triste que como el viento
 Lleva la flor en verano,
 Arrastres así á los hombres
 Y les hagas tus esclavos.
 —Mas, qué extraño, si en el mundo

El hombre inconstante y falso,
 Nunca guarda allí en el pecho
 Cariño por muchos años?
 —Ve que puede maldecirte
 El que tan sólo ha encontrado
 Mentidos tus juramentos,
 Infiel tú, y aún más, ingrato.
 —Noble es el alma que adora
 Y en medio del desencanto
 No me maldice, y espera
 Aun rendida de cansancio.
 —¿Qué haces de tanto suspiro?
 Qué de las gotas de llanto?
 —Es el tributo que llevo
 Para formar bellos lauros;
 Pues convertidos en flores
 Suspiros, quejas y llanto,
 Adornan esos sepulcros
 En donde gozan descanso,
 Los que amaron en la vida
 Como Eloisa y Abelardo.

El amor tendió sus alas
 Para cruzar los espacios,
 Siguiendo pálido y triste
 En pos suya, el desengaño.

Josefa Letechipia de Gonzalez.

La Ofrenda.

A LA MEMORIA DE LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA BADILLO.

¿Quién pudiera en tu sepulcro,
Amiga nunca olvidada,
Verter el amargo lloro
Que tu recuerdo me arranca?
Hoy se pierden en la arena
De esta vega solitaria
Lágrimas del corazón,
Lágrimas que brota el alma.
Si en esta tumba querida
Do tus cenizas descansan
Cayeran una tras otra,
No sintiera derramarlas;
Como no siente el rocío
Brillar en marchitas dalhias,

Y sí hundirse para siempre
De una roca entre las abras.
Si al menos dado me fuera
Colocar una guirnalda
Sobre el marmol que insensible
Mis sollozos escuchara;
Allí se deshojaría
La que mi amistad consagra
A la memoria más tierna,
A la lira en que llorabas
Los tormentos de una vida
Desde su aurora eclipsada,
El tedio cruel de existir
Sin contentos ni esperanzas.
Ofrenda que mi cariño
Formó con la debil rama
De un laurel que entre cipreses
Melancólico enseñaba
Sus hojas amarillentas
Entre las que se enlazaban
De la yedra trepadora
Flores bellas, delicadas.
Corona que es para mí
Imagen de aquellas gracias
Que apenas muestran su hechizo
Cuando se miran ajadas.
Tu juventud fué la flor
Al abrirse mutilada

Por el famélico insecto
 Que su caliz ocultaba.
 ¿Quién vió sus bellos matices
 Alegres? ¿quién vió sus galas
 Ostentando el atractivo
 Que á los céfiros embriaga?
 Aquellos aparecieron
 Macilentos, doblugada
 La hermosa, gentil corola
 Que en el tallo se elevaba.
 ¿Quién la miró sonreirse
 Con la sonrisa del alba,
 Ni del magnífico sol
 A la fecunda mirada?
 Alguna vez un suspiro
 Oyó la luna plateada,
 Suspiro en que la ofrecía
 Su pura, suave fragancia.
 Así en las noches serenas
 Ténues, muy tristes sonaban
 Las patéticas canciones
 Que á los cielos elevabas;
 Y sus doloridos ecos
 Mi corazón penetraban
 Grabando en él para siempre
 Las penas que devorabas.

Dolores Correa Zapata.

UN CANTO.

Las sombras de la noche cayendo sobre el mundo,
 Sus ámbitos rodeaban de intensa oscuridad,
 El cielo semejaba cual piélago profundo
 El antro de una tumba de horripóna hoquedad.

Cubriendo como cubre las formas de los muertos
 El fúnebre sudario que llevan al panteón,
 Caían en los campos desnudos y desiertos
 Las nieves de la fría, tristísima estación.

El Cielo sin estrellas, la Tierra sin fulgores;
 Las fuentes sin murmullos, las aves sin cantar;
 Los árboles del campo sin hojas y sin flores,
 Dormidas en la nieve las olas de la mar.

Por el famélico insecto
 Que su caliz ocultaba.
 ¿Quién vió sus bellos matices
 Alegres? ¿quién vió sus galas
 Ostentando el atractivo
 Que á los céfiros embriaga?
 Aquellos aparecieron
 Macilentos, doblugada
 La hermosa, gentil corola
 Que en el tallo se elevaba.
 ¿Quién la miró sonreirse
 Con la sonrisa del alba,
 Ni del magnífico sol
 A la fecunda mirada?
 Alguna vez un suspiro
 Oyó la luna plateada,
 Suspiro en que la ofrecía
 Su pura, suave fragancia.
 Así en las noches serenas
 Ténues, muy tristes sonaban
 Las patéticas canciones
 Que á los cielos elevabas;
 Y sus doloridos ecos
 Mi corazón penetraban
 Grabando en él para siempre
 Las penas que devorabas.

Dolores Correa Zapata.

UN CANTO.

Las sombras de la noche cayendo sobre el mundo,
 Sus ámbitos rodeaban de intensa oscuridad,
 El cielo semejaba cual piélago profundo
 El antro de una tumba de horripóna hoquedad.

Cubriendo como cubre las formas de los muertos
 El fúnebre sudario que llevan al panteón,
 Caían en los campos desnudos y desiertos
 Las nieves de la fría, tristísima estación.

El Cielo sin estrellas, la Tierra sin fulgores;
 Las fuentes sin murmullos, las aves sin cantar;
 Los árboles del campo sin hojas y sin flores,
 Dormidas en la nieve las olas de la mar.

Las sombras y el silencio cerniéndose doquiera
 Tomaban de la muerte las formas y la voz;
 Lo ignoto, lo invisible que empieza en la postrera
 Jornada que enmudece por siempre el corazón....!

La noche y el invierno se adunan y se enlazan
 Las nieves en las sombras cayendo sin cesar
 Semejan á esas horas que cubren cuando pasan
 Con nieblas del hastío las sombras del pesar.

La llama del relámpago que cruza el firmamento,
 Alumbra con su trémula y roja claridad,
 El trueno que retumba revela con su acento
 La vida, en que palpita la ronca tempestad.

* El alma también tiene sus horas de tormenta
 De horrible sufrimiento, de bárbara aflicción,
 Y en el dolor profundo que hiere que atormenta,
 Se siente que palpita, que vive el corazón.

Pero hay algunas horas de calma tan profunda,
 Se vive de tal modo hundido en el sopor,
 Que un hálito de muerte parécenos que inunda
 Al alma indiferente al goce y al dolor.

¿Las páginas de hielo que cubren el pasado
 Le roban para siempre la vida al corazón?
 ¿Las aves que abandonan el árbol deshojado
 Regresan con los rayos purísimos del Sol?

Al ver aquella noche tristísima de invierno
 La Tierra entumecida y hundida en el sopor,
 Creí que en su letargo tan triste como eterno
 Jamás recobraría la vida y el calor....!

.....

Pero el invierno pasó
 Y al volver la primavera
 De nuevas galas vistió
 La desolada pradera
 Un beso ardiente del Sol.
 Los árboles ostentaron
 Otras hojas y otras flores
 Y cantando sus amores
 A su follaje tornaron
 Alondras y ruiseñores.
 Las fuentes aprisionadas
 En sus cadenas de nieve
 Del Sol al contacto leve
 Corrieron alborozadas.
 Del mar las dormidas olas
 Se despertaron sonando
 Al soplo del aura blando
 Que iba el marino poblando
 Con alegres barcarolas.
 Al recobrar nueva vida,
 Parecía la creación
 ar al Sol la bienven ida

Palpitando estremecida
 De placer y de emoción.
 Era el orbe un instrumento
 Pulsado por mano ignota
 Que elevaba al firmamento
 Dulces himnos de contento
 Vibrando en eterea nota
 Y como el eco devuelve
 La voz que el viento se lleva
 Bajaba la nota nueva
 Como el vapor que se eleva
 Y que en lluvia se resuelve
 Quizá en alas de la brisa
 Que en misteriosa canción
 Murmuraba una oración
 Dios enviaba una sonrisa
 Con su santa bendición. . . !

Refugio Barragán de Toscano.

AMORES

AMOR FILIAL.

Está la niña sentada
 De la madre en las rodillas;
 Hermosa como los ángeles,
 Tierna cual las sensitivas,

Pura como los reflejos
 Del sol en la alta colina,
 Graciosa como las ondas
 Que lamen la arena limpia.

Sus blancos brazos que cubren
 Corta manga de batista,
 Hoyuelados y redondos,
 De la madre el cuello miman;

Mientras su boca de nacar,
 Tan dulce como bonita,

Besa los maternos ojos
Que enamorados la miran.

Y cuando prenda tan cara
La madre á besar se inclina
Ella mueve juguetona
La redonda cabecita

Y con monadas graciosas,
Besos, palabras, caricias,
Paga de la madre el beso
Y la ternura sencilla.

¡Feliz madre! siente el alma
De emociones conmovida;
¡Que aquel amor es su cielo
Y es su aliento aquella niña!

¡Carmen, Carmen! ¿me amas mucho?
Dice al besar su mejilla;
Y ella dejando escuchar
De sus labios la armonía

Vaga, indefinible y tierna
Como el soplo de las brisas
Que juegan entre las flores
Le contesta complacida:

“Como lo que hay de aquí al cielo
“Así te amo, madre mía

“Y á nadie amaré en el mundo
“Como á tí que eres mi vida!”

Con tristeza indefinible
La madre la oye y suspira,
Recordando que á su madre
Lo mismo contó de niña.

AMOR JUVENIL.

Dieziocho primaveras en su frente
Las gracias del amor han derramado;
Hermosa está como la clara fuente
Que se desliza en el risueño prado.

Sus ojos son azules como un lago,
Tersa su frente, despejada y pura,
Argentina su voz cual eco vago
Que allá á lo lejos plácido murmura.

Su boca fresca, nacarada y breve;
Deshecha en oro su gentil cabeza,
Su talle airoso, cimbrador y leve
Como la palma que á elevarse empieza.

Tal es Carmen, la niña juguetona
Que años atrás con castos embelesos,
De amor promesas á su madre abona
De caricias llenándola y de besos.

¿Mas hoy? de ella se oculta y á sus solas
De un sér querido con la imagen sueña,
Como sueñan las rojas amapolas
Y el blanco lirio oculto entre la breña.

Su corazón palpita estremecido
Por un mundo de ardientes ilusiones;
Inquieto afán, afán desconocido,
Le habla de otras más dulces emociones.

Otro mundo adivina, otros ensueños
Á través del amor que la consume;
Y al embriagarse en sus dorados sueños
Cual la violeta, oculta su perfume.

.....

Son las diez de la noche: á una ventana
Se acerca un joven cauteloso y leve;
La luna gira plácida y galana,
El viento apenas la hojarasca mueve.

Tibia y embalsamada el aura juega
Con los estambres de la flor dormida,
Y entre sus hojas que la noche plega
Leve suspiro al alejarse, anida.

Todo callado está, todo reposa,
Todo es misterio en torno del amante;
Cuando risueña enamorada, hermosa
Carmen, de dicha, asoma palpitante.

¿Qué siente Carmen al tender su mano,
Entre las duras y calladas rejas,
Al hombre que la adora, y que no en vano
Viene á decirle sus amantes quejas?

¿Qué pasa en su alma al escuchar sentida
Las promesas de amor que ya le hicieron,
Y que son el aliento de su vida,
Y siempre nuevas á su oído fueron?

Las jóvenes amantes que como ella
Vagan en esa atmósfera de flores,
En que cada ilusión es una estrella,
Cada promesa un cielo de colores,

Podrán decir lo que la joven siente
En ese instante de ventura inmensa
En que arde el corazón, arde la frente....
¡Y de tanto pensar, nada se piensa!

Agitada y el seno comprimiendo
Para acallar su palpitar profundo,
Ebria de amor, murmura sonriendo;
"¡Te amo como jamás se amó en el mundo!"

Entonces en el alma palpitante
¡Mira á su madre que la busca y nombra.....!
¡Vana ilusión! ante el amor de amante
Pasa el amor filial como una sombra!

MACLOVIA TREJO.

A MI MADRE.

Desde que te perdí, siento que mi alma
Abre las alas en desierta zona;
Vivo lejos de tí, como la palma
Que tiene su nostalgia por corona.

De verme abandonada llegó el día,
Tu muerte el corazón me hace pedazos,
¡Amor de mis amores, madre mía,
Despierta, y como ayer dame tus brazos!

MANUELA L. VERNA.

A mi hermana Lupe.

EL DÍA DE SU SANTO.

Niña que encantas el alma
Con tu gracia y tu ternura
Que el aura del campo pura
Acaricia en el vergel.

Son dorados tus cabellos
Y majestuosa tu frente,
Es tu mirada inocente,
Tus labios son de clavel.

Es tu boca purpurina
Y perfumado tu aliento,
Eres pura como el viento
De las mañanas de Abril.

Eres la hija idolatrada,
La hermana más hechicera,
La rosa de primavera,
La niña de gracias mil.

A tí las flores te halagan,
Besa tu sien el ambiente;
Cruzando vas inocente
El pensil de la niñez.

¡Quiera el cielo que mañana
No marchiten los dolores
Con sus airados rigores
La belleza de tu tez!

Y que tu virgíneo pecho
Siempre la virtud anime,
Hoy que en tu frente se imprime
Con magnífico esplendor.

Que en el valle de la vida
Te den las flores su aroma
Sus arrullos la paloma
Sus trinos el ruiñeñor.

Diciembre de 1866.

JULIA G. DE LA PEÑA.

A ROSA

Cándida niña que feliz naciste
Del ancho Bravo en la ribera hermosa,
Tú que á su brisa vaga y melodiosa
Los poéticos rumores aprendiste.

Tú que en su linfa retratarse viste
Tu bello rostro de jazmín y rosa
Cuando á la luz de la ilusión radiosa
Latir tan solo el corazón sentiste.

Escucha de mis lánguidos cantares
Las notas de cariño, Rosa mía,
Y al fulgor de los grupos estelares

Que van sembrando la región vacía,
Estraña de la vida á los pesares,
Recuerda cariñosa mi poesía.

H. Matamoros, Enero 14 de 1876.

Julia G. de la Peña de Ballesteros.

La Niñez.

Apenas ¡ay! la aurora de la vida
 Baña la frente del risueño infante,
 Y ya delira con afán constante
 Por llegar á otra edad.
 Quiere ser hombre y su estatura alarga
 De su anhelo infantil en el exceso,
 Y exclama sin cesar con embeleso:
 "¡Ah! qué grande estoy ya!"

No sabe que del hombre la existencia
 Es un continuo batallar eterno,
 La infancia es el edén: el denso yermo
 Se encuentra más allá.
 Se aleja la niñez encantadora
 Coronada de sueños inocentes,
 Y el dolor, infinitas y latentes
 Impresiones nos dá. . . .

Los niños no comprenden que la vida
 Está llena de angustia y de dolores,
 Para ellos son eternas esas flores
 Que coronan su círculo infantil.
 Y la apariencia de otra edad los ciega
 Con la dicha soñada que adivinan,
 Y en su blanca ilusión ellos caminan
 Como tímida oveja hasta el redil.

No saben estos ángeles hermosos
 Que *vivir es sufrir* sobre la tierra,
 Que un año de existir, un año encierra
 De amargo y acendrado padecer.
 Que cuando pasa la ilusión brillante
 Queda la realidad triste y sombría. . . .
 Y una aguda y mortal melancolía
 Nos hace sin cesar desfallecer.

Quieren crecer, mirar otro horizonte
 Bañado en el fulgor de su esperanza,
 Y al crecer, sólo ven en lontananza,
 La niebla condensada del dolor.
 Sólo existe un placer, ¡ojalá y nunca
 Pasare cual relámpago fugace!
 Principia ese placer cuando uno nace
 Y acaba cuando empieza la razón.

Mariposa gentil, bellos colores
 Esmaltan tu preciosa vestidura;

¡Lástima que se abraza tu hermosura
 En el fuego de un mundo engañoso!
 Lástima que al crecer como deseas,
 Niño feliz, que alborozado vives,
 Con un paso adelante, sólo actives
 La marcha progresiva del dolor

¡Es tan triste vivir sin esperanza
 De realizar la dicha que soñamos!
 Cuando en la edad de la razón estamos
 Sentimos tan herido el corazón....
 ¡Hay tan hondos pesares en la vida,
 Tiene tantos misterios el destino,
 Que el mísero mortal en su camino
 Agobiado se siente de aflicción!

Acatemos la ley de la existencia:
Vivir y sucumbir en la tortura,
 El término es la oscura sepultura
 Del mundo en el perpétuo batallar.
 Término material, física calma
 Del cuerpo corroído de dolores...
 Mas el alma inundada de fulgores
 Vá en el cielo sus alas á plegar.

Montemorelos, Junio 22 de 1884.

DOLORES DELAHANTY.

A MARIA PURISIMA.

Existe aquí dentro del alma mía
 Un afecto sublime, reverente,
 Que el corazón me llena interiormente
 De dulzura infinita y alegría.
 Es mi amor á la pálida azucena
 Que los cielos llenó de rico aroma
 Á la inocente, cándida paloma
 De perfecciones y virtudes llena.
 Es su nombre dulcísima ambrosía,
 Como de Dios la emanación más santa[®]
 Que al cielo y á la tierra los encanta
 La inmaculada y celestial María.
 El alado querub dice ese nombre
 Que veneran los ángeles en coro,
 Ella es el astro refulgente de oro

Que presta luz al corazón del hombre.
 María es el puerto para el navegante,
 Es la dulce esperanza del cristiano,
 Y lo sostiene con su santa mano
 Cuando en la fé lo mira vacilante.
 Al escuchar tu nombre sacrosanto
 Reverentes se inclinan las naciones,
 Y laten los cristianos corazones
 De este tu nombre al celestial encanto.
 Y yo te invoco con ferviente anhelo,
 Para que apartes mi alma del pecado;
 Que el corazón conserve immaculado
 Para admirar tu imagen en el cielo!

1885.

Laureana Wright de Kleinhans.

Savonarola.

Joven é iluso, soñador y bello,
 De tu alma en el espacio te perdiste,
 Y al ver tu corazón te estremeciste
 De un amor mundanal bajo el destello.

Aquel amor, paloma solitaria
 Buscando un nido do posar su frente,
 Tendió su vuelo y dibujó en tu mente
 Una forma sutil ó imaginaria.

Mas pronto la quimera de tus sueños
 Impalpable, fugaz y vaporosa,
 Bajo la forma de mujer hermosa
 Convirtió en realidades tus ensueños.

Una mujer...! con la orla de su manto
 Tu frente macilenta cobijaba,

Y en tu celda callada retrataba
De su contorno el misterioso encanto.

Una mujer. . . ! ante la luz febea
Ó de la sombra en el profundo arcano,
Podías tan solo con tender tu mano
Tocar su forma y definir tu idea. !

Mas un negro sayal ¡triste barrera!
De tu amor humanal te separaba:
Si el corazón fogoso te lanzaba
La religión te detenía severa!

Combates gigantescos se trabaron
Entre los sueños de tu afán ardientes,
Donde el cielo y el mundo persistentes
Su imperio sobre tí se disputaron.

Amando á Dios y en su bondad creyendo,
Concebir no pudiste que exigiera
Que el hombre ni pensara ni sintiera
Corazón y cerebro poseyendo.

Tan grande era el anhelo de tu pecho,
La fé de tu alma en su amargura misma,
Que te lanzaste sin temor al cisma,
Sosteniendo tu creencia y tu derecho.

Una prueba que el cielo te inspirara
Por fallo de tu causa propusiste,

Y arrojarte en las llamas ofreciste
Esperando que Dios las apagara.

El que sostuvo de Moisés la vida
Con el *maná* dulcísimo del cielo;
El que abrió clemente el denso velo
Del antro de la mar embravecida;

Aquel Jehová tan grande y justiciero
Siempre padre y amparo del creyente,
Debía neutralizar omnipotente
La acción del fuego asolador y fiero.

¡Fanático sublime, temerario,
De tu capa pluvial bajo el abrigo
Llevando al Cristo de tu fé testigo,
Subiste á tu suplicio voluntario!

Por vez postrera tu mirada triste
Al cielo que implorabas levantaste:
Le viste indiferente. te inclinaste. . .
¡Y envuelto en el incendio sucumbiste!

Mateana M. V. de Stein.

A TOLANTZINCO.

Salve, Tolantzinco hermosa!
 Donde el aura es mas serena,
 Donde es más exuberante
 La rica naturaleza;
 Donde de las bellas flores
 Se aspira la grata esencia,
 Y de las aves los trinos
 Nos trae la brisa lijera;
 Donde el cielo es mas azul
 Do el agua murmura leda,
 Y brindan ventura y calma
 Tus encantadas florestas.
 ¡Salve! el alma emocionada
 Al contemplar tus bellezas
 Olvida sus desventuras
 Olvida sus hondas penas!
 Oh! cómo pasan aquí
 Las horas dulces, serenas,

Cómo trascurre la vida
 De gratos encantos llenal
 Aquí se siente mejor,
 Más goce la mente sueña,
 Con más fé, con más confianza,
 Dicha el corazón espera.
 Cuando el angel del deber
 Á mis hogares me vuelva,
 Bendeciré tu recuerdo,
 Lo adoraré hasta que muera,
 De tus generosos hijos
 Me llevaré como prenda,
 El sentimiento infinito
 De amistad franca y sincera;
 En tanto, ciudad hermosa,
 La de perfumadas selvas,
 La de cristalinas aguas
 Con las que el sol juguetea,
 La de inmensas hortalizas
 La de magníficas huertas
 Frescas, tranquilas, umbrías
 Que al Paraíso remedan,
 Te saludo cariñosa,
 De placer el alma lleua,
 Y te ofrezco el homenaje
 De mi admiración sincera!

Abril 6 de 1884.

Clotilde Zárate.

UNA VIOLETA.

Mientras del sol los vívidos fulgores
Bañaban al jazmín y á la mosqueta
De la luz se ocultaba una violeta,
Entre los tallos de las otras flores.

Reflejo de mis íntimos dolores,
Al descubrirla la mirada inquieta,
De esa flor predilecta del poeta
Creí hallar en los pálidos colores.

Cuando entre nubes de zafir y rosa
El sol al occidente descendía,
Volví á internarme por la selva umbrosa;
La violeta gentil mustia yacía,
Sus alas agitó una mariposa,
Y el vuelo alzó cual la esperanza mía.

Lucía G. Herrera.

ADMIRACION

A la inspirada poetisa Esther Tapia de Castellanos.

¡Esther! ¡Esther! Tu inspiración sublime
Llega siempre hasta mí,
Conmoviendo las fibras de mi alma
Que vibran siempre cuando pienso en tí.
En las aulas, al ver tus dulces versos
Junto á mí te sentía;

La emoción al momento me embargaba
Y mi pecho infantil se conmovía.
Mi buena directora, cariñosa,

Tus versos me prestaba.....
¡Entonces sí que me sentí dichosa!
¡Entonces sí mi corazón gozaba!
Mi alma que aunque no te conocía

Te llegó á querer tanto,
Invocaba tu dulce poesía
Que la llenaba de ilusión y encanto.
Grande, muy grande yo te contemplaba
Y escucharte, creía;

Con tus versos, Esther, me deleitaba;
Tu genio, admiración me producía.
Mi alma, que lo grande siempre admira
Y que adora lo bello,

Hoy te dedica un canto de su lira,
¡Es de mi admiración sólo un destello!

LUISA MUÑOZ LEDO.

LA TEMPESTAD.

ELEGIA.

Tempestuosa la atmósfera cargada
De vapores se ve,
Densas nubes la bóveda azulada,
Enlutan por do quier.

La luz del rayo vívida y fosfórea
Surca el cielo veloz,
Y retumba del trueno la estentórea
Y terrífica voz.

Todo es silencio por do quier: escúchase
Sólo la tempestad;
Natura calla cuando escucha atónita
La voz de Jehová.

Gota á gota la lluvia trasparente
Cae sobre el cristal
De mi ventana, do mi mustia frente
Apoyo con pesar.

Cayendo el agua en el cristal resuena
Monótona y sutil,
Se queja el viento como de alma en pena
Remedando el gemir.

Mi alma se eleva en atrevido vuelo
Dejando esta región,
Y atravesando el enlutado cielo
Admira á su creador.

¡Señor! si veo brillar en claro día
Tu amor y tu bondad,
Más grande te contempla el alma mía
En recia tempestad.

¡Parece que dejando los palacios
De gloria y esplendor,
En un carro de fuego los espacios
Vas cruzando, Señor!

Sigue la tempestad: tal vez la losa
Del nicho funeral
Donde mi amada madre en paz reposa
La lluvia azotará.

Y entanto tú estarás ¡Oh madre mía!
En el eterno Edén,
Gozando de una célica alegría
É interminable bien.

¡Oh, si á través del tempestuoso cielo
Asomaras tu faz
Y de verte tuviera yo el consuelo
Un momento nomás!

¡Oh, si pudiera yo ver tu semblante
Risueño, celestial,
Y tu cuerpo ya diáfano y radiante,
De júbilo inmortal!

Si pudiera mirarte entre querubes
Circundada de luz . . .
Mas mis ojos tan sólo ven las nubes
Y mas allá estás tú.

Sólo me es dado ver tu fosa helada,
Al rojizo fulgor
Un momento tan sólo iluminada
Del rayo aterrador.

Tú en tanto que yo gimo en triste duelo,
Ruégale al Sumo Bien
Que me reuna al dejar el triste suelo
Contigo en el Edén.

Mayo de 1868.

INDICE

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.—Bio- grafía	5
El himno de la mañana	14
La Poesía	16
Amor de Madre	21
ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI.—A mi hi- jo dando limosna	27
DOLORES GUERRERO.—Desaliento	33
MARÍA DEL REFUGIO ARGUMEDO DE OR- TIZ.—Contemplación	36
MARÍA DEL PILAR MORENO.—Filosofía del Corazón	39
RITA ZETINA GUTIERREZ.—Romance	44
LAURA MENDEZ DE CUENCA.—Adiós	47
¡Oh corazón!	50
JULIA PEREZ MONTES DE OCA.—Después de la lluvia	53
JOSEFINA PEREZ.—UNA LÁGRIMA	55

HERLINDA ROCHA.—Auras de Abril.	57
SOLEDAD MANERO DE FERREB.—Oda al Supremo Artífice del Univer- so	59
GERTRUDIS GÓMEZ ZAVALA.—El amor y el desengaño.	62
JOSEFA LETECHIPIA DE GONZALEZ.—La ofrenda.	64
DOLORES CORREA ZAPATA.—Un canto. . .	67
REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO.—Amo- res.	71
MACLOVIA TREJO.—A mi Madre.	76
MANUELA L. BERNA.—A mi hermana Lupe el día de su santo.	77
JULIA G. DE LA PEÑA.—A Rcsa.	79
JULIA G. DE LA PEÑA DE BALLESTERS.— La Niñez.	80
DOLORES DELAHANTY.—A María Purísi- ma.	83
LAUREANA WRIGHT DE KLEIHANS.—Sa- vonarola.	85
MATEANA M. V. DE STEIN.—A Tolant- zingo.	88
CEBOTILDE ZARATE.—Una violeta.	90
LUCÍA G. HERRERA.—Admiración.	91
LUISA MUÑOZ LEDO.—La Tempestad. . .	92

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Esther Tapia de Castellanos.

EN PRENSA.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Carpio.

José Rosas Moreno.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

JOSE ROSAS MORENO

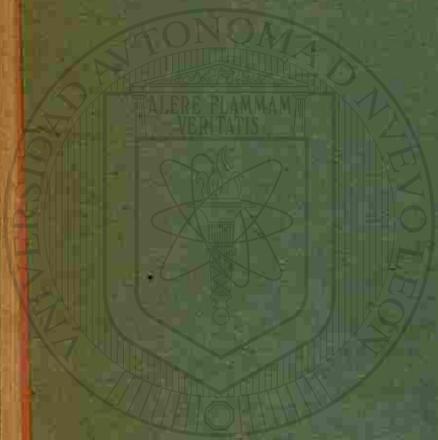
POESIAS

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MEXICO

1885.



El Parnaso Mexicano.

JOSE ROSAS MORENO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PARNASO MEXICANO.

JOSE ROSAS MORENO.

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquín Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN. ®

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 15 de Octubre de 1885.



JOSE ROSAS MORENO.

Nació en la ciudad de Lagos (Estado de Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Fueron sus padres D. José Ignacio Rosas, labrador honrado é inteligente, y D^a Olalla Moreno, de la familia del caudillo de la independencia D. Pedro Moreno, célebre en la historia, porque fué compañero y segundo de Mina, y defensor del fuerte de "El Sombrero."

Rosas pasó dulcemente en su ciudad natal los primeros seis años de su vida; después se trasladó á León (Estado de Guanajuato) con su familia.

En 1851 vino á México á perfeccionar su instrucción primaria, y después estudió latín en el colegio de San Gregorio, y en el de Minería, primer curso preparatorio. Vuelto á Guanajuato en 1854, perfeccionó su edu-

cación profesional, y en todas las materias (exceptuando las matemáticas) obtuvo los primeros premios.

Perseguido en tiempo de Miramón por sus opiniones políticas liberales, tuvo que abandonar el colegio y refugiarse en la Sierra de Santa Rosa. En Dolores fué capturado, y después de haber permanecido en Guanajuato preso algunos días, regresó á Lagos, donde fué nuevamente perseguido.

En 1866 volvió á León, y allí fué regidor del Ayuntamiento, en 1862, y después miembro de la Junta de Instrucción pública.

Al triunfo de la República, en 1867, Rosas salió electo diputado por León al Congreso general; pero graves cuidados de familia le impidieron desempeñar su alto encargo. En 1870 fué electo nuevamente diputado, y reelecto en 1872, y fué después diputado a la Legislatura de Guanajuato.

Rosas ha escrito mucho, y sus obras principales son "Hojas de Rosa," poesías (México, 1864). Fábulas.—Tienen prólogo de D. Ignacio M. Altamirano; merecieron una mención encomiástica de la Academia mexicana de ciencias y literatura, y han sido tan bien aceptadas, que se han hecho de ellas tres edicio-

nes. Algunas de esas fábulas han sido traducidas al inglés, una de ellas por William Cullen Bryant.—Nuevo libro 2º (16 ediciones).—La ciencia de la dicha (tres ediciones).—Libro de Oro de las niñas.—Ortología (3 ediciones).—Manual de Urbanidad.—"Un viajero de diez años."—"Excursiones por el cielo y por la tierra."—"Recreaciones infantiles" (dos ediciones).—"Nuevo amigo de los niños."—"Compendio de la Historia de México."—"Libro de la Infancia" (dos ediciones).

Fundó varios periódicos. En León *El Tío Cavillitas*, la *Madre Celestina*, la *Discusión*, el *Hombre que ríe*, la *Educación* y el *Album Literario de León*.

En México: *Biblioteca de los Niños*, la *Edad Infantil* y los *Chiquitines*.

Ha escrito bastantes obras dramáticas, y de ellas conocemos las siguientes: «Flores y Espinas,» (drama en tres actos y en verso.) «Una mentira inocente,» (comedia, 2 actos.) «Nadie se muere de amor,» (comedia, 3 actos.)—«Un proyecto de divorcio,» (comedia, 1 acto.)—«Los parientes,» (comedia, 3 actos.) «El pan de cada día,» (comedia, tres actos.) «Sor Juana Inés de la Cruz,» (drama en tres actos.)

Entre sus comedias infantiles son muy no-

tables el "Año Nuevo," el "Premio de la Virtud," "Amor filial" y "Una lección de Geografía."

Dejó inéditas dos comedias: «La Mujer de César» y «Al rededor de la cuna.» Esta última es enteramente original, aunque en la forma desconocida hasta hoy por nuestro público; algo se asemeja á los pequeños dramas de Ernesto Legouvé.—Inédito está tambien su drama histórico-mexicano «El Bardo de Alcohuan.»

Rosas era miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, del Liceo Hidalgo, del Porvenir y de otras corporaciones de la capital y los Estados. El Presidente honorario de la Sociedad de Enseñanza popular de León, que sostiene más de diez escuelas gratuitas para artesanos.

Publicó un poema titulado "Recuerdos de la Infancia," para el cual escribimos un prólogo biográfico, de donde tomamos los datos que aquí nos han servido. Rosas, como poeta, es de una extraordinaria dulzura, y su estilo es tan correcto, que sin temor de equívocos, podemos asegurar que si tenemos en México clásicos, él es uno de ellos.

Por lo que hemos dicho, se verá que en to-

dos sus escritos trató de instruir y de moralizar á la juventud. Esta noble acción siempre habrá de agradecerle su patria, que le ve como á uno de sus hijos predilectos.

Rosas murió en Lagos, sin que le hubieran acompañado á su última morada sus amigos, á excepción de D. Justino Frade, que era el más íntimo de cuantos trataba. Debióse ésta, que podria á primera vista llamarse indiferencia social, á que nadie supo el fallecimiento del ilustre y egregio poeta, sino dos dias despues de que lo habían sepultado.

El nombre de Rosas es uno de los más brillantes que registran los anales de la literatura pátria, y pasará á la posteridad coronado de laureles, y acompañado de los aplausos que se tributan al génio.

Rosas fué para el que estas líneas escribe, un hermano cariñoso y leal; permítasele, pues, que ofrezca á su memoria las siempre vivas del recuerdo, de la admiración, de la gratitud y del cariño.

JUAN DE DIOS PEZA.

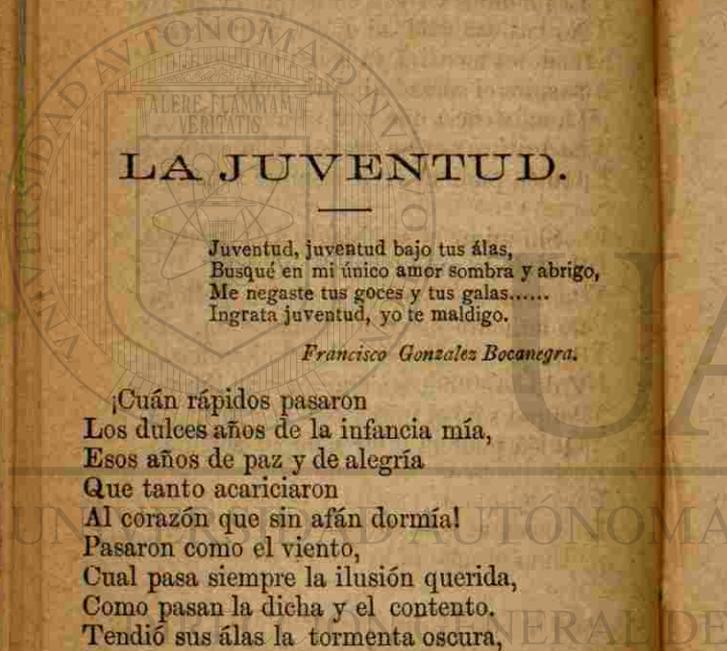
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Es la existencia un cielo
 Cuando el alma soñando embelesada
 Con amoroso anhelo,
 En los ángeles fija su mirada.
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida
 Para vivir gozando!
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
 Es un sueño engañoso la alegría;
 La gloria es humo y nada
 Y el más ardiente amor gloria de un día.
 Afán eterno al corazón destroza
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.
 Sólo el que sueña goza.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres.
 Los hombres viven en perpétua guerra;
 No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
 Todo es mentira ya sobre la tierra.
 Suspira el corazón inútilmente. . . .
 La existencia que voy atravesando
 Es hermosa entre sueños solamente.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
 Pasé de la niñez la dulce aurora,
 Contemplando entre sueños la belleza
 De ardiente juventud fascinadora.
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
 Y desde entonces siempre estoy llorando
 Porque sólo el que sueña es venturoso.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!



LA JUVENTUD.

Juventud, juventud bajo tus álas,
 Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
 Me negaste tus goces y tus galas.....
 Ingrata juventud, yo te maldigo.

Francisco Gonzalez Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
 Los dulces años de la infancia mía,
 Esos años de paz y de alegría
 Que tanto acariciaron
 Al corazón que sin afán dormía!
 Pasaron como el viento,
 Cual pasa siempre la ilusión querida,
 Como pasan la dicha y el contento.
 Tendió sus álas la tormenta oscura,
 La calma se alejó despavorida
 Y vinieron las horas de amargura:
 ¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
 ¡Como pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso
 De aquellas ilusiones seductoras
 Tan sentidas después y tan lloradas.
 ¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
 Aquellas horas por mi mal pasadas!
 ¡Ay! entonces cruzaba la existencia,
 Tranquilo y descuidado,
 En medio de la paz y la inocencia.
 Sin esta indecisión que me acobarda,
 Encantado por dulces embelesos,
 De mi ángel bueno en los amantes brazos
 Y al blando són de los maternos besos.
 Pero ha pasado la niñez hermosa,
 Y hoy devoro tormentos á millares:
 Hoy el capricho del falaz destino
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,
 Y al impulso del ráudo torbellino,
 Entre los mares del dolor me pierdo;
 Pues del placer pasado y la alegría
 Le queda al corazón sólo el recuerdo,
 ¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,
 Y tú veniste, juventud galana,
 Radiante de placer y de hermosura
 Como una flor en su primer mañana.
 Tú veniste, cuál sueño de ventura,

Ansiando amor y derramando amores,
Húmedos de pasión los lábios rojos,
La sien ceñida de fragantes flores,
Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso,
Te fui á buscar en mi delirio ciego,
Y entre tus brazos me arrojé gozoso
Cual inocente niño
Que corre á asir el devorante fuego.
Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
La ilusión que la calma me arrebata,
La hermosa virgen por quien vivo triste,
La virgen ¡ay! que por mi mal existe,
Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
Paraiso de amor y de ventura
Me pareció la vida,
Y en mi amoroso anhelo,
Sin recordar que al fin todo se olvida,
Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
Corriendo en pos de la ilusión funesta
Deslumbrado busqué la bienandanza,
Y he sabido las lágrimas que cuesta
El delirio de amar sin esperanza.

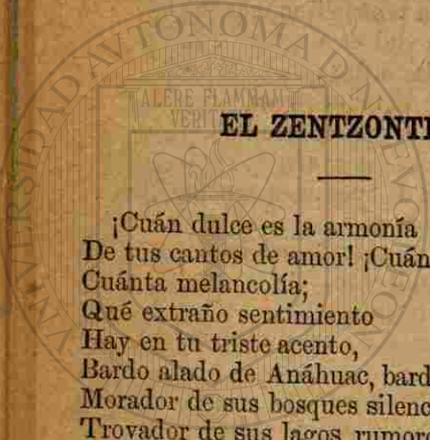
¿Por qué veniste á desgarrar mi pecho

Y con tus llamas á abrasar mi frente,
Aciaga juventud. ¿Por qué veniste
Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
De los goces y dulces alegrías
Que me brindaste con falaz halago,
Me diste sólo, de mi amor en pago,
Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
Ya no pretendas fascinar el alma
Con la luz de tus mágicos colores:
Vuelve á mi pecho la perdida calma,
No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
Porque hoy su horrible agitación me mata;
Sólo anhelo la dicha de la muerte;
No quiero verte, juventud ingrata,
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
Te fui á buscar y te tendí la mano:
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.


EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía;
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Quando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas álas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Quando el sol en el cielo apenas arde,

El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Quando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes

La adorada y hermosa patria mía,
 Quiso amoroso Dios que independientes
 Los sinsontes su atmósfera cruzáran
 A la luz de sus ástros refulgentes;
 Que allí su dulce amor tiernos buscáran,
 Y orgullosos volando en las alturas,
 Su juventud espléndida cantáran
 En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonce en ráudo vuelo
 Cruzan su hermoso suelo,
 Sus soberbias montañas, sus vergeles,
 Sus floridos y extensos limonares,
 Sus magníficos bosques de laureles;
 Y suspiran dulcísimos cantares
 Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Ornando jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayacatl valiente,
 Humillando á sus piés á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,

Y doquier la victoria sonreía
 A la sombra feliz de sus pendones,
 En la risueña márgen de los lagos,
 Los sinsontes, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querélla,
 El discorde vibrar de los timbales,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.
 Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores.
 La querelosa voz de la paloma,
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el hórrido silbido
 Del reptil que se arrastra entre la arena.

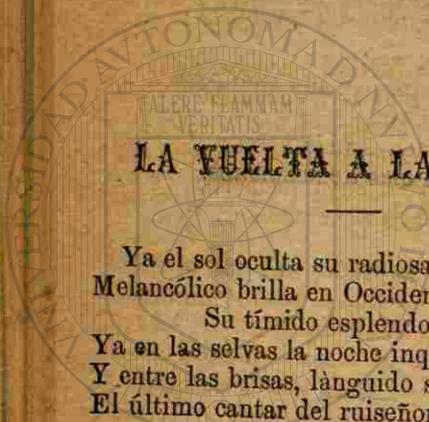
Así cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina
 Que un sol de fuego espléndido ilumina
 Mústia y triste la Europa nos parece,
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así cuando el sinsonte enamorado,
 Feliz se oculta en el risueño prado
 Y canta entre las palmas y las flores,
 Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
 En mil revueltos giros
 Volando caprichoso,
 Imitas cadencioso
 Ecos, cantos murmullos y suspiros.
 Siempre hallas una voz y una armonía
 Para expresar tu duelo,
 Y traduces en tierna melodía
 Del amor el dulcísimo consuelo
 Y el ardiente placer de la alegría.
 Tienes siempre al mecerte por el viento,
 Para todos los goces un acento;
 A todo prestas inefable encanto,
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
 Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cual conmueve tu voz el alma mía!
 ¡Bendita la armonía
 De tu suspiro amante,
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
 Morador de sus bosques silenciosos,
 Trovador de sus lagos rumorosos.

¡Plegue al piadoso cielo
 Que en estrecha prisión nunca suspires
 Triste canción de duelo,

Que en orgulloso vuelo
 Cruzando las inmensas cordilleras,
 A nuestra patria mires
 Bendita por la historia;
 Y que repitas siempre en tus cantares
 El himno de su gloria,
 Al gemir de los anchos platanares
 Y al rumor de las olas de sus mares.



LA VUELTA A LA ALDEA.

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado
Que en mi niñez oí!
Al ver de léjos la arboleda umbrosa,
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso ví pasar,

Y aquí mil veces al morir el día,
Vine amante después en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos són:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia
De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga al corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
A mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares,
Viene á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.
Allá la casa donde entrar solía,
De mi padre en la dulce compañía.
¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera
A Laura ví cruzar;

Y de aquella arboleda en la espesura,
Una tarde de Mayo, con ternura
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida, es sólo un sueño,
Y un sueño sué mi amor.
Qual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido...
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.
Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada,
Triste suspira el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;

Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Qual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,
Qual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña,
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
¡Más donde está mi fé, dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¡De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,

El rumor de los céfiros suaves,
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros días,

A Laura sonreír.

¡Ayl en vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;
Jamás ha de venir....!

RECUERDOS DE LA INFANCIA

FRAGMENTOS.

Junto á las puertas del cielo,
Vive el hombre soñador
Llorando en perpétuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia del dolor,
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,

Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener. . . .
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores,
Que yo deshojara un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:

"Tú pareces un poeta,"
—¿Y qué es eso, madre santa?
Ella besóme llorando,
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!



DIOS.

TRADUCCION LIBRE DE LAMARTINE.

Este astro universal que nunca muere,
 Que no tiene ni término ni aurora,
 Es Dios, el Grande Sér, el Sér Inmenso
 Que á sí mismo sin fin siempre se adora.
 Él existe, y en Él existe todo:
 La inmensidad, el tiempo,
 De su Sér infinito
 Los elementos son, y es el espacio
 Su espléndida morada.
 La eternidad, apenas
 Pálida sombra de su edad sería;
 Su imagen es el mundo
 Y sus miradas son la luz del día,
 El Universo existe

Bajo la dulce sombra de su mano;
 Y el sér en tanto en eternas olas
 Sin cesar de su seno está brotando:
 Y cual inmenso río
 Que esta fuente magnífica nutriera,
 Corre y vuelve á morir donde naciera.
 Sin límites como Él, sus grandes obras
 Bendicen al nacer su Providencia;
 Él puebla el infinito con su aliento;
 Brota el sér á su solo pensamiento
 Y produce, existiendo, la existencia.
 De Él emana en la tierra cuanto existe;
 Y es siempre sin cesar, en todas partes
 Su sola voluntad la ley suprema.
 Pero esta voluntad no es débil nunca,
 Y es á la vez Poder, Sabiduría;
 Justicia y Armonía.
 Él puede dominar de una mirada
 Cuanto existe en los mares y en los cielos,
 Y astros formar y soles de la nada.
 Él puede derramar por donde quiera
 Belleza y juventud, dicha y amores,
 Y al prodigar sus dones celestiales,
 Puede hacer de los míseros insectos
 Los poderosos dioses inmortales;
 Pero estos dioses que su mano cría
 Compararse con Él nunca pudieran,

Y sin Él estos dioses no existieran.
 Mirad, mirad al Dios que el alma adora,
 Al que Abraham acataba reverente;
 Al que en sueños Pitágoras veía;
 Al que anunciaba Sócrates ardiente,
 Y al que Platón soñando presentía.
 Este Dios que revela el Universo;
 Que la justicia en su inquietud buscaba;
 Que en su dolor profundo
 El infortunio mísero esperaba,
 Y que el Cristo por fin mostrara al mundo,
 No es el Dios que los hombres fabricaron,
 No es el Dios de los falsos sacerdotes
 Frágil y torpe hechura;
 No es el Dios del error y la impostura
 Que en otros siglos adoraba el hombre.
 Él es solo, Él es justo y Él es bueno:
 El mundo está de sus bondades lleno,
 Y el cielo sabe su Divino nombre.
 Dichoso aquel que á conocerle alcanza,
 Y más dichoso aún el que le adora,
 Pues en tanto que el mundo que le ofende
 Su Majestad ignora,
 Solitario á la luz de las estrellas
 Al templo va donde la fé le guía,
 Y allí de amor y gratitud ardiendo
 Como el incienso al cielo su alma envía.

Para elevarse á Dios los corazones
 Necesitan virtud y fortaleza
 Y que les dé el amor sus dulces alas.
 ¡Ah! si al menos hubiera yo nacido
 En la feliz edad en que los hombres
 Al comenzar del mundo la existencia
 Se acercaban á Dios á cada instante,
 Se acercaban á Dios por la inocencia,
 Y con Él conversando cara á cara
 Gozaban sin cesar de su presencia!
 ¡Que no hubiera yo visto el universo
 Cuando el sol lo alumbró la luz primera!
 ¡Que no hubiera escuchado al primer hombre
 Al despertar gozoso
 De su primer ensueño venturoso!
 Todo de tí le hablaba,
 Tú le hablabas de tí, y el orbe entero
 Tu Majestad suprema respiraba.
 Al salir de tus manos la natura
 Publicaba tu nombre en todas partes,
 Y si el hombre el pasado contemplaba,
 En el pasado á tí solo veía,
 Y si á su Padre en su aflicción llamaba,
 Tu cariñosa voz le respondía.
 Como á inocente niño
 Le enseñabas tu Nombre Soberano,
 Y en él cifrando tu mayor cariño,
 Por doquier lo llevaste de la mano.

Tu Magestad augusta muchas veces
 A sus ojos atónitos mostraste,
 De Sannar en el valle delicioso
 Y en la alta cumbre del Oreb glorioso,
 Do al gefe de Israel tu ley dictaste.
 Los hijos de Jacob tus hijos fueron,
 Y en muchos años en su triste senda
 El maná de tu mano recibieron.
 Al dar tu inspiración á los profetas,
 Con tu fuego su espíritu alumbrabas,
 Y con la eterna luz de los prodigios
 El error y la duda disipabas.
 Si acaso alguna vez de su memoria
 Tu imagen inmortal borrar querian,
 Presurosos tus ángeles venian
 A mostrarles los rayos de tu gloria.
 Pero ¡ay! así como se pierde el río
 Que se vá de sus fuentes alejando,
 Este recuerdo al fin se va borrando.
 Llegó á palidecer el astro hermoso
 Y eclipsó sus espléndidos fulgores
 La pavorosa noche de los tiempos.
 Cuando de hablar dejaste,
 Los hombres te olvidaron,
 Y conmovió sus almas otro anhelo,
 Y entre el mundo y el cielo
 De la duda al abismo colocaron,
 Envejecido el mundo

Se olvidó de tu gloria y de tu nombre,
 Y para hallar tu huella
 Es preciso volver ola por ola
 A los primeros días de los tiempos.
 Cielos, astros, feraz naturaleza,
 ¡Ay! én vano os bendigo y os contemplo,
 Y en vano el hombre ós mira,
 Porque sin ver á Dios admira el templo.
 En vano sigue en el inmenso cielo
 De mil soles el curso misterioso,
 Pues no mira la mano que los guía,
 Y el prodigio dejó de ser prodigio.
 ¿Quién sabe do comienzan
 Su senda gloriosa?
 Mañana brillarán como hoy brillaron.
 ¿Quién sabe si esta antorcha
 Que fecundiza el suelo,
 Sin principio ha existido, ó si hubo un día
 Que por primera vez brilló en el cielo?
 De su primera aurora nuestros padres
 Nunca los rayos vieron,
 Y en los días eternos
 No ha brillado jamás el primer día.
 Y hoy en vano, Señor, tu Providencia
 En el mundo moral, en grandes cambios
 Sin cesar nos revela tu presencia,
 Y es en vano, Señor, que á un soplo tuyo
 Se mire en un instante

El cetro y el poder de los humanos,
 De unas manos pasando en otras manos.
 Ya están, Señor, cansados nuestros ojos
 De mirar el vaivén de la fortuna;
 Y entre tantas catástrofes terribles,
 Dormimos ¡ay! sin emoción alguna.
 Despiértanos, Gran Dios, transforma el mundo,
 Haz oír tu palabra poderosa,
 Levántate, Señor, deja el reposo,
 Y forma de este caos otro universo.
 Nuestros mortales ojos fatigados
 Necesitan mirar otros objetos,
 Y han menester milagros y prodigios
 Nuestras débiles almas vacilantes.
 Cambia, Señor, el orden de los cielos,
 Y haz brotar otro sol á nuestra vista:
 Destruye este palacio
 Que tan indigno ha sido de tu gloria;
 Ven Tú mismo á mostrarnos tu grandeza,
 Y haznos creer en Tí, Dios de los cielos.....
 Mas quién sabe, Señor, si ántes del día
 Que deje el sol de iluminar la tierra,
 La luz del sol moral, oscurecida,
 Dejará de alumbrar el pensamiento!
 Si esto sucede al fin, en un momento
 El Universo volverá á la nada.
 Tú destruirás, Señor, tu inútil obra;
 Sus destrozos de edades en edades

**Volarán sin cesar en el vacío,
 Y excluirás entonces: "Solo existo,
 Nada existe sin mí, y en vano el mundo
 Mi Majestad Angusta negar quiere;
 Cesando de creer, el hombre muere."**

A LA MEMORIA

DE LA EMINENTE POETISA
AMERICANA

Dofia Gertrudis Gomez de Avellaneda.

No entre luto y afán y sentimiento
Viene á evocar mi lábio la memoria
De la insigne poetisa americana;
No con doliente acento
Lamentaré su suerte;
Al recuerdo sublime de su historia
Vengo á entonar el himno de la gloria,
No el funerario canto de la muerte.

La oscuridad horrible de la tumba,
Su eterna oscuridad, en fulguroso
Esplendor para el génio se convierte,
Que en el triste sepulcro silencioso
Nunca se apaga el génio poderoso:

Quando herido del rayo el polvo inerte
Con el soplo del viento se deshace,
Altivo á lo inmortal el génio nace;
La tempestad domina,
Y en la región divina
Audaz entre los siglos se abre paso;
El implacable tiempo no le hiere,
Porque el génio inmortal, sol sin ocaso,
Imagen es de Dios y nunca muere.

La mágica cantora,
A cuya voz la España
En un tiempo postróse conmovida;
Vé al fin la luz de su primera aurora....
¡La muerte está vencida!

¡Honor al génio, honor! Lauros hermosos
Borren la huella que dejó su planta
En los abrojos de la tierra impura;
Cantad al génio que mi lábio canta,
Que entre las sombras de la tumba oscura
El astro de su gloria se levanta.

En los valles de América, al arrullo
De sus brisas de amor, entre sus selvas,
Vió de la dulce infancia
Los primeros y plácidos fulgores.
Y al contemplan la espléndida belleza

De esa región de génius y de flores,
 Al respirar su aliento
 Sintió la inspiración de su grandeza,
 Sintió su pensamiento
 Más inmenso que el mundo y que los mares,
 Cantó lo bello con placer profundo
 Y estremecióse el mundo
 Al sonoro rumor de sus cantares.

No era su voz el lánguido suspiro
 Eco tierno de tímidos amores
 Que la débil mujer llorando exhala;
 Era el grito del águila potente
 Que altiva el monte escala,
 Que por el cielo sube,
 Que ve la tempestad, indiferente,
 Y que se mece audaz sobre la nube,
 Al sol clavando su mirada ardiente.
 El rugido estruendoso del torrente
 Pintaba en su divina poesía,
 Y los tumbos del mar en la bahía;
 Y hasta en las dulces calmas,
 Hasta en el lento, compasado y grave
 Murmullo de la brisa entre las palmas,
 Hasta en el tierno suspirar del ave,
 La grandeza sentía,
 Y en inmortales notas
 Sus propios sentimientos traducía.

No del hogar tranquilo
 La inocencia cantó ni la ventura
 Ni el inmenso placer de su ternura,
 Sino el turbión bravío,
 Al horrisono trueno
 Que lanza la tormenta de su seno.
 Su mente voladora
 Feliz en los abismos se mecía;
 Cruzaba valles, montes,
 Ansiaba ardiente luz abrasadora,
 Extensos horizontes,
 Espacio en que ostentarse vencedora.
 Por santa inspiración arrebatada
 Volaba su alma inquieta;
 Nunca tornó á la tierra su mirada
 Porque no era mujer, era poeta.

Al mirar la miseria del presente
 Su corazón sintióse destrozado,
 Y entonces en su afán noble y ardiente,
 Con la mágia del génio Omnipotente,
 Evocó los recuerdos del pasado.
 Al eco de su voz, sobre la escena
 Apareció la altiva Babilonia
 De orgullo y gloria y de placeres llena;
 Envueltos en la púrpura Sidonia
 Se vieron los magnates,
 Contemplando en los mágicos jardines

La pintoresca márgen del Eufrates;
 Y al alegre rumor de los festines,
 A la luz de la luna blanca y fría,
 En silencioso giro,
 El impaciente ejército de Ciro,
 Cual serpiente de acero se extendía.

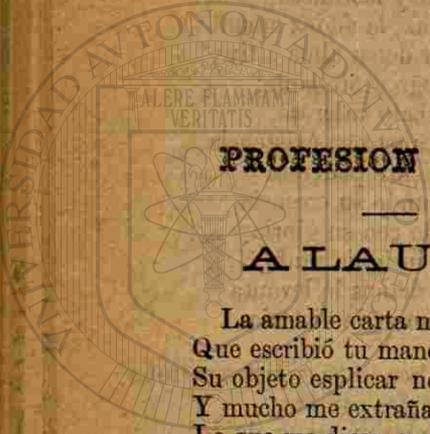
A la voz del poeta, el rey impuro
 Reveló sus dolores infinitos,
 Y vaciló su paso mal seguro,
 Y trémulo exhaló dolientes gritos
 Al contemplar escritos
 Los misteriosos signos en el muro.....

Mas viendo la cantora
 Que solo afán y duelo
 El triste mundo encierra,
 Dió á su mente las álas de su anhelo
 Y alzóse de la tierra,
 La luz buscando y el placer del cielo.
 Cuando por santo afecto arrebatada,
 Canta á la Cruz sagrada,
 No hay amor más inmenso y más profundo
 Que más el corazón nos electricé;
 Cuando canta á la Cruz despierta el mundo,
 Y ardiendo con su fé, su fé bendice.
 No es la mujer llorosa

Que temblando se postra y conmovida,
 Consuelo demandando
 En oración humilde y lastimosa;
 Es la guerrera audaz, la audaz amante
 Que revela el valor de su alma altiva
 En su mirar de fuego centellante;
 Que por su fé combate valerosa,
 Que diera en holocausto su existencia,
 Que con su fé se siente poderosa
 Para inspirar al mundo su creencia,
 Que feliz y gozando con su gloria
 Abraza de su fé la insignia santa,
 Y altiva entre sus manos la levanta
 Para entonar un himno de victoria.

¡Honor al génio, honor! Si en tierra extraña
 La tumba de la mágica cantora
 Sin guirnaldas se mira en triste olvido,
 Si la agitada España,
 Entre luchas sangrientas y rencores,
 No le ofrece sus lauros y sus flores,
 Hoy el triunfo del génio diviniza
 La patria de Alarcón y Gorostiza.
 Nosotros veneramos su memoria,
 Y ni lauros ni amor han de faltarla:
 Nos sobra corazón para admitirla,
 Y laureles también para su gloria.

México, Junio 30 de 1873.



PROFESION DE FE.

A LAURA.

La amable carta miré
Que escribió tu mano bella;
Su objeto explicar no sé,
Y mucho me extraña á fé
Lo que me dices en ella.

Niña, en los buenos salones
La política dá sueño;
Y no alcanzo las razones
Por qué tienes tal empeño
En saber mis opiniones.

Verde, blanca ó encarnada,
Siempre el alma enamorada
Rinde tributo al amor,

Y no modifica en nada
Al sentimiento el color.

No importa á tu paz, bien mío,
Saber si en Juárez confío;
Que cariñoso y clemente
Bendice Dios igualmente
Al cristiano y al judío.

El color no importa cosa:
Rojos te puedo mostrar
Con sucesion venturosa,
Dilatada y numerosa
Como la arena del mar.

Para decir con delicia
Algún requiebro oportuno;
Para hacer una caricia,
No es necesario en justicia
Tener partido ninguno.

Aristócrata ó pechero,
Reformista decidido
O agente léco del clero,
Tirio ó troyano, te quiero
Como nadie te ha querido.

Firme y constante en amar,
 Sabré siempre conservar
 El cariño que nos liga,
 Y es inútil que te diga
 Mi manera de pensar.

Quiero, emperó, complacerte:
 Que siempre mi anhelo fué
 Contenta en todo tenerte:
 Pues lo quieres, voy á hacerte
 Una profesion de fé.

Desde el día en que te ví
 Palpitó mi corazon
 Y por daeño te elegí;
 Ya ves que ha tiempo exercí
 El derecho de elección.

Tú eres mi única alegría,
 Tú eres mi rey, alma mía,
 Mi corazon es tu imperio,
 Y amante, y rendido, y sério,
 Proclamo la monarquía.

Con el influjo que tiene,
 Protegiendo nuestra union,
 Tu hermana ¡oh niña! interviene:
 La intervención me conviene,
 Acepto la intervención.

Cierto francés relojero
 Se interesa á tu dinero;
 Pero he de acabar con él:
 Guerra, guerra sin cuartel
 Al enemigo extranjero.

Fiero tu padre y tirano,
 Quiere con mala intencion
 A otro dar tu linda mano;
 Pero yo, buen ciudadano,
 Seré de la oposición.

Por la risa desprendida
 De tus labios de coral,
 Por tu amor, prenda querida,
 El alma te doy, la vida;
 Ya ves que soy liberal.

Quiero tu amor para mi
 Con amante despotismo,
 Que alma y corazon te di,
 Y tratándose de tí,
 Adoro el absolutismo.

Cuando dichoso á tu vista
 Vá haciendo mi amor progresos
 Y algún abrazo conquista,
 Conquistar quiero mil besos,
 Ya ves que soy progresista.

Y pues ardiente te llamo
Y no me puedes oír;
Puesto que ausente te amo,
Para escribirte reclamo
La libertad de escribir.

Busco en tus brazos abrigo
Y en tus ojos ilusión,
Y para unirme contigo,
Tiemo proclamo y bendigo
El derecho de reunión.

Si al fin mi solicitud
Pagas, mi bien, con un sí,
Y me vuelves la quietud,
Tendrás un esclavo en mí:
Proclamo la esclavitud.

Con un cariño sincero
Que contribuyas espero
A hacer mis dichas perfectas;
Y advierte ¡oh Laura! que quiero
Contribuciones directas.

Y si en tierna intimidad,
Y á mí en sociedad unida
Me consagras tu amistad,
Yo consagraré mi vida
Al bien de la sociedad.

Para imprimir en tu frente,
Do miro el amor lucir,
Un beso dulce y ardiente,
Proclamo constantemente
La libertad de imprimir.

Yo amo la paz en la tierra,
Y si tu alma, como es justo,
Amor por mi amor encierra,
Firmaré con mucho gusto
La abolición de la guerra.

Siempre á mi lado tenerte
Son mis únicos deseos;
Y pues me muero sin verte,
Me pronuncio sin rodeos
Contra la pena de muerte.

Soy tan franco, dueño mio,
Como tu amor exigió;
Mis opiniones te envío,
Y espero amante y confío
Que pensarás como yo.



EN EL ALBUM

DE MI HERMANA.

INÉDITOS.

I.

Es el vivir cadena de aficciones,
Su primer eslabón está en la cuna
Y quiere Dios que en el sepulcro se una
El último de tantos eslabones.

La adolescencia es gérmen de pasiones,
La orgullosa razón noche sin luna,
Mentiras son la gloria y la fortuna,
La juventud es tumba de ilusiones.

La humanidad entera llanto vierte,
Prófuga la verdad yace escondida,
La tierra es reino de la ciega suerte.

Mas nos dice una voz desconocida,
Que si la vida es cuna de la muerte,
Es la muerte la cuna de la vida.

II.

Son en la vida estéril y sombría,
Placeres, amistad, gloria y talento,
Ilusiones que pasan como el viento
Pues todo es ilusión, hermana mía.

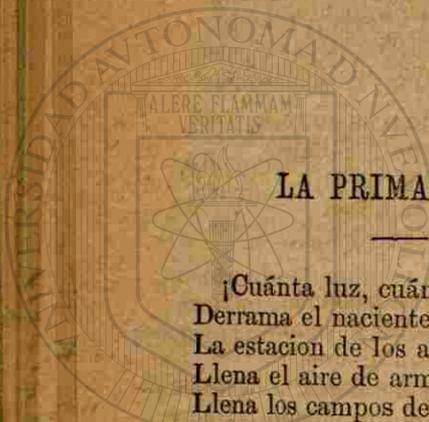
Ilusión engañosa es la alegría,
Ilusión de un instante el sentimiento,
Y el amor, y la dicha, y el contento,
Ilusiones también, gloria de un día.

El corazón del hombre donde quiera,
Siempre aspira á la dulce bienandanza
Y aunque perdida esté, siempre la espera;

Que del inquieto tiempo en la mudanza
La dicha es siempre la ilusión primera,
Y la última ilusión es la esperanza.

Leon, 1863.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



LA PRIMAVERA.

¡Cuánta luz, cuántos colores
Derrama el naciente día!
La estación de los amores
Llena el aire de armonía,
Llena los campos de flores.

Con inefable dulzura
Gime el zéfiro volando
Por la escondida espesura,
Y las aves suspirando
Le responden con ternura.

Al través del bosque umbrío
Pasan las ondas del Río
Que las auras estremecen,
Y los alamos se mecen
Abrumados de rocío.

Vuelan y cantan las aves,
Y entre la selva la fuente
Se desliza mansamente,
Suspirando ecos suaves
Que le responde el torrente.

Pasando de rosa en rosa,
Entre el trémulo follaje,
Se agita la mariposa,
Ostentando vanidosa
Las galas de su ropaje.

Palomas y ruiseñores,
Fuentes, árboles y viento,
Todos se dicen amores,
Los céfiros y las flores,
Las flores y el firmamento.

En los últimos confines
Que limita el horizonte,
Hay vergeles y jardines,
Y hasta en la cumbre del monte
Crecen blancos los jazmines.
Todo á los ojos encanta;
Todo es espléndido, hermoso,
Todo goza, todo canta;
Pero ¡ay! entre dicha tanta
Sólo yo no soy dichoso.

Todo se agita gozando
 Con sonrisa placentera
 Y está de amor suspirando,
 Sólo yo vivo llorando
 En la dulce primavera.

Sus encantos seductores
 No mitigan mis dolores,
 Y me son indiferentes,
 Los árboles y las flores
 Los céfiros y las fuentes.

Con su mágica belleza
 La feraz naturaleza
 Mis sufrimientos no calma.
 Siento en el fondo del alma
 La opresión de la tristeza.

En vano entre mil fulgores
 Viene de flores ceñida
 La estación de los amores,
 Pues no trae entre sus flores
 Ni una flor para mi vida.
 Ya nada me halaga, nada;
 Me hace sufrir cuanto existe,
 Porque tiendo la mirada
 Y todo lo encuentro triste
 Como la dicha pasada.

Sin amor, sin ilusión,
 Y en eterna agitación
 Camino trémulo, incierto.
 Mi existencia es un desierto
 Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,
 Esas flores que se mecen,
 Esa sonrisa del día
 Con su luz, con su alegría
 Mi corazón entristecen.

¡Ay del que llora perdida
 Lleno de afán y dolor,
 Su esperanza más querida!
 ¡Ay del que pasa la vida
 Sin esperanza de amor!

No hay dolor que no me hiera;
 Muy desdichado nací;
 Nada el corazón espera;
 Para mí no hay primavera,
 No hay ventura para mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
 ALERE SE VERITA
 NAPOLEON.

SONETO.

(IMITACION DE UN ANTIGUO.)

«Yo el poder de los reyes aniquilo;»
 Bonaparte exclamaba: «me admiraron
 Con asombro los pueblos, y temblaron,
 Y al áureo sòlio me elevè tranquilo.»

«De sus angustos reyes el asilo
 Profanar los egipcios me miraron,
 Y vencidos huyendo, ensangrentaron
 Las turbias olas del revuelto Nilo.»

«Yo al régio carro encadené la suerte,
 Y es ya mi nombre de victoria emblema:
 ¿Quién grande fué cual yo, quién fué más fuerte?»

«¿Quién hay que humilde mi poder no tema?»
 —«Yo»—le dijo tocándolo la muerte,
 Y arrojó sobre el polvo su diadema.

CLEMENTE CANTARELL.

Deliquios de amor.

A * * *

No en vano de tus ojos
 La lumbre abrasadora
 En lo íntimo del alma
 Sus rayos reflejó;
 No en vano de tus labios
 La risa seductora
 Al escuchar mis quejas
 Mi amor acarició.
 En el revuelto giro
 De voluptuosa danza,
 En ese mundo etéreo
 De dichas y placer,
 Bebí de tus encantos
 La mágica esperanza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
 ALERE EL VERITAT
NAPOLÉON.

SONETO.

(IMITACION DE UN ANTIGUO.)

«Yo el poder de los reyes aniquilo;»
 Bonaparte exclamaba: «me admiraron
 Con asombro los pueblos, y temblaron,
 Y al áureo sòlio me elevè tranquilo.»

«De sus angustos reyes el asilo
 Profanar los egipcios me miraron,
 Y vencidos huyendo, ensangrentaron
 Las turbias olas del revuelto Nilo.»

«Yo al régio carro encadené la suerte,
 Y es ya mi nombre de victoria emblema:
 ¿Quién grande fué cual yo, quién fué más fuerte?»

«¿Quién hay que humilde mi poder no tema?»
 —«Yo»—le dijo tocándolo la muerte,
 Y arrojó sobre el polvo su diadema.

CLEMENTE CANTARELL.

Deliquios de amor.

A * * *

No en vano de tus ojos
 La lumbre abrasadora
 En lo íntimo del alma
 Sus rayos reflejó;
 No en vano de tus labios
 La risa seductora
 Al escuchar mis quejas
 Mi amor acarició.
 En el revuelto giro
 De voluptuosa danza,
 En ese mundo etéreo
 De dichas y placer,
 Bebí de tus encantos
 La mágica esperanza

Que aquí dentro del pecho
 Por siempre guardaré.
 Sentí de tus cabellos
 La nube vaporosa,
 Flotar sobre mi frente
 Marchita de pesar;
 Miré tu faz divina
 Sonriente y ruborosa
 Y ví de tu cintura
 La gracia sin igual.
 ¿Recuerdas? de tu seno
 Convulso y palpitante,
 Robaba los latidos
 Mi herido corazón;
 La dicha de poseerte
 Turbaba mi semblante,
 La pena de perderte
 Turbaba mi razón.
 Y así como del lago
 Que sus corrientes riza,
 A impulsos del aliento
 De vispero gentil,
 De tu divina boca
 La plácida sonrisa,
 Brotaba ardiente y pura
 Tan solo para mí.
 Entonces mi cerebro
 De amor magnetizado,

Latía comprimido
 De fúnebre temblor;
 Mi aliento respiraba
 Tu aroma delicado,
 Mi brazo acariciaba
 Tu cuerpo encantador....
 ¿Por qué si solo vivo
 Mirándome en tus ojos
 Llevado de ese lóco
 Y ardiente frenesí,
 Mis penas y mis lágrimas
 Provocan tus enojos,
 Sin que una frase tierna
 Consuele mi sufrir?
 ¿No ves en mis pupilas
 Nubladas por el llanto,
 Un mundo de esperanzas,
 Un cielo de ilusión?
 ¿No ves que se acrecienta
 Mi pena, mi quebranto,
 Si tú no me concedes
 La dicha de tu amor?
 Porque si el sol marchita
 Con su mirar de fuego
 La flor que en los jardines
 Lozana amaneció,
 La aurora la revive,
 Y en plácido sosiego

Devuélvele la vida
 Que aquel arrebató.
 Hay almas por el cielo
 Para adorar fundidas
 Que guardan en su seno
 Deliquio celestial.
 Hay almas que se mueren
 Si en una confundidas
 No apuran las delicias
 Del goce terrenal!
 Yo embriagaré tu vida
 Con el humor ardiente
 Que mane de mis labios
 En dulce frenesí;
 Yo quemaré en tus aras
 La antorcha refulgente
 Que nos calcine el alma
 Entre deliquios mil.
 Arrullaré tus sueños
 Con dúlcidas canciones
 Para que á tí no llegue
 El ruido mundanal,
 Y al escuchar sus tiernos
 Acompasados sonos,
 Mi vida con la tuya
 De amor se extinguirá.
 Y entonces ¿no comprendes
 Las horas de ventura

Que gozaremos juntos
 De dicha y de placer?
 Y en vez de lentos tragos
 De copa de amargura,
 Contigo los deleites
 De amor apuraré
 Verás cómo seduce
 El hombre que en su mente
 Conserva siempre fija
 Por tí dulce ilusión,
 Verás cómo levanta
 Su adolorida frente;
 Verás como se vive
 Al fuego de tu amor.
 No dejes que la duda
 Con su terrible mano
 Arranque de mi pecho
 Por siempre la quietud,
 No dejes que el destino
 Terrible é inhumano
 Del corazón creyente
 Maldiga la virtud!

Sensitiva.

A.....

¡Pálida estás!... tu frente nacarada
Tiene las huellas que el pesar imprime....
Vaga es tu dulce, celestial mirada,
Y en vez de suspirar tu pecho gime.

¡Pálida estás!... tus labios antes rojos,
Cárdenos, tibios ya por la amargura,
Pétalos son que del clavel despojos
El sol robó colores y frescura.

Tu mejilla tan tersa, tan hermosa,
Colorada de nieves y carmines,
Ha borrado los tintes de la rosa,
Tiene la palidez de los jazmines.....

Ayer te ví... purísima y galana,
Jugar, gozosa del jardín las flores,
Cuando la roja luz de la mañana
Bajaba entre lucientes resplandores.

Y ví en tu lábio angelical sonrisa
Vagar tranquila entre sus bordes rojos,
Dándole sus perfumes á la brisa,
Y á la rosa y clavel causarle enojos.

Tu planta gentilísima y ligera,
Se deslizaba sobre el césped blando,
Y cual si nadie tus encantos viera,
Tú contento también ibas cantando.

Pero ¡ah! te ví!... mi trémula mirada
Bebió en tus ojos de su rayo el fuego,
Sentí desfallecer mi alma angustiada,
Y dije: "¡te amo, te idolatro ciego!"

Y tú tornaste la mirada esquiva
Y ví nublarse tu nevada frentel:.....
Y cual la vergonzosa sensitiva
Plegaste tus encantos de repente.

Calló mi lábio... sollozó mi seno,
Te quise contemplar... miré tu sombra....
Tú diste á mi alma tu mortal veneno,
¡Sin embargo, mujer, mi voz te nombral

ALFREDO HIGAREDA.

El dinero.

(SÁTIRA.)

Diga vd. lo que quiera señor mío,
Pero yo le diré, con su licencia,
Y se lo digo a vd. con experiencia,
Que en este mundo fiero
Lo que vale ante todo es el dinero.

No me diga que hay gentes de cordura
Que prefieran al oro el buen talento,
Por que le he de objetar que este es un cuento.

Figure vd., ¿cómo ha de ser posible
Que reciban mejor en una casa
A un ser indefinible,
Con el sombrero negro por la grasa,
Con un vestido sucio y desgarrado
(Aunque tenga un ingenio despejado)
Que un señor elegante,

Más tieso y petulante
Que un mono orangután de la oceanía,
Que usa coche y cabalios todo el día,
Viste á la última moda,
Tiene fincas de campo, y por remate
Guardados en su caja unos millones
(Aunque en el fondo sea un botarate)?

Yo creo, señor y amigo,
Y vd. tendrá de convenir conmigo,
Que el último será más respetado,
Cual se merece un hombre acomodado.

Pués qué, ¿será lo mismo
Que prodigue el poeta los jazmines,
Y ambrosía, y estrellas á millones
Que prodigar "tomines"
Y en los ratos de humor unos doblones?

Apuesto, señor mío,
Aunque esto le parezca un desvarío,
Pues vd., á mi ver, está soñando,
Que si le ofrezco un canto de la iliada
O una bolsa de plata rebosando,
Prefiere vd. al canto susodicho,
La bolsa de la plata . . . esto es seguro.

Dirá vd., me figuro
 Que la palabra rico
 Es sinonimo exacto de borrico,
 Pues jamas se ha leído en las historias
 Que un hombre de dinero
 Conquistase las glorias
 Del sabio, que proclama el mundo entero.

Diga vd. lo que quiera, no me opongo
 A que el rico sea un fardo de mondongo;
 Pero el mundo es ahora y siempre ha sido,
 Una turba de necios sin sentido
 Y prefiere á las rosas y jazmines
 Al arrullo y al néctar. . . . "los tomines."

Si nó ved una joven casta y pura
 Reina de la hermosura,
 Llegando ya á la edad de los amores,
 Su pecho rebozando de ternura
 Y soñando con luces y con flores. . . .
 Un vate se le acerca enamorado
 Y le brinda en torrentes de armonía
 A sus plantas amor apasionado!
 Ella al pronto se siente conmovida
 Al escuchar la dulce melodía
 Del poeta dichoso, y ya rendida
 Le dá su corazón; más de repente

Llega otro pretendiente
 Y le muestra de amor claras señales,
 Mezclando á los requiebros y suspiros
 Fincas, sedas, carruajes y zafiros,
 Y dentro de unos cofres «algo en reales.»

No tiene que dudar. . . echa al poeta
 A los diablos con todo y armonía,
 Y al brillo del dinero
 Se olvida del amor y la poesía.

Pero hay más: si algún rico
 Necesita morralla
 Para comprar un mono ó un perico,
 Nunca falta un canaya
 Que adulador le brinde con esmero

Su caudal, su bolsillo todo entero
 Aunque ignore quién es, y de ónde viene;
 Pero esto razón tiene,
 Y á mi ver es la frase de estampilla
 De «al que tiene caballo, le dán silla.»[®]

Mientras un pobre vate en un apuro
 No encuentra quien le fie un triste duro,
 Y se le dificulta hallar un queso
 Aunque por él responda el mismo Crespo.

Quisiera decir más; pero lo expuesto
 Me parece bastante, señor mío
 Para probar que en este mundo fiero
 Lo que vale ante todo es el dinero.



ANTONIO CARRION.

PAISAJE SURIANO.

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION CIMENO
 DE FLAQUER.

Blanca, erguida, se levanta
 La torre del santuario
 De un lugar hospitalario
 Que á los viajeros encanta,
 Oculta en flores la planta,
 Su cabeza entre palmeras,
 La circundan hechiceras
 Chozas de bejuco y teja,
 Veladas por una reja
 De lianas enredaderas.

Turba la dulce alegría
 De tan rústico lugar

El relámpago al brillar
 Cuando va muriendo el día.
 El cielo la lluvia envía,
 Rompe el aquilón inquieto
 La enramada del caféto
 Que con su calor agosta
 El rubio sol de la costa
 En el cultivado seto.

Pardas nubes amontonau
 Las montañas en la cumbre,
 Y rojas cintas de lumbré
 En el horizonté asoman.
 Las aves el vuelo toman,
 La tormenta se desata,
 Al cañaverál maltrata
 El huracán destructor
 Que lo arranca en su furor
 En girones de la mata.

Aterrorizada grita
 La guacamaya salvaje;
 Llorá oculta en el follaje
 La tímida tortolita.
 Todo se mueve, se agita
 Cuando despléga su brío
 La tempestad del estío,
 Dando á la naturaleza

Un conjunto de grandeza
 Solemne, pero sombrío.

Ostenta sacra belleza
 El cielo fuego arrojando,
 Que descende desgajando
 Árboles de la maleza;
 Salen con rauda presteza
 Los faisanes altaneros
 Huyendo á los cocoteros;
 Los caimanes, aterrados,
 Se refugian espantados
 En los fangosos esteros.

Baja el torrente espumoso
 Por los peñones saltando,
 Mil cataratas formando
 Con un rugido espantoso;
 Afluye al río caudaloso,
 Arrastrando en su caída,
 Desde la choza destruída
 Hasta el incauto ganado
 Que pastaba descuidado
 En la sabana florida.

La campana del santuario
 Tañe lenta y vibradora

Rogación; de hinojos ora
 El venerable vicario.
 Queda el lugar solitario,
 Calles y plazas desiertas,
 Cerradas todas las puertas,
 Y en sus humildes hogares
 Rezan ante los altares
 Mujeres de miedo yertas.

Cesa de tronar el rayo,
 Sus rugidos calla el viento,
 Y en el punzante sarmiento
 Grita alegre el papagayo;
 Abandonan su desmayo
 Los pájaros placenteros
 Que entonan en los esteros
 Su cántiga vocinglera;
 La luna brota hechicera
 Entre gasas y luceros.

Los cocuyos que iluminan
 El arrozal pantanoso,
 Con vuelo vertiginoso
 Serpenteando caminan;
 Las nubes se difuminan,
 Cintilan como diamantes
 Las gotas de agua brillantes
 En el cáliz de las flores,

Produciendo sus colores
 Con la luna mil variantes.

Huyen volando medrosos
 Los vampiros á las grutas;
 Se perciben de las frutas
 Los aromas deliciosos.
 En los amates frondosos
 Grazna el tétrico mochuelo;
 En el copado ciruelo
 Un silbido que desgarrá
 Lanza la verde chicharra
 Revelando su desvelo.

Rápida como terrible
 Pasó la negra tormenta;
 Después, serena se ostenta
 La tibia noche apacible.
 Así el corazón sensible,
 Lastimado, agonizante
 Por el dolor de un instante,
 Vuelve risueño á la vida
 Si cauteriza su herida
 La mano de Dios amante.



JOSE MARIA VIGIL.

AMISTAD.

A MI QUERIDO AMIGO JOSE ROSAS.

En un desolado páramo,
Cubierto de ardiente arena,
Que de la fuente serena
Nunca oye el dulce rumor;

Donde en profundo cansancio
Sólo reposan los ojos
En estériles abrojos
Y en un sol abrasador:

En un inmenso desierto
Donde jamás se ha escuchado
Más voz que el eco irritado
Que forma el simoun cruel;

Plugo á los cielos que un día
Un pajarillo cruzara,
Y una semilla dejara
Perdida allí de laurel.

La fortuna bienhechora
El germen desarrollando,
Presto se vé levantando
Un tierno tallo gentil;

Y en sus ramas el follaje
Hace rápidos progresos,
Cual si sintiera los besos
De los céfiros de Abril. . . .

Parece que en torno suyo
Hay un perfumado ambiente,
Que su copa muellemente
Acaricia sin cesar.

Parece que al pié del tronco
Que entre guijarros descansa,
De un arrollo la honda mansa
Va en silencio á resbalar.

Aves de lindo plumaje,
Mariposas de alas de oro,
De lejos van el tesoro
Del yermo desierto á ver;

Y á competencia le ofrecen
 Sus caricias y su canto,
 Yendo en su florido manto
 Sus hijuelos á esconder.

Así tú, vate querido,
 En nuestro siglo naciste,
 Pues por desgracia viniste
 A un páramo, no á un verjel.

Que tu inspiración contrasta
 Del mundo con los rigores,
 Cual con la tumba las flores,
 Con el desierto el laurel. . . .

Bajo el árbol majestuoso
 Un mustio rosal se eleva,
 Que sólo entre espinas lleva
 Un delicado botón.

A él también el pajarillo
 Celebra y la mariposa;
 Pero no se abre la rosa
 Enferma del corazón. . . .

Es que se anida un gusano
 En su regazo inocente,
 Y roe incesantemente
 Los pétalos de la flor. . . .

Y las caricias del céfiro
 Halagarlos no podrian,
 Cuando encerrados morian
 Sin saber lo que es amor. . . .

El ramaje ya marchito
 Sacude el viento en su furia,
 Siendo de la rama injuria
 Lo que antes adorno fué.

Huyeron los chupamirtos;
 Huyeron los ruisñores;
 ¡Quién puede decirle amores
 Si flores en él no vé! . . . :

Pero el pertinaz gusano
 Al botón se queda asido;
 Ya hasta el tallo ha carcomido;
 ¡Morirá! . . . ¡Pobre rosal! . . . !

Sólo un tronco amarillento
 Se alzará para memoria
 De la gala transitoria
 Del estéril arenal. . . .

La planta seca y tostada
Que nadie siquiera nombra,
A la protectora sombra
Sigúe del alto laurel;

Que si es grande su desdicha
Y grandes son sus enojos,
Del desierto en los abrojos
Ha hallado un amigo fiel.

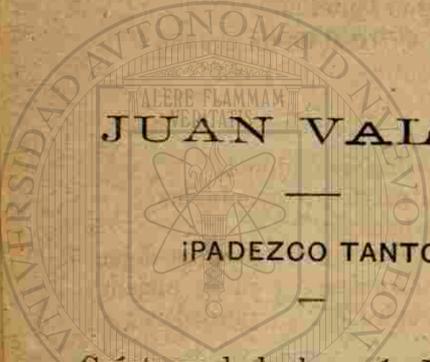
Así yo feliz un día
Soñé lleno de esperanza,
Creyendo allá en lontananza
Una ilusión conquistar;

Pero el ponzoñoso diente
Del amargo desengaño,
¡Ay! muy pronto por mi daño
Sentí en mi pecho clavar. . . .

Yo no envidio tu ventura,
Más antes con ella gozo;
Calla al verte mi sollozo,
Y al contemplarte, mi mal.

A tu lado siempre he hallado
El consuelo y el abrigo. . . .
Tú eres el laurel amigo,
Yo soy el triste rosál.

1860.



JUAN VALLE.

—
¡PADEZCO TANTO!
 —

Cuánto me duele el corazón, Dios mío!
 Me devora en silencio el hondo hastío:
 Soy mártir, ¡ay de mí!
 Y resbalando lánguidas las horas
 Me recuerdan riendo mofadoras
 La dicha que perdí.

Murió del gozo la postrer sonrisa,
 Murió de mi jardín la última brisa
 Y la postrera flor;
 De mi dulce esperanza el ángel bueno
 Se retiró llorando de mi seno
 Al soplo del dolor,

De amarga juventud en el desierto
 Perdí las flores que corté en el huerto
 De la infeliz niñez;
 Volved, flores, piedad de mi agonía,
 Celoso de vosotras noche y día
 No os perderé otra vez.

Todas mis ilusiones adoradas
 Me lanzan al partir tristes miradas
 De lástima y bondad;
 Y se van... y se van... y ya me dejan...
 No partais, ilusiones... ya se alejan...
 ¡Piedad!... ¡piedad!... ¡piedad!...

En la rica estación de los amores,
 Vuelve al prado el Abril aquellas flores
 Que otoño le robó;
 Mas la esperanza que el pesar nos trunca
 ¡Ay! nadie nos la vuelve nunca, nunca,
 ¡Ay! nunca... lo sé yo.

Lloro, y el mundo aún risas me exige,
 Insultando la pena que me aflige:
 Yo risas fingiré;
 ¿Por qué son ¡ay! los hombres tan crueles
 Que estando ya sin rosas mis vergeles
 Rosas quieren les dé?

No me exijáis que ría, sufro mucho:
¿Cómo reir, si con la pena lucho?...
Tenedme compasión.
Credlo, mi alma rompe este quebranto,
Mis ojos quema el reprimido llanto,
Me duele el corazón.

Cuando ciñe el pensil noche de luna
Y á su brillo la límpida laguna
Parece suspirar;
Y el céfiro, las fuentes y las hojas
Tristes amores, duelos y congojas
Parecen lamentar:

Cuando en las vagas tardes del estío
En mí vierte el crepúsculo sombrío
Grata meditación;
Y en la torre de iglesia muy lejana
Cual vespertina queja la campana
Dá el toque de oración;

Es cuando goza el pecho algún consuelo,
Pues todo me habla de un placer, de un cielo,
De un dulce más allá,
¡Ay! de una eternidad de nueva vida,
Promesa tan hermosa y tan querida
¿Cuándo se cumplirá?

De la existencia el áspero camino
Debo cruzar cual pobre peregrino;
Valor como hasta aquí:
¿Más por el mar del mundo de ola en ola
Mi alma irá siempre sola, siempre sola?
¡Ay! es muy triste así.

Ni una esperanza en mi memoria existe
¡Y esto es muy triste, cielos, es muy triste!
Por eso mártir soy,
Y por eso mi ruta al ir siguiendo
Siempre sufriendo, ¡oh Dios! siempre sufriendo,
Siempre sufriendo voy.

Es muy breve la vida; sin embargo
Cruzarla de este modo es tan amargo,
Que es fuerza suspirar:
La muerte que anhelante mi alma aguarda,
Cuánto tarda ¡Dios mío! cuánto tarda,
Cuánto tarda en llegar.

¡Ay! soy tan infeliz, padezco tanto,
Es tan acerbo el silencioso llanto
Tan rudo mi sufrir,
Y en vano es que suspiros mi alma arroje,
Que mis suspiros ¡ay! nadie recoje,
Dejándolos morir.

¡Pobres suspiros míos! tiernas notas
Que alzan al estrellar las fibras rotas
Del mustio corazón.
Quejas que el alma penetrantes hieren.
¡Ay! los suspiros que ignorados mueren,
Tristes, muy tristes són.

¡Pobres suspiros míos! no entendidos,
Ecos de afectos no correspondidos,
Poemas de mi afán!
¡Pobres suspiros míos ignorados
Si aunque se oigan gemir son olvidados!
¿Adónde, adónde ván?

Quando las flores tan sensibles veo,
Yo me figuro y confiado creo
Que criaturas són,
Y mis secretos íntimos les digo,
Pues pienso yo que sufrirán conmigo,
Partiendo mi aflicción.

¿Qué amigas hay más dulces que las flores?
Decid, qué confidentes hay mejores?
¡Tan tiernos deben ser!
Yo les revelo mis ocultas penas,
Y como ellas sin duda son tan buenas,
Me han de compadecer.

¿De qué sirve que mi alma en su ternura
Forme entusiasta sueños de ventura
Si no se cumplirán?
A veces gozo en mi delirio loco;
Más esto es poco, cielos, es muy poco,
Para templar mi afán.

Es mucha de esos sueños la belleza;
Pero es más, mucha más mi honda tristeza;
Aún más es mi dolor,
Que huérfano de dicha y bienandanza
El virginal jazmín de mi esperanza
¡Ay! marchitóse en flor.

El Mayo cobrará sus auras leves,
El frío Enero cobrará sus nieves,
Vendrá el Abril detrás,
Pero su dicha y su pérdida calma
En el mundo jamás cobrará mi alma.....
¡Jamás!... ¡jamás!... ¡jamás!...

El insomnio y la pena aterradora
Mi triste lecho cerca á deshora
Viniendo no sé á qué,
Me dicen que se fué mi bien risueño
Y me repite con tenáz empeño:
¡Se fué! ¡se fué! ¡se fué!

Adios placer, adios maternos besos,
 Risas, juegos, perfumes, embelesos,
 La infancia os llevó en pós;
 Esperanzas, adios, adios visiones;
 Adios sueños, deleites, ilusiones,
 ¡Adios! ¡adios! ¡adios!

De mi dolor el misterioso acento
 Me dice que la dicha y el contento
 No probaré jamás,
 Que sólo llanto el porvenir encierra,
 ¿Sólo llanto hallaré sobre la tierra?
 ¿No más? . . . ¿no más? . . . ¿no más? . . .

Federico C. Jens.

EL CANARIO MUERTO.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN DE D. PEZA.

Eran todo el amor de María Elena,
 (Que aún no sabe lo que es el alabario,
 Y vive á toda pesadumbre agena)
 Su muñeca, su jaula y su canario.

El ave en su prisión, según me explico,
 Esperaba, al llegar su tierna amiga,
 Para obsequiar su regalado pico,
 Granos de alpiste y de su pan la miga.

Sintió la niña salpicar sus ojos
 Cuando el ave en su vaso se bañaba,
 Y éh vez de retirarlos con enojos,
 Con un gesto gracioso los cerraba.

En traje por demás estrafalario,
Esta mañana, sin temor alguno,
Se acercó hasta la jaula del canario
Para darle su diario desayuno.

Y al ver ya muerto entre las rejas de oro
Al objeto precioso de sus ouitas;
Cojióle, derramando triste lloro,
Con cuidado en sus tiernas manecitas:

Y dijo á su Mamá, trás pena tanta,
En un tono inocente y affigido:
"¿Qué le pasa al canario que no canta?"
"¿Por qué, en su jaula lo encontré dormido?"

"En vano lo llamé para que espere"
"Las migas de mi pan con el alpiste,"
"Regáñalo, Mamá, ¿ya no me quiere?"
"Haz que no siga tan callado y triste."

La madre, entónces, que ocultar procura
A ese inocente corazón la pena,
La besa, y dice con sin par ternura:
"Acuéstalo en su jaula, María Elena."

La niña obedeció, mas cosa rara,
Deja al rorro que tanto la divierte,
De la jaula infeliz no se separa
Y espera que el canario se despierte.

FRANCISCO DE A. LERDO.

MI CULTO.

Cual es mi Dios, me preguntas,
Y cual la fé que me alienta,
Cual es el culto de mi alma,
Y cuales son mis creencias.

¡Mi Dios! sustancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia;
Allí la fé que nos rige,
Fé que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa,

Por culto del alma tengo,
La memoria siempre nueva
De la mujer más amada,
De mi madre que ya es muerta.

¡Mi madre! Cuán amoroso
Mi pecho su voz recuerda,
Voz que formó al hijo un cielo
Y al hombre legó una idea.
¡Perdóname! Era mi madre
Tan cariñosa, tan buena,
Que cuando de Dios te hablo,
Tengo que hablarte de ella.

Has en mi sér algo triste
Que guardo como creencia,
Y esta es la verdad que nace
Cuando terminan las penas.

MANUEL ACUÑA.

—
AMOR.

—
INEDITA.

¡Amar á una mujer! sentir su aliento,
Y escuchar á su lado
Lo dulce y armonioso de su acento;
Tener su boca á nuestra boca unida
Y su cuello en el nuestro reclinado,
Es el placer más grato de la vida,
El goce más profundo
Que puede disfrutarse sobre el mundo!
Porque el amor al hombre es tan preciso,
Como el agua á las flores,
Como al querub ardiente el paraíso;
Es el prisma de mágicos colores
Que trasforma y convierte
Las espigas en rosas,

Y que hace bella hasta la misma suerte
A pesar de sus formas espantosas.

Amando á una mujer, olvida el hombre
Hasta su misma esencia,

Sus deberes más santos y su nombre:

No cambia por el cielo su existencia;

Y con su afán y su delirio, lóco,

Acaricia sonriendo su creencia,

Y el mundo entero le parece póco.

Y quitadle al zenzontli la armonía,

Y al águila su vuelo,

Y al luminar espléndido del día

El azul pabellón del ancho cielo—

Y el mundo seguirá. . . .

Mas la criatura,

Del amor separada,

Morirá como muere marchitada

La rosa blanca y pura

Que el huracán feróz deja tronchada,

Como muere la nube y se deshace

En perlas cristalinas

Cuando le falta un sol que la sostenga

En la etérea región de las hondinas.

“¡Amor es Dios!” á su divino “fiat”

Brotó la tierra con sus gayas flores

Y sus selvas pobladas

De abejas y de pájaros cantores,

Y con sus blancas y espumosas fuentes

Y sus limpias cascadas

Cayendo entre las rocas á torrentes;

Pero brotó sin cantó ni armonía. . . .

Hasta que el beso puro de Adán y Eva,

Resonando en el viento,

Enseñó á las criaturas ese idioma,

Ese acento magnífico y sublime

Con que suspira el cisne cuando canta

Y la tórtola dulce cuando gime.

“¡Amor es Dios!” y la mujer la forma

En que encarna su espíritu fecundo;

Él es el astro y ella su reflejo—

Él es el paraíso y ella el mundo. . . .

“Y vivir es amar.” Quien no ha sentido

Latir el corazón dentro del pecho

Del amor al impulso,

No comprende las quejas de la brisa

Que vaga entre los lirjos de la loma,

Ni de la virgen casta la sonrisa,

Ni el suspiro fugaz de la paloma.

“¡Existir es amar!” Quien no comprende

Esa emoción dulcísima y suave,

Esa tierna fusión de dos criaturas

Gimiendo en un gemido;

Con un goce gozando

Y latiendo en unisono latido. . . .

Quien no comprende ese placer supremo,

Purísimo y sonriente,

Ese miente si dice que ha vivido;
 Ese, si dice que ha gozado, miente.
 Y el amor no es el goce de un instante
 Que en su lecho de seda
 Nos brinda la ramera palpitante;
 No es el deleite impuro
 Que hallamos al brillar de una moneda
 Del ciego y de la infamia entre lo oscuro;
 No es la miel que provoca
 Y que deja, después que la apuramos,
 Amargura en el alma y en la boca.
 Pureza y armonía,
 Angeles bellos y hadas primorosas
 En un Edén de luz y de poesía,
 En un pensil de nardos y de rosas,
 Todo eso es el amor. . . .

Mundo en que nadie
 Llora ó suspira sin hallar un eco;
 Fanal de bienandanza
 Que hace que siempre ante los ojos se lie
 La viva claridad de una esperanza.
 El amor es la gloria,
 La corona esplendente
 Con que sueña del genio el alma grande
 La virgen sonriente
 Que pulsa el arpa ó el acero blande.
 El Petrarca sin Laura,
 No fuera el vate de sentido canto

Que hace brotar suspiros en el pecho
 Y en la pupila llanto.
 Y el Dante sin Beatriz no fuera el poeta
 A veces dulce y tierno,
 Y á veces grande, aterrador y ronco
 Como el cantor salido del infierno. . . .
 Y es que el amor encierra
 En su forma infinita
 Cuanto de bello el universo habita,
 Cuanto existe de ideal sobre la tierra.
 Amor es Dios, el lazo que mantiene
 En constante armonía
 Los seres mil de la creación inmensa;
 Y la mujer la diosa,
 La encarnación sublime y sacrosanta
 Que la pradera con su olor incienso
 Y que la orquesta del Supremo canta.
 ¡Y salve, amor! emanacion divina. . . .
 . . . Tú mas blanca y mas pura—
 Que la luz de la estrella matutinal
 ¡Salve, soplo de Dios! . . .
 Y cuando mi alma
 Deje de ser un templo á tu hermosura,
 Ven á arrancarme el corazón del pecho,
 Ven á abrir á mis pies la sepultura.

México, Enero de 1869.

INDICE.

	Págs.
José Rosas Moreno.—Biografía.....	5
¡Quién pudiera vivir siempre soñando.....	10
La Juventud.....	12
El Zentzontle.....	16
La vuelta á la aldea.....	22
Recuerdos de la Infancia.....	27
Dios.....	30
A la memoria de la eminente poetisa americana Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.....	38
Profesión de Fe.....	44
En el Album de mi hermana....	50
La Primavera.....	52
Napoleón.....	56
Clemente Cantarell. — Delirios de Amor.....	57
Sensitiva.....	62
Alfredo Higareda—El Dinero.....	64
Antonio Carrion—Paisaje Suriano...	69
José M. Vigil—Amistad.....	74
Juan Valle—Padezco tanto!.....	80
Federico C. Jens.—El Canario muerto.	87
Francisco A. Lerdo.—Mi culto.....	90
Manuel Acuña.—Amor.....	92

“EL PARNASO MEXICANO.”

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
E. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo num. 12

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Mannuel Acuña.

Mannuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Ether Tapia de Castellanos.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Mannuel Carpio.

José Rosas Moreno.

EN PRENSA.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

YA ESTA PUBLICADA LA PRIMA DE ESTA PRIMERA SERIE

PAGINAS EN VERSO DEL GRAL. VICENTE RIVA PALACIO

UN TOMO DE UNAS 200 PAGINAS.

P07250

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

2ª SERIE

LUIS GONZAGA ORTIZ.
POESIAS.

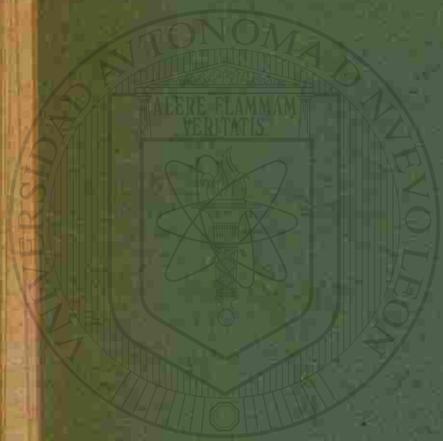
Librería *La Ilustración*.

1ª de Santo Domingo 12.

MEXICO.

1885.

PO7250



EL PARNASO MEXICANO

LUIS GONZAGA ORTIZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Josefina Perez.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutiérrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodríguez Rivera.—José M^a Rodríguez y Cos.—Federico J. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutiérrez Zamora.



Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme á la ley.

L. G. Ortiz

EL
PARNASO MEXICANO

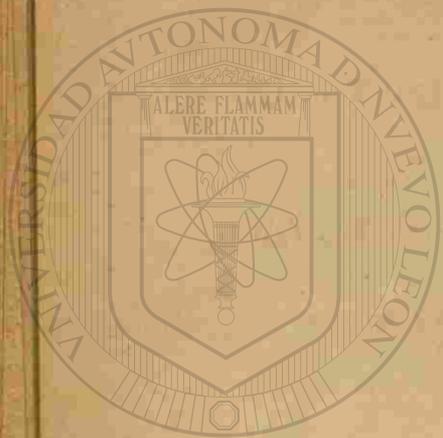
LUIS GONZAGA ORTIZ

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del *

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE **SEGUNDA SERIE** LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 15 de Diciembre de 1885.



LUIS G. ORTIZ.

Nació en la ciudad de México el día 14 de Abril de 1835; hijo de D. José María Ortiz y de la Sra. Guadalupe Enciso. Estos mismos dirigieron personalmente y en su propia casa la instrucción primaria y secundaria de su hijo, quien más tarde pasó al colegio de Minería, y después al de San Juan de Letrán, á cuya Academia de Bellas letras perteneció hasta la extinción de aquel instituto.

Muy joven era Ortiz cuando entró á desempeñar un empleo en el ramo de Hacienda, hasta el año de 1866 en que hizo un viaje á Europa, de la que recorrió las principales ciudades y los lugares más célebres é importantes.

A su retorno á la patria en 1868, después de la guerra de los franceses, volvió á ocupar un puesto en la administración pública, y fué nombrado por el

Sr. Juárez, redactor en jefe del *Diario Oficial*, en cuyas labores se ocupó algún tiempo, y una vez separado de ellas, tornó á sus antiguas ocupaciones en las oficinas de Hacienda. En ellas continúa hasta el presente, no merced al favoritismo, sino á la inteligencia é inquebrantable honradez con que se ha conducido siempre.

Las horas que le han dejado libres los puestos que ha desempeñado, han sido consagradas siempre por Ortiz al cultivo de la literatura, y muy particularmente á la poesía, debiendo á ésta una reputación no común.

Entre los poetas mexicanos, cuyo nombre es conocido en el extranjero, por haber figurado en varias obras allí publicadas, Ortiz es uno de los primeros. El ha sido ántes de Manuel Flores, el que ha consagrado sus producciones casi exclusivamente á la poesía erótica, y puede decirse que en sus obras ha bebido la inspiración, la juventud literaria que cultivaba ese género entre nosotros. Sus sonetos pueden citarse como modelos, compitiendo con los mejor acabados de Carpio y de Pesado; sus leyendas, como la intitulada *Héberto*, son

dignas de los buenos tiempos de Zorrilla. En todos sus versos hay fluidez y sonoridad, y rebosan ternura exquisita; muchos son ardientes como si hubieran sido escritos bajo el sol de los trópicos, que no es por cierto el que alumbró la cuna del «bardo de los amores,» como bien puede llamarse á Ortiz.

Hablando de él, dice un libro publicado en España: «Luis Gonzaga Ortiz es uno de los poetas líricos mexicanos que más justa nombradía consiguió como trovador del bello sexo, para el que ha tenido en su lira un altar de plata, y en su corazón un templo de flores. Sus versos son armoniosos y dulcísimos, como conviene á la delicadeza de imágenes que en ellos abundan, y no dejan algunas veces de encontrarse grande elevación en los pasajes dramáticos que suele abordar.»

Muchas y muy felices traducciones ha hecho Ortiz de los poetas italianos. Ni podía ser de otra manera, porque sus cantos propios son dulces como el idioma del Tasso, y porque él es apasionado como lo fué el Petrarca.

En las novelas originales que Ortiz ha publicado, el amor juega un papel

principal; el estilo es galano, y poético el lenguaje. Sus artículos literarios revelan al punto que el autor es un poeta, y tan marcado es el estilo de Ortiz, que no han menester sus obras su firma, para saberse á quien pertenecen.

Ortiz ha escrito mucho. Lleva publicados dos tomos de poesías y varias novelas: ha colaborado en todas las publicaciones acreditadas, y conserva inéditos multitud de escritos en prosa y en verso. También ha traducido varias novelas francesas y piezas dramáticas, representándose algunas de éstas con muy buen éxito.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el Liceo Hidalgo y las principales corporaciones de la Capital y de los Estados, cuentan á Ortiz en el número de sus socios más distinguidos. En estos últimos años, Ortiz, no sin pesar de los amantes de lo bello, ha permanecido casi ajeno á los esfuerzos de los que en México mantienen vivo el amor á las letras. En una que otra publicación aparece de tarde en tarde alguno de sus bellos cantos; pero el poeta parece querer vivir alejado del bullicio de las reuniones de sus hermanos en li-

teratura. Acaso ha contribuido á esa actitud los pesares de familia que le han atribulado. Ortiz ha sido el hijo más amante y cariñoso, y al morir sus ancianos y respetables padres, se han llevado, puede decirse, las alegrías del poeta.

Aunque, como ya dijimos, Ortiz ha estado ocupado con cortos intervalos en las oficinas de Hacienda, es preciso confesar que nuestros gobiernos no han sido tan justos como debieran, con él. Quien trabaja con inteligencia, constancia y honradez; quien procura el aumento de las rentas públicas lejos de procurar enriquecerse con ellas; quien bajo cualquier punto de vista que se le considere, sabe honrar á la patria y á la Administración pública, no debe permanecer largos años sin ver recompensados sus afanes con mejores puestos de los que Ortiz ha llegado á desempeñar. Pero Ortiz tiene una buena cualidad que casi siempre es causa de la ruina de los hombres de valer entre nosotros: no sabe intrigar, ni sabe pedir. ¿Quién se acuerda de un hombre así cuando hay tantos que ostigan á los gobernantes?

FRANCISCO SOSA.

**LUIS G. ORTIZ.****ROMA.**

Y eres tú la señora
Arbitra altiva de la tierra un día,
Cuya púrpura espléndida cubría
Del mar de Atlante el caudaloso Eufrates,
Del Panto Euxino yerto
A las rocas del Atlas,
Y á la caudente arena del desierto?

¡Pobre mendiga! hoy triste
De tu templo titánico á la sombra,
Y á los lamentos de tu sacro río
Que gimiendo te nombra,
Tendida yaces, miserable y sóla
Sin púrpura, ni cetro, ni aureola.

Libro eterno que abierto
Del viajero á la atónita mirada,
De tus pasados siglos y tu gloria
En las sublimes páginas realzadas
Con pórfido y granito y mármol duro,
Austera cuentas tu grandiosa historia,
Asombro del pasado y del futuro.

Mas ¡cómo así caída,
Cobarde y abatida,
Tú, reina del saber y el heroísmo,
Del valor y los goces
Y madre de los héroes y los dioses?

Prisioneras tus águilas caudales,
No ya el pico sangriento
Afilan en el sacro Capitolio
Para lanzarse al viento,
Y recorriendo el mundo,
Tornar luego á ofrecer ante tu sólio,
La palpitante víctima inmolada
A tu alto orgullo y tu desdén profundo.

Todo pasó: y el vástago divino
De Marte rudo que con fuerte mano,
Sobre el sagrado Monte Palatino
De la Eterna Ciudad trazó los muros;
El siempre vencedor, que sus legiones
Tendió de Eufrates al remoto Atlante,
Viéndote ¡oh Roma! harapo de los siglos,
Ramera súaia apenas palpitante
Gimiendo reclinada en tus colinas,
Te contempla indignado
Desde su trono olímpico,
Junto al tonante Júpiter, sentado.

Del galo miserable,
Tú esclavo vil y gemebundo un día,
Ora mal disimulas,
Sobre tu frente gualda,

La vergüenza y el sello del azote
Que el verdugo rompió sobre tu espada...
Y, al son de tus cadenas,
Sollozando tus penas,
En balde ¡ay Dios! te arrastras
De la Cruz á la sombra,
Tendiendo hambrienta la convulsa mano,
A las rejas del sordo Vaticano,
Que armas extrañas guardan
Y hoy al pueblo de César acobardan.

De noche, bájan en confusa tropa
Y lento paso y ademán terrible,
Mil sombras venerandas que ceñidas
De eterno lauro al viento descogidas
Las elámidas sagradas y sangrientas,
De la madre infeliz y mancillada
Piden cuenta á los pósteros que viles,
Cual míseros reptiles,
No con la voz del lábio
Y sí del corazón, cuentan su agravio.

Entonces ¡ay! los pálidos fantasmas
Los lauros arrancando de su frente,
Y con la voz del trueno que potente
Razga la negra nube,
¡Maldición! claman y el rumor tremendo
Resonando en el Foro y Coliseo,
La tierra atruena y al Olimpo sube!
Hoy se ven desaparecidos
Por la *sagrada via*,
Y del augusto templo en los escombros,

Grupos altivos de canalla impía,
 Soldados extranjeros
 En los sonoros pórticos haciendo
 Resonar los aceros,
 Y también gente extraña
 El palacio vigila,
 Con hierro agudo en la vendida mano,
 Del sucesor de Pedro,
 Del Vicario de Cristo, soberano.
 ¡Qué fué de tanta gloria y tanta pompa,
 Oh pueblo sin segundo?
 Y cómo es ¡ay dolor! que la guerrera
 Y sonora trompa
 Que susto diera al mundo
 Tronando en las llanuras de la tierra,
 No convoca beligerá á la guerra
 A tu falange atlética, que fácil,
 Tan sólo con su aliento rompería
 La fébile y sucia cuerda,
 Que el fanatismo y su caterva impía
 Apretaron al cuello
 Del pueblo de los héroes; que á querello
 Cadenas de diamantes desharía?.....

¡Alzate ya! quién hizo resistencia
 Alas lavas del Etna y del Vesubio,
 Cuando en terrible efluvio
 La tierra amenazando y aún al cielo,
 Como mares de fuego rebramando
 Derraman por doquier horror y duelo!
 ¡Quién resiste á los mares si retumban
 De sus cavernas hórridas brotando

Las gigantescas ondas que derrumban
 Cuanto á su régio paso vá estorbando?
 Y quién detiene el rayo
 De Júpiter tonante
 Lanzado de su trono fulgurante?
 ¡Alzate yá, la miserable esclava!
 Reconquista tu espléndida corona,
 Y con tu gloria ó con tu sangre lava
 La mancha que abaldona
 Tu pálida y ajada y triste frente,
 Gritando: "Ya otra vez soy la matrona
 "Del pueblo rey divino,
 "Hoy grande y poderoso
 "Sí ayer burla y escarnio del Destino!"

Ay! entónces, yo errante
 Bardo que huyendo la maldita argolla
 Del infame traidor, lloro en la margen
 De tu sagrado Tíber, de mi Anáhuac
 La cruda suerte, pues le miro hollado
 Por el vándalo atroz, secaré el lloro;
 Y de pié sobre el Monte Palatino,
 Haciendo estremecer el arpa de oro
 De tu Marón divino,
 Me ceñiré la rama de tu encino,
 "Salud" tres veces gritaré iracundo,
 "¡Oh fuerte y Sacra Roma!"
 Y mi voz volará de mundo á mundo!...

Mas ¡ay! tu frente cana,
 Mal con su peso grave
 El crinado morrión sustentaría;

Tu mano ya no sabe
 Apretarse el arnés, y temblaría
 Al empuñar la ponderosa lanza
 Terror del mar y de la tierra un día."

Así clamaba triste,
 Y luego hácia Occidente
 Los enturbiados ojos dirigiendo,
 Negro dolor me abrumba
 Y nuevo llanto á mi pupila asoma:
 Que ausente de mi madre y de mi cielo,
 Y en mi dolencia suma,
 Esclavo como á Roma,
 Miro al suelo infeliz de Moctezuma!.....

Roma 1866.

MI FUENTE.

SONETO.

Al pié de la inocente y escondida
 Rústica choza en que rodó mi cuna,
 Sus ondas derramando una por una
 Rueda mi fuente entre el verdor perdida.
 Cuantas noches mirando repetida
 En su cristal á la naciente luna,
 ¡Quién tuviera, exclamaba, la fortuna
 De ir en el mar por la región tendida!

Quísolo Dios: sobre flotante leño
 Y entre las ondas de la mar hirviente
 Ví realizarse mi afanoso empeño;
 Viendo á Dios en el mar, bajé la frente,
 Pero agora en el mar tan sólo sueño,
 Mi humilde y dulce y sonora fuente.

A.....

Rosa, mi dulce rosa, pálida y bella;
 Ven, que ya en el Oriente pura destella
 La blanca luna,
 Celeste mensajera de mi fortuna.
 De estrellas el teatro llenó la noche,
 Como el rocío en el alba de un lirio el broche,
 Pero yo muero,
 Porque tú aquí me faltas, lindo lucero.
 Llegaste!... Rosa linda, bendita seas!
 No mires á ninguno, no, no les veas.
 Luz de mi cielo,
 No mires á ninguno, que tengo zelo.
 Rosa pálida y linda, mi blanca rosa,
 Cuando el sueño me tienda su ala preciosa,
 Con tus olores
 Báñame, que mis sueños son tus amores,
 Que yo vivo soñando con tu belleza,
 Con tus ojos de luna, y á mi tristeza
 No hay más consuelo
 Que beber en tus ojos la luz del cielo.
 —Quiero escribir un libro para tí sólo;
 Yo formaré sus hojas con tu corola

Cual blanca espuma,
 Y mojaré en tu cáliz mi amante pluma,
 Y escribiré con néctar mis cantilenas,
 Y les darán aroma las azucenas;
 Y, eco sonoro
 Suspirará diciendo: “¡Cuánto te adoro!”
 Cada página bella será un suspiro,
 Cada verso tu nombre con que deliro
 Y donde impreso
 En cada fólio encuentres un dulce beso.
 Será una historia tierna, toda de amores,
 De suspiros, miradas, ayes y flores,
 Y un blando coro,
 Que dirá en ritornelo: “¡Cuánto te adoro!”
 Mas no quiero que nadie la historia lea,
 Ese libro del alma nadie le vea.
 ¡Libro de aroma,
 Que sólo los que se aman saben su idioma!
 Ese idioma divino que nuestras almas
 Hablan y lo comprenden cuando dos palmas,
 Entre delicias,
 Meciéndose se abrazan con mil caricias.
 Idioma que murmúran las dulces flores,
 Cuando miran al cielo y en sus amores
 Se desvanecen,
 Y al recibir el pólem ¡ay! desfallecen. ®
 Hermoso idioma que hablan flores y fuentes
 Campos, brisas, insectos, fieras rugientes
 Y hasta las nubes,
 Porque es el bello idioma de los querubes.
 Es el lenguaje tierno que amor inspira
 A cuanto el mundo puebla, crece y respira;

Es el idioma

Que tú y yo suspiramos, blanca paloma.
Mas solo los que amamos le comprendemos,
Y nosotros, mi vida, bien lo sabemos,

Que eterno coro

En nuestras almas canta: "Cuánto te adoro!"
Rosa, mi rosa bella, pálida y linda,
Ya la tarde en ocaso su luz nos brinda,

Y Héspero llega

Y en brazos de la noche tierno se entrega...

Abre tú á mis suspiros tus dulces hojas,
Estoy enamorado, vé mis congojas,

Y en tierno exceso

Paga mis cantinclas con sólo un beso.
Abre al amante arrullo de mis amores.
Tu cáliz de deleites, flor de las flores,

Y allí rendido

Deja que eternamente quede dormido...
Pero no me despiertes; toda la vida
Deja que el alma duerma de amor rendida;
Que al fin risueño

O triste, en este mundo todo es un sueño.
De nuestro libro hermoso es la primera
Esta página; dime, ninfa hechicera,

¿Lo sientes bello?

Porque si no, mi vida, voy á rompello.

Al fin que nadie sabe quien soy, quien eres;
Y si yo te idolatro, si tú me quieres,

¿Qué importa el mundo?

¡Amor es todo un orbe, lindo y fecundo!
Que el misterio en amores es muy hermoso;
Yo te hablaré tan quedo, mi ángel precioso,

Que entre las flores,

Ni oirá el silencio mismo mi voz de amores.
Abre al arrullo dulce de mi cariño
Tu cáliz de deleites y como un niño,

Siempre dichoso,

Me verás en tu seno blanco y hermoso.
Ven; muy quedo, bien quedo, al bosque entre-
mos.

Y allí, tú, Amor y Vénus, juntos juguemos,

Oyendo el coro

De natura que canta: "¿Cuánto te adoro!"

.....
—No sé quien en la sombra de una enramada
Así cantó á deshora esta balada;

Pero en su giro,

De muger llevó el aura, blando suspiro.
Y yo gravé en el alma y en mi memoria
La peregrina y bella, cándida historia,

¿Quiénes serían

Los que tan dulces cosas así decían?.....

Eran dos corazones, muertos de amores,
Que suspiraban tiernos entre las flores,

Y un dulce coro

Que cantaba en el cielo: "Cuánto te adoro!"

A.....

(Inédita.)

¿Por qué prefiero la noche
Triste, oscura y sin fulgor,
A la hermosura del día
Su luz, su brillo y su sol?
¿Sabes por qué, vida mía?
Porque en esas horas voy
A gozar con tus miradas
Y con tus besos de amor,

Bien vengas, la dulce noche,
Anhelo del corazón,
Con tu apasible penumbra,
Con tu armónico rumor;
Y con tu pálida luna
Que entónces, dichoso soy
Soñando al bien de mi vida
Entre caricias de amor.

Es el hora que en su nido
Con ansias del corazón,

Desvelado canta amores
Suspirando el suiseñor;
Y con lenguaje de aromas
Las flores del girasol,
Se dicen y dan caricias
Entre sus besos de amor.

Las horas que entre perfumes
En un lecho de crespón
Que le forma con sus pétalos
Blanco lirio del Japón,
La abeja con su consorte
¡Ay, si fuéramos tú y yo!
Gozan de placer un cielo
Entre caricias y amor.

Es el hora en que Dïana,
A su dormido Endimión,
Con besos de amor despierta
Llamándolo en dulce voz,
Cual yo te despertaría,
Angel que el alma adoró,
Llegando quedo á tu lecho
Con mis besos y mi amor.

Mas dime, bien de mi vida,
Dime si anhelas cual yó,
La triste, apasible noche
Con su pálido fulgor,

Porque es el hora bendita
En que delirante voy
Buscando á el alma un consuelo
En tus caricias de amor.

Dime si en eterno afán
También deliras cual yó,
Esperando que la sombra
Con su impalpable crespón,
Venga á confundir amante
Una alma, que aunque son dos,
Se funden en una sola
Con un beso y un amor.

Dime que también tus sueños
Cual mis sueños lindos són
Sintiendo desfallecida,
¡Ay! cómo lo siento yo,
Que abrazados y muy juntos
Corazón con corazón,
Hasta el morir fuera dulce,
Entre caricias de amor.

¡Oh noche ¡pálida luna!
Lucero hermoso que vió
Ella, diciéndome: "Mira,
"Nos vé cual te miro yo."
Noche, ¡bendita tu calma!
Pues entre tus sombras soy

Feliz soñando con *ella*
Y sus besos y su amor.

Noche apasible, en tus aras
Pondrán corazones dos,
Guirnaldas de adormideras
Y cual himno esta canción.
Daremos culto á tus sombras,
Pero en cambio que *ella* y yo,
Soñémos en tu regazo
Con mil besos y un amor!

OTRA HOJA DE NUESTRO LIBRO.

A ***

De aquel libro do en secreto
Dictó el prólogo un amor,
Es esta una hoja, mi pálida rosa,
Do voy á escribirte con néctar de flor.

Un lindo nardo oloroso
De su seno virginal,
Me ha dado un pistilo que sirva de pluma
A fin que yo copie tu faz celestial.

Y sobre lo que yo escriba
Para que más bello esté,
Fugaz mariposa su polvo de oro
Irás derramando con gotas de miel.

Ya ves que el libro secreto
De tu amor y de mi amor,
Será muy hermoso, mi pálido lirio,
Escrito con oro, y néctar de flor.

Ven y acéreate, mi vida,
Acéreate más y más,
A fin que yo pueda decirte muy quedo
Del fondo de mi alma rendida el afán.
Oye, que cual los rumores
De la abeja entre el verdor,
Muy blandos, muy blandos serán los suspiros
Que canten muy quedo tu amor y mi amor.

Te ví una fresca mañana
Del bello y florido abril,
Cruzar la *Alameda* do apenas tu planta
Su huella divina dejaba sentir.

Tu angelical hermosura,
Tu cuerpo airoso y fugaz,
Un negro ropaje flotando envolvía
Y un velo ocultaba tu célica faz.

Mas al través de ese velo
Miré tus ojos lucir,
Cual brillan dos astros tras nube importuna
Y ¡oh rosa! en el alma su fuego sentí.

Y al verte cruzar, bien mío,
Se oyó al aura murmurar:
¿Quién es esa rosa tan pálida y bella?
¿De dónde ha venido tan rara beldad?

Y tú, mi adorada ninfa,
Cruzaste cerca de mí,
Sin verme siquiera, sin ver que mi alma
De mí se ausentaba volando tras tí.

Desde entónces yo te adoro
Y voy de tu huella en pos,
Cual busca la abeja la miel de las flores,
Cual sigue la luna las huellas del sol.

Cual busca el ciervo sediento
Los cristales del raudal,
Cual buscan las aves el nido adorado,
Cual busca en el bosque su amada el torcaz

Por eso cuando en mi alcoba
Sueño con tu dulce amor,
Si sueño que estrecho tu seno agitado
Me mata el latido de fiel corazón.

Por eso si entre mis brazos
Te siento desfallecer,
Y trémula ansiosa abriendo á mis besos
Tus lábios de rosa, veneros de miel;

Y si embriagado de goces
 No te encuentro al despertar,
 Y tiendo mis brazos y encuentro el vacío,
 ¡Oh rosa del alma me agobia el pesar,
 Y te busco entre la sombra
 Y te llamo en mi dolor,
 Y apenas diviso travez de mi llanto
 Tu sombra adorada ¡oh pálida flor!

Vén, pues, que florido lecho
 Tálamo de amor feliz,
 En gruta apartada nos brinda la siesta
 Al pié de enramadas de mirto y jazmín.

No temas que nadie mire;
 Pues cuidándonos amor,
 El dedo en la boca dirá á los pastores:
 "Mas quedo, mas quedo, que duerme una flor.
 "Si llegais á despertarla
 "Le vais á dar un pesar;
 "Dejadla que duerma y quedo muy quedo,
 "Pasad sin rumores; zagalas, pasad"

Y de tan dulces deleites
 Solos gozando los dos,
 Ninguno, mi vida, sabrá que en un beso
 Y en una alma sola vivimos tú y yó.

Pues bien sé que en el misterio
 Amor y deleite están;
 Amor y deleite, mi bien, nos esperan;
 Mi pálida rosa ¡qué sientes?

—Ay! ay!.....

EL AVE SOLA.

Ave que triste y solitaria lloras
 sobre desnuda y temblorosa rama,
 léjos del dulce vocinglero coro,
 lánguida y sola.

¡Cómo así huyendo del espeso bosque
 donde las aves sus amores cantan,
 tú sin consorte y sin amor suspiras
 sola, tan sola!

Nunca festiva te miré en el prado
 de una consorte acariciar la pluma,
 nunca entonar á las nacientes flores
 dulces cantares.

Lloras, no cantas, y doliente luego
 ráuda cruzando la extensión inmensa,
 vas á perderte en el confin lejano
 sola, muy sola.

¡Oh fiel imagen de mi triste vida!
 yo así doliente y solitario siempre,
 triste del arpa alguna vez arranco
 flébil gemido.

Yo como tú las soledades busco,
 porque á las almas que el dolor oprime
 ¡ay! cuanto adulan y consuelan cuanto,
 sombra y silencio!

Aye doliente, solitaria y mústia,
 ¡oh! como envidio de tu errante vida
 la libertad, tus alas y tu blando
 canto de amores.

Sombra y olvido, soledad, silencio,
 tal es del alma el afanoso anhelo,
 dadme una fuente, un árbol una choza,
 luego, el olvido.

Si Laura no oye mis dolientes ayes,
 si ella no enjuga mi doliente lágrima
 ¡qué vale un cielo si en su azul no brilla
 Cándida estrella?

Pérfido el mundo y el amor un sueño
 son y la gloria amarga, muy amarga,
 ráuda la vida y como ráuda triste,
 triste y doliente.

Solo dejadme el arpa suspirosa
 fiel confidente de mis negras ansias,
 que ella y el eco de sus blandas quejas
 son mi consuelo.

No quiero más; y como el ave sola
 dadme sombra, el espacio y una rama;
 ni amor ni compasión, dadme tan solo,
 Solo el olvido....

EN LA MUERTE DE MI ADORADO PADRE.

I

Lo quisiste, Señor; y aunque me hiere
 En la mitad del corazón tu mano,
 Yo bendigo tu golpe soberano
 Que así probar mi resistencia quiere.

Más sé también que aún cuando larga fuere
 La ausencia de mi padre, no es lejano
 El día en que bese su cabello cano,
 „Porque algo siento en mí que nunca muere.”

Nos veremos allá, cuando mi alma
 Salvando del vivir el mar bravío,
 Vuele buscando la celeste calma

Y al santo sér á quien mi llanto envió;
 Más el plazo de verte en dulce calma
 ¡Cuán largo me parece, padre mío!

II

Vencedora tu nave en la partida,
 La opuesta márgen alcanzó dichosa,

Donde del justo la corona hermosa
Que ganó tu virtud llevas ceñida.

Dichoso tú, mi padre, que rendida
La jornada de lágrimas, penosa,
Hoy tienes por morada luminosa
El cielo eterno de la eterna vida.

Tal vez será que de la esposa triste,
Y de los hijos el mortal quebranto
Escuches y su angustia te contriste.

¡Cómo no así, cuando te amaban tanto,
Y quedaron ¡ay Dios! porque partiste
Sin más consuelo que su amargo llanto!

III

Cuando saliste de mi hogar doliente,
Para nunca tornar, ¡oh padre mío!
Cuán triste, cuán desierto y cuán sombrío
Quedó el recinto que alumbró tu frente!

La esposa inconsolable, muda siente,
Empapado de lágrimas y frío,
El beso de sus hijos, que en un río
La angustia beben de su mal creciente.

La opaca luz del funerario cirio,
El luctuoso ropaje y la tristeza
Que allá en silencio anuncian el martirio,

Todo, el dolor á renovar empieza;
Sólo del lecho funeral se lanza
El rayo de la Fé..... ¡Santa esperanza!

IV

Perdona, oh padre, si en amargo lloro
Empapadas están todas las flores,
Que el pobre corazón en sus dolores
Riega en tu cruz, donde consuelo imploro.

Es que de tu alma el celestial tesoro
Perdido con el bien de tus amores,
En doliente orfandad y entre dolores
Dejó el hogar donde tu sombra adoro.

Mas no sufras mirando en este suelo
El triste llanto en que su afán mitiga
Tu familia en su amargo desconsuelo.

Tu mano cariñosa la bendiga
Y en calma la verás si desde el cielo
Tu santa sombra nuestro techo abriga.

Febrero de 1876.

VILLANCICO.

(PARA LA NOCHE DE NAVIDAD.)

Venid las dulces pastoras
De la fecunda Judea,
Zagales de la Idumea
Venid, venid á mi voz;
Que en Belen y en pobre establo
Ha nacido en este instante,
Un tierno y divino Infante
Más rubio y lindo que el Sol.

¡Oh cielo! no así derrames
Sobre los desnudos campos
De tanta nieve los lampos,
¡Ay, modera tu rigor!
Mira que sobre unas pajas
Asperas y sin aliño,
Ha nacido un dulce Niño
Más lindo y rubio que el Sol.

¡Si viérais cómo es hermosa
La madre que lo acaricia!

¡Si viérais cuánta delicia
Tiene su risa y su voz!
¡Si viérais cuánto es el padre
También humilde y hermoso!
Pero el Hijo es más gracioso,
Más rubio y lindo que el Sol.

Sobre el pesebre inclinados
Le dán calor con su aliento,
Un toro al par que un jumento
Y le acompañan los dos;
Y celestes resplandores
Bañan su cuna brillante;
Porque es divino el Infante,
Más rubio y lindo que el Sol.

Grupos de ángeles circúndan
Entre nubes argentinas,
De aquel portal las ruinas,
Llenas de luz y esplendor.
Y por la extensión inmensa
Se oye en celeste armonía:
"¡Gloria al Hijo de María,
Más lindo y rubio que el Sol!"

Y Belen, el triste pueblo
Del pastor y su pobreza,
Hoy es templo de grandeza,
Dios por cuna lo escogió.
Besad, besemos la planta,

Tan pura como el armiño,
Del recién nacido Niño,
Más lindo y rubio que el Sol.

Divina estrella lanzando
Su luz espléndida y pura,
Alumbra la noche oscura
Con apacible fulgor;
Tres reyes á quienes guía,
Llegan con santo cariño
Buscando al hermoso Niño,
Más rubio y lindo que el Sol.

Incienso y mirra le ofrecen
Con los brillantes y el oro,
Y cada rey un tesoro,
Puesto de hinojos le dió.
Y las coronadas frentes
Inclinadas hasta el suelo,
Adoran al Rey del cielo
Más rubio y lindo que el Sol.

¿Y qué daremos nosotros,
Pobre y miserable grey,
De los monarcas al Rey?
¡Mucho! todo el corazón!
¡Gloria in excelsis! pastores,
Llevémos nuestro cariño
Al recién nacido Niño,
Más rubio y lindo que el Sol.

¡Noche buena! noche buena!
¡Bendita noche de amores!
¡Reyes, patriarcas, pastores,
Ha nacido el Salvador!
¡Cielo, tierra, montes, mares,
Alcen himnos de ventura,
A la celestial Criatura
Más rubia y linda que el Sol.

Humanidad, ya salvada
Estás. De hinojos ¡oh tierra!
De Luzbel la dura guerra
Sólo tema el pecador,
Cantos, flores; que á los besos
De la Madre y su cariño,
Dulcemente ríe el Niño
Más rubio y lindo que el Sol.

¡Venid las lindas pastoras
De la fecunda Judea,
Zagales de la Idumea
Venid, venid á mi voz!
Que en Belén y en pobre establo
Nació ya el rey sin segundo;
Y es el Salvador del mundo
Más rubio y lindo que el Sol!

EN LA MUERTE DE UNA JOVEN.

Murió la vírgen cándida:
Sobre su frente lívida
El beso de la Parca
Su hielo derramó.
Solo en la boca angélica
Helar no pudo lánguida
La célica sonrisa
Del ángel que voló.

¡Qué bella está la atmósfera,
Qué claro el sol espléndido,
Qué azules las montañas,
Qué plácido el vergel!
¡Cómo en olor balsámico
El bosque y prados inúndanse,
Con las abiertas flores,
Y el cedro y el laurel!

Mas ¿cómo las aligeras
Aves entonan cánticos,
Cuando en dolor deshechos
Y en llanto de pesar,
Lloran los padres míseros
En cuyo mal no hay bálsamo,

Que pueda de sus almas
La angustia consolar?

¡Padres! ¿qué voz benéfica
Si una voz seráfica,
Pudiera dar consuelo
Al triste corazón?
Llorais? llorad sin término,
Llorad al ángel cándido,
Ay! pobres, pobres padres
Que mata la aflicción!

¿Qué celestiales músicas
Por el empíreo escúchanse?
¿Qué luz radiante y pura
La atmósfera alumbró?
Grupos de blancos ángeles,
Entre celajes fúlgidos,
Al eco del salterio
Cantan:

—“Amor, amor.”

“Ya llega pura y cándida
“Como la rosa nívea,
“Una alma inmaculada
“Liberta del dolor.
“Dejó en el mundo mísero
“La vestidura sérica,

"Buscando las regiones,
"Del sacrosanto amor.

"¡Salve, inocente espíritu!
"Ya del dolor terrífico
"Libre, podrás al suelo
"Amante descender,
"A consolar benéfica
"Con celestiales ósculos,
"A los amantes padres
"Que abandonaste ayer.

"Y tus hermanos, pálidos,
"Y con los ojos cárdenos,
"Por el copioso llanto
"Que su alma derramó,
"Y los que amaste férvida
"Al ver tu faz seráfica,
"Dirán: Bendita sea
"La mano del Señor."

Cesó el canto: las célicas
Regiones de los ángeles,
Se abrieron, y los padres
Alzaron su alma á Dios.
Y sobre el lecho fúnebre
Donde la vírgen duérmese,
La Fé santa y divina
Su blanca cruz plantó.

LA MORA DE GIBRALTAR.

A MI AMIGA H**

Que mas allá del Estrecho
¿Qué cosa pude admirar?
Sí que admiré, linda amiga,
Mas no lo que pensarás.
Mas no el peñón que con orgullo
No el peñón que con orgullo
El inglés velando está;
Sino una cosa mas bella,
La mora de Gibraltar.

Del escocés, es soberbia
La erguida guardia real,
Con sus airosos penachos,
Con su fria majestad,
Con su caprichoso traje
Y su aire siempre marcial;
Pero á mí sólo agradóme
La mora de Gibraltar.

Viven en aquel país
 En dulce y buena amistad,
 Ingleses, moros, judíos,
 Griegos é iberos que van,
 Formando una algarabía
 Que nadie puede alcanzar;
 Pero á mí, bien me entendía
La mora de Gibraltar.

¡El Peñón! ¡ay cuánto el hombre
 Por orgullo inventará!
 ¿Cómo pudo ese peñasco,
 Como fierro, taladrar,
 Y hacer galerías inmensas
 Con mil cañones y más,
 Y..... pero á mí más me admira
La mora de Gibraltar.

Tanto instrumento de muerte,
 Do quiera el hierro fatal,
 Bombas, reductos, soldados,
 Todo amenazando al mar,
 No me agradó; te confieso
 Que á mí me gustaba más
 Mirar entre sus persianas
La mora de Gibraltar.

Morena, como las hijas
 De mi suelo occidental,
 Es, y son negros sus ojos

Y su cabello lo es más.
 Viva, como la gacela
 De sus bosques, al andar
 Es como nardo en su tallo
La mora de Gibraltar.

Queman sus ojos de fuego;
 Pero no queman la faz,
 Que hasta el corazón sus rayos
 Abriéndose paso van,
 Y si roza nuestro cuerpo
 Un pliegue de su caftan,
 Nos hace temblar de amores
La mora de Gibraltar.

Ducha es en unir las flores,
 Con ellas escribe, y va
 Diciendo cosas muy dulces
 En su lenguaje oriental.
 Sabe preparar perfumes
 Frescos y blandos que dan
 Sueño dulce en que se sueña
La mora de Gibraltar.

Yo tambien le daba flores
 De jazmín y de azahar,
 Y juzgo que me entendía
 Aunque me esplicaba mal.
 Porque hurtadillas de un moot
 Adusto y barbudo asaz,

Me daba á besar su mano
La mora de Gibraltar.

Cuando partí estaba triste,
 Muy triste, ¡quién lo creerá!
 Y estaba llorosa y pálida
 Su antes animada faz.
 Y si álguien le preguntaba
 La causa, "Se va, se va".....
 Murmuraba entre suspiros
La mora de Gibraltar.

De ajengo, ciprés y brezo
 Me dió, al despedirse ya,
 Unas ramas que decían:
 "Luto, angustia, soledad."
 Y álguien cruzando el Estrecho
 Dijo viéndome sagaz:
 "¡Qué triste deja el indiano
Su mora de Gibraltar!"

Y la dejé: aquí me tienes,
 Me pediste algo, aquí está;
 Te traigo de aquella tierra
 Dátiles y un almalzar.
 Que para mí solo traje,
 Para mi angustia y no más,
 En el alma retratada
La mora de Gibraltar.

Cádiz 1866.

MANUEL PEREDO.

A LA NOCHE.

ODA.

¡Noche callada y triste,
 Mudo testigo de la pena mía!
 Ven, y el cielo reviste
 Con la tiniebla fría;
 Que si pavor profundo
 Inspiras solo al bullicioso mundo,
 Mi corazón en su mortal desvelo
 Halla en tus negras horas
 El que siempre le dás triste consuelo.

Ven, noche, ven ligera,
 Tú sola de mis penas compañera;
 No temas que me espante
 Tu silencio solemne y pavoroso;
 Que cuando se levante
 Mañana esplendoroso
 Para traer el sol un nuevo día,
 Me hallará, noche umbría,
 Como siempre llorando,
 Mas tus amigas sombras esperando.

Me daba á besar su mano
La mora de Gibraltar.

Cuando partí estaba triste,
 Muy triste, ¡quién lo creerá!
 Y estaba llorosa y pálida
 Su antes animada faz.
 Y si álguien le preguntaba
 La causa, "Se va, se va".....
 Murmuraba entre suspiros
La mora de Gibraltar.

De ajengo, ciprés y brezo
 Me dió, al despedirse ya,
 Unas ramas que decían:
 "Luto, angustia, soledad."
 Y álguien cruzando el Estrecho
 Dijo viéndome sagaz:
 "¡Qué triste deja el indiano
Su mora de Gibraltar!"

Y la dejé: aquí me tienes,
 Me pediste algo, aquí está;
 Te traigo de aquella tierra
 Dátiles y un almalzar.
 Que para mí solo traje,
 Para mi angustia y no más,
 En el alma retratada
La mora de Gibraltar.

Cádiz 1866.

MANUEL PEREDO.

A LA NOCHE.

ODA.

¡Noche callada y triste,
 Mudo testigo de la pena mía!
 Ven, y el cielo reviste
 Con la tiniebla fría;
 Que si pavor profundo
 Inspiras solo al bullicioso mundo,
 Mi corazón en su mortal desvelo
 Halla en tus negras horas
 El que siempre le dás triste consuelo.

Ven, noche, ven ligera,
 Tú sola de mis penas compañera;
 No temas que me espante
 Tu silencio solemne y pavoroso;
 Que cuando se levante
 Mañana esplendoroso
 Para traer el sol un nuevo día,
 Me hallará, noche umbría,
 Como siempre llorando,
 Mas tus amigas sombras esperando.

Por que solo en tus brazos,
Solo á favor de la tiniebla oscura
Puede mi corazón hecho pedazos
Derramar el raudal de su amargura;
Por que ese mundo aleve
Sorprender en mis párpados no debe
Mi lastimoso llanto;
Por eso con tu manto
Mis lágrimas encubro, noche umbría,
Mudo testigo de la pena mía.

¡Ay del triste que vaga
Por el mar de la vida
Como nave perdida,
El empuje siguiendo de cada ola,
Sin estrella ni guía, errante y sóla!
Y en su bogar incierto
Ni aun llega á divisar lejano el puerto.....

¡Ay del alma que gime
Lejos del bien perdido
Sofocando en el pecho su gemido!
¡Ay de aquel corazón á quien oprime
De un oculto dolor la férrea mano,
Que lucha, sufre y calla
Por que el mundo tirano
Sus lágrimas no vea,
Y lastimados sus derechos crea!

Por que hay dolores mudos,
Hay heridas que vierten gota á gota
Sangre del corazón despedazado;
Y esa sangre que brota
Hay que ocultarla al mundo despiadado
Que al contemplar nuestros pesares ríe,
Por que solo comprende
El amor que se compra y que se vende.

Por eso busco ¡oh noche!
Tu fría oscuridad, tu negra calma,
Por que en tí deposito
Los secretos de mi alma;
Y de mi amor proscrito
La historia lastimera
A tí no mas la cuento ¡oh compañera
Constante del que llora,
Lejos, muy lejos ¡ay! del bien que adora,

Tú no me venderás, noche sombría,
Y cuando se despierte
A continuar su bacanal orgía
Ese mundo mañana,
No le dirás que hiel y sangre vierte
Mi corazón herido ya de muerte,
Ni tu sombra liviana
Descubrirá el secreto
Que va matando el corazón inquieto.

Más si á tu sombra amiga
 Mis pesares confío,
 Si nada mas á tu silencio fio
 Mis ayes doloridos,
 Lévale mis gemidos
 Al ángel de mi amor que perdí triste,
 Dila que voy muriendo
 Presa infeliz del infortunio horrendo.

Ella tambien cual yo sin esperanza!
 Amargo el cáliz del dolor apura,
 Ella tambien serena, indiferente,
 Presenta al mundo la marchita frente,
 Mientras que la amargura
 De sus eternos dias
 Encubre con fingidas alegrías.

Llévale ¡oh noche! en las veloces alas
 De tu callada brisa mis suspiros,
 Y encubre con tu velo
 Las lágrimas de amargo desconsuelo
 Que la infeliz derrama,
 Y si acaso me llama
 En su honda soledad, si á su memoria
 Viene la triste historia,
 De nuestro ayer perdido,
 Lleva á su alma el olvido
 Con el tranquilo sueño
 Que en las almas derrama tu beleño.

MANUEL ACUÑA.

RESIGNACION.

A.....

Sin lágrimas, sin quejas,
 Sin decirlas adios, sin un sollozo!
 Cumplamos hasta lo último.....la suerte
 Nos trajo aquí con el objeto mismo,
 Los dos venimos á enterrar el alma
 Bajo la losa del escepticismo.

Sin lágrimas....las lágrimas no pueden
 Devolver á un cadáver la existencia;
 Que caigan nuestras flores y que rueden,
 Pero al rodar, siquiera que nos queden
 Seca la vista y firme la conciencia.

Ya lo ves! para tu alma y para mi alma
 Los espacios y el mundo están desiertos...
 Los dos hemos concluido,
 Y de tristeza y aflicción cubiertos,
 Ya no somos al fin sino dos muertos
 Que buscan la mortaja del olvido.

Niños y soñadores cuando apenas
 De dejar acabábamos la cuna,
 Y nuestras vidas al dolor ajenas
 Se deslizaban dulces y serenas
 Como el ala de un cisne en la laguna;
 Cuando la aurora del primer cariño
 Aun no asomaba á recojer el velo
 Que la ignorancia virginal del niño
 Extiende entre sus párpados y el cielo.
 Tu alma como la mía,
 En su reloj adelantando la hora
 Y en sus tinieblas encendiendo el día,
 Vieron un panorama que se abría
 Bajo el beso y la luz de aquella aurora:
 Y sintiendo al mirar ese paisaje
 Las alas de un esfuerzo soberano,
 Temprano los abrimos, y temprano
 Nos trajeron al término del viaje.
 Le dimos á la tierra

Los tintes del amor y de la rosa;
 A nuestro huerto nidos y cantares,
 A nuestro cielo pájaros y estrellas;
 Agotamos las flores del camino
 Para formar con ellas
 Una corona al ángel del destino.....
 Y hoy en medio del triste desacuerdo
 De tanta flor agonizante ó muerta,
 Ya solo se alza pálida y desierta
 La flor envenenada del recuerdo.

Del libro de la vida
 La que escribimos hoy es la última hoja...
 Cerrémosla en seguida,
 Y en el sepulcro de la fé perdida
 Enterremos tambien nuestra congoja.

Y ya que el cielo nos concede que este
 De nuestros males el postrero sea
 Para que el alma á descansar se apreste,
 Aunque la última lágrima nos cueste
 Cumplamos hasta el fin con la tarea.
 Y despues cuando al angel del olvido
 Hayamos entregado estas cenizas
 Que guardan el recuerdo adolorido
 De tantas ilusiones hechas trizas
 Y de tanto placer desvanecido,
 Dejemos los espacios y volvamos
 A la tranquila vida de la tierra,
 Ya que la noche del dolor temprana
 Se avanza hasta nosotros y nos cierra
 Los dulces horizontes del mañana.

Dejemos los espacios, ó si quieres
 Que hagamos, ensayando nuestro aliento,
 Un nuevo viaje á esa region bendita
 Cuyo solo recuerdo resucita
 Al cadáver del alma al sentimiento,
 Lancémonos entonces á ese mundo
 En donde todo es sombras y vacío,
 Hagamos una luna del recuerdo
 Si el sol de nuestro amor está ya frio;

Volemos si tú quieres,
Al fondo de esas mágicas rejiones,
Y fingiendo esperanzas é ilusiones,
Rompamos el sepulcro, y levantando
Nuestro atrevido y poderoso vuelo,
Formaremos un cielo entre las sombras
Y seremos los duendes de ese cielo.

ESPERANZA.

Mi alma, la pobre mártir
De mis ensueños dulces y queridos,
La viajera del cielo, que caminas
Con la luz de un delirio ante los ojos,
No encontrando á tu paso mas que abrojos
Ni sintiendo en tu frente mas que espinas;
Sacude y deja el luto
Con que la sombra del dolor te envuelve,
Y olvidando el gemir de tus cantares
Deja la tumba y á la vida vuelve.

Depón y arroja el duelo
De tu tristeza funeral y yerta,
Y ante la luz que asoma por el cielo,
En su rayo de amor y de consuelo
Saluda al porvenir que te despierta.

Trasforma en sol la luna
De tus noches eternas y sombrías;
Renueva las sonrisas que en la cuna
Para hablar con los ángeles tenías;
Y abrigando otra vez bajo tu cielo,
De tus horas de niña la confianza,
Díles tu último adios á los dolores,
Y engalana de nuevo con tus flores
Las ruinas del altar de tu esperanza.

Ya es hora de que altivas
Tus alas surquen el azul como ántes;
Ya es hora de que vivas,
Ya es hora de que cantes;
Ya es hora de que enciendas en el ara
La blanca luz de las antorchas muertas,
Y de que abras tu templo á la que viene
En nombre del amor ante sus puertas.

Bajo el espeso y pálido nublado
Que enluta de tu frente la agonía,
Aun te es dado que sueñes, y aun te es dado
Vivir para tus sueños todavía!.....
Te lo dice su voz, la de aquel ángel
Cuya memoria celestial y blanca
Es el solo entre todos tus recuerdos
Que ni quejas ni lágrimas te arranca!.....

Su voz dulce y bendita
 Que cuando tu dolor aun era niño,
 Bajaba entre tus cánticos de muerte,
 Mensajera de amor-á prometerte
 La redención angusta del cariño!.....

Y yo la he visto, mi alma! desgarrando
 Del mando de la bruma el negro broche
 Y encendiendo á la luz de tu mirada,
 Esas dulces estrellas de la noche
 Que anuncian la alborada.....!
 Yo he sentido el perfume voluptuoso
 Del crespón virginal que la envolvía,
 Y he sentido sus besos, y he sentido
 Que al acercarse á mí se estremecía!.....

¡Sí, mi pobre cadáver, desenvuelve
 Los pliegues del sudario que te cubre:
 Levántate, y no caves
 Tu propia tumba en un dolor eterno!.....
 La vuelta de las aves
 Te anuncia ya que terminó el invierno;
 Saluda al sol querido
 Que el Levante de tu amor asoma,
 Y ya que tu paloma vuelve al nido,
 Reconstrúyete el nido á tu paloma.

AL RUISEÑOR MEXICANO.

Hubo una selva y un nido
 Y en ese nido un jilguero
 Que alegre y estremecido,
 Tras de un ensueño querido
 Cruzó por el mundo entero.

*

Que de su paso en las huellas
 Sembró sus notas mejores,
 Y que recojió con ellas
 Al ir por el cielo, estrellas,
 Y al ir por el mundo flores.

*

Del nido y de la enramada
 Ninguno la historia sabe;
 Porque la tierra admirada
 Dejó esa historia olvidada
 Por escribir la del ave.

*

La historia de la que un día,
 Y al remontarse en su vuelo,

Fué para la patria mía
La estrella de más valía
De todas las de su cielo.

*

La de aquella á quien el hombre
Robara el nombre galano
Que no hay á quien no le asombre,
Para cambiarlo en el nombre
De Ruisseñor mexicano.

*

Y de la que al ver perdido
Su nido de flores hecho,
Halló en su suelo querido
En vez de las de su nido
Las flores de nuestro pecho.

*

Su historia..... que el pueblo ardiente
En su homenaje más justo
Viene á adorar reverente
Con el laurel esplendente
Que hoy ciñe sobre tu busto.

*

Sobre esa piedra bendita
Que grande entre las primeras,
Es la página en que escrita
Leerán tu gloria infinita
Las edades venideras;

*

Y que unida á la memoria
De tus hechos soberanos,
Se alzará como una historia
Hablándoles de tu gloria
A todos los mexicanos.

*

Porque al mirar sus destellos
Resplandecer de este modo,
Bien puede decirse entre ellos
Que el nombre tuyo es de aquellos
Que nunca mueren del todo.

1872.

ANTONIO CARRION,

LA CRUZ DE LA "ISLA PELONA." *

(Inédita.)

AL SR. D. FRANCISCO J. ARREDONDO.

Sobre una roca gigante
De sal y güano cubierta,
Monolita isla desierta
De un lago próximo al mar
Hay dos rústicos maderos
En forma de cruz atados,
En el centro colocados
De tan árido lugar.
De aquellos leños sombríos
Nadie conoce la historia,
No se conserva memoria
Recuerdo ni tradición
Del tiempo en que aparecieron
Ni de qué piadosa mano

* Estado de Guerrero Distrito de Acapulco.

Puso el emblema cristiano
Del martirio en el peñón.
La triste cruz se levanta
En ese altar solitario,
Rodeada de un osario
De aves en putrefacción,
Bancos cenizos de güano
Cadáveres de negruscos,
Lagartos, y de moluscos
Hacinados en montón.
Turbio lago la rodea
En cuyas ondas salinas
Mueren las algas marinas,
Y se ahoga el caracol.
Todo es triste en esa isla
Sin vegetación ni vida,
Allá ni la garza anida
Temiendo cauta al sol.
Sirve la roca terrible
De prisión, mortal asilo,
Que vijila el cocodrilo
Hambriento con ávidez,
Esperando los despojos
De los allí desterrados
Que devora, arrebatados
Con feroz avilantez.
Una mañana brumosa
Hendiendo lijera el agua
Surcó rústica piragüa

El lago á todo vogar;
 Un negro la gobernaba
 Dentro de ella conducía
 Una mujer que vestía
 Un ropaje singular:
 Saya de seda y brocados,
 Jubón con cuello marino,
 Corbata de blanco lino,
 Cinturón rojo de tul.
 Su abundante cabellera
 Rubia, suelta, desatada
 Iba medio resguardada
 Con un chal de lana azul.
 Saltó á la roca sombría
 Que forma la "Isla Pelona"
 Rápida como una leona
 A su madriguera. Vió
 En derredor del islote,
 Se dejó caer de hinojos,
 Elevó al cielo los ojos,
 Quedó en silencio y oró.
 Después trepando nerviosa
 A la piedra con destreza,
 Se descubrió la cabeza
 Despojándose del chal,
 Que ató á la cruz temblorosa,
 Como si ella deseara
 Que con el viento flotara
 Tan misteriosa señal.

Su blanca trémula mano
 Sacó del marmóreo seno
 Un frasquillo con veneno,
 Y un reluciente puñal.
 En este crítico instante,
 Un joven, pálido, mudó,
 Atracó por donde pudo
 Y saltó á la isla fatal.
 Distraído. preocupado.
 Iba en voz alta diciendo.
 Para no vivir sufriendo
 Su desdén debo morir.
 Ella no me ama ¡Dios mio!
 En tanto que yo la adoro
 Y perdiendo ese Tesoro
 No me es posible vivir.
 Al pié de la cruz absorto
 El pobre jóven llegaba
 Mirando el chal que flotaba
 Se detuvo con terror,
 Al escuchar sus palabras
 Terribles tembló la dama
 Exclamando, sí, me ama
 Y quiere morir de amor.
 En aquella isla desierta
 Los dos buscaban la muerte
 Allí los llevó la suerte
 Por una misma intuición.
 Miró el jóven á la dama

Sorprendido, con ternura,
Juzgando aquella criatura
Celestial aparición.

—Qué buscas le dijo inquieto
Donde no pensaba verte?

—Busco serena la muerte
Porque me falta tu amor.

Temblando el jóven oía
Confesión tan inconsciente,
Y fuera de sí, demente,
Poseído de furor.

Me amas! me amas! balbutía
Del gozo más grande lleno.

Tomo el puñal, el veneno,
Y al lago los arrojó;

Y despues que hubo lijero
Tirado esos instrumentos

Unos rápidos momentos
A la dama contempló.

Sin pronunciar mas palabras
En febril, estrecho lazo

Se unieron con un abrazo
Intimamente los dos.

Él, conteniendo con pena
La emoción que lo embargaba,

Ella, convulsa lloraba
Pidiendo perdón á Dios.

Ambos de hinojos cayeron,
Por aquella cruz juraron

Que si un momento dudaron
Yendo la muerte á buscar,
Ante ese altar los unía,
En situación tan tremenda,
La vida que como ofrenda
Uno al otro iban á dar.

RAMON ALDAMA.

SEDAN.

Gloria y conquista ¡oh Francia valerosa!
Te arrastran ¡ay á la sangrienta arena
Donde aún vaga la sombra de Tarena
Y el Rin desliza su corriente undosa:

La nación, hoy potente y orgullosa,
Ayer vencida y humillada en Jena,
A los campos de Alsacia y de Lorena
Viene á encontrarte, de venganza ansiosa.....

¡Terrible batallar!..... Tu gloria en vano
Quiere vencer á la fortuna impía....
Caíste en Sedan;..... desfalleció tu mano!.....

Levántate y acabe tu agonía!
Que si á París, por Jena, fué el prusiano
A Berlin, por Sedan, irás un día.

JOSE M. ROA BARCENA.

CHAPULTEPEC.

A las ciudades y comarcas todas
 Que bajo un cetro y ley congrega Tula,
 Tras recios temporales, en dos años
 Niega al cielo irritado blandas lluvias.
 Y seco el río y sin verdor el monte,
 La generosa tierra ya infecunda
 De Norte á Sur se parte en hondas grietas
 Y es de sus propios hijos sepultura.
 Huyendo un macehual horrores tales,
 Presa del hambre y sed, vagó tres lunas
 Sin derrota ni rumbo, y llega, al cabo,
 Ensangrentado el pié, la frente mustia
 A la falda de un cerro árido entonces,
 Dominador del valle por su altura.
 Al cansancio y al sueño allí rendido,
 Oye sordo rumor de aguas ocultas
 Del cerro en las entrañas: vé que brotan
 En copioso raudal que le circunda;

Que á su influjo benéfico la tierra
 Ornan con su verdor lotos y juncias;
 Que al viento como flámulas sus hojas
 Tiende la milpa y de su caña rubia
 Cnajiéndose el maíz en blancas perlas
 Muestran ya las espigas melenudas.
 Mira á Tlaloc, divinidad del agua,
 Vagar cual sombra y que su diestra angusta
 A su hambre y sed señala al tiempo mismo
 El grano alimenticio, el onda pura,
 Y al tocar uno y otra el vivo gozo
 Súbito le despierta. Observa y juzga
 Por la marcha y el brillo de los astros
 Ser media noche: en temerosa angustia
 Fija el oído y el rumor del agua
 Que entre sueños oyó despierto escucha.
 Rompiendo su prisión de arcilla y rocas,
 Como serpiente indómita en su furia,
 Brota el fresco raudal y, desatado,
 Salpica al indio el pié su blanca espuma.
 No le engañó Tlaloc!.... Y á la influencia
 Del río dón el aridez inculta
 Cerro y llano trocaron por la pompa
 Con que los vén despues ocho centurias.
 Desde entónces la verde falda pueblan
 Los que en sus canas hoy y en las arrugas
 Del ancho tronco augustos ahuehuetes,
 Mudos su prodigiosa edad denuncian.
 Al bordo rey de Acolhuacán proscrito
 Vieron pasar al rayo de la luna;
 Y en el zenit de su poder contóles
 Presagios y tristezas Moctezuma.

Dieron albergue al castellano altivo
 Que á la gentil Malintzin tierno adula.
 Del alcázar del cerro en las almenas
 Un día vén y al otro en vano buscan
 El pabellón que alzó Cortés bizarro
 En los llanos magníficos de Otumba.
 A su sombra acampó con hueste invicta,
 Del valor coronado y la fortuna,
 El caudillo de Iguala cuya sangre,
 No derramada en la gloriosa lucha,
 En nuestras playas irritado el Ponto
 Con inútil afán lavar procura.
 Muestran en su corteza los estragos
 Del plomo anglo-sajón á que en lid ruda
 Juventud denodada expuso el pecho,
 Si vencedora no, domada nunca.

Vieron.... mas ¡tanto han visto! Triunfos, glo-
 rias

Orgullo vano, humillaciones, fugas,
 La vida, en fin, del hormiguero humano
 Que de ellos en redor tienen sus grutas.
 ¡Bosque, sagrado bosque, altivo cerro,
 Que hasta á la más remota edad futura
 De los pasados siglos y el presente
 Habeis de hablar tal vez con lengua muda!
 ¡Generaciones cien logren miraros
 A nuestro sol espléndido sin brumas,
 Gozando de la paz y la concordia
 Que la nuestra hallará sólo en la tumba!

1874

JUAN LEOPOLDO BOLAÑOS.

TU TRENZA DE ORO.

Ni del sol de primavera
 los matutinos reflejos,
 ni el rayo que se burila
 en el azul firmamento,
 ni la luna sobre el lago,
 ni de la tarde el lucero,
 ni las espigas del trigo
 que alegre acaricia el viento
 tienen ni pueden siquiera
 copiar en tintas de fuego
 la luz de la trenza de oro
 de tus hermosos cabellos.
 Porque fueras soberana,
 te colocaron los cielos
 sobre el blanco de tus sienes
 la corona de tu pelo,

y de ella pendiente baja
 por tu alabastrino cuello
 y al resbalar por tu espalda
 besa orgullosa tu cuerpo.
 Dichosa tu trenza de oro
 que puede darte de besos,
 que por componer su lazo
 la tocan tus blancos dedos,
 que á todas partes te sigue,
 que conoce tus secretos,
 que oye tus dulces suspiros
 y puede velar tus sueños;
 que casi siempre que duermes,
 duerme ella sobre tu pecho.
 ¡Dichosa la trenza de oro
 de tus hermosos cabellos!

FRANCISCO J. ARREDONDO.

DOLORA.

A MI RESPETABLE MAESTRO EL SR. GIL. VICENTE RIVA PALACIO.

Nací en noche oscura y fría,
 Noche de luna velada,
 Noche en que la madre mía
 Sola y de dolor gemía
 Por el mundo abandonada.

Noche oscura que en su manto
 Me envolvió compadecida,
 Y ahogando mi débil llanto
 Tan sólo para el quebranto
 Quiso conservar mi vida.

Y así en la noche crecí
 De mi eterno sufrimiento.....
 A mi madre la perdí
 Y entonces ¡ay! más sentí
 La noche de mi aislamiento.

Como aquella noche oscura
Tambien fué oscura mi suerte,
Pues todo penar me augura;
Ni esperanza hay de ventura
Hasta tocar con la muerte.

Yo vivo sin venturanza
Sin amor, sin ilusión,
Porque mi dolor no alcanza
A creer en la esperanza
Que forjara el corazón.

No me avergüenza el pasado
Ni me inquieta el porvenir,
Porque al vivir desgraciado,
Siento un corazón honrado
Dentro del pecho latir.

No me halagan las orgías
Ni me entristece el quebranto,
Indiferentes los días
Trascurren, entre alegrías,
Ilusión y desencanto.

Sólo una flor blanca y pura
Embalsama con su aroma
El valle de mi amargura,
Es un ángel de ternura
Con el alma de paloma.

Es monumento de amores,
Que ni el tiempo le derrumba
Y al que pardos ruiseñores
Le cantan entre las flores
Que se alzan sobre su tumba.

Es el tierno amor de un hijo
Que en silencio y sin dolor,
Lejos del penar prolijo
Tiene su cariño fijo
De la madre en el amor.

Ese es mi único consuelo
En mi dolor sin segundo;
Por eso en mi eterno duelo,
Vive mi amor en el cielo
Y mi penar en el mundo.

1878.

JOSE FERNANDEZ.

EN LA MUERTE

DEL GENERAL ZARAGOZA.

Pálida está la frente
Que con divino rayo

De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;

Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.

Está ya el labio mudo
Que, apenas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,

Y mandaba vencer, y se vencía;

Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afán rendido,
Asolación del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sostén y amparo del vencido.

Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frío,
El corazón en el valor templado
De capitán y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.

¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso día,
Con su temprana muerte el más amargo!

Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.

«No existe Zaragoza,
Inerme está la diestra
Que en ocio vergonzoso nos mantiene.

Ya murió el vencedor, ¡quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra!

«Las águilas augustas,
Que ya han tenido el vuelo,
Victoriosas do quiera en la pelea,
En Africa, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Palestro y Montebello,

«Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando ráudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio
En que tú, bella México, reposas.»

«Allí, en cercano día,
De Luis, soldados fieles,
De oro, la gloria y de placeros llenos,
Reclinaremos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles.»

Así como burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.

Lloremos, mexicanos,
Mas breve el llanto sea,

Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada
Estas acerbas lágrimas no vea.

Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adios postrero.
Sólo se oigan despues gritos de guerra,

¡Guerra, sí, patria mía!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en templos, guerra en las cabañas!

Tiempo sobraré un día
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

IGNACIO HERRERA DE LEÓN.**A MI ESPOSA.**

Como las flores perfuman
 El ambiente del pensil
 Y alfombran de mil colores
 El prado, con su matiz,
 Tú perfumas mi existencia
 Con tus caricias sin fin,
 La llenas de blancas rosas
 Que se parecen á tí.

Como el ruiseñor que canta
 En su nido, y es feliz;
 Como el poeta que sueña
 Con hermoso porvenir
 Y cuyos cantos inspira
 Una ventura sin fin,
 Así vivo, prenda amada,
 Desde que vives por mí.

Desde entónces es mi vida
 Un matizado jardín,
 Donde todo es venturanza,
 Todo es amor; todo, sí.
 ¿Y qué más pedir pudiera
 Cuando me siento feliz,
 Amándote con delirio
 Y siendo amado por tí?...

JOSE GUILLERMO CARBO.**A UNA ROSA.**

Vagando en el prado, un día
 En que multitud de flores
 Sus diferentes colores
 Ostentaban á porfía.

Una rosa allí encontré,
 Cuya belleza y encanto
 Cautivó mi atención, tanto,
 Que á contemplarla llegué.

Me pareció de las flores
 Que perfumaban el prado
 La de olor más delicado
 Y de más lindos colores.

Su aroma intenté aspirar,
 Y le aspiré delicioso,
 Y luego quise afanoso
 Sus frescas hojas besar.

Lleno de loca alegría
La acerqué á mis labios presto,
Más un gusano funesto
En su corola escondía.

Y cuando encontrar soñé
En su cáliz ambrosía,
Del insecto que tenía
La ponzoña solo hallé.

La apariencia me engañaba:
¿Quién dijera de esa rosa
Al mirarla tan preciosa
Que un vil gusano guardaba?

Así hay mujeres que són
A la faz del mundo hermosas,
Y que ocultan cual las rosas
Veneno en el corazón.

ALFREDO CHAVERO.

COMPOSICION

LEIDA EL 5 DE MAYO

EN EL SEPULCRO DE ZARAGOZA

A NOMBRE DE LA MASONERIA MEXICANA.

No mi voz; no la voz de los mortales
Debiera resonar ante esta tumba;
Sino una voz de Niágara sublime;
Voz como la del rayo que derrumba
La poderosa encina poderoso;
No mi acento que gime
Tímido y vagoroso;
Un acento quisiera
Que derramara astros por palabras,
Para regar con ellos el sagrado
Sepulcro en que lloramos; que si flores
Cubren el ataúd de las doncellas
Debiérase cubrir el de los héroes
Con coronas espléndidas de estrellas.

Lleno de loca alegría
La acerqué á mis labios presto,
Más un gusano funesto
En su corola escondía.

Y cuando encontrar soñé
En su cáliz ambrosía,
Del insecto que tenía
La ponzoña solo hallé.

La apariencia me engañaba:
¿Quién dijera de esa rosa
Al mirarla tan preciosa
Que un vil gusano guardaba?

Así hay mujeres que són
A la faz del mundo hermosas,
Y que ocultan cual las rosas
Veneno en el corazón.

ALFREDO CHAVERO.

COMPOSICION

LEIDA EL 5 DE MAYO

EN EL SEPULCRO DE ZARAGOZA

A NOMBRE DE LA MASONERIA MEXICANA.

No mi voz; no la voz de los mortales
Debiera resonar ante esta tumba;
Sino una voz de Niágara sublime;
Voz como la del rayo que derrumba
La poderosa encina poderoso;
No mi acento que gime
Tímido y vagoroso;
Un acento quisiera
Que derramara astros por palabras,
Para regar con ellos el sagrado
Sepulcro en que lloramos; que si flores
Cubren el ataúd de las doncellas
Debiérase cubrir el de los héroes
Con coronas espléndidas de estrellas.

Los héroes, gigantescos se levantan,
Desafiando á la muerte colosales,
Así como en los tristes arenales
Del Egipto se elevan majestuosas
Las Pirámides que alzan altaneras
Sus titánicos triángulos sin miedo.

Del simun que arrebató calurosas
Nubes de arena, y que á estrellarse llega
Al pié del monumento: el Nilo quedó
A su lado resbala
Cual río del destino,
Sin que pueda turbar en su camino
Esas tres grandes letras de la historia.
Tal es, ¡oh Zaragoza! tu memoria.
Los siglos rodarán sobre los ejes
De bronce de los tiempos, y tu gloria
Siempre en el cielo de la patria amada
Como un arco de iris reluciente
Brillará eternamente.

Ayer eras el gefe que los pueblos
A defender sus fueros conducía;
Ayer águila audaz que te cernías
Del Popocatepetl hasta la altura,
Ayer cuando tus alas estendías
Sobre esa frente anciana
De blanca nieve pura,
Y á tus plantas veías

Al primer resplandor de la mañana
La ciudad alarmada, y ya despierta,
Sobre la almena el vigilante inquieto
Los fuertes batallones preparados
A vencer ó morir; cuando tranquilo
Del pié de Guadalupe recorrias
Con serenas miradas el espacio
Y la nube de polvo en que el acero
Lucía como en nube tempestuosa
El asesino rayo;
Tú eras el hombre grande; pero el hombre
Hoy eres algo como un dios de Homero
Que corona de luz el sol de Mayo,
Hoy eres la palabra que nos liga;

Hoy eres nuestro canto de victoria;
El poderoso grito de batalla;
Nuestro himno de gloria;
Nuestro lazo de amor en la derrota
Y también en el triunfo. Como nota
De celestial concierto oigo tu nombre
Y mientras vil humanidad, mezquina
Inclina la cerviz al poderoso
Solo me inclino cuando el labio nombra
Al vencedor de Mayo, y la rodilla
Doblo lleno de amor ante tu sombra.

Tu tábulo es un templo; aquí llegamos
Fatigados y tristes peregrinos,

Empolvadas las frentes,
 A traer reverentes
 Corona humilde á tu soberbia gloria,
 Y recuerdos de cielo á tu memoria.

Estamos en el templo, ante tu tumba,
 Que cubre el sol con cortinajes de oro,
 Estamos en el templo, ante tu sombra,
 Pero no débil lloro
 De nuestros ojos brotará abundante;
 Sino de nuestros labios resonante
 Acento inmenso como inmenso rayo,
 De un pueblo que saluda tu victoria
 En tu tumba, el altar de nuestra gloria;
 A la espléndida luz del sol de Mayo.

MARCOS ARRONIS.

A UN CIPRÉS.

Verdiguero ciprés ¡mi árbol querido!
 Busquen, sí, los dichosos amadores
 De la palma los ramos simbradores;
 Tu eres nomás del triste apetecido.

Nunca el ave en tu copa cuelga el nido,
 Ni la estación de céfiros y amores
 Una flor te regala de sus flores,
 Ni sus frutas Otoño enriquecido

Cuando las auras de la noche giman,
 Cuando las aves de la noche lloren
 Y lánguida la luna raye el cielo.

Tus ramas á mi sien su sombra impriman,
 Mis cantos en tus tintas se coloren;
 Y el arpa te salude en són de duelo.

ALBERTO FLANDEZ
JOSE MARIA GUTIERREZ.

A UN NIÑO.

Es la vida una ilusión;
 Todo en el mundo es mentira.

GABINO ORTIZ.

Niño que viviendo vas
 Dormido en senda de flores,
 Al calor de los amores,
 Sin sentir penas jamás;

Duerme más.

Yo cantaré con mi lira,
 Mientras tu madre te admira
 Y te abraza con pasión:

"Si es la vida una ilusión,
 "Todo en el mundo es mentira."

Duerme, porque en esas flores
 Donde dormido caminas,
 Despierto hallarás espinas
 Que te causarán dolores.

Los colores

Que tu alma soñando admira,
 Pronto acaban, y una pira
 Queda envuelta en un crespón,
 Porque es la vida ilusión
 Y todo el mundo es mentira.

¡Duerme.....! Pero si despiertas
 Con el fulgor matinal,
 Del cielo de amor filial
 Abre las doradas puertas.

Las inciertas

Dichas á que el hombre aspira,
 Si del hogar se retira,
 Laceran el corazón,
 Y hacen la vida ilusión,
 Y del mundo una mentira.

¡Duerme! Duerme, niño bello,
 Duerme tranquilo y dichoso,
 Mientras tu padre amoroso
 Hace un rizo en tu cabello;

Que el destello
 De ese cielo en donde gira
 Tu alma de niño me inspira
 Que no es cierta mi canción,
 Pues si es la vida ilusión,
 No todo el mundo es mentira.


FERNANDO PERAZA.
¡POBRE MUJER!

Vedla, gentil, seductora,
Radiantes los bellos ojos,
Vagando en sus labios rojos
Sonrisa fascinadora.

¡Mas, no sabeis lo que llora!
¡Por cada mentido encanto,
De amarga hiel vierte el llanto!
Es un arcángel caído,
Un albañal corrompido,
Y padece tanto.....tanto.....!

¡Hombre vil! que haces alarde
De santa filantropía,
Con falaz hipocrecía:
¿Por qué la insultas cobarde?
Si en tu sér el fuego arde
De la claridad cristiana,
Hazla buena si es liviana

Pues su desgracia la abona,
Y compasivo perdona
La debilidad humana.

Si huérfana desde niña
Perder la hiciste el candor,
¿Cómo quieres que el rubor
Sus mústias mejillas tiña?
¿Por qué la exiges que cina
Su guirnalda virginal
Si la guiaste siempre al mal
En vez de llevarla al bien,
Tornando el plácido Edén
De su vida en yermo erial?

Tú corrompiste su alma
Marchitando el blanco lirio
De su virtud, y en martirio
Trocaste su dulce calma.
Arrancándole la palma
De sus creencias divinas,
Sin compasión la acriminas
Ante la cruel sociedad,
Y la insultas sin piedad
Coronándola de espinas.

Era candorosa y pura,
 Blanca flor de la inocencia,
 Y tú sin fé ni conciencia
 Profanaste su hermosura.
 Fingiendo amor y ternura
 Con hipócrita artificio,
 La orillaste á un precipicio,
 Y la hundió tu aliento impuro
 Al abismo mas oscuro
 De la perdición y el vicio.

Ella guardaba el tesoro
 De su virginal pureza,
 Mas su púdica belleza
 Compraste ruin con el oro.
 —Perder la hiciste el decoro
 En su juvenil edad,
 Y en su mísera orfandad,
 De su alma la fé arrancaste
 Y su ilusión disipaste
 Con la negra realidad.

Con delirante locura
 Buscó olvido en los saraos,
 Y al vertiginoso caos
 La llevó su desventura.

¡Pobre sér, triste criatura,
 Sin esperanza ni amor!
 Remordimiento roedor
 Tu corazón martiriza,
 Y es su mágica sonrisa,
 La sonrisa del dolor.....

Cuando náufrago la viste
 Fluctuando en la borrascosa
 Mar de su vida azarosa,
 Jamás amparo le diste.

La luz del faro extinguiste
 Que la señalaba el puerto
 De su porvenir incierto,
 Y sintió su pecho helado
 Por la maldad lacerado,
 Al sentimiento ya muerto.

¡Madre infeliz ay! por eso
 En infortunios prolijos
 Nunca el beso de tus hijos
 Sentiste en tu frente impreso.
 ¡Cuando con dulce embelezo
 Pudistes embalsamar
 El santuario de tu hogar,
 Tierna madre y leal esposa.

Purísima y cariñosa
Como un ángel tutelar!

Mucho, muger, has llorado
Y aun enlutan tu existencia
Las sombras de tu conciencia,
La noche de tu pasado.

A la que cual tú ha pecado,
La sociedad la condena,
Mas, vuelve en tu horrible pena
Los ojos llorando al cielo,
Y Dios te dará el consuelo
Cual Jesús á Magdalena!

JOAQUIN VILLALOBOS.

Á LA SEÑORA DOÑA
MELCHORA HERNANDEZ.

Te ví cuando tu vista se fijara,
En el llano, en el monte y la pradera;
Te ví cuando tu negra cabellera,
El color de la noche retratará.

Hoy la suerte tus goces acibara
Marchitando tu hermosa primavera,
Y cortando tu vista á su carrera,
Ni ver puedes los surcos de tu cara.

Pero escucho tu voz enardecida,
Cuando pintas tus odios al tirano;
Hallo robusta tu convulsa mano,

Firme encuentro el estambre de tu vida,
Y exclamo al ver tu espíritu despierto:
"Existe aún, su corazon no ha muerto."



AGUSTIN GARDUÑO.

A TOLUCA.

EN LA SENTIDA MUERTE DEL
SEÑOR DON MARIANO RIVA PALACIO,
BENEMÉRITO DEL ESTADO.

Simpática ciudad! Toluca hermosa!
Envuelve en los crespones de tu duelo
La pena que en tu frente pudorosa
Muestra á la luz tu grande desconsuelo.
Abaja si lo quieres la cabeza,
Porque hay algo flotante aún en tu cielo,
Como el místico capuz de la tristeza.
En dulce languidez cierra los ojos,
Ya que falta el sostén de tu grandeza,
Ya que la hora sonó con los enojos
Del destino cruel que lo derrumba,
Dejándote recuerdos y despojos
En la página helada de la tumba.

Paga á la muerte el funeral tributo,
Si el hado te condena á que sucumba
Quien tanto procuraba el dulce fruto
Sazonar de tu dicha y de tu gloria;
Muestra hoy al mundo en tu sincero luto,
Como conservas la filial memoria
De aquel que con su nombre una vez trajo,
Los tímbrs de tu dicha y de tu gloria.
¡Recuerdas con qué amor y agasajo
Otras veces llegó tras tus amores,
Aquel padre bendito del trabajo
Y regaste á sus piés todas tus flores!.....
¡Noble anciano! en su santo regocijo
Olvidaba del tiempo los rigores,
Y en tu dicha y amor, constante y fijo
Contemplaba con alma conmovida
El júbilo del pueblo que llamó hijo.

¡Como pasóse tan dichosa vida!
¡Cuán otras fueron tan felices horas!
Tú en el regazo de la paz mecida
Sin él ¡ay! de tus cuitas punzadoras,
Contemplabas las fértiles florestas
Que esmaltaban tus nácares auroras.
Y entonces tu vigor á todo prestas
Y la ciencia y las artes se enaltecen,
Y siempre tenías flores en tus fiestas:
Que nunca en tus altares se encarecen,
Y pródiga las viertes á millones,
Cuando el justo y el bueno las merecen.
¡Con qué gratas, pacíficas lecciones
Su mano protectora te enriela.

Al progreso clavando los cañones
 Y abriéndote las puertas de la escuela
 Del demagogo enredo su cariño,
 No obstante que el futuro le desvela,
 Castigó la locura y desaliño,
 ¡Oh padre tierno! ¡venerable anciano!
 Con caricias y halagos como un niño.
 El hijo del taller, el ciudadano
 Que entonces se entregaba como bueno
 Al político audace, de su mano
 Recuerde las caricias, y sereno
 No olvide esa lección, porque el civismo
 No necesita del derecho ageno,
 Si es que el hombre le tiene por sí mismo.
 ¡Viste luto, ciudad encantadora!
 Rindiendo tu homenaje al patriotismo,
 Que si algo de la muerte se atesora,
 Es la gloria inmortal del varon fuerte,
 Que la salva y nos deja como aurora
 Sobre el abismo de la fiera muerte.

INDICE.

	Páginas.
LUIS G. ORTIZ.—Su biografía.....	5
LUIS G. ORTIZ:	
Roma.....	11
Mi fuente.....	17
A.....	18
A.....(inedita).....	22
Otra hoja de nuestro libro..	25
El ave sola.....	29
En la muerte de mi adora- do padre.....	31
Villancico (para la noche de Navidad).....	34
En la muerte de una joven.	38
La mora de Gibraltar H**..	41
MANUEL PEREDO.—A la noche, Oda.	45

MANUEL ACUÑA.—Resignación, A...	49
Esperanza.....	52
Al Ruiseñor Mexicano.....	55
ANTONIO CARRION.—La Cruz de la Isla Pelona.....	58
RAMON ALDAMA.—Sedan.....	63
JOSE M ^a ROA BARCENA.—Chapulte- pec.....	64
JUAN LEOPOLDO BOLAÑOS.—Tu tren- za de oro.....	67
FRANCISCO J. ARREDONDO.—Dolora.	69
JOSÉ FERNANDEZ.—En la muerte del Gral. Zaragoza.....	72
IGNACIO HERRERA DE LEON.—A mi esposa.....	76
JOSÉ GUILLERMO CARBÓ.—A una rosa.....	77
ALFREDO CHAVERO.—Composición leída el 5 de Mayo en el sepulcro de Zaragoza....	79
MÁRCOS ARRÓNIS.—A un ciprés.....	83
JOSÉ M ^a GUTIERREZ.—A un niño...	84
FERNANDO PERAZA.—¡Pobre mujer!	86
JOAQUIN VILLALOBOS.—A la Sra. D ^a Melchora Hernández.....	91
AGUSTIN GARDUÑO.—A Toluca.....	92

UNIVERSIDAD
NOMIA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Altamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodriguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: Peon y Contreras, Ecos y Poesias.
Ignacio Ramírez, Poesias.
Luis Gonzaga Ortiz, "

EN PREPARACIÓN: *Isabel Prieto de Landázuri, Agustín F. Cuenca, Francisco Sosa, Juan Valle, Dolores Guerrero, Fernando Calderón, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.*

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.



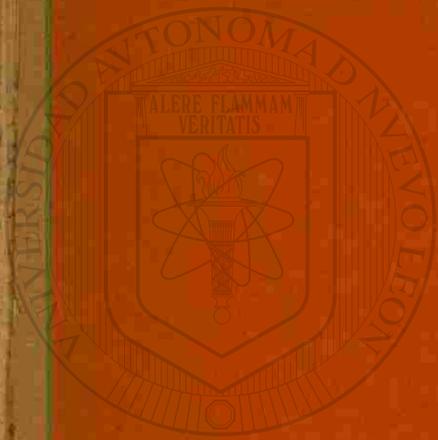
Libreria La Ilustración

1.º de Santo Domingo 12.

MEXICO.

1885.

DO7250

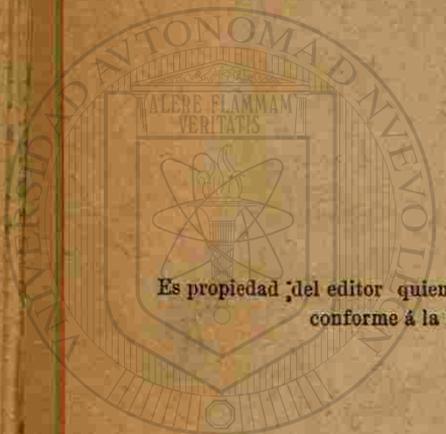


El Parnaso Mexicano.

—
JOSE PEON Y CONTRERAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



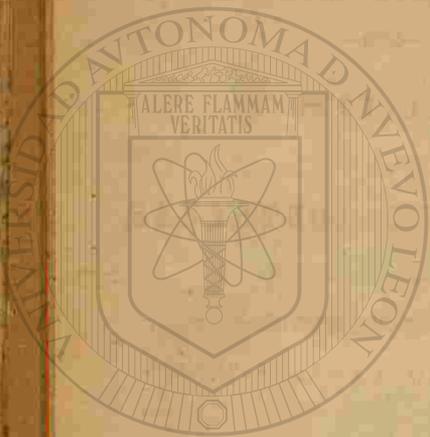
Es propiedad del editor quien la tiene asegurada conforme a la ley.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*José Peón
Martínez*



07250

EL PARNASO MEXICANO.

——
ECOS

DE

JOSE PEON Y CONTRERAS,

SU RETRATO Y BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

POR FEDERICO CARLOS JENS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 15 de Noviembre de 1885.



Jose Peon y Contreras.

(NOTICIAS BIOGRÁFICAS).*

Siempre que algún hombre sobresale del resto de sus semejantes, atrae naturalmente hacia sí la admiración y el interés de todos. Anhélase conocer los pormenores de su vida, descender á los más ínfimos detalles de su existencia, y tener noticia, en fin, de cuanto á él concierna ó se refiera. De aquí el empeño, en unos por leer estudios biográficos, y en otros por componerlos de la mejor manera posible. Los esfuerzos hechos en todas las naciones por grabar con cincel de oro en los fastos de la historia, los más menudos incidentes de la vida de los hombres notables,

* Estas noticias están extractadas para la edición de "El Parnaso Mexicano" de la obra titulada "Bocetos literarios" escrita por el reconocido literato, Sr. F. J. Gómez Flores.

ponen de resalto y patentizan la gran importancia de la biografía. Son útiles sus enseñanzas, interesantes y conmovedoras muchas de sus noticias, y todo en ella deleitable y grato al hombre estudioso y pensador.

Respecto de Peón y Contreras, no hay escollo ni dificultad para referir su vida. Habita aún este globo terráqueo y está en la flor de su edad. Tampoco será trabajo muy arduo ni laborioso, toda vez que se ha deslizado su existencia, entre los placeres inefables del hogar y los fructíferos afanes de la ciencia y de las letras. Es hacendera y fácil su biografía. Y la merece, de fijo; ya que, sobre dar brillo à la literatura nacional, fué aclamado por todos los escritores de México, à causa del éxito fabuloso de su popular drama *La hija del Rey*, restaurador del teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza.

Vió José Peón y Contreras la primera luz en la ciudad de Mérida, capital del Estado de Yucatán, el día 12 de Enero de 1843, siendo sus padres, el notable jurisconsulto yucateco D. Juan Bautista Peón y Cano y la virtuosa Sra. D^a María del Pilar Contreras Elizalde, originaria de Cádiz.

Cursó las aulas, con bastante lucimiento, en su ciudad natal, y se recibió en ella mis-

ma de Doctor en Medicina, à la temprana edad de diez y nueve años. Poco antes, y à ruegos de algunos amigos suyos, había publicado unos versos à la Luna, en un periódico de literatura, que fueron su primer ensayo poético, su primicia literaria en la que demostraba felices disposiciones para el cultivo de las bellas letras. Saliéronle al encuentro el aplauso y el estímulo, y siguió pulsando la cítara, y el aura de la gloria principió à acariciar su frente.

El año de 1863 vino à México, donde consiguió por oposición, no obstante poseer ya su diploma profesional, una modesta plaza de practicante en el antiguo Hospital de Jesús, fundado por Hernán Cortés. Conservóla dos años, al término de los cuales obtuvo el título de la Facultad Médica de México, prévia sustentación de los indispensables exámenes. Por esta época se unió en matrimonio con la Sra. D^a Leonor del Valle, que aún es ornato y gala de su hogar, en medio de los vástagos que le ha dado.

Adquirió en el año de 1867, también por oposición, y en competencia con los Dres. D. Lauro Jiménez y D. José María Bandera, alienistas distinguidos, el empleo de médico director del Hospital de dementes de San Hi-

pólito, siendo además, durante tres años, director de la vacuna. Ha pertenecido varias veces á la Cámara de Diputados y una á la de Senadores, como representante de Yucatán, logrando captarse siempre el aprecio y cariño de sus compañeros de parlamento, tanto por su carácter afable y complaciente, cuanto por su aptitud en el desempeño de las secretarías de ambas Cámaras. En la fecha en que estas líneas escribimos, figura como candidato popular en el Estado de Yucatán para ocupar en él un elevado puesto durante el próximo cuatrienio, en lo que el pueblo yucateco ha demostrado una vez más su buen juicio y acierto en la elección de sus candidaturas.

Su modestia es ingénita y proverbial. El mismo dijo en una de las composiciones de su mocedad:

Nunca en mis versos me llamé poeta.

Después, sí se ha llamado poeta; pero con tal timidez y delicadeza, que lejos de ir la confesión contra su humildad, la ha puesto más de relieve. Goza como un niño con cada uno de sus triunfos; se entrega á los deportes más joviales y expansivos; rebósanle el placer y la satisfacción, y en semejantes mo-

mentos no se cambiaría por el hombre más rico, feliz y poderoso de la tierra. Razón tiene que le sobra. Pocas son las flores y muchas las espinas que recoge el poeta, siempre zaherido por la envidia y denostado por sus émulos y rivales.

Sus obras poéticas se dividen por su naturaleza en tres clases: líricas, épicas y dramáticas. Entre las primeras merecen una singular mención las que ha publicado con el simpático título de *Ecós*, así como las que llevan por nombre: *A la memoria de un Ángel*, *A bordo del Cleopatra*, *Catalina*, *Al río Jilapa* y *Meditación á la memoria de mi madre* y otras varias cántigas eróticas, llenas de sentimiento, suavidad y dulzura.

Teniendo diez y siete años, y bajo la influencia de los dos poetas españoles más en boga á la sazón, Zorrilla y Espronceda, escribió su primera obra de carácter épico. Púsole por nombre *La cruz del Paredón* y explotó en ella una antigua tradición yucateca. Peón ha tenido siempre una especie de culto gentílico por su ciudad natal. Mientras en ella vivió, puso diligencia suma en explotar las historietas populares, las anécdotas y hasta las suscintas efemérides de D. Gerónimo Castillo. Después no ha apartado sus ojos ni

su corazón de su lugar nativo, y le ha dedicado sentidas composiciones, como el donairoso romance de *Petkanché* y la valentísima oda *A las ruinas de Urmal*. Su interesante drama *El conde de Peñalva* está sacado de una breve noticia que consigna el ya citado cronista D. Gerónimo Castillo. Entre sus *Romances históricos mexicanos*, figuran como los más notables, *La ruina de Atzacapotzalco*, *Tezcutzingo*, *El Señor de Ecatepec*, *Tlahuicole*, *Moteczuma*, *Xocoyótzin* y *El último azteca*, que son cuadros vivos de la índole, vida y costumbres de los antiguos pobladores de nuestro territorio.

Principió nuestro autor á cultivar la poesía dramática en Mérida, al rayar el alba de su adolescencia, obteniendo desde luego brillante éxito y aplauso con *María la Loca*, su primera juvenil ofrenda á las musas del teatro. Hizo representar en seguida *El Castigo de Dios* y *El Conde de Santi-Esteban*, explotando en esta última pieza una antigua tradición yucateca y alcanzando con entrambas el mismo buen éxito y lisonjero aplauso que con su primer drama. Trasladose después á México con el designio de perfeccionar sus conocimientos médicos, como en su lugar queda dicho, y desalentado por el ceño

esquivo con que nuestro gobierno y nuestro público han visto siempre el drama nacional, se descalzó mohino el rico coturno y puso manos, ora en los trabajos de su profesión, ora en las tareas parlamentarias ú ora en la composición de obras poéticas de otra especie.

Quando más tarde, y á fines del año de 1875, nuestro gobierno impartió protección y ayuda á la patria literatura escénica, no se hizo esperar Peón en la palestra del ingenio. Compuso un drama tras del otro, estrenándose cada mes alguno, excediendo siempre el último en mérito al anterior, y recogiendo frenéticos aplausos y justos homenajes del entusiasmado público y de varias sociedades literarias. Dió varias obras á la escena, entre las que figuran en primer término: *¡Hasta el Cielo!* *El Sacrificio de la Vida*, *Gil González de Avila*, *La Hija del Rey*, *Un Amor de Hernán Cortés*, *Luchas de Honra y Amor*, *Juán de Villalpando*, *Impulsos del Corazón*, *Esperanza* y *Antón de Alaminos*. Ha dado despues seis obras más: *El Conde de Peñalva*, *Entre tu Tío y tu Tía*, *Por el Joyel del Sombrero*, *Doña Leonor de Sarabia*, *El Capitán Pedreñales* y *¡Vivo ó Muerto!* Ha escrito también, en colaboración del eminente escritor Lic. Alfredo Chavero, un drama de-

nominado *La Hermita de Santa Fe*, y ha concluido otro con el título de *El Alcaide de Palacio*.

Con la aparición de nuestro fénix, renació el embrionario teatro de México, que después del conspícuo Don Fernando Calderón y el célebre Rodríguez Galván, sólo había dado efímeras y fugitivas señales de su existencia. Por esta sólo circunstancia merece Peón altísimo lugar en la escala de las celebridades nacionales, pues consiste su mayor mérito en haber dado solidez y firmeza á los cimientos de nuestro teatro.

Y no ha sido estéril su obra.

La escena mexicana, experimentando la delicia de una sávia juvenil despierta alborozada de su prolongado letargo, para vivir de nuevo á la radiante luz del arte y de la gloria.

FEDERICO CARLOS JENS.

México, Noviembre 1º de 1885.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

ECOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los labios
Y en la fábula del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historia de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

I.

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.

nominado *La Hermita de Santa Fe*, y ha concluido otro con el título de *El Alcaide de Palacio*.

Con la aparición de nuestro fénix, renació el embrionario teatro de México, que después del conspícuo Don Fernando Calderón y el célebre Rodríguez Galván, sólo había dado efímeras y fugitivas señales de su existencia. Por esta sólo circunstancia merece Peón altísimo lugar en la escala de las celebridades nacionales, pues consiste su mayor mérito en haber dado solidez y firmeza á los cimientos de nuestro teatro.

Y no ha sido estéril su obra.

La escena mexicana, experimentando la delicia de una sávia juvenil despierta alborozada de su prolongado letargo, para vivir de nuevo á la radiante luz del arte y de la gloria.

FEDERICO CARLOS JENS.

México, Noviembre 1º de 1885.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

ECOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los labios
Y en la fábula del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historia de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

I.

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.

Y acaso sin sentirlo,
 Y acaso sin saberlo,
 Cadencias en las notas
 De un arpa que yo tengo,
 Sonidos en mis cantos,
 Ideas en mis versos,
 Confusas armonías,
 Y aroma en mis recuerdos,
 Amor en mis canciones,
 Baladas en mis sueños,
 Brotaron á raudales
 Del fondo de mi pecho.
 Hoy fáciles germinan,
 En flores desenvueltos,
 Al rayo poderoso
 Y ardiente de un sol bello.
 Bebieron sus raíces
 La sávia de un sendero
 Que riegan á torrentes
 Las lágrimas que vierto.
 ¡Ay! quiera Dios encuentren
 Alivio mis tormentos,
 Cantando mis dolores
 Del mundo en el desierto!

II.

Tal vez no existes: acaso
 Eres la imagen de un sueño,

Que deleitó mis sentidos,
 Y embargó mi pensamiento,
 Más ha de ser realidad
 Aquel hermoso embeleso,
 Pues como te ví, dormido,
 Te estoy mirando despierto.
 Tal me parece que escucho
 A todas horas tu acento;
 Que se refleja en mis ojos
 La luz de tus ojos negros;
 Que en la palidez marmórea
 De tu semblante hechicero,
 Sus álas de oro y de nieve
 Posa mi espíritu inquieto;
 Que cerca del pecho mío
 Siento el latir de tu pecho;
 Que me quemas con tus labios,
 Que me abrasas con tu aliento!
 Y te palpo y no te toco,
 Y te busco y no te encuentro;
 Y me enloquece tu sombra,
 Y me embriaga tu recuerdo!
 Y así, sin saber lo que eres,
 Harto sé que eres mi dueño,
 Que te llevas mis dolores
 En las lágrimas que vierto;
 Que flotando en el espacio
 Como una visión te veo,

Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III.

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas;
Porque no tienen lengua los suspiros!

IV.

Quando al ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
A quién, dí, sonreías,
Aterradora estatua?
¿A quién estabas viendo
Quando á nadie mirabas?

V.

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;

La dulce armonía
Del ave que canta;
La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,
Juventud y gracia;
Tienes el ingenio
Que á tantos les falta;
Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas. . . .
Yo, bien de mi vida,
Solo tengo lágrimas!

VI.

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
A los abismos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnanse polvo
Los edificios.
Si todo es, niña,
Muerte y olvido,
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII.

No sé que ví una vez en tu pupila
 Más negra y soñadora que otras veces;
 Algo de indefinido y misterioso,
 Algo como la luz cuando amanece.
 Te ví un libro en las manos. . . aquel libro
 Encerraba un poema de desdenes,
 El malestar, la abrumadora angustia
 De un corazón que desgarrado muere;
 El génio herido que al mostrar su herida
 Con el dardo heridor también nos hiere;
 Un tesoro de lágrimas y dudas,
 ¡El alma inmensa de Gustavo Becquer!

VIII.

○ Errantes, leves brisas
 Que arrebatáis los ayes
 Del alma aprisionada
 En su sombría cárcel,
 Llegad hasta su lecho
 En que dormida yace,
 Como en la blanca espuma
 Del mar azul, la náyade.
 Traedme de sus ojos
 El beleño suave,
 La almíbar con que endulza
 Su labio de corales,

Traedme . . . —pero en vano!
 Si he de pedir en balde . . . —
 De amor un pensamiento
 Que mis angustias calme;
 Traedme su alma, el alma
 Que la transforma en ángel. . . .
 O no me traigais nada,
 Leves brisas errantes!

IX.

Hay tan dulces ruiseñores
 Cantando en la selva umbría,
 Tan misteriosas cadencias,
 Tan estrañas armonías,

Que no ha de poder, acaso,
 Mi pobre acento, alma mía,
 Herir con sus notas tu pecho sensible,
 Cuando triste llores, cuando alegre rías.

X.

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
 Tu dulce sonreír;
 Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
 De tu talle gentil;
 Cuando suspiro por las horas rápidas
 Que huyeron junto á tí,
 El llanto surca mis mejillas áridas

Y me siento feliz. . . .
 ¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
 ¿Que será de mí?

XI.

Un inmenso placer sentí en el alma
 Cuando te contemplé la vez primera;
 Y mientras más me alejo de aquel goce,
 Es mayor mi tristeza. . . .!

Es que al llegar al puerto con mi nave
 Bañaba el sol naciente la ribera;
 Es que me hice á la mar, que entró la noche
 Y navego perdido en las tinieblas!

XII.

Yo te soñé de niño,
 Y te soñé de grande;
 Soñé de tu belleza
 Los rasgos celestiales;
 De tu mirada pura
 La luz incomparable,
 Y de tu ardiente lábio
 La seductora frase.
 Pero soñar no pude,
 Valiendo lo que vales,
 Que yo lograra un día
 Vencirme y olvidarte!

XIII.

Te podrán ocultar de mis miradas,
 Esconderte muy lejos;
 Poner entre los dos como barrera
 La eternidad del tiempo. . . .
 Pero nadie podrá, porque es muy mía
 Y á nadie se la debo,
 Arrebatarte tu imagen adorada
 Del fondo de mi pecho!

XIV.

En alta mar mil veces he mirado
 Huir de mí las olas plateadas,
 Y las unas llegar trás de las otras,
 Y, pasando, perderse en lontananza.
 ¿Donde irán á parar, donde, Dios mío?
 ¿A qué remota y solitaria playa?
 ¿Donde irán á morir mis ilusiones?
 ¿Donde irán á morir mis esperanzas?

XV.

De las horas de tedio y amargura
 De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
 Como guardan las flores el perfume
 De su marchito cáliz en el seno.
 Ví una hermosa doncella que dormía,
 Envuelta en azahar, su último sueño,

Con los ojos sin luz entrecerrados,
 Con los lívidos labios entreabiertos!
 Como la noche cae, así caía,
 Ondulando al bajar, su pelo negro,
 Desde el marfil de su amarilla frente,
 Hasta el marfil de su delgado cuello.
 —¿De quemuró?— De amor, me contestaron,
 —¿De amor!— exclamé yo— pues no lo entiendo..
 Y se pasaron luego muchos años
 Y yo nunca acababa de entenderlo!
 ¿Por qué no habré perdido la memoria?
 Por qué no habré perdido el sentimiento?
 Por qué cuando tu amor me vuelve loco
 Se aparece la muerta en mi cerebro?

XVI.

En los vivos rayos
 Del astro de fuego,
 Tu imagen me guía,
 Y perdido vengó...
 En las frías, tristes
 Veladas de invierno,
 Invisible llama,
 Me quema tu aliento.
 Cuando ya al dormirme
 Me despierta un beso,
 Siento que me tocas,
 Y yo no te siento....

Yo escribo, y la letra
 De mis versos leo;
 Y yo no te miro,
 ¡Y estás en mis versos!

XVII.

De la feroz envidia el áspid negro
 Jamás pudo abrigar el alma mía...
 Mas si llego á saber que amas á alguno
 Me matará la envidia!

XVIII.

Perdona si una frase
 De este amor insensato
 Herir logró importuna

Tu corazón, á mi desdicha extraño...
 Es que rebosa á veces
 El dolor en el pecho infortunado;
 Y sin sentirlo, el alma
 Se escapa en una frase por los labios!

XIX.

Yo me tuve la culpa... ahora que lloro,
 Comprendo que fui necio...
 Lo que juzgaba amor, nada más era
 El hermoso fantasma de un ensueño!
 Iluminó el albor de eterno día,

La amarga realidad . . . ! y no hay remedio!
 Cuando me convencieron tus desdenes
 Ya el mal estaba hecho!

XX.

¡Ocúltate ya, soll! . . . quiero la noche
 Como la noche eterna de mi alma,
 Sin una sola estrella en el espacio,
 Tenebrosa y callada!

Encerrarme después en mi aposento,
 Abrirle á las tinieblas mi ventana,
 Mirar y no ver nada, y luego á tientas
 Acostarme en la hamaca.

Allí quedarme inmóvil, silencioso . . .
 Dejar que corran sin temor mis lágrimas.
 Y meditar en su hermosura angélica,
 Y en mi loca esperanza!

Después en la memoria componerle
 Romances y armonías y plegarias;
 Y forjar ilusiones y perderlas
 Después de acariciarlas!

Y después, cuando el sueño me aletargue
 Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
 ¡Con la hechicera luz de aquellos ojos
 Iluminar el interior de mi alma!

XXI.

—“¿Los versos . . . de qué valen?
 ¿Ni quién se ocupa en ellos ?
 Los versos sirven solo
 Para perder el tiempo”—
 ¡Desventuradas gentes
 Y pobres de mis versos,
 Si yo ignorara, hermosa,
 Que tú no dices eso
 Si no supiera acaso,
 Que es tu alma pura un cielo,
 Luceros tus ideas
 Y un sol tu pensamiento!

XXII.

Noches sin nombre, aterradoras noches
 Que sois imagen del castigo eterno,
 ¿Por qué tan largas sois si sois tan negras?
 ¿Por qué tan negras sois si os aborrezco?
 Nada traen las brisas en sus alas,
 No me traen perfumes en sus besos,
 Ni lágrimas de amor en sus gemidos,
 Ni un himno de esperanza en sus acentos!
 La lira que me dió mi desventura
 Desconoce mi mano, y de mis dedos
 Huyen las cuerdas que juntaron antes
 Sus alegres sonidos á mis versos.

XXIII.

Eres tú mi ideal. . . por luengos años
 Te buscaron mis ojos;
 Y creí que con solo colocarte
 Sería venturoso.
 Ay! y te miro al fin. . . al fin te veo!
 Y me encuentro tan solo,
 Que me hace falta ya la compañía
 De aquel pesar tan hondo!
 Aquel pesar vivía de esperanzas:
 Ya el imposible es otro!
 Si ya no espero nada, ya comprendes
 Que lo he perdido todo!

XXIV.

En el fondo negro
 De tu cabellera,
 Lucientes y puras
 Como dos estrellas,
 Contemplé turbado
 De amor y sorpresa,
 Brillar una noche
 Tus pupilas negras!
 En el cielo negro
 Como son mis penas;
 Veía una noche
 Lucir las estrellas:

¡Qué lejos brillaban
 Entre las tinieblas!
 Y en su inmenso campo
 Buscaba dos de ellas:
 Miseró! buscaba,
 Calmando mis penas,
 En el cielo negro
 Tus pupilas negras!

XXV.

Me cuentan de un niño
 De blondo cabello,
 Con ojos muy vivos,
 Con labios muy frescos.
 Me dicen que anoche
 Cayó, como el tierno
 Botón de una rosa,
 Rodando en el suelo.
 Me dicen que aún tiene
 Los ojos abiertos;
 Que nadie al mirarlo
 Diría que ha muerto. . .
 Me puse al oírlo
 La mano en el pecho,
 Como si sintiera
 Un presentimiento.
 Mañana ¡qué triste
 Pasará el entierro!

XXVI.

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te remuerde

De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama
Y pregunta, si quieres,

Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes, mi bien, de que contestel

XXVII.

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y ligera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos piés, más blancos que la arena,

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los rayos de la luna y las tinieblas
Trazaban á porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios,
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

Ayl aquella mujer, ángel ó nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, mustia y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su alma pura
Guardaba de su amor la imagen bella!

A bismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo. . . . las dudas, las ternezas,
Los gemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel á su presa. . . .!

¡Pobre mujer! pensaba yo dormido,
Ella de amor se morirá, y aquella
Por quien yo moriré, tal vez sonríe. . . .
Feliz bardo francés!. . . ¡pobre Graziella!!

XXVIII.

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
¡El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza
 Envolverme en su lóbrego capúz;
 Flores trae también; pero esas flores
 Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma
 Luchando espiras entre sombra y luz,
 Tiempo hace ya que con su blanca mano
 Me está diciendo adiós la juventud!

XXIX.

Yo conozco unos labios que no tienen
 En justicia, perdón,
 Porque en su estuche de coral encierran
 La almíbar del amor. . . .
 Ni una gota siquiera, ni una gota
 Al pobre corazón. . . .
 ¡Si á lo menos me'dieran la esperanza
 Que tanto soñé yo!

Yo conozco unos ojos que no tienen
 En justicia, perdón;
 Porque al herir el alma los esconde
 El párpado traidor. . . .
 Porque dejan la noche en el espíritu,
 La noche del dolor. . . .
 ¡Si á lo menos tus ojos se escondieran
 Como se esconde el sol!

XXX.

No quiero el aplauso
 Del mundo que aturde;
 Son muchas las flores,
 Es mucho el perfume.
 No quiero que un rayo
 Del sol me salude,
 Que al fin me anonade,
 Que al fin me deslumbre.
 Con una corona
 De flores azules,
 Con una caricia
 De tus ojos dulces;
 Con una palabra
 Que yo solo escuche,
 Me basta con eso;
 Que eso me seduce
 Más que los aplausos
 Del mundo, que aturden!

XXXI.

Todas me ven igual; pero en ninguna
 Miré el rayo que ardé en tu pupila. . . .
 Tu mirada es amor. . . es que no puedo
 Con otra confundirla!

Con todas me sonrío, por que nadie
 Cuando te ría, estrañe mi sonrisa;
 Mas tú distinguirás la una de la otra,
 Si me amas algún día!

XXXII.

Imagínate un sol de invierno, apenas
 Su luz filtrando en la morena bruma;
 Debajo del follaje más sombrío,
 Como un espejo, un lago sin espumas.

Al piè de unos bambúes casi negros
 Un humilde portal que se derrumba
 Al peso de los años, al azote
 Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
 De un pilastrón cubierto de verdura,
 Una triste paloma, triste y sola,
 Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso,
 Una desmoronada sepultura,
 Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
 Una lozana flor, ni una flor muésta.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
 La lira que cantaba tu hermosura,
 Cubierta con el polvo del olvido,
 Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
 Como serán mis sueños de ventura,
 Cuando siento el dolor que siento ahora,
 Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXIII.

Hoy por primera vez te ví vestida
 Con un vestido negro;
 Y yó pensé, mirándote tan bella,
 Que eras la imagen que encerré en mi pecho.
 Pensé que te escapabas de la cárcel
 En que siempre te llevo;

Donde te han de encontrar los que te buscan,
 Después que me haya muerto!

XXXIV.

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes
 Que eres el ángel por quién yo deliro,
 Y que te importe ó nó, llore ó sonría,
 Qué eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño;
Más sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno!

XXXV.

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa!

XXXVI.

Te dije: "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.
Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
De lirios y azahar,
Tu negra cabellera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar;

Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dán
Al pardo caserío
Que forma tu heredad!
Te dije: "hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar
Te traigo mis cantares,
Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más:
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad:
Sin límite, y profundo
Lo mismo que la mar!
Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres mas hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!

Y tú ¡quien lo creyera!
 Y tú ¡qué me has de dar,
 En cambio de mis huesos
 Y en cambio de mi afán?
 Ay, Patria ¡del sepulcro,
 Tal vez la dulce paz. . . .
 Que lo que yo ambiciono,
 Eso no me darás!

XXXVII.

Fuera el mayor insulto que me hicieras
 El llamarme tu amigo:
 O para tí soy todo, ó no soy nada:
 ¡La cumbre ó el abismo!

XXXVIII.

Yo siento que en mi pecho
 Ya no puedes cavar: llegaste al fondo. . . .
 ¡Que campos tan inmensos son tus campos!
 ¡Que negros tus sepulcros y qué hondos!
 ¡Oh duda, horrible duda!
 Ya me quemán las lágrimas el rostro!
 O salvas á tu víctima, ó la salvas,
 O dame su cadáver. . . ¡pero pronto!

XXXIX.

Mata la luz! á oscuras! que no vean
 Como logré un instante ser feliz:
 Esos desventurados, prenda amada,
 Solo saben reír!
 Si alguna vez surcaron sus mejillas
 A torrentes las lágrimas sin fin;
 Sabrán lo que es llorar; pero no saben
 Lo que es llorar por tí!

XL.

Voy á mandarte un libro con las hojas
 Muy tersas y muy blancas;
 Para que en él escribas, vida mía,
 Tu amor y tu esperanza.
 Yo tengo un libro con las hojas negras,
 Sin lustre y maltratadas,
 Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo
 Lo borrarán mis lágrimas. . .
 Si un día de tu libro y de mi libro
 Se mezclaran las páginas,
 Qué misterios de amor sorprenderían
 Leyendo nuestras almas!

XLI.

"¡Que bellos son sus labios!" dicen todos . . .

"Su tez que bella y pálida!

Cuando el rubor enciende su mejilla

Tal parece que el sol enciende el alba!"

"¡Qué bellos son sus ojos, qué belleza

En la dulce expresión de su mirada!"

Y añado para mí cuando esto escucho:

¡Qué bella será su alma!

XLII.

Si has de olvidarme un día,

No correspondas á mi amor inmenso:

Comprendo la verdad por lo inmutable;

¡Solo comprendo á Dios porque es eterno!

XLIII.

Hizo el Señor las estrellas

Y las flores del granado,

Mas no sé que hizo primero

Si tus ojos ó tus lábios.

Ojos

Bellos,

Grandes,

Negros,

Luminosos,

Hechiceros,

Siempre dulces,

Siempre inquietos;

Vagando siempre afanosos

Entre la tierra y el cielo;

Buscando acaso una imagen,

Tal vez una imagen viendo

Que no existe,

Que es un sueño,

Voluptuoso,

Placentero,

Vago,

Bello,

Dulce,

Tiernol!

* * *

Labios

Tersos,

Puros,

Frescos,

Desdeñosos,

Lisonjeros,
 Ya callados,
 Ya risueños;
 Abiertos por un suspiro,
 Cerrados por un deseo;
 Sujetano en sus corales,
 Comprimiendo en el aliento,
 Como un canto,
 Como un eco,
 Cariñoso,
 Pasajero,
 Blando,
 Tierno,
 Dulce
 Beso!

XLIV.

Quando me hablan los hombres de esos seres
 Que en el combate de su amor murieron;
 Quando oigo referir su negra historia
 O en una negra página la leo;
 Divaga sin querer mi fantasía
 Y hasta la loza de sus tumbas vuelo,
 Y de rodillas sobre el duro mármol
 Que guarda aquellos desdichados cuerpos,

Me propongo escuchar algún sollozo
 Que turbe el hondo, sepulcral silencio....
 Y cuando al fin cansado nada escucho
 Y de esperar las esperanzas pierdo,
 Oigo como suspiros que se quejan,
 Cantos, palabras, armonías, besos....
 Pero no junto á mí ni allá en las tumbas,
 Sino encima de mí y allá en el cielo!

XLV.

En ese mar del mundo en que se agitan
 Lo mismo los pequeños que los grandes,
 Yo sé que has visto, palpitante el seno,
 Pasar un día mi velera nave.
 No sé si la siguieron tus miradas
 Por la vasta extensión de aquellos mares,
 Pero sé que ha de hundirse, que una hora
 Ha de llegar al fin, en que naufrague.
 Tal vez entonces tú sobre la playa
 Risueña, alegre, tus venturas cantes,
 Y ni aún verás pasar ante tus ojos
 Envuelto por las olas mi cadáver!

XLVI.

Las sombras de aquella noche
 Penetraron en mi alma;

Y rindió el sueño mis ojos
 Y el dolor mis esperanzas.
 Después entraste en mi alcoh
 Andando como tú andas,
 Con paso breve y tranquilo,
 Con magestad soberana.

Melancólicos acentos
 Gimió en mis manos el arpa;
 Y en una conción muy triste
 Te dije que te adoraba;
 Ni me miraste siquiera
 Y te reías callada,
 Burlándote de mis penas,
 Burlándote de mis ansias.

Volvi á cantar una endecha
 Que el corazón me dictaba,
 Con muy sentidos acentos,
 Con muy sentidas palabras.
 Y tú seguiste riendo,
 Inmóvil como una estatua,
 Burlándote de mis penas,
 Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano
 Y con voz entrecortada
 Te hablé de amor, como siempre,
 Algunas tristes palabras.
 Y tú nada me dijiste.
 Sí! dijiste que callara;

Y te marchaste riendo,
 Burlándote de mis ansias.

Después, al abrir los ojos
 Aquella alegre mañana,
 Miré tu imagen hermosa
 En el fondo de mi alma;
 Y recordando mi sueño
 Ahogué tu risa en mis lágrimas;
 Y me olvidé de tus burlas,
 Y me acordé de mis ansias.

XLVII.

Para embriagarme un día en la ventura
 Que soñaron mis locas esperanzas;
 Para hallar un instante de reposo
 Trás de la lucha del dolor amarga;
 Para que dejen de sonar tan tristes
 Las notas de mi arpa;
 Para que en un instante abarques todo
 El mundo de mi alma,
 Quisiera yo, bien mío,
 Que mi alma concentrara
 Todas mis esperanzas en un canto
 Y todo mi dolor en una lágrima.

XLVIII.

No puede ser, no puedo
 Olvidarte ni un día ni un segundo....
 Navegamos los dos, y el bajel mío
 Las ondas corta donde corta el tuyo.....
 Y ni alcanzarte logro, ni es posible
 Virar las velas y cambiar de rumbo!
 El mástil roto y el timón maltrecho,
 Tempestuosa la mar, el cielo oscuro,
 Y lejos ¡ay! de la remota orilla
 En las desiertas playas, el sepulcro.
 Cuando estaremos en el mundo solos!
 Cuando estaremos en el cielo juntos!

XLIX.

Sonadas alegrías,
 Risueñas esperanzas,
 Poéticos engendros,
 Que en dorado tropel mi mente abarca!
 Fugaces vibraciones,
 Arpegios, notas, cántigas,

Sollozos y armonías,
 Que le llevaréis mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos
 Ropage, y forma y alma,
 Si solo sois para ella,
 Si solo sois sonididos y palabras;

Pedazos de mi vida,
 Fragmentos de mi arpa,
 Perdéos en el polvo,
 Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

L.

Cantando las golondrinas
 Frente á mi ventana pasan,
 Después de dormir la noche
 Bajo el techo de tu casa.
 Y yo me las quedo viendo,
 Siguiéndolas con el alma,
 Pues parece que con ellas
 Se me van mis esperanzas!
 ¡Quiera Dios que en el invierno
 Para siempre no se vayan
 Cantando las golondrinas
 Que por mi ventana pasan!

LI.

Tu sí serás feliz..... Llegará un día,
 Y el amor en el cáliz de una rosa,
 Acercará á tus labios el almíbar
 Qué de los labios de los dioses brota.
 ¡El cáliz que te daba
 Mi mano temblorosa,
 Entre hiel y entre lágrimas tenía
 De almíbar una gota!

LII.

Sobre esos sueños
 Que en un sollozo,
 Del alma inquieta
 Parten del fondo,
 Y en el espacio
 Toman contornos
 Indefinibles
 Y vaporosos,
 Sobre la nieve
 Que cubre en copos,
 De las montañas
 El régio trono;
 Sobre el ropaje
 Multicoloro
 Del ancho llano,

Del bosque umbroso;
 Sobre los mares
 Azules y hondos,
 Sobre las nieblas
 Que arroja el notó;
 Sobre esos mundos
 Que ven mis ojos,
 Del infinito
 Girando en torno;
 Envuelta en nubes
 Y rayos de oro,
 Volando pasas,
 Tú sobre todo!

LIII.

Me mandaste callar... tembló mi lábio
 Y te pidió perdon, y tu callaste...
 Ah! si mi corazón hubieras visto
 Aquel horrible instante!
 ¿Qué pasaba por mí?... dejó un momento
 En mis arterias de correr la sangre...
 Cegaron mis pupilas, y una sombra
 Me arrebató tu imagen!
 ¿En donde estaba mi razón, en donde?
 ¿En donde estaba el mundo, en donde el aire?
 ¿Donde estaba la muerte que no vino

LI.

Tu sí serás feliz..... Llegará un día,
 Y el amor en el cáliz de una rosa,
 Acercará á tus labios el almíbar
 Qué de los labios de los dioses brota.
 ¡El cáliz que te daba
 Mi mano temblorosa,
 Entre hiel y entre lágrimas tenía
 De almíbar una gota!

LII.

Sobre esos sueños
 Que en un sollozo,
 Del alma inquieta
 Parten del fondo,
 Y en el espacio
 Toman contornos
 Indefinibles
 Y vaporosos,
 Sobre la nieve
 Que cubre en copos,
 De las montañas
 El régio trono;
 Sobre el ropaje
 Multicoloro
 Del ancho llano,

Del bosque umbroso;
 Sobre los mares
 Azules y hondos,
 Sobre las nieblas
 Que arroja el notó;
 Sobre esos mundos
 Que ven mis ojos,
 Del infinito
 Girando en torno;
 Envuelta en nubes
 Y rayos de oro,
 Volando pasas,
 Tú sobre todo!

LIII.

Me mandaste callar... tembló mi lábio.
 Y te pidió perdon, y tu callaste...
 Ah! si mi corazón hubieras visto
 Aquel horrible instante!
 ¿Qué pasaba por mí?... dejó un momento
 En mis arterias de correr la sangre...
 Cegaron mis pupilas, y una sombra
 Me arrebató tu imagen!
 ¿En donde estaba mi razón, en donde?
 ¿En donde estaba el mundo, en donde el aire?
 ¿Donde estaba la muerte que no vino

Con su boca á besarme;
Senti de la vergüenza esas hogueras
Que eternamente arden;

Y en mi pecho esas lágrimas que nunca
Jamás del fondo de mi pecho salen!
Y humillado, vencido, volví á verte. . . .
Tú estabas como siempre. . . eras el ángel.
Yo arrajado salí del paraíso
Proscrito, miserable!

LIV.

Dime que no es verdad que me deleitan
Los misteriosos ecos de la brisa,
Cuando en las sombras de la noche trae
Del ave solitaria
Las notas fugitivas!

Dime que no es verdad que en la ribera
Cuando divaga sobre el mar mi vista;
Gozo pensando en Dios, porque las ondas
Me enseñan que es eterno
Cuando á mis piés espiran!

Dime que no es verdad que me consuelen
Las lágrimas que vierten mis pupilas,
Cuando rendido de dolor á solas
Mi frente se doblega
Sobre mi muda lira!

Dime que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
Conté de mi existencia
Las horas y los días!

Dime que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa deajo
Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Dime que no es verdad que la esperanza
Dá tregua con su halago á mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro . . . eso,
¡Único amor de mi alma!
Eso . . . no me lo digas!

LV.

Conjunto de impresiones que se borran,
Oscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria. . . y soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oírte y ansia de mirarte

Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,

Eso será mi vida!

LVI.

Yo no te he de pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;
Quiero solo saber si tus congojas,
Responden á mis ansias.

Dímelo por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas,
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

LVII.

¿Qué tienes, dime,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cauces

Donde los ríos
Corren fugaces;
Como las cumbres
De los volcanes,
Como los cielos,
Como los mares,
Como la tibia
Luz de la tarde,
Como la noche
Cuando se esparce,
Como en las sombras
Las impalpables
Formas que envuelven
Los ideales,
Que en los ensueños
De una alma grande,
Se reconcentran
En una imagen!

LVIII.

Era alta noche! . . . Con sus torpes alas
Azotaba mis párpados el sueño;
Y pasaba y pasaba ante mis ojos
Su imagen bella en reposado vuelo.
De su pálida frente coronada
De pálidos luceros,

Descendía la oscura cabellera
 Velando en sombras el nevado cuello;
 En mí elevaban la mirada ardiente
 Sus grandes ojos negros;
 Y allá en sus labios, como no hubo labios
 Más puros ni correctos,
 Dulce asomaba la fugaz sonrisa
 Que guarda avara en ellos,
 Como guardaron siempre
 De su amor el grandísimo secreto.
 Su blanca vestidura
 Flotaba entre las sombras, en silencio,
 Cruzando sobre mí, tal como pasa
 En el cielo del alma un pensamiento.
 Así gozaba yó! . . . Trémulas frases
 En rítmico compás, en blandos ecos,
 Subían á mis lábios una á una,
 Del fondo de mi pecho.
 Le decían mi amor, mis ilusiones,
 Le contaban mi amargo sufrimiento;
 Y de ese caos que engendró la duda,
 La sombra y el misterio;
 El malogrado afán de la esperanza,
 La incua lidia del dolor eterno!
 De repente un vapor, como la nube
 Del calcinado incienso,
 Envolvió la beldad, veló el encanto
 De su rostro hechicero.

Y ví en sus ojos la fugaz centella,
 Y ví en sus ojos el desdén supremo.
 Torné los míos que anublaba el llanto,
 Y de un rincón miré del aposento
 Desprenderse una sombra, negra efigie
 De fatídico espectro!

Que avanzó y avanzó. . . . y ante mi vista
 Pasó terrible, lívido y siniestro. . . .
 Le ví crispadas las cobrizas manos,
 Imagen del furor y de los celos. . . .
 Y se hundió en la pared. ¡Otelol dije.
 Es la sombra de Otelol

Y me sentí rodando despeñado
 Por la onda sima del eterno sueño.

LIX.

Qué será . . . ? no lo sé. . . . yo sé que lleva
 Algo de mi alma en su alma poderosa
 Porque tiene que ser, porque sus ojos
 Me la robaron toda.

Yo sé que de su espíritu en mi espíritu
 Algo debo llevar como una sombra,
 Porque tiene que ser. . . . porque su imagen
 Jamás en él se borral

LX.

Límpida estrella,
 Flor de los cielos,
 Qué hermosa brillas!
 Pero qué lejos!
 Flor de los campos,
 Flor del deseo,
 ¡Qué hermosa eres!
 ¡Y vivo preso!
 Pálida imagen,
 Flor de mis sueños,
 En dónde mora
 Tu pensamiento?
 Flor de las flores,
 Alma de un beso,
 Si tú no existes
 Por qué te sientos?

LXI.

Como en el alma guardo
 Tu imagen peregrina,
 En ella tengo siempre
 Una flor solitaria y amarilla.

A solas mis ardientes
 Miradas la iluminan;
 La miro y se me acuerda
 Que tú en la mano la tuviste un día.
 La miro y clavó en ella
 Mis húmedas pupilas;
 La miro absorto y miro
 Que recobra la flor su lozanía.
 Que vive y el secreto
 Conozco de su vida,
 Porque es como tu imagen,
 Porque en mi corazón no se marchita.
 Si quieres convencerte,
 Cuando me muera, niña,
 En el sepulcro helado
 La hallarás, revolviendo mis cenizas!

LXII.

Oye: si alguna vez imaginaste
 Que herí tu alma sensible,
 Piensa que el que ama como yo, bien mío,
 No pudo nunca herirte. . . .
 Si al tiempo que pasó los ojos vuelves,
 Y venturosa vives,
 Piensa que un ser desventurado llora
 Cada vez que te ríes.

Si del amor las celestiales dichas
 Tu corazón engríen,
 Piensa que para mí, luz de mis ojos,
 Fueron un imposible.
 Si alguna vez de noche en el silencio
 Oyes mis ecos tristes,
 Piensa que son los ayes de mi alma
 Que al morir te bendice!

LXIII.

A la luz de la luna ¡cuántas veces
 Pensando, como siempre, en mis desdichas,
 Comparé tus pesares con los míos
 Y comparé tu vida con mi vida!
 Tosco bajel á quien el viento azota,
 Bañada en limo la rugosa quilla,
 El viejo maderamen agrietado,
 La parda lona por doquier hendida,
 El mar profundo, el horizonte negro,
 La honda rebelde, al embestir bravia. . . .
 Y el lago azul y quieto, el cielo puro,
 Y la playa y el bosque en las orillas,
 La cabaña á lo lejos, y á lo lejos
 Música alegre y la canción marina,
 Y sobre el agua mansa resbalando,
 Al soplo del amor, la navecilla!

LXIV.

Cuando quieras saber por quién sollozo,
 Si algo te importa oirme sollozar,
 Pregúntale á tu pecho muy quedito
 Y alguien en él tal vez te lo dirá.
 Y si alguien te responde,—estoy seguro
 Que sí responderán—
 Y pronuncian tu nombre, entonces, niña,
 Ya no preguntes más!

LXV.

Como pasa una nube en los espacios
 Bajo el azul del cielo;
 Como en las sombras de la noche pasan
 Las sombras de los sueños. . . .
 Allá en los horizontes que en tu alma
 Dilata el pensamiento,
 Lo mismo que las nubes y las sombras
 Pasarán estos ecos. . . .!

LXVI.

Como detrás del lóbrego nublado
 Sonríe el cielo azul,
 Así tras de las nubes que en mi alma
 Ambientan el dolor, sonrías tú!

LXVII.

¿Por qué cuando á tu lado sin testigos
Me he solido encontrar,
Cual desbandadas aves, mis ideas
Huyen de donde están?

¿Por que de tanto que pensé en decirte
Nada te digo yá,
Y mirando me quedo como estúpido
Tu encantadora faz?

A todos les pregunto y me responden
Que á preguntarlo ván,
Y todos lo preguntan, pero nadie
Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas
Decirme la verdad;
Pero si es que has amado, entonces, niña,
Tampoco lo sabrás.

LXVIII.

Olvidame! está bien! . . . si así lo quieres,
Si eso te hace dichosa . . .
Flores por flores . . . Ay! como las mías
Jamás te darán otras!

Olvidame . . . está bien! . . . puedes matarme
Que esta mi vida al fin nada te importa . . .
Lira por lira . . . ¿en dónde hallarás una
Con más amor en sus hulumides notas?

Olvidame . . . está bien! . . . en mi existencia
La dicha está de sobra . . .

Ecos por ecos . . . Ay! ¿donde otros ecos
Tan tiernos te enamoran?

Olvidame . . . está bien . . . Pero ¿qué digo?
¿Pero qué está soñando el alma loca?
¿Como me has de olvidar, mi idolatría;
Si jamás he ocupado tu memoria!

LXIX.

Si ella guarda en su seno, madre tierra,
Como tesoro eterno,
La prenda de un amor que no es el mío,
Ay! ábreme tu seno!

Harto te dí del manantial que brota
Del fondo de mi pecho;

He apagado la sed, deja que apague
La sed que me devora de tus besos!
Que cubran mi ataúd con una losa
Al nivel del terreno;

Y que una triste cruz graven en ella,
Porque sepan no más que allí hay un muerto!

De la oculta semilla de esas flores
 Que llenan de pavor los cementerios;
 No permitas que brote ni una sola
 En torno de mi féretro.
 Yo quiero que en tu negro relicario
 Encierres con mis restos
 Una flor nada más... la que ella guarda
 Con un tesoro eterno!

LXX.

Cuando el reposo me llama,
 Cuando los párpados cierro,
 Y pienso en las alegrías
 De algún fantástico sueño;
 Entonces te miro,
 Entonces te veo,
 No sé si dormido,
 No sé si despierto;
 No sé si en sus alas un ángel me lleva,
 Cruzando llanuras y mares inmensos;
 No sé si en el aire
 Respiro tu aliento,
 No sé qué me pasa,
 Si vivo, si muero,
 Si estoy en la tierra,
 Si estoy en el cielo!

Cuando el reposo me llama,
 Cuando los párpados cierro,
 Y pienso en las amarguras
 De algún fantástico sueño,
 Entonces, te llama
 Con ansia el deseo;
 Y yo velo entonces,
 Y sé que no duermo,
 Y sé que en sus alas me lleva el fantasma
 Que enciende la duda, que engendra los celos;
 Yo sé que en el aire
 Me falta el aliento;
 Yo sé qué me pasa,
 Que vivo, y que muerto
 Estoy en la tierra
 Cruzando el infierno!

LXXI.

Hay otro mundo apenas conocido
 De los que no han llorado como yo,
 En donde es una sombra la esperanza,
 Donde impera el dolor.
 Allí todas son dudas y desdichas,
 Todo es oscuridad, todo aflicción;
 Allí del sol que los ilumina á todos
 No hay un rayo de sol;

Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,
 Ni una lozana flor.
 Allí nada se muere. . . . allí se vive
 Porque es la muerte la única ilusión.
 Tú debes conocerlo. . . . á veces pienso
 Que allí he visto tu amor junto á mi amor.
 Si esto es verdad, responde: en ese mundo
 ¿Quién te amó como yó?

LXXII.

No me arredra del campo en altas horas
 La densa oscuridad;
 Las sombras de esta duda
 Me espantan mucho más!
 No acongoja á mi espíritu el gemido
 De la brisa al pasar:
 Este que en mi alma escucho
 Me apesadumbra más.
 No me anonada el sepulcral silencio
 Que en torno mío hay. . . .
 Aquel silencio de tus labios, ése,
 Ese sí, porque al fin me matará!

LXXIII.

Si sientes cuando alguno
 Está pensando en tí,

Sabrás de cierto la hora,
 Que deje de existir;
 Y como sé que el alma
 No tiene nunca fin,
 Cuando pensar no pueda,
 ¿Te acordarás de mí?

LXXIV.

Naces de mi alma
 Toda en el centro;
 Formas y vida
 Te dá mi aliento;
 Luz, de mis ojos
 Tus hechiceros
 Ojos reciben,
 De ardiente fuego;
 Siento que flotas
 En mi cerebro;
 En mis ideas
 Sentir te siento!
 Después, te envuelven
 Mis pensamientos;
 Hiendes los aires,
 En raudos vuelos;
 Salvas las nubes,

Llegas al cielo,
Y allí te alumbras
Con los luceros,
Y mis suspiros
Te lleva el viento

¡Y estás muy cerca,
Y estás muy lejos!
Y entonces gozo,
Y entonces creo,
Y entonces vivo,
Y entonces duermol

LXXV.

Cuando te miro alegre
Cuando tu labio ríe,
Entonces me figuro
Que ni el fantasma del dolor existe.
Cuando los ojos bajas,
Cuando tu pecho gime,
Entonces me parece
Una sombra el placer, un imposible
Por eso en mar de dudas
Bogando vá mi esquife
No importa: que hizo rumbo,
¡Y al rumbo, inalterable, se dirije!

LXXVI.

Ella, dentro de mí, me dijo anoche,
Que llevo siempre un sol:
Y ella dijo muy bien, porque la llevo
Siempre en mi corazón!

LXXVII.

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,
Diles que mienten Nol
¡Cuando el amor con lágrimas se nutre
Es eterno el amor!
Cuando en la soledad las esperanzas
Nacen de la afixión,
Y se cruza entre piedras y entre alrojos
La senda del dolor;
Cuando sangran los pies; cuando se llora
Sangre del corazón;
Cuando nada se espera y del consuelo
Ya se extinguió la voz;
Cuando el vivir es muerte y el sepulcro
Es desesperación;
Entonces no se olvidal si lo dicen,
Diles que mienten Nol

LXXVIII.

Cuando me apercibí todo era tuyo:
 Mi vida, mi esperanza!
 Sin ruido, sin estrépito, en silencio,
 Con sola una mirada.
 Así, como lo hiciste con la mía,
 Así se roba el alma. . . .
 ¡Todo eso está muy bien; pero no olvides
 Que así también se mata!

LXXIX.

Del lejano horizonte en los confines
 Al espirar la tarde,
 Miré tu imagen cariñosa y triste
 Vagar entre celajes;
 Pero la noche alzando
 Sus sombras impalpables,
 Llegó, y en las tinieblas
 Ante mis ojos se nubló tu imagen!
 Vagando en los espacios luminosos
 Cruzabas como un ángel,
 Y absorto contemplé tu seductora
 Belleza incomparable!

Pero la luz del día
 Resplandeció en los aires,
 Y entre sus rayos de oro
 Ante mis ojos se nubló tu imagen!
 Te esconden de mi vista
 Con su poder iguales,
 La luz en la mañana
 Las sombras en la tarde!
 Si tiene mi alma un cielo
 Y en él grabé tu imagen,
 ¿Por qué, bien de mi vida,
 Por qué te he de buscar en otra parte?

LXXX.

Me parece que leo en su sonrisa
 Y que leo el amor en su mirada,
 Y en el círculo rojo de sus párpados
 Las penas leo que atormentan su alma!
 Y cuando pienso que por otro llora
 Y pienso que otro su amargura causa,
 Nada puedo leer. . . . del misterioso
 Libro del corazón arden las páginas;
 Y más que nunca bella, más hermosa
 Del espantoso incendio entre las llamas,
 Hechicera y gentil se me aparece,
 Imagen del dolor, su imagen pálida.

LXXXI.

Es igual para mí: nada me importa
 La densa oscuridad,
 Que la tiniebla pavorosa, nada
 Me deje contemplar;
 Yo no quiero la luz del sol ardiente
 Para mirar tu faz,
 Que la luz de mis ojos te ilumina
 Donde mi vista va.
 Tampoco quiero luz para buscarte,
 Que donde estoy estás . . .
 Quiero luz . . . mucha luz! pero en tu alma,
 Para leer en ella la verdad!

LXXXII

¿Qué habrá en el fondo de las ondas mías?
 ¿Qué habrá en el fondo del revuelto mar?
 ¿Qué habrá tras el confin del horizonte?
 ¿Qué tras los mundos que girando están?
 Yo no sé lo que habrá: si yo pudiera
 Tan profundos arcanos penetrar,
 Bien sé lo que vería . . . yo vería
 Tu imagen . . . nada más.

LXXXIII

Amé la gloria . . . su laurel de oro
 Fué mi ambición un tiempo no lejano;
 Pero eso ya pasó . . . Ya solo ansío
 Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.
 Y allí la senda está: hé allí la cumbre
 Que dora el sol con inmortales rayos!
 Aún pudiera subir y allí tan solo
 Grabar tu nombre en duradero mármol.
 No importan los abrojos del camino,
 Nada el raudal de mi copioso llanto:
 Aun pudiera subir . . . Yo subiría
 Con tal que me llevases de la mano!

LXXXIV:

Quando sea cadáver para todos
 Pon tu mano en mi pecho;
 Lo has de sentir latiendo todavía,
 Que sólo para tí no habré yo muerto.

LXXXV.

En medio de esas vagas armonías
 Que turban el silencio de la noche,

Creo escuchar mi nombre en un acento
 Que mi alma reconoce. . . .
 Y yo, insensato, me figuro á veces,
 Que eres tú, que me llamas por mi nombre,
 Que de tus labios de coral el viento
 Al pasar los recoge.

LXXXVI.

Cuando pienso en la negra sepultura
 Cuando miro un abismo,
 Mi corazón se oprime de tristeza
 Y pienso en el olvido.
 Cuando levanto al cielo la mirada
 Y veo que es el mismo,
 Mi corazón se llena de alegría
 Y pienso en lo infinito:
 Y ya triste, ya alegre, cuantas veces
 Los horizontes miro,
 ¡No quisiera mirar ese fantasma
 Que flota en el vacío!

LXXXVII.

Cuando miro volando alguna nube
 Que por los aires va,

La sigo con la vista y me pregunto:
 ¿A donde va á parar?
 Cuando miro alguna ave solitaria
 Cruzar la inmensidad,
 La sigo con la vista y á mis solas
 Me digo: ¿á donde irá?
 Y nadie me responde, y me entristece
 No saber donde ván,
 Y es porque yo también, luz de mis ojos,
 También voy á volar.

LXXXVIII.

Tienes celos? De quien? Es que tú ignoras
 Lo que tu rostro peregrino vale,
 Lo que tu labio esconde,
 Lo que en tus ojos arde!
 Y lo que vale mi alma. . . .
 Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

LXXXIX.

Hay un reloj que por instantes rápidos
 Los siglos marca de mi eterno amor,
 ¿No sabes tú cual es? Pues oye el péndulo:
 ¡Latiendo está por tí mi corazón!

XC.

En tu hechicera faz ví la alegría,
Y la tristeza en tu hechicera faz,
Y entonces comprendí todo lo hermoso
Del cielo y de la mar!

XCI.

Si no es todo ilusión, si en los espacios
Tu espíritu me busca,
Piensa, al pensar en mí cada mañana,
Que es uno mismo el sol que nos alumbra!

XCII.

Yo voy con esas aves melancólicas
Que en el silencio de la noche cantan;
¡Quién pudiera en la noche de los sueños
Cantar en el silencio de tu alma!

XCIII.

No le temo á tu olvido; ¡no podrías
Tanto amor olvidar!
¿Sabes á que le temo, si me quieres?
¡A que no puedas ya quererme más!

XCIV.

¡Que hermosa es la mañana cuando enciende
Su roja tea el sol!
¿Donde se van las sombras de la noche?
¿A donde va el dolor?
¡Que cantar de las aves en el campo!
¡Que alegre su canción!
¡Cómo respira y se levanta todo
Cuando amanece Dios!
¡Como cruza el espacio tu fantástica
Risueña aparición!
Hoy eres todo llama, anoche sombra:
Y anoche y hoy, amor!
¿Será la luz del alba la esperanza?
¿Lo sabes? pues yo no!
Solo sé que no sé por qué se muere
Por ti mi corazón!

XCV.

Llegué al sombrío átrio de la iglesia
Y el dolor me detuvo,
Y creí que mi mano se apoyaba
En la fría pared de mi sepulcro.
Como su imagen pálida, mi alma
Se desprendió del mundo,

Torné los ojos y encontré tinieblas;
 Volví la vista al cielo y lo ví oscuro

.....

.....

Al fin estamos solos, arpa mía,
 En la alta noche, juntos;
 Ni un eco...ni una nota...aquí aguardamos,
 Mudas tus cuerdas y mi labio mudo.
 Se llenó de ilusión mi pensamiento,
 Mi corazón de luto....
 Yo no sé donde fueron sus promesas,
 Yo solo sé que el triunfo ha sido suyo.

XCVI.

Yo soy hoja caída que se seca.
 Soy el dolor que ríe,
 Soy la deshecha nave que ha cruzado
 Horizontes sin límites,
 Ola del mar que se estrelló en la arena
 Al pié del arrecife;
 Soy el día que muere en el crepúsculo
 De una esperanza triste;
 Yo soy la noche, en fin; ¡dime si eres
 La sombra que me sigue!

XCVII.

Antes dejaba yo mis pensamientos
 Al acaso volar
 Y nada me importaba que volvieran
 O no volvieran más.
 Desde que te conozco, desde entónces,
 No importa á donde ván,
 Y anhelo porque vuelvan y me digan
 Lo que pensando estás!

XCVIII.

¿Cómo vivo? No sé, soñando en cosas
 No sé si de alegrías ó dolores....
 Que á veces me parecen realidades,
 Y á veces me parecen ilusiones.
 Cuando á contarte vayan como vivo,
 Esas gentes que viven porque comen,
 Diles, pero de modo que lo entiendan,
 Diles que ni siquiera me conocen.

XCIX.

Hay quienes piensan que al morir el alma
 Se vá con los placeres que ha gozado,

Que deja sus desdichas, que por eso
Hay tantos desdichados.

Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,

Que es falso, que es muy falso;
Que el alma que se vá solo se lleva
La única dicha de romper sus lazos.

C.

Y hace muy poco que empezó la lucha!

¡No hace mucho que sufro!
Pero tales serán estos dolores

Que el tiempo breve me parece mucho.

Al través de mis lágrimas los veo
Pasar uno por uno;

¡Yo soy el mismo, ¡siempre! Aquí le guardo
Mi amor eterno, cuando pase, al último!

CI.

Yo sé que son las almas
Como las olas,
Que siempre va la una
Siguiendo á la otra;
Tu vas delante...

¿Donde estará la playa
Que nos aguarde?

CII.

Bandadas de torcaces, blancas nubes
De blancas flores que arrebató el viento,

Ay! esos son á veces cuando lloro
Mis locos pensamientos!

Tropel de aves fatídicas, tinieblas
Que arrebató el turbión del cementerio,

¡Ay, eso son á veces cuando río
Mis tristes pensamientos!

CIII.

Es preciso callar... De estas canciones
Aún tiene el alma muchas;
Pero guardadas en el pecho mío
Bajarán con mis restos á la tumba.

CIV.

Después que yo me ausente, no me busques
Niña, en el panteón,
Ni busques esta llama que me abrasa
En los rayos del sol,

Ni busques mis miradas en los astros,
 Ni mi aliento en la flor;
 Ni en las sombras que vagan por las noches
 Mi ardiente inspiración!
 Si quieres encontrarme entero, busca
 En mis versos, mi amor;
 Y si buscas mi imagen, no la busques
 Si no la guarda ya tu corazón!

INEDITOS.*

Ayl si es mi amor la dicha
 Suprema que te encanta,
 Dichosa tú que lees
 Mi amor en mis palabras:
 Parece que se toca,
 Parece que se palpa,
 Parece que te escribo
 Las letras en mi alma;
 Y pienso que al leerlas,
 Y pienso que al mirarlas,
 En cada letra escuchas un suspiro,
 O ves unó sonrisa ó juna lágrima!

* Los siguientes fueron escritos expresamente por el Sr. Peón y Contreras para este tomo.

Ni busques mis miradas en los astros,
 Ni mi aliento en la flor;
 Ni en las sombras que vagan por las noches
 Mi ardiente inspiración!
 Si quieres encontrarme entero, busca
 En mis versos, mi amor;
 Y si buscas mi imagen, no la busques
 Si no la guarda ya tu corazón!

INEDITOS.*

Ayl si es mi amor la dicha
 Suprema que te encanta,
 Dichosa tú que lees
 Mi amor en mis palabras:
 Parece que se toca,
 Parece que se palpa,
 Parece que te escribo
 Las letras en mi alma;
 Y pienso que al leerlas,
 Y pienso que al mirarlas,
 En cada letra escuchas un suspiro,
 O ves unó sonrisa ó juna lágrima!

* Los siguientes fueron escritos expresamente por el Sr. Peón y Contreras para este tomo.

Tú, mi bien, en todas partes
 Y por donde quiera tú:
 En ese campo que es verde
 Y ese campo que es azul;
 En donde las flores nacen
 Y donde nace la luz:
 En todas partes, mi bien,
 Y por donde quiera tú:
 Donde brillan las estrellas
 Y donde está mi laud!

Lo mismo que la sombra,
 Lo mismo que es el aire,
 Tu amor es vagaroso,
 Tu amor es impalpable;
 Pero en conterno siento
 Sus alas agitarse;
 Y tal como las sombras
 Me sigue á todas partes!

Para tí toda la luz
 De las estrellas del cielo;
 Para tí todas las flores
 Que guardan mis pensamientos;
 Para tí todo mi amor,
 Mi esperanza, mis deseos,

Y los laureles tejidos
 En la trama de mis versos!
 Y cuando muera, mi bien,
 Pensando en tu amor eterno,
 Para tí mi último instante,
 Para tí mi último aliento!

— — —
 Cuando me miras, niña,
 Cuando te miro yo,
 Parece que se encienden
 Las almas de los dos;
 La atmósfera se inflama,
 Palpita el corazón,
 Y miro que en tus labios
 Temblando está mi amor!

— — —
 Cuando me miras, niña,
 Cuando te miro yo,
 Se juntan en un cielo
 Las almas de los dos:
 Se agita en tu mirada
 Mi ardiente inspiración,
 Y siento que en mis labios
 Temblando está mi amor!

— — —
 Si es en el campo, en el campo
 Entre las ramas te veo,
 De la luna melancólica

A los pálidos reflejos:
 Como una sombra que cruza
 Misteriosa y en silencio,
 Que se pierde en las veredas
 O que atraviesa el sendero!

Si es en la mar, en las ondas
 Azules que en la rivera,
 Rizando encages de espumas
 Van á espirar en la arena,
 Lo mismo que una ilusión
 Voluptuosa y hechicera,
 Como los náyades, niña,
 Niña, como las sirenas!

Si en la ciudad, en las calles
 Sombrías y solitarias,
 En los átrios de los templos,
 O en el confin de las plazas;
 Como esas blancas visiones
 Vaporosas y fantásticas;
 Como la imágen de un ángel
 De álas sutiles y blancas!

Si es en el aire, en las gazas
 De los húmedos vapores,
 De las nieblas de la tarde,
 De las sombras de la noche;

Sobre esas nubes que flotan
 En desgarrados girones,
 O en esos lagos inmensos
 En el lejano horizonte!

Si es en el cielo, en el cielo
 En su cóncava techumbre,
 En los rayos de oro, niña
 Que en el ocaso se hunden;
 En esos astros de plata,
 Y en esas pálidas luces,
 Y en esos campos de sombras,
 Y en esas sombras azules!

Si es en mi alma, en mi alma
 Escondida en lo muy hondo,
 Donde tengo el pensamiento
 Siempre tuyo y tuyo todo!
 Donde tengo el amor mio,
 Está gravado tu rostro,
 En donde tengo tu espíritu,
 ¡Y en donde tengo tus ojos!

Tendré llanto, no lo dudo;
 Tendré sueño, no lo niego;
 Pero mírame; en mis ojos,
 No hay ni lágrimas, ni sueño!

A veces, aunque esté triste,
 Puedo cantar mi dolor;
 Y á veces, no sé por qué;
 Pero muchas veces, no!

Deja á mi amor que respire
 El aliento de mi vida;
 Que mientras respire más,
 A menos vá la desdicha!

Adora en mi corazón,
 Que el que lo adores es fuerza,
 Pues él, cuando celos tuve,
 Siempre salió en tu defensa!

El pensamiento, bien mio,
 Se equivoca sin cesar,
 Y el corazón, que no piensa,
 No se equivoca jamás!

De los dolores pasados
 Me acuerdo con alegría,
 Que con tal que de tí venga,
 Hasta el dolor me cautiva!

Como estas lágrimas dulces
 He vertido otras amargas;

Por mi esperanza las unas,
 Las otras por mi esperanza!

Cuando me muera, alma mía,
 Tú te morirás también,
 Por qué ¿cómo has de vivir
 Sin el que tu vida es?

¿Quieres luz? aquí la tienes:
 ¿Quieres aliento? aquí está,
 Niña, donde está el amor
 Sabes que de todo hay!

Si sonríes es por mí,
 Si lloras por mí suspiras,
 Luego tus lágrimas son
 Iguales á tus sonrisas!

No has de dejarme de ver,
 Ni un instante, ni uno solo,
 Porque donde miro, miro
 En frente de mí tus ojos!

Quiero que encierren mis restos
 Donde haya muy poca luz,
 Para que al iluminarse
 Sepa yo que allí estás tú!

Dentro de mi pensamiento
Nada más tu imágen cabe,
Porque mientras pienso más,
Se vá poniendo más grande!

Mientras no te estoy cantando
Estos versos, todo canta,
Pero cuando canto yo
Tu hermosura, todo calla!

Siempre que hago
Vibrar mi harpa,
Oigo un acento
Dentro del alma
Porque eres tú, bien mio,
Porque eres tú quien canta!

Nunca me olvido
Que mi tesoro,
Son dos luceros
Que hay en tu rostro,
Por eso siempre veo
Lucir tus negros ojos!

A veces oigo
Cuando respiras,

Unos rumores
Que me cautivan,
Y es que tu aliento puro
Te está abrazando, niña!

¿En donde estaba oculta mi esperanza?
¿Donde estaban mi amor y mi alegría?
¿En donde estaban todas
Las ilusiones mías?
Estaban en el centro de tu alma;
En el alma, mi bien, de tus ronrisas,
Y en el ardiente rayo
De tus negras pupilas!

Eres lo mismo tú que el sol ardiente
Que inunda en rayos de oro la creación,
Y brillas en el cielo de mi alma
Como en el cielo esplendoroso, el sol!
Eres lo mismo tú que las sirenas
Que allá en el fondo de la mar están,
Y vives en el fondo de mi alma
Como ellas en el fondo de la mar!

¡Tal vez me muera yo como esas flores
Que mueren en el polvo,

Sin recibir del sol de la mañana
 Ni el beso ardiente ni la luz de oro!
 Tal vez me muera yo como esas plantas
 Del bosque triste y lóbrego,
 Que de los rayos de la luna, nunca
 Sintieron el alhago cariñoso!»

Antes de conocerte, hermosa niña,
 Así cantaba con semblante torvo.....
 Después te conocí... Y ahora me bañan
 Con su radiante luz tus negros ojos!

A Don Andres Quintana Roo.

Vuele atrevida, vuele,
 Mi ardiente fantasía,
 Cuando entusiasta anhele
 Cantar las glorias de la patria mfa!
 La excelsa poesía
 A mí descienda, de mi lira broten
 Dulcísimos cantares
 Con que penetre al templo de la fama,
 Y en la sagrada llama
 Incienso queme al pié de sus altares.
 ¿Y no escucháis...? No ois...? En el recinto
 Que en silencio solemne nos abriga,
 Se oye un celeste acento,
 Se oye una voz amiga,
 La poderosa voz del sentimiento
 Que á suspirar un canto nos obliga.

De la inmortalidad la luz hermosa
 Irradia esplendorosa
 En torno á vuestra frente sus reflejos,
 Y al fulgor de su lumbré sacrasanta
 Una tumba miramos desde lejos:
 La tumba de un poeta,
 De un patricio, de un sabio!
 Al bendecir su nombre nuestro labio
 Surge en el alma aspiración secreta,
 La funeraria loza se quebranta,
 Y al violento latir de nuestro pecho
 De su recinto estrecho
 La sombra de Quintana se levanta.

El es... viene hácia aquí... su faz tranquila
 Vuelve en redor y en nuestros ojos clava
 La vencedora luz de su pupila;
 Con áureos resplandores
 La corona del génio, en viva lumbré,
 De sus sienas en torno centelléa,
 Bien cual suele en la cumbre
 Trás la nieve invernal la luz /febéa.

El nos habla. . . . un momento
 Su palabra armoniosa aquí resuene,
 Y el generoso aliento
 De almo entusiasmo nuestros pechos llene.

—“Muy antes que la escarcha de los años
 Mi frente juvenil doblara al suelo,

El poderoso anhelo
 Sentí de libertad. . . . Triste gemía
 La patria desdichada.
 Y yo su angustia y su dolor veía!

Fatigaban el aire sus acentos,
 Ocultaba su rostro entre las manos
 Al pié de sus tiranos,
 Y pálida, abatida, desolada,
 Tornaba al alto cielo
 Seca, sin llanto, la tenaz mirada.

Ayl en prisiones contemplaba mustia
 Su firmamento azul como ninguno,
 Sus montes uno á uno,
 Sus vegas, sus llanuras de colores,
 Sus vírgenes campiñas,
 Y en prisiones también aves y flores.

En tanto oprobio, al fin, sonó la hora
 Sobre la esclava inerme agitó Marte
 Su bélico estandarte.
 Yo vi, yo ví la sangre que corría
 Los campos fecundando
 De vuestra patria y de la patria mía!

Oí la voz del héroe de Dolores,
 Yo escuché de los pueblos el gemido
 Cuando de muerte herido
 Su alma radiante se elevó á los cielos. . . .

Yo ví al águila alzarse
De la gloriosa tumba de Morelos!

También, también la libertad sagrada
Elevóse triunfante hasta el altura,
Brilló con lumbre pura
El iris, y á la sombra, en sangre llenas,
Hacinadas quedaron
Como padrón de infamias sus cadenas.

Entonces fué cuando mi voz robusta
Cantó del vasto Anáhuac las victorias,
Y sus eternas glorias,
Colmada al fin del alma la esperanza,
Enaltecíó mi lira
En placenteros himnos de alabanza!

Vosotros que sabeis cual fué su angustia
A los embates de la suerte esquiva,
Alzad la frente altiva!
Sed para ella el honor, sed el escudo;
Y recordad que un día
La negra esclavitud sufrir no pudo.

Animo, aliento, enalteced sus hechos,
Triunfantes luzcan ya por todas partes
Las ciencias y las artes,
Y al amor de la patria siempre puro,
Su libertad bendita
De vuestro pecho guarde el fuerte muro."

Dice . . . se va . . . La huella brilladora
Que trás su planta deja
Seguid seguid con el laurel de Apolo
Cubriendo su sepulcro, en que refleja
El porvenir su antorcha luminosa
Al eco embriagador de vuestro canto
Él á vosotros sus coronas trae,
Recogedlas! en tanto
La lira humilde de mis manos cae.

México, Marzo 1.º de 1875.



INDICE.

—

JOSE PEON Y COFTRERAS.—Noticias biográficas.....	5
Ecos.....	13
Inéditos.....	79
A Don Andrés Quintana Roo....	89

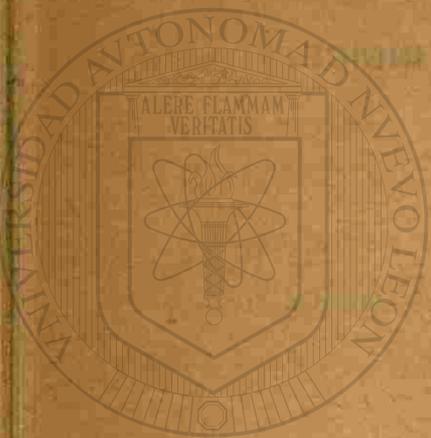
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

P07250



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PUBLICADOS Y EN VENTA

EN LA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

DE D. RAFAEL B. ORTEGA,

PRIMERA DE SANTO DOMINGO N.º 12.

PRIMERA SERIE, DE 12 TOMOS.

Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Antonio Plaza, Ignacio M. Albamirano, Esther Tapia de Castellanos, Ignacio Rodríguez Galván, Juan de Dios Peza, Sor Juana Inés de la Cruz, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, José Rosas Moreno, José Joaquín Fernández de Lizardi, (El Pensador Mexicano.)

SEGUNDA SERIE, DE 12 TOMOS.

En venta: *Ecos de Peon Contreras.*

EN PREPARACIÓN: *Ignacio Ramirez, Luis G. Ortiz, Isabel Prieto de Landázuri, Agustín F. Cuéncas, Francisco Sosa, Juan Valle, Dolores Guerrero, Fernando Calderón, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Salvador Díaz Mirón, Juan Díaz Covarrubias.*

P07250

ROMANCES

DRAMATICOS

DE
JOSÉ PEON Y CONTRERAS

SEGUNDA

EDICION

FILOMENO MATA, IMP.

Esquina San Andrés y Bolandillo números 6 y 7
1881.

ROMANCES DRAMÁTICOS

DE

JOSÉ PEON Y CONTRERAS



UANL

SEGUNDA EDICIÓN

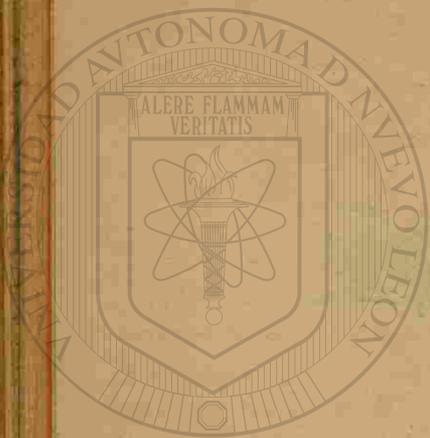
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO—1881

CASA EDITORIAL DE FILOMENO MATA,
San Andrés y Betlemitas 8 y 9



Sr. D. Francisco Patiño.

Mi querido amigo:

Puesto que en varias ocasiones me has manifestado vivo deseo de que coleccionara mis ROMANCES DRAMATICOS, tengo el gusto de enviarte los que llevo escritos, para que, apadrinados por tu cariño, aparezcan en la república de las letras.

Son el fruto de algunos instantes de reposo que me permito en medio de muchas horas de árido trabajo, y tengo la buena suerte de no concederles más valer que el poco que en sí tienen.

Puede ser que algún día me sea posible dar á algunos de estos humildes cuadros más extensa y cumplida forma, y, vestidos con galano ropaje, uno ú otro de los personajes que en ellos he bosquejado, asalten el palco escénico en busca de fortuna

Notarás que uno de estos romances, el intitulado "Alfredo," tiene una índole acaso distinta de la de los otros; pero tú que sabes lo que para mí era y valía mi infortunado hermano, comprenderás que no puedo concebir nada más dramático que el terrible acontecimiento de su muerte.

Alfredo contaba 27 años, vió desaparecer hace algunos meses á su pequeña hija Matilde, y tres dias despues caía sobre él tambien, la losa del sepulcro, que de su desolado hogar lo separaba eternamente.

Es, pues, mi corto romance, un débil grito que arranca á mi corazón el doloroso y profundo sentimiento que se extinguirá con su último latido.

Sé que incesante lluvia de flores deja caer la gratitud sobre la recién movida tierra que cubre sus restos; sé que con torrente de lágrimas la riega el cariño de los que en vida le amaron; ¡suba, entre tanto homenaje, hasta el trono del Hacedor Supremo, ese quejido que exhaló mi lira!

Réstame todavía advertirte que cuatro de estos romances han visto ya la luz, uno en el "Anuario Universal," de 1879 y los otros en el "Cronista de México."

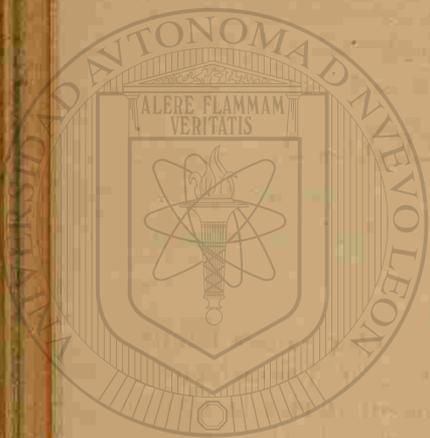
PO7250

Todos van, como verás, precedidos de un prefacio de nuestro comun amigo Francisco J. Gómez Flores, que con tanta benevolencia juzga y ha juzgado siempre mis producciones literarias, teniendo ya, con esto y con tu nombre, una doble coraza, que defenderá seguramente mi libro, de los embates á que se ha de ver expuesto.

Tuyo afectísimo

José Feon y Contreras.

México, Febrero 2 de 1889



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

PREFACIO.

BOSQUEJAR interesantes fábulas dramáticas, sin definir bien sus contornos ni darles la última mano, fué la mira de Peon y Contreras al escribir los romances que hoy publica, colegidos en este pequeño volúmen. Rasgos de figuras, que acaso alguna vez se destacarán luminosas en el marco del escenario; trazos y diseños de cuadros, que quizás algún día se trasladarán á la tela de Melpómene, con más vivos colores y estudiado dibujo; siluetas y perfiles de argumentos es-

cénicos, que andando el tiempo, adquirirán tal vez acabada forma en obras de más aliento: hé aquí lo que son estos romances. Ha seguido en ellos Peon y Contreras, la práctica del artista que consigna apuntamientos y notas en su libro de memoria, para no malgastar ni hundir en el olvido, imágenes ó ideas que le parecen dignas del estro ó del pincel. Tal ha sido su propósito.

Por su naturaleza y atributos son, pues, estos romances dramáticos, encantadores bocetos. Las celebradas leyendas fantásticas de Becquer no vienen á ser otra cosa, segun el propio testimonio del sevillano poeta inmortal; ni otra cosa vienen á ser tampoco, los selectos poemas con que Núñez de Arce está hoy acreciendo el brillo y lustre de su nombre. Becquer no tuvo tiempo para dar mayor extension á sus leyendas: entiendo que Núñez de Arce no piensa darla en lo futuro á sus poemas: lo voluble y fecundo de la fantasía de Peon, me hace creer que tampoco ampliará sus romances, á pesar de sus vehemen-

tes designios. Fúndase éste nada profético augurio mio, en la natural aversion de los autores á ocuparse dos veces y por diverso estilo, en un mismo tema ó asunto. Juzgo muy difícil, además, que torne á la mente del vate, la espontaneidad con que produjo un poema, sin la cual perderia éste, en la refundicion, toda su virginea pureza y original esplendidez nativa. No se repite con frecuencia el ejemplo de Zorrilla, que utilizó en dramas y leyendas á la par, los ingeniosos argumentos de que, su rica imaginacion y las abundantes crónicas de la madre Iberia, le abastecian y colmaban. Algunos de los egregios dramáticos españoles del glorioso siglo XVII, enamorados de la fecundidad, solieron reproducirse y copiarse en sus novelas escénicas. Alarcón, más cuerdo, no lo hizo nunca. El magnífico drama de *Los Amantes de Teruel* fué retocado y refundido varias veces, segun se dice, hasta quedar como se representa en los teatros; pero hay que atender á que Hartzenbusch es poeta reflexivo y erudito.

En cambio, García Gutierrez tuvo que desechar la refundición que compuso de *El Trovador*, por haberle hecho venir á ménos, y le dejó la irregularidad de su escritura en prosa y verso, defecto shakspeariano que pretendia corregirle. Vacilase en decidir cuál de los dos dramas, *¿Tan largo me lo fiais?* y *El burlador de Sevilla*, en que Tirso de Molina explotó el tipo legendario de D. Juan Tenorio, es cronológicamente anterior. Me inclino á suponer que el primero, por parecerme más bello, aunque los dos me encantan. Sucede muy á menudo que las refundiciones no surten el efecto apetecido, y que léjos de mejorar, empequeñecen y deslucen la primitiva concepción original.

De mí sé decir que, prescindiendo del disgusto que me causa el que un escritor calque una composición en otra suya, me deleitan y regocijan las obras á medio hacer ó de primera mano, cuyos rasgos inconexos y como trazados al descuido, dejan traslucir, más que comprender, el vago pensamiento ar-

tístico. El cuadro cuyas figuras están apenas delineadas; la pieza musical de notas trémulas y misteriosas; la mal pulida estatua que embellece á rumoroso jardín; el interrumpido y lejano són de una campana; un pedazo de cielo azul, un rizo rubio, unos ojos negros, una mano de nácar; todo lo que pudiéramos denominar fragmentos de la hermosura de la naturaleza y de la hermosura del arte, me embarga y suspende el ánimo, de extraña, halagadora é inexplicable manera. Y tal creo que acontece á todos mis semejantes. Más admira y embelesa un solo raptó de inspiración que la monótona série de agradables ritmos y cadencias. Un canto aislado de *La Iliada* vale más que todo el poema artificioso y frío de D. Alonso de Ercilla. La extremada lima suele afejar, léjos de embellecer, las obras artísticas. Así el *Quijote*, obra escrita de priesa, sin prévio ensayo ni posterior pulimento, es infinitamente más grande que la novela de *Persiles*

y *Segismunda*, que Cervantes aderezó y bruñó con prolijo esmero.

Peon y Contreras debe dejar, en consecuencia, los romances que forman esta galería de cuadros dramáticos, tal como los concibió y produjo en el primer momento de inspiración, y así valdrán tanto ó más que si las diese ulterior y más extensa y genuina estructura escénica. Un ingenio de primer orden recomendó á los poetas que no violentasen el númen y que esperaran, para escribir, á que agitase la mente: es dable añadir á la máxima, que no se debe retocar una obra escrita en un instante de inspiración, cuando ya el espíritu no tenga la misma indoneidad. Hay inminente riesgo de flaquear en la demanda y de no salir con éxito.

La virtud de la inspiración es tal, que guía y conduce al poeta hasta en la elección de la forma literaria más adecuada al asunto que enardece su fantasía. Así Peon y Contreras, sin anterior ni preconcebido intento, eligió para estos bocetos el romance octosílabo, que á la

elegancia y sencillez de su mecanismo, une y añade su gran facilidad narrativa. Obró cuerdamente al escogerlo, que en él, por lo demás, y segun anda en lenguas, es docto y consumado maestro.

Tiene su historia, como todos los libros, el que hoy entrega al dominio del público.

Héla aquí, tan breve como es:

El sentido poeta Joaquin Trejo, que entre paréntesis se distingue tambien como romancero, pidióle á fines de 1878 una poesía para el *Anuario Universal*, cuya publicación preparaba el conocido editor D. Filomeno Mata, y accediendo á darla Peon y Contreras, pensó algo que de lo vulgar se separase, la noche del mismo día, y al siguiente, puso en manos de Trejo el romance titulado *Doña Brenda*, el primero de los en este volumen insertos, que van colocados segun orden cronológico. Meses despues, juzgando oportuno y de alguna novedad el escribir una coleccion de varios de la propia índole, dedicó á la empresa los pocos ratos de ocio que le permite el

árido ejercicio de su profesión humanitaria, y fué acopiando paulatinamente los materiales del libro que hoy da á la estampa.

Tres de estos romances han visto ya la luz, por separado, en las columnas de *El Cronista de México*. En el *Anuario Universal* correspondiente al año de... 1879, apareció, como ántes dije, el de *Doña Brenda*, origen de todos. Los demás se dan por primera vez á la imprenta.

Ahora bien, estos bocetos, que he principiado por calificar de encantadores, ¿tienen prendas suficientes para merecer tal dictado ó mi grande afecto á Peon me compele á mirarlos al través de prisma color de rosa? No soy amigo de afirmar nada sin pruebas, y paso á exponer la razon de mi fallo.

Es comun dictámen entre personas capaces de voto en cuestiones literarias que, para que una obra de arte sea digna de este nombre, debe ser bella en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. Con demostrar yo que llenan

ámbas condiciones los presentes romances, habré demostrado tambien que los calificué exactamente y que soy su juez y no su defensor ni su abogado.

Tan ostensible y manifiesta es la belleza de su forma, que no haré grande esfuerzo para patentizarla. Suma sencillez y elegancia suma en el estilo; descripciones de figuras, sitios y objetos, que ni con pincel y en lienzo dibujados, tendrían más verdad, viveza y colorido; imágenes y tropos, cuya exactitud y gallardía nada dejan que desear; caracteres múltiples, verosímiles, bien definidos, llenos de virilidad y entereza, y trazados con tres ó cuatro rasgos vigorosos; escenas cuyo movimiento palpita al través de la gráfica narracion, pocas veces alternada con breves y expresivos diálogos: hé aquí los más brillantes arreos de estos romances. Su estilo nó es ciertamente de lo más pulido y castigado que imaginarse pueda; pero ni Peon y Contreras quiere hacer alarde de clásico, ni la escrupulosidad meticulosa de la diction constituye la más valiosa

prenda de una obra literaria, si bien son estimables siempre, la tersura, integridad y pureza del lenguaje. Ha cuidado Peon únicamente de que el estilo sea bello, claro y sencillo, de que su transparencia deje ver en todo su esplendor las galas de la inspiracion, como el cristal del arroyo deja ver las matizadas pedruzuelas de su lecho, y no se ha preocupado con ahinco, ni era necesario, de colocar simétricamente las palabras y frases, en testimonio de vasallaje al tenso cánon gramatical.

La primera y más sobresaliente belleza del estilo de Peon estriba en su originalidad. Comenzó en los albores de su vida literaria, por imitar á García Gutiérrez y al Duque de Rivas, de estilos bastante diferentes, y como al fin y al cabo tenía inspiracion propia, y fuerzas suficientes para volar sin ayuda de ajenas alas, pronto se desligó de tales influencias, acabando por formarse un estilo peculiar, eminentemente airoso, flexible y elegante, que le distingue, separa y singulariza, entre todos los artífices

de la opulenta lengua cervantina. Principiando por imitar buenos modelos se llega á tener buen estilo propio, segun la respetable opinion del clásico y egregio poeta castellano D. Manuel José Quintana. No viniendo á ser el estilo más que la veste de las concepciones, si éstas tienen la necesaria potencia de originalidad, tiene de ser aquel irremisiblemente original.

En cuanto al espíritu de estos romances, con decir que es el mismo de los dramas del propio autor, está definido y explicado. El incondicional y profundo sentimiento del honor, como base y disciplina de conducta y régimen; el encendido ardor caballeresco en toda su recrudescencia, como estímulo y acicate de levantadas hazañas y osadías; la más ámplia y completa libertad de albedrío, como factor inmediato y responsable de todos los actos consumados; el amor ardentísimo, con su cortejo de celos, desengaños, arrobamientos y esperanzas, como objeto y móvil de todas las aspiraciones, proe-

zas, desenfrenos y delitos; el hondo remordimiento de la conciencia manchada, como pena ineludible de las malas acciones y los crímenes: hé aquí el espíritu de estos romances. ¡Nada más bello é inefable que ensalzar las excelencias del alma y cubrir con el velo de la poesía sus mezquindades é impurezas! Templo magnífico levanta Peon y Contreras al bien y á la virtud, y en sus aras quema la mirra de su ingenio. Pone obstáculos y escollos, rodea de tentaciones y apetitos al carácter virtuoso y entero, para que, superándolos, sirva de ejemplo y enseñanza. Parece como que la virtud que no lucha, que no vence resistencias, que no entra en abierta conflagracion con elementos perniciosos, no es virtud ó no tiene por lo ménos energía y firmeza. De aquí los trances y encuentros, de tan difícil desenvoltura, en que á sus personajes coloca Peon y Contreras, y de los cuales brota la colision dramática, como la pólvora atacada, de la mina á que se prende fuego.

Es vivísimo y terrible el incendio de

las pasiones en estos romances, por cuanto son nada más el epílogo ó el desenlace de dramas que se han venido desarrollando en la sombra y que estallan de repente, como el volcan, entre relámpagos de luz, borbollones de lava, estruendos y temblores.

Bastan las precedentes, breves consideraciones, en apoyo de las cuales cito los mismos romances, para dejar demostrado que éstos son bellos en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. ¿Se necesitan aún más pruebas? Allí están ellos: examínelos el lector, analice sus bellezas, mida su grandeza de concepcion, pese sus calidades literarias, y juzgándolos con recto y sano criterio, habrá de convenir conmigo, en que léjos de excederme en el elogio, ha sido parca, cuanto sincera, mi alabanza.

Desearía, para dar mayor peso á mis razones, probarlas con trozos entresacados de los romances; pero me persuado á que es mejor recomendar su atenta lectura, ya que, de copiar lo es-

timable que tienen, me vería constreñido á copiarlos íntegros. Dificil por extremo sería elegir los mejores pasajes, siéndolo todos.

Para darles más vaguedad, no les ha fijado Peon, ni tiempo ni lugar. Sábase únicamente que pasan en edad caballeresca, por el tinte peculiar de los hombres, trajes, muebles, usos y costumbres, que en ellos se describen, y sobre todo, por los característicos sentimientos de nobleza, valentía y honor, á que sus personajes obedecen. En cuanto al lugar, lo mismo se puede suponer que tienen efecto en España ó en México, como en el Perú ó en otra cualquiera de las naciones sometidas al yugo español, durante el siglo de los grandes atrevimientos y de las grandes conquistas.

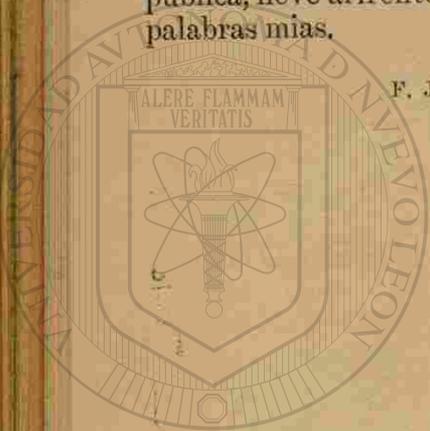
Hay entre ellos, uno, que se aparta y separa de la índole dominante en los demás, cual es el denominado *Alfredo*, y que encierra todo un poema de congoja y luto para Peon y Contreras. Aquel nombre llevó en vida uno de sus hermanos queridísimos, cuya súbita y

temprana muerte le hirió con aguda saeta en lo más íntimo del corazón, y era natural que, como poeta, exhalase su dolor en melancólicas cadencias. Bajo el velo celestial de hermosísima alegoría, refiere con seráficos acentos de ternura y amor, el reñido combate que traban la muerte y la vida, ántes de que la primera logre arrebatarse del mundo á un alma virtuosa y bella. Este delicado y conmovedor romance es el único de la colección que no tiene carácter trágico. Tiene, sí, como ninguno de los otros, hondísimo sentimiento, desbordado del alma y apenas contenido en el estrecho molde de la palabra. Es una ternísima elegía, escrita con lágrimas.

No he pretendido hacer en este prefacio un verdadero juicio crítico de los *Romances dramáticos* de Peon y Contreras. Hubiera sido mucho pretender. Sólo he deseado escribir algo que pudiese servirles de introducción ó proemio, ya que es costumbre que los libros vayan precedidos de estas cosas. Peon

y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica, lleve al frente algunas humildes palabras mías.

F. J. GOMEZ FLORES.



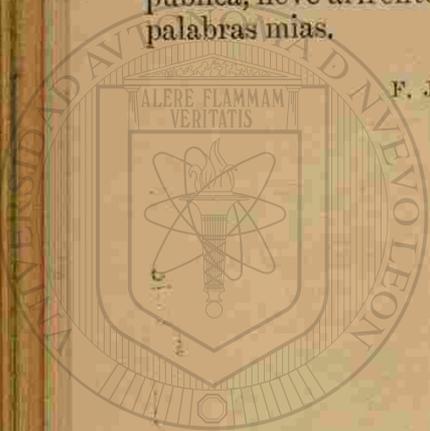
DOÑA BRENDA

A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia: [®]
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pié, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.

y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica, lleve al frente algunas humildes palabras mías.

F. J. GOMEZ FLORES.



DOÑA BRENDA

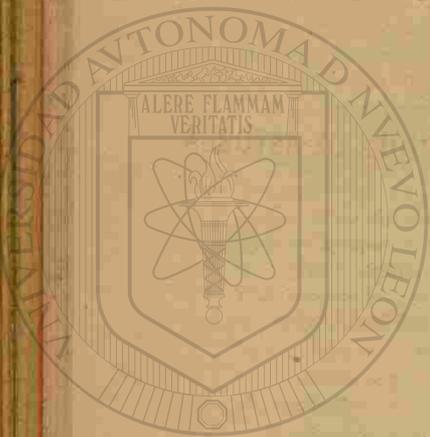
A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia:
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pié, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.

Despierta está Doña Brenda
y soñando el de Moncada:
¡siempre el amor descuidado,
siempre los celos en guardia!
El sueña con sus amores—
bien lo dicen sus palabras—
y Doña Brenda, del lecho
convulsa y turbada, salta.
“Laura, murmura D. Diego,
“jura obedecerme, Laura;
“sé que D. Luís te enamora,
“si dices que no, me engañas:
“jura que sola conmigo
“saldremos de aquí mañana.”
No escucha más Doña Brenda,
gira en torno la mirada;
cerca de ella está una silla,
sobre la silla una capa,
un gran sombrero de plumas,
el talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,
desnúdalo su venganza,
y en el pecho de D. Diego
con mano firme lo clava.
—Brenda, D. Diego murmura.
¡Infeliz! ¡Por qué me matas?
—Traidor... Traidor... — Doña Brenda
dice con la voz airada —
—Con esa mujer infame
no has de partirme mañana.
—¡Qué murmuras, Brenda mía?
¡Qué mujer es esa?

Laura
Y de un D. Luis tienes celos,
—¡Yo, de D. Luís de Moncada?
—¡Celos tú de nuestro hijo?
—No case con doña Laura
el inexperto mancebo,
que es doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
fruto fué la desdichada.
—Perdona, Diego, perdona,
Doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
que está D. Diego sin habla.
Doña Brenda espera en vano,
suenan doce campanadas,
lívida está como el muerto,
no puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
por las calles y las plazas:
va tras de ella la justicia
La justicia no la alcanza.
Corre de día y de noche,
un sólo instante no pára,
y hasta que llega la muerte
ni sosiega ni descansa.
Después de morir le vieron
las ropas ensangrentadas:
¡siempre los ojos abiertos,
siempre en la diestra la daga!



SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA

A mi hermano Juan.

I

Está triste y desvelado
 el Conde Sancho de Astorga,
 y no sabe por qué causa
 ni sosiega ni reposa;
 por dos veces en el lecho
 llamó al sueño con faz torva,
 y de nuevo otras dos veces
 levantóle su zozobra.
 Abre el balcon de la estancia,
 al antepecho se asoma,
 y su mirada vaguea,
 ya del cielo en la ancha bóveda,

ya en el lejano horizonte
 que las montañas recortan,
 ya en las brumas impalpables
 que por el espacio flotan,
 ya en el huerto: entre los árboles,
 entre las tinieblas hórridas,
 se le figura que mira,
 cual dos fantasmas, dos sombras.
 Negra capa envuelve á la una,
 blanca túnica á la otra.
 — ¡Quién serán! dice Don Sancho,
 ¡Quién serán á tales horas!

II

Dirigese conturbado
 al camarín de su esposa:
 el lecho estaba vacío,
 en gran desórden las ropas,
 hundida la muelle almohada,
 la lámpara silenciosa,
 el tierno niño en la cuna,
 y una sonrisa en su boca.
 — ¡Es ella la infame! ¡Es ella!
 Clama Don Sancho, y retorna
 á su aposento y un rico
 arcabuz, airado toma.

III

Del balcon muy cerca vagan
 los dos amantes, que inmolan
 en aras de su cariño
 paz, ventura, y hasta el honra.
 La luna arrojó un instante
 su blanca luz melancólica,
 iluminando los rostros
 de un mancebo y una hermosa.
 — ¡Es ella . . . ! Repite el conde.
 ¡Desventurada traidora!
 Y es él, mi primo Don Arias,
 ¡el traidor que me la roba!
 Subió la sangre á sus sienes,
 tendió el arma matadora,
 y apuntó; pero no sabe
 á quién primero le toca
 lavar con su sangre ardiente,
 la mancha de su deshonra,
 si él á quién tanto ha querido,
 si ella á quién áun tanto adora.
 En perplejidad tan grave,
 en vacilacion tan hosca,

oye estas dulces palabras
 que el aire trae en sus hondas:
 — «Si tú murieras, bien mio,
 «muerta mi esperanza loca,
 «en el corazon al punto
 «hundiera mi daga toda»
 — ¡Pues húdela ya, Don Arias!
 Grita el conde con voz ronca,
 y del arcabuz tendido,
 partió la muerte, celosa
 de tanta dicha. — Bañada
 en sangre, en la verde alfombra
 cayó la dama, lanzando
 un ¡ay! de mortal congoja.
 — ¡Maldito seas, maldito
 Sancho Bermúdez de Astorga! —
 Gritó Don Arias, gimiendo
 en convulsion espantosa.
 Llevó á la cinta la mano,
 brilló la luna en la hoja,
 y en el corazon al punto
 hundióse la daga toda.

Dejó el arcabuz Don Sancho
 en un rincon de su alcoba,
 y fuése al lecho, y durmióse
 hasta el rayar de la aurora,

MARGARITA

A Victoriano Agüero.

I

Margarita estaba triste,
 triste y sola. — Margarita
 que nunca tuvo placeres,
 ni nació para alegrías.
 Cuando el maternal cariño
 hizo falta á su alma tímida,
 y preguntó por su madre
 á un rodrigon que la mimaba,
 y á una dueña octogenaria
 que la cuidó desde niña,
 que con el alma la quiere
 y amorosa la acaricia

lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fría
sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormía,
y allí lloró muchas horas,
triste y sola, Margarita.

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana . . . ! Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III

Es Don Gaspar de Hiestrosa
un señor de horca y cuchillo,
rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo,
que cuando tiene un deseo
necesario es el cumplirlo,
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
ha terminado la fiesta;

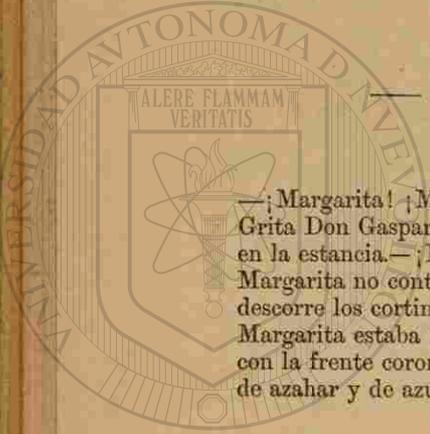
Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincón de la iglesia,
ante la lápida triste
de este manera se queja:
— ¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño,
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Dime tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra
dormir, madre. . . . ¡Dime, madre,
si no es mejor estar muerta?. . . .
— ¡Muerta!. . . . Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
— ¡Muerta? Exclamó Margarita.
Bien, madre, esta noche mesma.

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,

cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa. . . . En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigon y la dueña,
los únicos que la quieren. . . .
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hácia el lecho,
los cortinajes despliega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,
y conteniendo el resuello,
Margarita inmóvil queda.

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
se marchita y azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su virgen sangre en las venas.

Oye en són confuso y leve
unos pasos que se acercan
No oye más En su cerebro
se han roto al fin las arterias.



— ¡Margarita! ¡Margarita! —
Grita Don Gaspar y entra
en la estancia. — ¡Margarita! —
Margarita no contesta;
descorre los cortinajes
Margarita estaba muerta,
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

1879

RAMIRO RAMÍREZ

A Francisco Patiño.

I

Nieve el marmóreo semblante,
las negras pupilas fuego,
viva imagen espantosa
del exterminio y los celos,
en la mitad de la estancia,
empeñando agudo hierro,
está Ramiro Ramírez
de rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
yace el cadáver sangriento,
y á sus plantas Berenguela
doblega el lánguido cuello.

— Mi amor á un tiempo y mi honra
me robaba ese mancebo

Pagaréis con vuestras vidas
mi honor y mi amor á un tiempo.

— Justo es, murmuró la dama:

herid, pues que sois mi dueño,

y en un solo punto acaben
mis tormentos y los vuestros.

Brilló en la sombra la daga:

se oyó murmurar un rezo:

tras un grito, el golpe rudo

de un cuerpo que rueda al suelo

.....

.....

Después, el paso de un hombre

que se aleja, y nada luego.

II

En una oscura capilla
cubierta de paños negros,
enlutada la techumbre,
enlutado el pavimento,
bajo una elevada cúpula,
frente al altar, en el centro,
se ven arder cuatro cirios
y un catafalco en el medio:

sobre él están descansando
dos ataúdes abiertos,

el uno de ellos vacío,
ocupado el otro de ellos.

El cadáver de una dama
duerme en él el postrer sueño,

y tiene el rostro velado
de un oscuro crespon denso.

Cerca de ella, inmóvil, pálido,
está un gallardo mancebo,

sin armas y sin insignias,
de luto el rico chambergo,

la torva triste mirada
fija en los mortales restos,

el corazón moribundo

y estertoroso el aliento.

III

Es él, Ramiro Ramírez,
el castellano guerrero
que casó con Berenguela,
hace un año más ó ménos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
y de allí se fué á la guerra
á combatir como bueno.

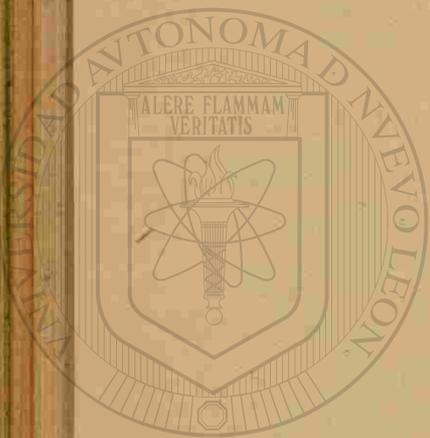
Y es Berenguela la dama
que ocupa el mortuorio lecho
Ramiro le ha dado muerte,
la noche anterior la ha muerto.

IV

Mira Ramiro Ramirez
al cadáver largo tiempo;
al fin con trémula diestra
levanta el fúnebre velo,
y aparece ante su absorta
mirada, el rostro hechicero
que aun del cincel de la Parca
resiste al golpe violento;
que aun ostenta la frescura,
el hechizo, el embeleso
y la magia seductora
de otros felices momentos.

Despues las fúnebres gradas
sube Ramiro en silencio,

y hasta el ataúd vacío
llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
su alegría y su contento:
la miró desesperado
de amor y de angustia lleno,
y dijo así con voz lenta
y con moribundo acento:
— Ha un año tierna y sencilla,
velado en casto rubor,
me diste un beso de amor
en esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
vengó en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolvarte
aquel dulcísimo beso. —
En los labios de la muerta
los suyos puso el mancebo;
se oyó un rumor misterioso
por las bóvedas del templo,
y tras un postrer gemido,
tal vez de remordimiento,
rompió su cárcel el alma
Cayó Ramiro en el féretro.



DOÑA BLANCA

A Eduardo González Gutiérrez.

I

Sola está la noble viuda
 en su sombrío retrete;
 la servidumbre reposa,
 y el tierno vástago duerme.
 Ella es Blanca, á quien el cielo
 colmó de preciados bienes:
 virtud, riqueza, hermosura
 ¡Cuánto ambicionarse puede!
 Amó un día, y aquel ciego
 querubin de alas de nieve,
 que anda entre fuego y armado
 entre el fuego se divierte,

le dió el arco una mañana
y una aguda flecha ardiente,
y ella gozosa y confiada,
y él vivaz, traidor, y aleve,
dispararon sobre un noble,
joven señor, bravo y fuerte,
que al débil golpe, sumiso
á los piés de Blanca viene
á ofrecerle sus amores;
su fé, su mano á ofrecerle;
y Nuño Rico ante el ara
tan noble oferta mantiene.

II

Partióse Nuño á la guerra,
de la boda á pocos meses;
fama y honra gana en ella,
en ella la vida pierde,
y llorando su desdicha
sin dicha que la consuele,
sumergida en la tristeza
de tantos días alegres,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.

III

Súbito golpe se escucha,
se abre el balcon de repente,
y un hombre en su capa envuelto
ante la dama aparece.
Sobrecogida de espanto,
horrible espanto, se creé
presa de extraño delirio,
que cómo rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
lucha en su espíritu y vence,
y reconoce asombrada
á Don Leonel de Meneses.
—¿Qué buscáis?, dice, y resuelta
á su enemigo se vuelve,
como fuego la mirada,
el semblante como nieve.
—Busco Blanca, la ventura
que me roba ingrata suerte;
mil veces os la he pedido,
me la negásteis mil veces.
Señora, al pié de esa reja,
en poderosos corceles,
mis escuderos, mis pajes,
nos aguardan impacientes.

Si juntos de aquí salimos
no temáis que no os respeten;
de lo contrario, este lance
la honra vuestra compromete.
—Piedad, señor, por el nombre
de esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble,
por serlo tan sólo, debe.
Amigo fuisteis de Nuño....
Fué en los tercios vuestro jefe....

—Señora.....
—O mi servidumbre
haré que al punto despierte.
—Si no venís de buen grado
á mal grado haréis que apele,
y entre mis brazos robustos
hasta mi palacio os lleve.
—¡Paso! Gritó doña Blanca
y salir de allí resuelve;
mas él con rápido ímpetu
en su marcha la detiene—
y el duro cerrojo afianza
de la puerta.... Nada puede
ya la infeliz.... El infante
en la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
hacia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento....
Tal vez su razon se pierde....
¡Qué hace Blanca? ¡Por qué inunda
su faz un fulgor celeste?

Corre á su lecho.... ¡Es un siglo
un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
que bajo su almohada tiene,
y como herida pantera
que á su cachorro defiende,
cuando va á tocar al niño,
antes que á tocarle llegue,
el arma rápida clara
en la espalda de Meneses.
—Así has de morir, villano,
que así los traidores mueren,
y pues aguardan tu vuelta
en la calle tus donceles,
se han de quedar asombrados,
¡vive Dios!, de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
silencio á su voz sucede.

IV
Y mientras el noble innoble,
de pié no pudo tenerse,
y al suelo rueda, y rugiendo
en su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama;
doncellas y pajes vienen,

y llenos de asombro escuchan
 estas palabras solemnes:
 —Deshonrarme ese hombre quiso,
 por eso le di la muerte,
 ¡y por donde vino vuélvase
 que mi honor así lo quiere!
 Señala el balcon, dos pajes
 el tronco helado suspenden,
 y por el balcon arrójanlo,
 cuando aun el alma rebelde,
 con doloroso gemido
 de su cárcel se desprende,
 y su infortunio maldice
 entre la vida y la muerte.

V

Y mientras se oye en la calle
 rumor de rondas y gentes,
 imprecaciones y votos,
 y relinchos de corceles,
 sola está la noble viuda
 en su sombrío retrete;
 la servidumbre reposa
 y el tierno vástago duerme,

1879

SOR ANA

A Manuel Nicolin Echánove.

I

Doña Ana adora en Gelmírez
 y Gelmírez en Doña Ana:
 él es hidalgo, aunque pobre;
 ella de regia prosapia.
 Doña Ana tiene un hermano;
 y ha jurado ántes matarla,
 que permitir que se enlace
 con Gelmírez Doña Ana.

4

II

Doña Ana entre los cuarteles
de sus jardines divaga,
y espera como acostumbra
á su amante en horas altas.
Sopla el viento y en los aires
la luna el nublado rasga,
y ve la hermosa en el muro
balancearse la escala.
El corazon le da un vuelco,
corre y al pié de la tapia,
ve á su Gelmírez tendido
en la yerba ensangrentada,
mortal el bello semblante,
y no léjos de él un arma
mira absorta y reconoce
que es de su hermano la daga.

Del almenado castillo
desde una ojiva, angustiada

miró pasar el entierro
de Gelmírez, Doña Ana.
¡Qué de tiernas ilusiones,
qué de alegrías frustradas
junto con el negro féretro
va á guardar la tumba helada!
¡Pobres flores en su tallo
por el huracan tronchadas,
pobre amor muerto en la cuna,
pobre mujer, pobre alma!
Ayer todo era ventura,
campos de oro y esmeralda,
arroyos, aves y rosas
y praderas perfumadas.
Hoy, revuelto mar que ruge,
árida; inmensas playas,
campos que el invierno agosta,
negras ruinas solitarias.
¡Mañana, la noche eterna
á la luz de débil lámpara,
el tiempo sólo, sin horas,
sin hoy, ni ayer, ni mañana!

Nada á su hermano le dice
la doncella desdichada;

ni una queja, ni un reproche....
 ¡Llora, gime, reza y calla!
 Nada le dice á su hermano;
 mas á las puertas sagradas
 de un convento se presenta,
 y en una celda se ampara.

Las madres concepcionistas
 están de fiesta y de gala,
 que con el Rey de los Orbes
 noble doncella se enlaza.
 Los más hermosos cabellos
 se cortan al pié del ara;
 la más rica fantasía
 quiebra ante el altar sus alas;
 el corazon más sensible
 sepulta sus esperanzas;
 el alma más tierna y noble,
 la más pura de las almas,
 del mundo miseró y triste
 los anchos límites salva,
 y á las celestes regiones
 en pos de otra alma se lanza.

VI

—“Ven, hermano, hasta el recinto
 de mi celda solitaria:
 aquí Gelmírez habita:
 ven á clavarle tu daga.
 Ven, y si quieres herirle
 en mí misma, el hierro clava,
 que es la celda de Gelmírez,
 el corazon de Sor Ana”—
 Esto la monja escribía,
 deshecha en un mar de lágrimas,
 desde el oscuro recinto
 de su celda solitaria.

VII

—“Burlaste mis ilusiones,
 burlaste mis esperanzas;
 si ántes fué ruda, más ruda
 será mi nueva venganza.

Te destinaba un esposo
 que de estirpe regia emana;
 mas puesto que desdenaste
 honra tal, merced tan alta,
 y de este modo destrozas
 los blasones de tu casa,
 y así sus fueros insultas
 y mis derechos ultrajas,
 mañana, al morir la tarde,
 al locutorio te baja;
 que en él estará Gelmírez
 esperándote mañana" —
 Esto á la monja escribía,
 desde su noble morada,
 brotando sangre los ojos,
 el feroz Tello de Tapia.

VIII

¡Estaba muerto Gelmírez
 ó no más herido estaba?
 ¡Fué verdad lo del entierro
 ó fué el entierro una farsa?
 ¡Los cánticos funerales,
 la negra mortuoria caja,
 aquel lúgubre cortejo,
 y el clamor de las campanas,

eran engendros tan sólo
 de su mente conturbada?
 ¡Del dolor creaciones fueron?
 ¡Fueron delirios del ánima?

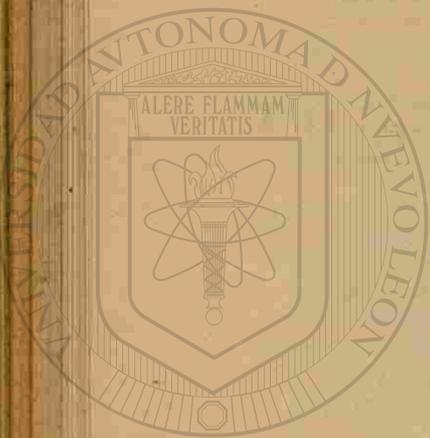
IX

Rodaron tristes las horas
 ¡Cuán pausadas, cuán amargas
 para el sér desventurado
 que mide el tiempo que pasa!
 ¡Una eternidad la noche
 desde el crepúsculo al alba,
 y del alba hasta el crepúsculo
 de aquella tarde, qué calma!
 ¡Qué calma tan espantosa
 en medio de la borrasca!
 ¡En dónde se hará pedazos
 con el barquero la barca?

Son las seis, la tarde espira,
 deja su celda Sor Ana,

y con paso vacilante
 hasta el locutorio baja.
 Mira al través de la reja,
 y... — ¡Es él, Gelmírez! — exclama,
 y sin aliento á los hierros
 con mano fría se agarra.
 El era, el mismo Gelmírez
 embozado en una capa,
 pálido como los mármoles
 de las vetas de Carrara.
 Detrás estaba un mancebo
 de retorcida mirada,
 fiero, inmóvil, hosco, mudo....
 El hermano de Sor Ana,
 — ¡Tello, le grita la monja,
 mal haya seas, mal haya
 tu horrible burla y la ira
 de tu espantosa venganza!
 Y añade la monja, viendo
 al sér á quien tanto amaba:
 — Mientes, Tello, no es Gelmírez
 ese enlutado fantasma....
 ¡Gelmírez está en mi pecho,
 Gelmírez vive en mi alma!
 — ¡Ana, Gelmírez murmura,
 yo soy!.... Tello no te engaña,
 Tello consiente en que seas
 mi noble esposa ante el ara.
 Roto está el voto que hiciste
 y aquí está la bula santa.
 — Aquí está, murmura Tello,
 y muestra un papel....

— ¡No! ¡Calla!
 Exclama otra vez la monja.
 No es esa sombra quien habla.
 ¡Oigo la voz de Gelmírez
 que de otro mundo me llama!
 ¡Ya voy, Gelmírez, espera!
 ¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!—
 Dice.... Busca entre sus ropas
 un objeto, y luego, rápida,
 dirigiendo al cielo augusto
 hermosísima mirada,
 del seno en medio, hasta el puño,
 clavóse una rica daga,
 y rueda al suelo y la sangre
 por el ancha herida salta.
 — ¡Maldito seas, Don Tello!
 Gritó Gelmírez.... ¡Mal haya
 quien olvidó que hay amores
 que una vez sola se matan!



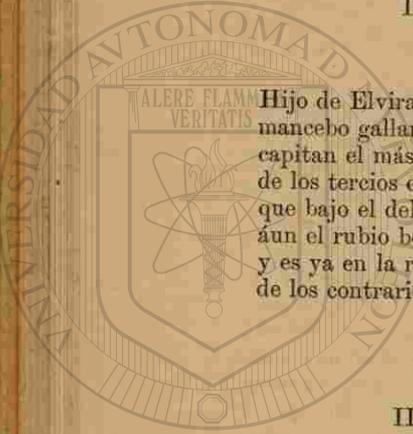
DOÑA ELVIRA

A Bartolomé Pérez Hermida.

I

El Conde de Aldaz es viejo
pero tiene esposa joven,
como rosas las mejillas,
y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna [®]
en hora ingrata casóse,
porque á casar la obligaron
exigencias y temores;
no el amor, pues era el solo
imán de sus ilusiones
Rui-Fernández con quien tuvo
y aún tiene, ocultos amores.

II



Hijo de Elvira es Don Mendo,
mancebo gallardo y noble,
capitan el más valiente
de los tercios españoles,
que bajo el delgado cútis
aún el rubio bozo esconde,
y es ya en la ruda pelea
de los contrarios azote.

III

Tiembla Elvira cuando al mozo
contempla embebido el conde;
parece que una honda pena,
oculto cáncer que roe
su corazón, hace á veces
que á su faz el llanto asome,
y la espléndida hermosura
de su rostro le trastorne.
¡Tal vez combaten y estallan
en su pecho los dolores,

como las olas de Atlante
cuando se encuentran y rompen!

IV

En una vieja poltrona
la existencia pasa el Conde,
paralizados los miembros
de añeja dolencia al choque.
Diz que en la hid espantosa
de una lanza al rudo golpe,
cayó al suelo y que el sentido
largo tiempo perdió entónces;
y desde entónces no hay modo
de que sus miembros recobren,
la sávia, el vigor, la fuerza,
que hubo del destino en dote.

V

Y allí, en su vieja poltrona
está el de Aldaz, una noche,
cuando Fortuño, escudero
que de antaño le conoce,

entra y le dice:— Señor,
sé que manchan tus blasones;
sé que hay quien aquí te ultraja,
quien escarnece tu nombre.

— ¡Quién tal hace? Con voz ronca,
exclama furioso el Conde.

— Señor, tu esposa.

— ¡Qué has dicho!

— Tu esposa todas las noches
las desiertas callejuelas
de tus jardines recorre,
de un hidalgo acompañada,
en punto á las oraciones.

Ruge el de Aldaz en su silla
cual hiena herida, se encoje
y gira en torno los ojos
como inflamados tizones.

Ha tiempo que horribles celos
llenan su alma de rencores,
tiempo há que su pecho hiera
el desden de su consorte,
y con acento convulso

exclama: — Fortuño, ¿me oyes?
dile á Don Mendo eso mismo.

Y como muerto quedóse.

VI

— Señor, le dice Fortuño
á Don Mendo, noche á noche

en los jardines he visto,
en punto á las oraciones,
á una dama y á un hidalgo.

— Fortuño, y tú ¿los conoces?

— Señor, el Conde me envía. . . .

— ¡Dime al instante sus nombres!

— Ella es Doña Elvira. . . .

— ¡Madre! —

¡Ah, Fortuño, en bien te pone
con Dios, que es reo de muerte,
quien tal secreto conoce. . . . !
Rodó Fortuño en el suelo
traspasado el pecho innoble,
y en aquel horrible instante
sonaban las oraciones.

VII

Al jardín con el sangriento
acero en la mano, corre,
y allí Don Mendo dos sombras
distingue en la sombra inmóviles.

— Madre. . . . ¡Madre!

— ¡Qué haces, Mendo?

Don Mendo no le responde,
blande el hierro, al cual el otro
hierro apenas se le opone,
y como el rayo potente,

y como el rayo veloce,
 en el seno del contrario
 el arma sangrienta esconde.
 Lanza un grito Doña Elvira
 que repercuten los montes,
 y se queda muda y fría
 como una estatua de bronce.
 Mira Don Mendo que llegan
 con luces dos servidores,
 y hácia ellos rápido avanza,
 y en su paso se interpone.
 — ¡Idos, canalla! Murmura,
 y de manos de uno, coje
 una tea y torna solo
 al horrible sitio, en donde,
 aún Doña Elvira parece
 que no alienta, que no oye,
 que no vive, en el espacio
 clavada la vista inmóvil.
 La ve Don Mendo y alumbra
 y pasmado reconoce,
 en el sangriento cadáver
 á Rui-Fernández de Ordóñez:

VIII

— Mendo, al fin exclama Elvira
 descompuestas las facciones,

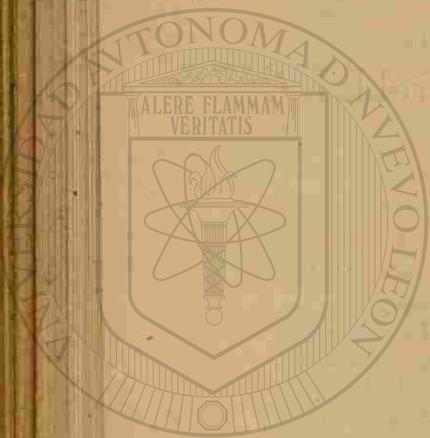
pues mataste á Rui-Fernández
 ruega á Dios que nos perdone.
 — ¡Madre!

— ¡En tus venas circula
 sangre que tiñe tu estoque!
 — Madre, escucha. . . .

Doña Elvira,
 cae al suelo y no responde.

IX

Dentro y fuera del palacio
 se escuchan sordos rumores.
 ¡Se acerca al sitio del crimen
 la justicia de los hombres!
 Es fuerza que ignore el mundo,
 es fuerza que el mundo ignore,
 que en casa de Aldaz habitan
 la deshonra y las traiciones.
 Mendo se acerca al cadáver,
 sobre sus hombros le pone,
 y por un portillo estrecho
 que da á los campos, saliése,
 medroso el paso y lijero,
 con el cabello en desórden,
 tinto hasta los gavilanes
 de propia sangre el estoque.



GABRIELA

Al Dr. Francisco Montañez de Oca.

Sin más testigo que el sol,
que su luz al mundo roba,
está Gabriela en la playa
con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
sobre la arena rebosa [®]
y las plantas de Gabriela
casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
á todos lados, y llora:
al fin se detiene inmóvil;
ya sonríe, ya solloza;

sobre el seno palpitante
 la gentil cabeza dobla;
 sus brazos cuelgan; las manos
 entreteje una con otra,
 y vaga, sin que se fije
 ni en el cielo ni en las olas,
 entre las olas y el cielo,
 su mirada melancólica;
 su suelto cabello agita
 la brisa murmuradora,
 y entre sus hebras de oro
 prendida lleva una rosa.
 Cerca de ella está amarrada
 una barca pescadora,
 y entre los médanos áridos
 que el huracán amontona,
 de una humilde ranchería
 se ven las modestas chozas
 y el vetusto campanario
 de una capilla católica,
 con una sola campana,
 con una campana sola,
 que en aquel instante mismo
 á las oraciones toca.

II

El corazón se estremece
 de Gabriela. . . . ¡Ya es la hora!

Ya no ha de tardar su Félix.
 Al fin su Félix asoma:
 Félix llega triste y pálido,
 algo tiene, algo le enoja;
 le da su mano, y su mano
 está fría y temblorosa.
 Ya no tiene como en ántes
 la mirada halagadora;
 parece que tiene miedo,
 parece que se abochorna,
 parece, cuando se acerca
 á la niña encantadora,
 que una oculta voz le dice:
 «¡Por qué, Félix, te traicionas?»

III

— Félix, — murmura Gabriela. —

Y era su voz melodiosa
 como suspiro del agua,
 como arrullo de paloma.

— Félix, amor de mi vida, ®
 te he esperado muchas horas,
 muchas. . . ¡Ingrato! . . . Y no has ido!
 ¡Como te aguardaba ansiosa
 en mi ventana! ¡No sabes
 lo que mi pecho te adora!
 ¡En qué estás pensando, Félix!
 Dime. . . . ¡Por qué me abandonas!

¡Es verdad cuanto me han dicho?
 ¡A otra quieres? ¡Amas á otra?
 ¡Que hablar con ella te vieron?
 ¡Que en el templo la enamoras?
 ¡Que á todas partes la sigues
 y que de noche la rondas,
 y que suspiras enfrente
 de su reja silenciosa?
 ¡No te he visto en siete noches!
 ¡Aquí están las siete rosas
 que conmigo te aguardaron!
 ¡Que te cuenten mi congoja!
 ¡Las quieres? Mira éstas, mustias,
 marchitas y sin aroma.
 Mira ésta, que aun tiene vida.
 Aquí tienes la de ahora.
 Si me amas como otro tiempo,
 dale un beso en la corola.
 Si es verdad lo que me han dicho,
 entónce, Félix . . . ¡Deshójala!—
 Félix de la bella mano
 de la niña la flor toma,
 y los pétalos arranca
 y en la arena los arroja.
 —Más tiempo no he de engañarte,
 pobre Gabriela, perdona;
 que para ésta misma noche
 concertada está mi boda.—
 Dice el infame . . . Se aleja . . .
 Y quedó Gabriela atónita,
 fija la vista en la arena,
 fija la vista en las hojas.

¡Siente que le falta vida,
 que su razon se trastorna,
 que todo en torno se mueve,
 que se cae, que se ahoga!

IV

¡Fantasmas de oro y de nieve
 que poblásteis su memoria,
 huid y desvaneceros
 como la luz en la sombra!
 Soñando estaba despierta;
 ya no sueña. . . ¡Qué espantosa
 pesadilla entre sus lazos
 su alma misera aprisiona!
 Gabriela. . . ¡Infeliz Gabriela!
 ¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
 que en ella velan tus padres,
 que en ella tus padres lloran!

V

¡Ay! . . . Permanece en la playa
 inmóvil y silenciosa. . .

Para ella el mundo es la tumba.
 ¡Y ella está en la tumba, sola!
 Nada mira, nada escucha,
 la razón perdida, loca,
 vagabundas las ideas
 en torno á su mente flotan,
 como ráfagas brillantes
 de luz en cavernas hondas,
 como de una arpa lejana
 las inarmónicas notas.
 ¡Estrellas de un cielo puro
 que su luz pálida agotan,
 roncós gemidos de muerte
 entre cánticos de gloria!
 No ha visto en el horizonte
 una parda nube torva,
 que extiende sus negras alas
 y el diáfano espacio entolda.
 Se figura que ha caído
 de su frente una corona;
 que son pedazos de su alma
 aquellas hojas de rosa;
 que está escrito en cada una
 un libro entero, una historia
 de malogrados afectos;
 de esperanzas ilusorias;
 que allí están sus alegrías,
 sus juveniles zozobras,
 las lágrimas de sus ojos,
 las sonrisas de su boca.

VI

Se le figura el nublado
 ancha sábana mortuoria
 y la luz de los relámpagos
 las sepulcrales antorchas.

Rápida, como impulsada
 por atracción misteriosa,
 dirige el paso añhelante
 á la barca pescadora.
 Entra en ella, en los abismos
 el timón y el remo arroja,
 y desamarrando el cable
 que le sujeta á una argolla,
 entrega el débil madero
 al hondo mar que le azota,
 y el huracán lo arrebató
 entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche
 larga, negra y tempestuosa,

entre el abismo del cielo
y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe. — ¡ Al otro día
vieron una barca rota,
y el cadáver de Gabriela
junto á un peñon de la costa!

1879



GIL

A mi hermano Pedro.

I

Oye, Gil. . . . Esposo mio—
Teresa con voz confusa
dice, ahogando los sollozos
que su aliento débil truncan.
— No salgas, Gil, esta noche
que es de mi vida la última,
y cuando lllore la niña
que está durmiendo en la cuna,
yo no podré levantarme
á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa
¿quien su blando sueño arrulla?

Gil como siempre á la pobre
 Teresa abstraído escucha,
 y por sus trémulos labios
 vaga una sonrisa estúpida.
 Gil, otro tiempo tan bueno,
 al torpe vicio tributa
 la adoracion insensata
 que su noble instinto turba.
 Duerme cuando el sol ardiente
 la ciudad y el campo alumbra;
 y cuando tiende la noche
 su negra sombra confusa,
 en el garito, en la orgía
 va á arrastrar su vida oscura,
 ó de vil ramera en brazos
 placer satánico busca.

II

¡Qué valieron de Teresa
 la esplendorosa hermosura,
 halagos, ruegos, suspiros,
 y lágrimas y ternuras?
 Indómitas, las pasiones,
 como encadenadas furias,
 en el pecho se desatan
 del mancebo, y en él triunfan,

Torpe amistad y menguada
 su ardor juvenil azuza,
 y mil seductores gozos
 su edad temprana deslumbran

III

Robó el dolor á Teresa
 su esplendorosa hermosura:
 las rosas de sus mejillas
 están pálidas y mustias.
 La miseria pavorosa
 su alma sensible atribula,
 y en su insaciable vorágine
 sus alegrías sepulta.
 —Oye, Gil, con voz más triste
 y más lenta continúa,
 jamás partió de mis labios
 ni un reproche, ni una injuria;
 agotaste tus caudales
 agotaste mi fortuna,
 tus caudales eran tuyos,
 y mi fortuna era tuya.
 Destrozaste el pecho mio,
 sus ilusiones más puras
 rodaron bajo el imperio
 de tus traiciones injustas;

haciste bien, bien hiciste,
 que mi pobre vida es única,
 y yo al pié de los altares
 te di mi vida . . . Era tuya.
 Mas la preciosa existencia
 de esa angelica criatura
 tus cariños necesita,
 y necesita tu ayuda.
 ¡No salgas, Gil, no me dejes
 sola con mi horrible angustia
 en esta noche tan triste
 que es de mi existencia la última!
 Gil por única respuesta
 su negro bigote atusa,
 se cala el ancho sombrero,
 y al decirle con voz ruda
 "todas las noches la misma
 cancion y la misma súplica,..
 y nunca acaba de abrirse
 para tí la sepultura",
 soltando una carcajada
 de horrible sangrienta burla,
 se salió dejando sola
 con Dios á la moribunda.

IV

Está ya Gil en la calle:
 de pronto mira una turba

salir del templo y se pára
 de un farol en la penumbra.
 De gentes alegres todas
 entre multitud confusa,
 se ven dos novios, que acaban
 de doblar á la coyunda
 de himeneo, el cuello dócil
 al placer que los adula.
 Él con lujoso vestido,
 ella con lujosa túnica
 coronada de azahares
 blancos como nieve pura...
 Y siente Gil que la sangre
 en sus venas no circula
 y en tropel en su cerebro
 mil ideas se acumulan:
 recuerda la alegre noche
 en que á la luz de la luna
 salió de aquel mismo templo
 entre mil alegres turbas,
 con su Teresa del brazo,
 flor que el ambiente perfuma,
 de felicidad radiante
 y radiante de hermosura;
 recuerda cuando en el atrio
 amor eterno le jura;
 recuerda que él no ha cumplido[®]
 de sus promesas ninguna;
 recuerda que en su pocilga
 la ha dejado sola y mustia
 tocando con mano fria
 los dinteles de la tumba.

Agudos remordimientos
 su pecho intranquilo punzan
 y dirige á su morada
 la débil planta insegura...
 Él á su pobre Teresa
 le vá á decir que no sufra,
 que sus infamias perdone,
 que dé al olvido sus culpas.
 Y embebido en esta idea,
 temblando el paso apresura,
 porque algo teme, algo teme
 que de horror su mente nubla.

—¡Teresa! . . . ¡Teresa!—Grita,
 y entra en la estancia que alumbra
 una miserable lámpara
 que en aquel momento ondula
 su débil llama, rastrea
 en torno y lanzando algunas
 tristes ráfagas, se apaga
 dejándolo todo á oscuras.
 Gil se detiene y vacila
 presa da horrible pavora,
 Esa lámpara que muere,
 ¿que de espantoso le anuncia?

Teresa... Grita de nuevo.
 —Teresa mía ¿estas muda?
 Soy Gil que viene á quedarse.
 ¿Donde hay luz?—Á tientas busca
 un viejo velon, lo encuentra,
 lo enciende y la estancia alumbra,
 y alumbra el lecho y arroja
 un grito de espanto y duda.
 Teresa ¿está desmayada?
 ¿El sueño acaso la abruma?
 —Teresa...Grita...¡Teresa!
 ¿Me perdonas? ¿No me escuchas?
 Le toca el pecho y no late,
 toca su arteria y no pulsa:
 en aquella estancia reina
 la paz de las sepulturas.
 Toma Gil las blancas manos
 que acariciaron las suyas,
 y en el copioso torrente
 de su llanto las inunda!
 Ve espantado aquellos ojos
 y áun en las pestañas húmedas
 mira pendiente una lágrima
 de dolor y de amargura,
 y á aquellos labios que un día
 ostentaron roja púrpura,
 y ahora tan sólo cubre
 lívida y mortal blancura.
 Pide una sola sonrisa . . .
 Una sola frase . . . Una
 palabra sola . . . ¡Una sola
 de perdon!—¿Qué es lo que buscas?

Convulso, desatentado
 arranca de su cintura
 una hoja aguda y luciente,
 que con fiera mano empuña;
 mas cuando toca su pecho
 la fría acerada punta,
 se oye en la cuna un gemido
 que el mortal silencio turba.
 —Perdon Dios mio . . . Perdon,
 Teresa — El triste murmura . . .
 Y suelta el hierro . . . Y llorando
 se postra al pié de la cuna.

1879.

EDUARDO.

A la memoria de Ricardo Gayosso.

I

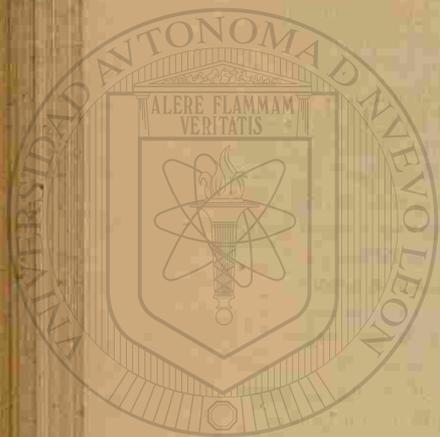
Sobre el azul de las ondas
 está la barca velera,
 está junto al muelle el bote,
 está el pasajero en tierra . . .
 Es Eduardo . . . En los amores
 de su madre patria piensa,
 y en otro amor más hermoso
 en otra madre más tierna,
 la que en sus nobles entrañas
 alimentó su existencia,
 la que su cuna mecía,
 la que en la playa serena

de la vida, vió de léjos
 en mar airada y revuelta,
 la prenda de sus amores
 juguete de la tormenta.
 Es Eduardo . . . Muchos dias
 lloró en la playa sus penas,
 las injurias del destino,
 los rigores de la ausencia.
 Al fin sonrie, muy pronto
 terminarán sus querellas,
 que en el azul de las ondas
 está la barca velera.

II

Hay unos tristes amores,
 hay una pasion inmensa,
 hay un rival que en la sombra
 mortal angustia alimenta.
 La ponzoñosa serpiente
 que se enrosca entre la niebla,
 los celos, el negro monstruo
 de la humanidad entera;
 el que enciende en las pupilas
 satánica luz siniestra;
 el que fragua horribles dramas
 siempre inquieto, siempre en vela;

el monstruo que cabe el lecho
 mudo y sombrío se sienta,
 y roba el sueño á los ojos,
 y la ira desenfrena,
 y azuzando al pensamiento
 con la vigorosa espuela,
 en el infierno del alma
 á perecer nos condena . . .
 El contra el seno de Eduardo
 armó la terrible diestra,
 él mató sus ilusiones,
 sus esperanzas más bellas.
 Cayó Eduardo en sangre tinto,
 sobre la blanca ribera,
 y al morir bañó la muerte
 su semblante de tristeza . . .
 Sobre el azul de las ondas
 quedó la barca velera,
 quedó junto al muelle el bote,
 quedó un cadáver en tierra.



BOJORQUES

A Gonzalo A. Esteva.

I

Está en su oscuro aposento
Juan Bojórques de Vadillo,
y está solo como siempre
y como siempre sombrío.
Se abre de pronto la puerta:
con paso grave y tranquilo
entra Violante, trayendo
de la mano á sus dos hijos.
Vestida de negro viene,
triste el semblante, abatido;
tristes, también y de negro
vestidos vienen los niños.

II

—¿Qué quieres? Hija. ¿Qué quieres?
 —Me han dicho, señor, me han dicho
 que á la noble madre mia
 diste muerte en este sitio.
 ¡No miente padre, quien toca
 de la tumba el mármol frio,
 y hoy ha muerto mi nodriza,
 y ella al morir me lo dijo!—
 Tembló el anciano Bojórques,
 lanzó su pecho un rugido,
 y sus demacradas manos
 cubrieron su rostro lívido.
 Del sitial en que se hallaba
 como presa de un delirio,
 se alzó violento, en el suelo
 clavando los ojos fijos.
 Miró á sus plantas abrirse
 las entrañas de un abismo,
 y del antro tenebroso
 en el inmenso vacío,
 desplegar sus leyes alas
 un fantasma peregrino,
 bella seductora imagen
 de un ser amado y perdido:

oro las rubias guedejas
 del cabello suelto en rizos,
 el hechicero semblante
 con la blancura del lirio,
 cuajado el llanto en los ojos
 como gotas de rocío.
 Y en el seno palpitando
 con los últimos latidos,
 hasta el fondo, entre la sangre
 que salta en copiosos hilos,
 clavado por fiera mano
 un implacable cuchillo.
 Giró Bojórques en torno
 los ojos despavoridos,
 oyó murmurar su nombre
 y un postrer mortal gemido,
 y de Violante y sus nietos
 huyendo y lanzando un grito,
 cayó, convulso y demente,
 á los piés de un crucifijo.

III



Después de una breve pausa,
 pausa que parece un siglo,
 con acento cavernoso
 murmuró entre dientes:— Idos—

— Guárdeos Dios, dice Violante,
 guárdeos Dios en el castillo
 que en orfandad dolorosa
 fué de mi existencia abrigo.
 Mas ni he de volver á veros,
 ni á llevar vuestro apellido,
 ni éstos mis hijos, señor,
 ni los hijos de mis hijos.
 Despues, de la oscura estancia
 salió con paso tranquilo.
 Y quedó muerto Bojórques
 á los piés del crucifijo.

1880

JAIME ACUÑA

A Francisco Zavala.

I

Despues de muy larga ausencia
 retorna á su casa Jaime,
 y al penetrar en su estancia
 se detiene un breve instante.
 Allí unos brazos queridos
 deben estar esperándole,
 y unos purpurinos labios
 que de amor sólo han de hablarle.
 Y allí escuchar ha creído,
 allí mismo, en los umbrales
 de la puerta, los rumores
 de dulces besos, y frases

de halagadoras promesas,
y hablar oyó de un enlace
en risueño paraíso
de placeres inefables.
Con mano crispada y trémula
el endeble cancel abre,
y entra y palidece y calla
del asombro ante la imagen.
Allí están, la esposa adúltera,
Inés, su dueño, su arcángel;
y Lope, su hermano Lope,
de quien él ha sido padre.

II

—¡Lope!. . . ¡Inés!— Murmura, y mira
aterrado á los amantes;
los mira inmóviles, mudos,
pálidos como cadáveres;
sin calor frentes y lábios,
sin latido el seno exángue,
todo espanto la mirada,
todo estupor el semblante.
Jaime ruge, el hierro empuña
y lo esgrime; mas no sabe,
á quien matará primero. . . .
¡Porque es forzoso que mate!

Se acerca á Lope. . . . ¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés. . . . ¡Es su alma!
¡De sus propios hijos sangre!
Se acerca á la una y al otro,
entre el uno y la otra párase,
y vuelve hácia ellos y de ellos
torna airado á separarse.
Jaime Acuña ¿estará loco?
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?
¿Con que es verdad lo que mira?
¿Ellos son los miserables?
Lope, á quien crió desde niño,
¿así paga sus bondades?
¿Así Inés destroza el nudo
hecho al pié de los altares?
¿Qué es el mundo, la existencia,
sin un amor que la halague?
¿El alma sin esperanzas
sus ligaduras desate,
déje en la tierra las flores
que vió en el polvo secarse,
y á otra region, á otra vida
el espíritu se enlace!
Jaime al cielo la mirada
levanta ardiendo en coraje,
balbute algunas palabras
que de su pecho no salen,
vuelve contra él la filosa
punta, se la clava, y cae,
y ensangrentado murmura:
“Orad sobre mi cadáver!”—

Un doble grito, espantoso,
resuena, rasgando el aire,
y en una vecina torre
dan las doce en ese instante.

III

De una desierta capilla
bajo la sombría nave
está una estatua yacente
sobre un sepulcro de jaspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
aquella estatua la imagen;
clavado tiene en el seno
un puñal mohoso de sangre,
de sangre añeja, y murmuran
vicarios y sacristanes,
las gentes todas del pueblo,
y lo afirma hasta el alcalde,
que aquel puñal es el mismo
con que Acuña logró darse
airada muerte una noche;
mas la causa, no la saben.

IV

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,

y en él penetra una dama
vestida con negro traje.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales
y de hinojos se prosterna
ante la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

Se oye en la puerta del templo
rechinar la enorme llave,
y envuelto en oscura capa
entra un hombre con pié grave.
Hacia el sepulcro encamina
sus pisadas desiguales,
y se detiene en silencio
junto á la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
la mirada agonizante,
y una tras otra en el mármol
sus tristes lágrimas caen.

Los dos parece que miran
la helada estatua animarse,
que el duro mármol golpea
el corazon palpitante,
que aquellos ojos se encienden,
que aquellas arterias laten:
aun creen que les salpica
el rostro, la ardiente sangre,
y que los lívidos lábios
por la vez postrera se abren,
y ensangrentados murmuran:
"Orad sobre mi cadáver."
Y en la torre solitaria
dan las doce en ese instante,
y un doble grito espantoso
resuena, rasgando el aire.

no sabe por qué motivo
los cuerpos helados yacen
de Doña Inés y Don Lope,
junto á la estatua de Jaime.

1879



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

V

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay gran tumulto en la Iglesia,
las gentes entran y salen,
todo el mundo se hace lenguas,
y es que el mundo nada sabe;



JUAN FARRIZ

A Joaquín Baranda.

I

Apénas del sol ardiente
entra un débil rayo de oro
que alumbra el recinto estrecho,
de un oscuro calabozo.
Sobre un jergon, en el suelo,
apoyando en él los codos,
sobre los codos las manos,
y entre las manos el rostro,
está un anciano abatido
por el dolor y el insomnio,
la tez marchita y arada,
secos y ardientes los ojos.

Allí la humana justicia
guardóle un año tras otro,
y allí vió correr los años
en cautiverio espantoso.

Diez lustros cumple aquel día,
y al tender la vista en torno,
no halla una amiga mirada,
ni un semblante cariñoso,
¡Nadie...! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira
Ni está aislado, ni está solo;
allí está con sus memorias
y con sus recuerdos todos.
Allí están sus alegrías
y sus tristezas, sus odios,
sus afecciones... ¡Un mundo
con él en su calabozo!

—Padres, hermanos.— Exclama.
¡Cuántas veces os vi en torno
de una mesa, en mis natales!
Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
en aquel semblante hermoso,
madre del alma, el primero
que vi cuando abrí los ojos!

Juan Farriz sintió en su pecho
un dolor fiero, espantoso:

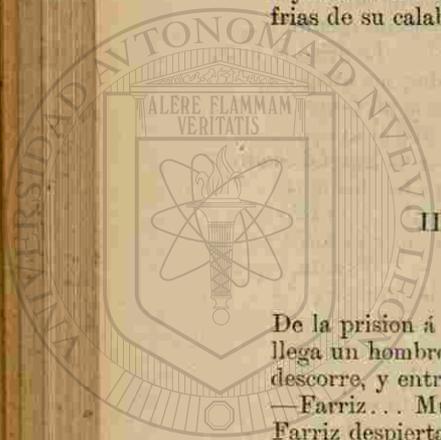
en el insondable abismo
de la conciencia, muy hondo,
creyó contemplar la imagen
de su madre.. Sintió el soplo
de su aliento... Y oyó el eco
de su voz, y luego el sordo
gemido de sus dolores,
entre el murmullo monótono
de sus rezos, y el tristísimo
estertor de sus sollozos.
Juan Farriz sintió en su cráneo
algo terrible, monstruoso,
como tempestad airada,
como rugidos del notó,
como el chocar de las olas
en los peñascos del ponto,
y brotar quiso á torrentes
el llanto, y rebelde y sórdido
volvió á estancarse su llanto
del corazón en el fondo.
Llanto que es sangre del alma
que arroja el alma, copioso,
cuando la pena la ahoga
de la desdicha en el colmo.

Juan Farriz miró en seguida
de su jergon en contorno,

girar pálidos, horribles,
 con fieros semblantes torvos,
 á los que hirió con su mano
 en un encuentro alevoso,
 ó en la guerra, ó como bueno
 y frente á frente y sin dolo.
 ¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito
 de miseria y de abandono! . . .
 ¡Hijos sin padre...! ¡Sin hijos
 tantos padres cariñosos!
 Y Estrella, allí estaba Estrella,
 vírgen de cabellos blondos,
 de negra ardiente pupila,
 y semblante melancólico;
 la que sufrió de sus padres
 por Juan Farriz el encono;
 la que en el hogar querido
 por Farriz lo dejó todo,
 las rosas de sus arriates,
 y sus pájaros canoros,
 y la pequeña alcancía
 de sus modestos ahorros;
 y al viejo mastin que estaba
 mirándola siempre absorto,
 entre el lecho y el altar
 de su blanco dormitorio;
 Estrella que sin amparo
 cayó desde el cielo al lodo
 del infame abandonada
 en el fangal del oprobio;
 Estrella . . . Y despues de Estrella,
 Juan Farriz contempló atónito

el flaco espectro de un niño,
 que es su trasunto, que es otro
 Juan Farriz, su imagen viva,
 que hacía él convierte lloroso
 el demacrado semblante
 donde nunca dejó un ósculo . . .
 Y . . . "Padre"—Le gritó el niño.—
 Me muerdo, padre, me ahogo,
 me falta el pan y no tengo
 ni amor, ni besos, ni apoyo . . .
 Padre . . . ¡Dónde está mi madre!
 No escondas, padre, los ojos,
 mírame: ¡el hambre y el frio
 van á matarme muy pronto!
 No huyas padre . . . Espera, espera."
 Saltó junto al lecho tosco,
 y apoyándose en los muros
 de aquel recinto espantoso,
 acosado por el niño
 sin parar un punto solo,
 le daba vueltas y vueltas
 de su prision al contorno.
 Tornaron á su memoria
 sus crímenes y sus odios;
 tras el niño aparecieron
 los espectros espantosos
 de otras victimas . . . De nuevo[®]
 oyó sus risas . . . Sus ronc
 gemidos, y maldiciones
 y juramentos y votos,
 y al fin lo mismo que cae
 en los breñales de un soto

acosado por la jauría
sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
un gemido estertoroso,
cayó sobre las baldosas
frías de su calabozo . . .



De la prisión á la entrada
llega un hombre; los cerrojos
descorre, y entra y le dice:
—Farriz . . . Muere de alborozo,
Farriz despierta . . . Tus padres
y Estrella y tu hijo, y todos
están allí . . . Todos viven:
ya estás libre . . . ¡Te haces sordo?—
Juan Farriz no contestaba,
abrió sus párpados rojos
y fijó en el carcelero
las miradas de un beodo.
—Contempla abierta tu cárcel,
y la luz y el cielo hermoso,
Juan Farriz ¡Por qué te callas?
Por qué miras de este modo!

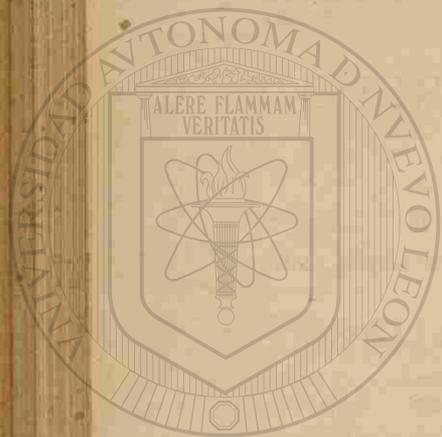
Juan Farriz ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco!—
Juan Farriz no respondía . . .
¡Juan Farriz, estaba loco!

1880

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



ALFREDO

A la memoria de mi hermano Alfredo

(† en Mérida el 16 de Enero de 1979)

I

Aun en los floridos años
de amor y esperanza lleno,
honor de la hermosa tierra
que avara esconde sus huesos,
vió morir de sus amores
un delicado renuevo,
flor del alma, flor que apenas
abría el cándido seno.
Ni un gemido de las auras,
ni una lágrima del cielo,

ni de la noche apacible
 el tierno lánguido beso,
 temblar las débiles hojas
 del cáliz límpido hicieron,
 cuando perdido el aroma
 rodó cadáver al suelo.
 Y él lloró tan gran desdicha
 de amor y esperanza lleno,
 honor de la hermosa tierra,
 que avara esconde sus huesos!

II

Ángel que del éter vagas
 en el impalpable velo,
 ¿por qué del padre amoroso
 giras en torno del lecho?
 De airada pareo desvia
 el rudo golpe violento,
 de la implacable guadaña
 embota el filo siniestro.
 Tus blancas alas escuden
 el nobilísimo pecho,
 donde ardió la fé que brilla
 en las lámparas del templo,

la que abrió al israelita
 del Mar Rojo los senderos,
 la que alboraba en el Gólgota
 en los ojos del Cordero.

III

Ángel que del éter vagas
 en el impalpable velo,
 dále vida al moribundo,
 dále vigor á su aliento,
 mira el combate espantoso,
 escucha el múltiple ruego,
 los pobres un padre pierden,
 los ricos un alto ejemplo,
 la gratitud el tesoro
 de sus ardientes afectos,
 la desdicha una esperanza
 y la esperanza un consuelo!

IV

En vano el ángel implora
 en el alcázar eterno:

el Señor de los señores
así lo tiene dispuesto.
Allí, le esperan los santos,
allí le aguardan los buenos,
allí junto al trono altísimo
está vacando un asiento.

“Alfredo” gritan en torno
del escogido, los siervos
¡Alfredo! ¡Alfredo! La muerte
descarga el golpe certero,
abre sus puertas la gloria,
una sepultura el duelo,
y con lágrimas y flores
se cubre el mortuario féretro.

Aquel invisible drama
tocó al fin su inícuo término;

quedó de la hermosa vida
un indeleble recuerdo,
el hermano sin hermano,
sin padre los hijos tiernos,
y la esposa sin esposo,
y el risueño hogar desierto.

En tanto el ángel querido
del Hacedor mensajero,
va con el alma del padre
por las regiones del cielo.

Enero de 1980.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI



PER-ANZURES DE RIBERA

A Filomeno Mata.

I

En el campo de batalla,
tras de la ruda pelea,
me contaron tus traiciones
y tus perjuros, Estrella.
Supe allí que la honra mía
diste de tu amor en prenda,
infame noche, en los brazos
de Rodrigo de la Cerda.
Y por si acaso lo dudas
allí tienes su cabeza,
que yo separé del tronco
con mi cuchillo de guerra,

despues de luchar entrambos,
frente á frente y diestra á diestra,
despues de hacerle en el pecho
mortal herida sangrienta. "

Esto á su esposa decia
Per-Anzúres de Ribera,
con labios como de nieve,
con ojos como de hiena;
sacando bajo el embozo
y arrojándola á la tierra,
la cabeza ensangrentada
de Rodrigo de la Cerda.
Lívido despojo mudo
de una varonil belleza,
de lacio cabello y corto,
de poblada barba y negra.

II

Calló Anzúres un instante
de horrible calma suprema,
y tomando nuevo aliento
prosiguió de tal manera:
"A esto vine á mi morada
y á celebrar tus exequias,
porque es fuerza que esta noche,
vida de mi vida, mueras.

En este pomo te traigo,
y es prodigio de la ciencia,
mortal tósigo, que en breve
hará que por siempre duermas."

—"Jamás" responde la dama
y torna á una cuna, llena
de ansiedad y de congoja,
la mirada descompuesta.
—¡Ola! gritó Per-Anzúres:
espera, mi amor, espera;
yo nada de esto sabia. . . .
¡Aún me faltaba esta afrenta!
Si no apuras ese tósigo,
si no lo apuras, Estrella,
en sangre de esta criatura
te vas á teñir tú mesma."
Brilló desnudo el acero,
y entónces, pálida y trémula,
sin exhalar un gemido,
sin formular una queja,
al desprenderse del párpado
una lágrima postrera
de hondo maternal cariño,
apuró el tósigo Estrella.

III

Están de luto las gentes,
está de duelo la aldea,

y está de cuerpo presente
 el cadáver en la Iglesia.
 Con oscuro y denso velo
 estaba su faz cubierta;
 lo demás amortajado
 con ricas fúnebres telas.
 La esposa de Per-Anzúres
 murió de muerte violenta.
 Ahogóla la sangre, dicen
 unos; que la peste horrenda
 dicen otros; y otros muchos
 que el placer ó la sorpresa
 de ver á Anzúres, matóla,
 pues no le avisó su vuelta.
 Despues de los funerales,
 sobre unas andas soberbias
 llevaron el ancho féretro
 á la morada postrera
 de los Anzúres, y todos
 suspiraron por Estrella,
 que para todos fué noble,
 que para todos fué buena.

IV

Diz que á la noche siguiente
 por la sombría poterna

de la morada de Anzúres
 en negra túnica envuelta,
 salió una dama en silencio,
 sin escudero, sin dueña,
 sola, enteramente sola,
 y que aquel que logró verla,
 ó creyéndola diabólica
 aparición ó alma en pena,
 huyó temblando de susto,
 tal vez á rezar por ella.
 Y diz tambien que á muy poco
 de su viudez, á la huesa
 dió su cuerpo Per-Anzúres,
 que se murió de tristeza.

Pasaron años tras años,
 y (esto dice la conseja;
 lo demás nadie lo dijo
 antes que yo lo dijera):
 se hallaron con que la caja
 mortuoria de Doña Estrella,
 nunca guardó su ceniza,
 que estaba llena de piedras;
 y añaden los que la vieron
 azorados de sorpresa,

que entre las piedras yacía
una hoesca calavera,
con lacio cabello y corto,
con poblada barba y negra.

Octubre de 1881

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

INDICE

	PÁGS.
Carta á Francisco Patiño.	
Prefacio	VII
Doña Brenda.— <i>Á Alfredo Chavero.</i>	1
Sancho Bermúdez de Astorga.— <i>Á mi hermano Juan.</i>	5
Margarita.— <i>Á Victoriano Agüeros.</i>	9
Ramiro Ramírez.— <i>Á Francisco Patiño.</i>	15
Doña Blanca.— <i>Á Eduardo González Gutiérrez.</i>	21
Sor Ana.— <i>Á Manuel Nicolín Echánove.</i>	21
Doña Elvira.— <i>Á Bartolomé Pérez Hermida.</i>	37
Gabriela.— <i>Al Dr. Francisco Montes de Oca.</i>	45
Gil.— <i>Á mi hermano Pedro.</i>	53
Eduardo.— <i>Á la memoria de Ricardo Gayosso.</i>	61
Bojórques.— <i>Á Gonzalo A. Esteva.</i>	65
Jaime Acuña.— <i>Á Francisco Zavala.</i>	69
Juan Farriz.— <i>Á Joaquín Baranda.</i>	77
Alfredo.— <i>Á la memoria de mi hermano Alfredo.</i> († En Mérida el 16 de Enero de 1879)	85
Per—Anzúres de Ribera.— <i>Á Filomeno Mata.</i>	91



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

INSTITUTO GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS